









# LAS AGUILAS

(DE LA VIDA DEL TORERO)

NOVELA



J. LOPEZ PINILLOS  
(PARMENO)



Imparcial

A Joaquín López Barbadillo, en  
su abrazo de su compañero

Jurmenó

LAS ÁGUILAS

## OBRAS DE J. LÓPEZ PINILLOS

El vencedor de sí mismo. (Drama).

Hacia la dicha. (Comedia).

La sangre de Cristo. (Novela).

Frente al mar.

Los enemigos.

El ladronzuelo.

Cefirín.

Doña Mesalina.



J. LÓPEZ PINILLOS

(PARENTO)

# LAS ÁGUILAS



MADRID

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y COMP.<sup>ª</sup>, EDITORES

1911

+

---

---

Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito que  
previene la ley.

---

---

Á D. MIGUEL FERRERO



## I

Subieron á brincos la escalera, atravesaron á escape la azoteilla, penetraron en la grada de sol, y, más calmosamente, porque nadie les había precedido, encamináronse hacia la reja que impedía ocupar las localidades de sombra y se pusieron en el último escalón. Para Trini García y sus amigos este era el lugar más cómodo de la plaza. La anchura del poyete les permitía sentarse como en un diván, aplastando sobre las losas el nalgatorio entero; la pared les libraba de pisotones, quemaduras y escupitajos, y una claraboya obsequiábalos de vez en vez con las brisas del Guadalquivir.

El sitio, por sus ventajas innegables, tenía infinidad de golosos, y hubo ocasiones en que Trini, *Cachirulo*, *Cordobán*, *Jaquimiya*, el maestro Lasarte y algunos otros hidalgos, columnas de «la afición», viéronlo usurpado por gentes á las cuales también seducía el honor de ser vecinos de los que pagaban mucho, sin compensar este honor y su séquito de comodidades con un apretujoncillo en la bolsa.

Por la solemnidad de la fiesta, y gracias á la previsión de Trini, habían ocupado los primeros anillos de la cola para que ningún madrugador se les anticipara, y esta levísima molestia les permitió colocarse con absoluto reposo. García y *Cachirulo*, pulquérrimos varones, extendieron unos

papeles sobre los ladrillos, para librarse del polvo, y alinearon unas botellas junto á la pared, con objeto de ocultarlas púdicamente cuando estuvieran sentados. Y, mientras, *Cordobán*, con la bola de acero que remataba el razonable olivo que le servía de bastón, clavó cua ro alcayatas en el muro.

—Una pa el maestro—suspiró al terminar su obra.

—Si viene—añadió *Cachirulo*.

—Que no bendrá—afirmó Trini.

Con un mohín ofreció un trago á sus camaradas, y los tres bebieron copiosamente, después de chocar en silencio las botellas. En seguida despojáronse Trini de la chaquetilla y sus compadres de las cazadoras; se desabrocharon los camisones, limpiáronse los pestorejos sudorosos, las mejillas y las manos y se quitaron las botas.

—Bamos á tené público—dijo *Cordobán*.

—Má gente que en la guerra—añadió *Cachirulo*.

—¡Por desgrasia!—exclamó compungido Trini.

Sus compañeros diéronle la razón con unas amables cabezadas y aceptaron un pitillo. Trini García, el *Ratón*, continuaba luciendo unos trajes atolondrados, una habilidad monstruosa para seducir á las hembras con las hechuras y con el pico y un desahogo fenomenal para medirse con los profesionales de la valentía. Aunque ya no se asfixiaba de bravo, ni partíase por la cintura de bonito y de chulo, ni le impedía cargar el peso enorme de su gentileza, no había renunciado á los sabrosos triunfos del amor, ni había aprendido á reconocer las superioridades y los méritos, ni se había resignado á vivir con el orden, el arreglo y la decorosa modestia que convienen á un cincuentón. Con los años, parecían haber crecido las tres nobles cicatrices que daban fiereza y majestad á su rostro, á costa

de la nariz, recogidita como una avellana, de los carrillos, flácidos, y del pescuezo tan desprovisto de carne y de tan horrenda é increíble estrechez que hacía decir á los burlones que el *Ratón* sólo se alimentaba con píldoras. Mas, á pesar de estos estragos, el antiguo lidiador guardaba en sus ojos los fulgores de la adolescencia y en sus músculos y en su espíritu los aceros de la juventud. Por aparentarla competía con los más arriscados garzoneadores, vencía en resistencia á los más famosos artistas del baile flamenco y les disputaba la notoriedad y los aplausos á los más firmes puntales del «cante jondo». Pero, en cambio, en su oficio no pudo sustentar el crédito que ganó en sus mocedades. Los espadas admiraban su «bisoñé», tan fuertemente adherido á la cabeza, que, para algunos, el *Ratón* se lo aseguraba con puntillas; pero teníanle por un vejestorio y ninguno acordábase de él para sus combinaciones. Y por eso, desengañado y atribulado, Trini se decidió á descansar, y comunicó su resolución en ocasiones oportunas á cuantos directa ó indirectamente se habían negado á utilizar sus servicios. Poseía dos casas y unos cientos de duros, y bandeábase con destreza administrando sus finquillas y negociando con reses. Mas si tales negocios le permitían descansar, su ambición y su despecho le aconsejaban no convertir el descanso transitorio en descanso definitivo, y cada vez que aparecía un matador diestro y denodado, Trini, cautamente, sin declarar sus ansias, sahumábale con fingido entusiasmo, seguro de que alguna vez, por el sendero del elogio, llegaría á un corazón que le abriese sus puertas.

*Cachirulo* en nada se parecía á su cofrade. No presumía de valiente, de bailarín ni de cantador; no cogía el incensario, más que por falta de ganas

por sobra de torpeza, y ni siquiera estaba orgulloso ó envanecido de su fealdad. Porque *Cachirulo*, el fornido picador, era feo de sobra, feo sin compostura, feo sin remisión, feo con propina y colmo, total y definitivamente feo. Y era su fealdad superhumana una de esas fealdades que tienen el secreto de lo trágico y lo bufo, que lo mismo causan pavor que risa, que con idéntico empuje estimulan á la burla que á la compasión. Tan monstruosa e inarreglable había hecho mamá Naturaleza la carátula de aquel picio, que el propio Dios no la pudo embellecer. Dios, conmovido por las oraciones de la esposa del piquero—que, al mirarle, se atragantaba de susto la infeliz—, quiso mejorar al artista, y como Dios es infinitamente bondadoso, y como su paciencia es inagotable, miró por espacio de dos ó tres horas aquella porquería de cara. La boca con sus dientes amarillos, montados los unos sobre los otros, como si se peleasen, y con sus bellos morcilludos, podía pasar; la nariz, que no se veía junto á las cejas, ni se diseñaba al nivel de los ojos, y que estallaba, sin avisar, sobre el labio y manteníase encendida, tal vez porque la avergonzase lo brusco de su presentación, merecía cierta benevolencia; como los cabellos, de una rigidez y un color de esparto, había otros cabellos, y había otras frentes tan abolladas como su frente, y otras mejillas más granujientas que sus mejillas. Pero orejas como las suyas y ojos como los suyos, ¿quién los había soñado?... Las orejas, grandes, saledizas, anfractuosas, cubiertas de vegetación y púrpúreas en los lóbulos, desconcertaban al menos asustadizo, y los ojos... los ojos no tenían par en el mundo. Ni blancos, ni grises, ni verdes por completo, había en ellos una mezcla tan inarmónica de blanco, gris y verde, y estaban tan vidriosos, mortecinos y



apagados, que parecían deshechos ó á medio hacer. Más que unos ojos defendidos por sus párpados, eran unas ostras depositadas en sus conchas... Pues bien; el Señor, luego de estudiar aquel horrible conjunto, convencióse de que, si no se le troquelaba de nuevo, el picador sería siempre un mamarracho, y decidió, restándole algunas fealdades de las más agresivas, disminuir su fealdad total. Dispuso, pues, que un cohete le reventara una de las ostras y que un toro le quitase una oreja, y satisfecho apartó su vista del favorecido; mas unos días después, al fijar su atención en la esposa, para regodearse con la miel de su agradecimiento, en vez de súplicas ó gracias, oyó terribles maldiciones, y en vez de gritos alegres, apóstrofes iracunoos, enderezados al demonio, á cuya travesura incansable atribuía la pobre mujer la paternidad de la divina obra. El Señor, escandalizado, iba á castigarla; pero antes miró á *Cachirulo*, y su ira trocóse en indulgencia. Estaba más feo; disminuyendo las fealdades parciales había aumentado la fealdad total, y con su ojo huero, que enlobreguecía más al sano, y con su oreja solitaria, que había crecido en el cabezorro después de la poda, era capaz de darle un susto al propio Lucifer.

De *Cordobán*—Antonio Fernández «en el siglo»—no podía decirse que fuera precisamente un adonis; pero se le inferiría un ultraje á la verdad asegurando que igualaba á Lucas Pérez—que así llamábase *Cachirulo*—su rival cuando se trataba de reprimir la furia de un berrendo; ó de ahogar preocupaciones y penas en el fondo de un vaso. Físicamente, toda rivalidad era absurda. Antonio tenía una nariz un poquillo estrafalaria por la bizarria de su lomo y la extensión y la crasitud de sus aletas; pero esa nariz estrafalaria nacía y rematá-

base como todas las narices. Sus dientes cocodriloscos no aspiraban á ser comparados con las perlas ó con la nieve; mas no se peleaban por la posesión absoluta de las encías. Sus orejas parecíanse más á las del hombre que á las del mastín; su frente no era un ejido de sabiduría ni una raya de idiotéz, y en sus ojos, negros, serenos y tenaces al mirar, resplandecían las ascuas de un valor temerario. Lo más estimable de *Cordobán* era su cuerpo de púgil, enjuto y durísimo, y lo más temeroso, sus brazos, tan luengos que se rascaba en las pañorrillas sin necesidad de inclinarse.

Sin embargo, ni estas desafortadas extremidades, ni las facciones de *Cachirulo*, ni el pescuezo del *Ratón*, sorprendían á la gente. Los tres amigos—como la mayoría de sus compinches—disfrutaban de una justa popularidad, y sus distintas particularidades habían ya perdido el privilegio de servir de tema de conversación. Todos los taurófilos les conocían, y aquella tarde ninguno de los que saludaron á Trini le dejó de interpelar cariñosamente.

—¡Eh, *Ratón*! ¿Y ese niño?

—Mu animaete.

—Bamos á berlo.

—Bamos á berlo. Pero mala ocasionsita ha piyao.

—¡Home, en desidiéndose!...

—Ya dispondrá el Señor.

La plaza se iba llenando lentamente. En los tendidos de sombra apretábanse los señorilos bullangueros, los dependientes de las tiendas de lujo, los rentistas humildes, los menestrales bien acomodados, los golillas, los estudiantes, los burgueses, los ricachos de pueblo, los corredores, los cómicos, los almacenistas... En el centro (1) reuníanse los aris-

(1) *Gradas de sombra.*

tócratas, los señores pacíficos, los «aficionados» que compartían la diversión con sus mujeres, los tahures ricos, los ganaderos, los papás que cargaban con la chiquillería, los extranjeros, los catedráticos, las pelanduscas de fama... Congregábanse en el «sol alto» los estudiantillos pobres, los miembros de «la afición» que preocupábanse de conservar sin mácula sus trajes domingueros, los enemigos de discutir con criaturas que se fueran á las manos, los profesionales de la tauromaquia que disponían de cortos posibles, los artesanos de gustos patricios... Y, por fin, en el tendido de sol sentaban sus reales los partidarios de rematar las disputas á golpes, los que disfrutaban con el estrépito y exteriorizaban á rugidos su selvatiquez, los pelantrines cicateros y acostumbrados á la urente caricia solar, la pobretería que encaminábase al circo como á un campo de batalla, dispuesta á defender á voces y á trastazos la gloria del matador predilecto y la temible morralla, la morralla que exaltábase y se conmovía, que se encrespaba furiosa, como un mar turbulento, y abatía con horrenda crueldad á los lidiadores, ó que alzábase loca de entusiasmo y los deificaba con el frenesí de sus vítores y con sus aplausos tempestuosos.

En los sillones de barrera—que no eran tales sillones, sino unos bancos groseros é incómodos—se juntaban los torerillos en agraz, algunos «maletas» que se resistían á reconocer su fracaso, y tal cual matarife baladrón y fachendoso. Estos donceles, idólatras del valor en sus diversas manifestaciones, solían demostrar el desdén que les inspiraban los mordiscos de Helios, bailando tangos voluptuosos que les derretían; probaban su allivez atizándose unas coces ó unos puñetazos cuando el sol ponía al rojo sus mulleras y en las mulleras cal-

cinadas convertíase toda contradicción en un insulto, y elevaban su pendón hasta las nubes afrontando empresas que exigían un derroche de heroísmo. Tales empresas se realizaban á la vista del público, y consistían en saltar al anillo, mediana la corrida, y ejecutar algo estupendo. Ciertos galanes desafiaban al toro con un menguado capote, resueltos á dibujar navarras ó verónicas; otros lo sacudían con la muleta ó lo cambiaban á cuerpo limpio; muchos clavaban su buen par de rehiletos antes de ir á la «casilla», y unos pocos—los de más rejoy—cultivaban la nota pintoresca, imprevista ú original, y, en unos minutos, hacíanse populares.

*Jaquimiya*, banderillero de algún cartel, debió sus primeros contratos al bullicioso y alegre entusiasmo con que acogían los espectadores sus barrabasadas. El torerillo, harto de suplicar á sordos, se tiró una tarde al redondel, excitado por sus conmitones, saltó de cabeza á rabo á una fiera, y, entre palmadas, fué sujetado por los «guindillas» y conducido á la cárcel. Y desde entonces, desde que probó las dulzuras del triunfo, no dejó en paz á los toreros, ni perdonó un disgusto á los empresarios, y fué la pesadilla de los severos burgueses que ocupaban el palco presidencial. En todas las fiestas, en cuanto asomaba el tercer «burel» aparecía *Jaquimiya* en el ruedo, y comenzaba á saltar. Y saltaba siempre: gritándole al bruto para que le acometiera, ó esquivando su acometida, después de aguardarla; á traición ó irritándolo con bárbara temeridad; de frente, ó de costado; con sujeción á las reglas ó despreciándolas; seguro de que su ligereza de gorrión le permitiría saltar por encima de la muerte, sin arriesgar nada en el salto. Si los guardias ó los mismos lidiadores le perseguían, refugiábase junto al toro, jaleado y ce-

lebrado por la gente, y al terminar la corrida, la gente se encargaba también de librarle de sus perseguidores. Y de esta manera, desluciendo á los toreros é indignando á los empresarios, les amoscó tan terriblemente con sus brincos que, para que no saltara más, firmáronle una contrata.

Manolillo el *Bruto*, su camarada y su rival, no fué contratado; pero ni Manolillo aspiraba á tal premio, ni sus genialidades podían ser origen de tasación ó de contrato. En realidad, el *Bruto* no dominaba ningún arte conocido. No era saltarín, ni banderillero, ni matador. No poseía ninguna de las habilidades que hacen á un hombre jugar con una fiera. Carecía de gracia, de soltura, de elegancia, de garbo y de agilidad; pero latía en su pecho un corazón leonino, y si se le alborotaba el corazón y le lanzaba al ruedo, había que verle. Era un improvisador; dejábase arrastrar por las inspiraciones del momento, y cuando poníase frente á los toros, ni él mismo sabía lo que iba á hacer. Mas siempre ejecutaba algo raro, algo original, algo grandioso. Un domingo citó á un miura—el primero que se lidiaba—, con un espantable trompetón. Acudió la res, clavóse el *Bruto* en la arena, se llevó el instrumento á los labios, y al bajar el bicho la testuz para destriparle, lo saludó con tan infernal alarido que el toro se escapó aterrado. Pero su hazaña más sonada fué la del rejón. Un día del Corpus jugábanse fieras portuguesas, de un desmesurado grandor. La espuma de la chulería sevillana quedábase sin alientos al ponderar con soberbias hipérboles el tamaño, el empuje y la ferocidad de los cornudos, y Manolillo, irritado por aquellas exageraciones, que parecíanle engendradas por una debilidad indigna de pechos varoniles, dijo en *El Tronío* que al más grandote de aquellos bueyes

le colocaría él un rejón. Y cumplió su palabra. Al salir de los toriles un sardo verdaderamente gigantesco, saltó la barrera y corrió hacia él. Acompañábale un primo suyo, á quien la gente tachaba de bobo, y que era un idiota hermosísimo que le obedecía á ojos cerrados, y los dos jaques comenzaron á gritar. «¡Eh!... ¡Jú!... ¡Toro!» La bestia se revolvió; fijóse en Manolillo, que de un bote se puso á horecadas sobre su pariente; se lanzó contra ellos, y cuando estalló el grito de angustia de los espectadores, ya el *Bruto*, que había señalado el rejonazo con un bastón, volaba seguido por su infeliz cabalgadura.

Aquella tarde no hubo tangos ni peleas. El sol de Junio, que hundía sus haces bermejos en el circo, incendiaba sus blancas columnas y su arena de oro, y ponía llamaradas en el rojo purpúreo de la barrera. Una expectación enorme conmovía á los burgueses é intranquilizaba á las hembras, y la morralla, socarrándose, discutía con pasión y exponía sus opiniones sobre el espectáculo que iba á presenciar. El cual, hasta para los murmuradores y los escépticos, prometía maravillas. El héroe de la función era el toro. Principiaría la fiesta con la lucha de un animalito de Muruve y un elefante; mediríanse luego una fiera de Miura y un bravo manguero de la capital y terminaría la diversión con el sacrificio de cuatro reses que serían estoqueadas por Julio Herrera Barberillo, y José Lasarte *Josele*.

Momentos antes de empezar, Justo, el hermano menor de *Josele*, llegó á la grada y consiguió ponerse junto al *Ratón*. Justo era flaco de cara, pingüe de vientre y zanquivano. Traía el rostro descompuesto, y la emoción enronquecía.

—¿Y tu padre?—le preguntó *Cordobán*—. ¿No viene?

—No viene.

—Naturá—apoyó Trini—. ¡Pa salir de naja á la primera *malajosseria!*...

—Si no es miedo—repuso el barrigón—. Quería venir. Después de to, las cosas berlas. Pero es que está enfadao.

—¿Otabía?—exclamó *Cachirulo*.

—Otabía. Dize que *Josele*, por desensia, le debió abisá. Y que como no le ha abisao, hasiéndole un feo, no pondrá los pies en la plasa. Y otra tonaiya : ¿Estubieron ustés en el apartao?

—Este—contestó el *Ratón*, dándole una palmada á *Cordobán*.

—¿Y cómo es la corría?—preguntó el mozo.

—¡Pchs!—contestó el interpelado haciendo un mohín.

—¿Grande?

—Mayores son los que ban a pelear.

—Güeno. Pero, ¿son grandes los de *Josele*?

—Chicos, chicos, mu chicos, no son. Y con sus cuernos. ¡Toros! Ahora que lo que tengan dentro de brabura... baya usted á aberiguarlo. Y lo que es de intensiones... Eso es lo que joroba en las ganaerías nuevas : que no sabe usted con quien va á enrearse á trompás. Pero, en fin, un matao no se juega er pejejo de barde. Yega er día en que se cobra, y pa que yegue, sa menesté derribá to lo que sarga de los chiqueros.

Por encima de *Cachirulo* avanzó una mano bastante pulcra, que dió unos golpecitos en el «bisoñé» del *Ratón*. Esta mano, y un brazo delgadísimo, y un tronco esquelético y unas piernas como espátulas, pertenecían á un señor de grandes y agudas narices, bigote despeluzado y ojos abiertos á punzón. Llamábase el tal D. Melquiades Pajarit, había nacido en Lugo, era simpático, tenía un razonable cau-

dal, y sus aciertos quirúrgicos, sus pifias científicas y sociales, su extraordinaria despreocupación y alguna singularidad de tanto bulto como sus narices, le habían conquistado, sin que él se lo propusiera, la estimación del pueblo.

—¿Qué hay, don Merquiade?—chilló Trini, retirándose con viveza y palpándose inquieto el «bisoñé».

—Calor—replicó el gallego.

—Pero, ¿se ha fijao usted en el yenito?

—Ni una abuja cabe en la plasa—añadió *Corobán*, saludando á Pajarit.

—¡Claro! ¿Quién se pierde una borriquería como la de hoy? Un elefante, un manguero más bruto que el elefante, un infeliz novato que será un suicida... Es decir, el novato no sé yo si valdrá ó no valdrá. Y dispensa, que ahora recuerdo que es tu sobrino.

—Sí que lo é, y á mucha honra—confirmó Trini. Pero dele us'té aire á la sin güeso con toa libertad aunque er niño me toque lo que me toca, que usted no sabe ofendé.

—¿Y qué dice el muchacho?—preguntó Pajarit—. ¿Tiene alma?

—No es medroso. Pué que otabía no esté mu mollá, porque este no es ofisio que se daprenda en un dos por tré. Tiene mucha *guassa* y ensierra mucho intrínguli, y *Josele* no está mobío ni cuajao, pero no nos abochornará.

—¿Ese?—añadió Justo—. ¡Es más jabato que Gusmán er Güeno! A *El Tronío* fué á bestirse y ayí ha estao de chirigota y de copeo como si ño fuese á toreá.

—Malo—afirmó el *Ratón*—. Antes de atoreá ni olerlo. Confiscao sea el bino, que es el curpable de muchas *malajosserias*.

Un toque de clarín le interrumpió. D. Melquiades sentóse junto á la verja; Justo, angustiado, se sonó



con estrépito, y Trini y sus camaradas clavaron los ojos en el anillo. Iba á comenzar el espectáculo. Dos alguaciles retiráronse después de simular el despejo, al trote de sus jacas, y se oyó otra vez el clarín y se presentó en el ruedo, pisando con terrible lentitud, el elefante. Un ¡ooh! de estupefacción saludó al animal. Era tremendo; las patas recias como postes; los colmillos, reforzados con tiras de metal en sus extremos, más fuertes que columnas; el lomo ingente; la grupa acerada; la trompa serpentina; la piel impenetrable... Ochenta años le colgaban en los anuncios y debía de haberlos cumplido. Tal vez el monstruo no salió pequeñín de la India para aburrirse en un parque europeo, y recorrer después, en dura cautividad, las barracas de las ferias y las pistas de los circos. Tal vez correteó por los bosques en su juventud y fué aprisionado y dominado en el infierno de la *keddah*, y aprendió á querer á unos chiquillos que limpiábanle de espinas y que utilizaban la escala de su trompa flexible para robar melones; tal vez sintió en su cuello la picadura del *ankus* de un *rajah*, y tal vez derribó de un trompazo á algún tigre en el momento de brincar el felino y de rugir la fusilería.

El ¡ooh! de sorpresa con que le recibió la multitud no logró alterar al veterano. Al marcharse el individuo que le conducía, examinó el redondel, se aproximó á la valla, miró de soslayo á los mocitos de los sillones y se puso á estirar y á encoger la trompa con filosófica tranquilidad. En su cuerpo no hubo ni la más leve sacudida de inquietud y en sus ojos no brilló ni un relámpago de curiosidad. Indiferente, despreciativo, sereno, cruzó las patas delanteras como un muchacho que recita de mala gana sus lecciones, y aguardó. El aviso del clarín ni siquiera le hizo mover el rabo, y la aparición estruendosa del

toro, que abandonó su caverna al galope, que dió un soberbio brinco y que se detuvo mugiendo, corneando al aire y levantando la arena á manotadas, no le impresionó. Quizás le dirigiese una mirada de ironía, como diciendo: «Es muy grande para hacer tales gracias y está muy gordo para saltar.» Pero no volvió á preocuparse de sus mugidos, ni se dignó estudiar el significado de ciertas exclamaciones de la gente, ni dió importancia á las carreritas, las nerviosidades y los resoplidos de su cornudo compañero. De pronto sintió un golpe en la tripa, y al volverse para reprender al descomedido, temerario y grosero, un asta afilada como un puñal, se le clavó en la trompa y le arrancó un bramido.

—¡Briiit!

«¿Estaba embriagado el de los cuernos...?» El público, entusiasmado, con la satisfacción de ver cumplidas sus predicciones y con el deseo de que completase su triunfo la bestia nacional, aplaudía y azuzaba al de Muruve:

—¡Anda con él!

—¡Súmbale en la trompa!

—¡Duro, que no es más que un cochino!

—¡Dale, dale!

—¡Embiste!

—¡Jul!

*Cachirulo* y *Cordobán* botaban de alegría, y el *Ralón*, convertido en un Estentor, asordaba con sus clamores.

—¡Guasón!—le chillaba l elefante—. ¡*Asauronstibili!* ¡Blancote! ¡Juye, que te da!

Enloqueció el toro de furia como si entendiese á los que le jaleaban, y arremetió otra vez contra el paquidermo; mas los pitones finísimos que agujereaban las encinas sólo consiguieron arañar la recia piel, y la testuz poderosa que arrancaba de cuajo

portalones y volteaba caballos, no pudo abatir á la viviente montaña de carne. La cual, sin deseos de lucha, había retrocedido con prudencia y esquivaba los pinchazos de su acometedor, cuando uno de ellos la alcanzó en un colmillo, y otro, rápido como una estocada, le desgarró la base de la trompa. Y fué increíble el cambio que se operó en el monstruo. Sus orejas levantáronse como dos pabellones y vibraron sacudidas por un huracán de cólera; en sus ojillos de cerdo relampagueó una roja luz; en su testa dibujóse una terrible expresión de malignidad, y acometió al enemigo entonando su canto de combate.

—¡Briiit!... ¡Breet!... ¡Bruut!...

De una trompada le hizo retroceder un metro; con un buen colmillazo en las costillas lo tumbó; con otro formidable, le impidió que se levantara, y con muchos más y algunos manotazos y coces, lo redujo para siempre á la inmovilidad y el silencio. Después, enorgullecido, imponente de ira y de fuerza, clarineó como si estuviese en el bosque «¡Briiit!... Breet!... ¡Bruut!» Y, por último, abatió las orejas, apagó los ojuelos, recobró su expresión de serenidad bondadosa, y, entre palmadas tibias, retiróse detrás de su amo.

El final de la aventura impresionó á la gente, pero no la satisfizo. El *Bruto* insultaba al vencedor porque hirió á su adversario traidoramente, á mansalva, cuando el infeliz se quería levantar; Trini, muy alborotado, decía que el premio al valor habíaselo merecido el toro, y *Cordobán* lamentábase de que se hubiera permitido una lucha en la que el cornudo tenía que ser aniquilado.

—¿Tién trompa los toros?—exclamaba—. Pos si no tién trompa, ¿qué ban á jasé? Morí y nafta más que morí. Que le hubian cortao la trompa al alifante pa que no lo arrempujara; que hubian dejao al uno

con sus cuernos y al otro con sus cormiyos, y hubiéramos hablao.

Al entrar en el redondel el manguero y su auxiliar aún discutía la multitud, y las discusiones, las quejas y las protestas entibiaron el aplauso con que se les recibió. El manguero, mocito de buen talle y de perfil adamado, vestía una guayabera blanca, limpiísima, y un pantalón negro, muy ceñido; tocábase con un sombrero de alas cortas y rígidas, y calzaba unas botas de charol. Su auxiliar, menos guapo, adornábase con más modestia; pero se sonreía y andaba y accionaba con la misma desdeñosa tranquilidad. A un paso discreto, sin demasiada precipitación ni calma excesiva, á un paso de héroes, aproximáronse á la presidencia é hicieron un saludo muy rendido. Y después, sin acelerar ni retardar la marcha, cogió el luchador su aparato, apoderóse el edecán de la llave y dirigieron al centro del anillo. Enchufar la manga—gordezuela, pequeñita y con los metales resplandecientes—fué cosa de unos segundos. El de la guayabera, el jefe, la empuñó, apuntando hacia el toril, su edecán aferróse á la llave y quedaron los dos inmóviles.

—¡Paeséis artiyeros!—gritó un espectador.

Y el público que, otra vez emocionado, guardaba un silencio religioso, castigó al de la broma con un enérgico siseo y alentó con un aplauso á los que iban á afrontar la selvatiquez del miura.

La fiera no salió de su antro, como la anterior, con la velocidad de un proyectil, ni quiso ensayar volatines, ni corneó estúpidamente al aire. Pisó la arena con inteligente recelo, avanzó un poquito, escamada, recordando tal vez el trompetear del elefante, que debió de intranquilizarla en su prisión, y al oír el ruido de la puerta que la reclusa en el redondel, dió un bote y retrocedió vivamente hacia el chiquero. En

seguida, como si comprendiese que la amenazaba un peligro, corrió junto á la barrera, buscando un hueco para huir, y al llegar á la sombra, atortolada por las voces, se detuvo y miró sorprendida á los héroes. «¿Qué diablos esperaban? Y ¿qué era aquello que relucía entre las manos del principal? Y habiendo tanta gente en los muros, ¿por qué estaban solos en el corralón?»... Un garrotazo aumentó su sorpresa, una picadura en la palomilla la comenzó á irritar, y embravecida, levantó el testuz, y clavó los ojos en el manguero. Y entonces bastaron un «je» agresivo del mozo, una palmada en la grupa, y el flamear de una tela roja, para que embistiese con el ímpetu de un peñón desgajado.

El manguero, imperturbable, con su arma preparada, dejó avanzar al bruto, y cuando lo tuvo á seis ó siete pasos, le apuntó sonriéndose, dió libertad al agua y con un chorretazo violentísimo que se estrelló en la cabeza del toro, lo paró, le obligó á vacilar y le puso en fuga. Nuevamente buscó la fiera un hueco para huir, y nuevamente, apaleada, pinchada y embravecida, quiso saciar su encono en el hombrecito del sombrerete chulo y las botas de charol; pero el agua, administrada á disparos, con destreza inconcebible, quitábale la vista, la detenía en sus carreras, la golpeaba en la frente, en el morrillo y en el pecho, la enfriaba y acobardábala. En una de sus huídas, recibió en el vientre aquel puñetazo de trescientos kilos de presión, y estuvo á punto de caer, y por fin, rendida, aguantó los palos y vió indiferente los capotillos que la excitaban, sin volver á atacar.

El público dividióse al apreciar el suceso. Para algunos señores, lo ocurrido no sólo tenía gracia, sino que era trascendental, porque probaba que el progreso vencía á la barbarie; mas, para la inmensa

mayoría de «la afición», carecía de gracia y era molesto, absurdo y ridículo. ¡Retroceder un toro, un animal tan valiente y tan bruto como un toro, ante una inofensiva manga de riego! ¡Huir de un chorro de agua, lo mismo que una viejecilla coqueta!... Algunos magnates, para ocultar su desilusión, fingían bostezar de aburrimiento, y otros, sin tomarse la molestia de encubrir su ira, chillaban que los cabritos que componían la empresa les habían robado.

En el fondo, la derrota del animal, que, al acobardarse, había hecho imposible la representación de una tragedia, les indignaba. Y les indignaba no porque hubiesen acariciado la horrible idea de contemplar pendiente de un pitón al manguerillo, sino porque habían pensado que veríanle salir de estampía con su edecán en cuanto la res los mirase, y la imprevista victoria burlaba sus augurios.

Hubo, pues, muy pocas palmadas para los mangueros, y los «aficionados» envedijáronse en nuevas discusiones. Nadie se aburría; en todos los ojos brillaba el interés y latía en todos los pechos la emoción, y, sin embargo, el público, que, con esa malevolencia que se transmite de cerebro á cerebro en las multitudes, había decidido que nada le pareciese bien, bostezaba para fingir un invencible tedio. Y de tal modo—aunque de una manera tácita—había convenido la gente en prescindir de la formalidad decorosa y en restarle atención al espectáculo, que ni sus camaradas festejaron á los toreros mientras hacían el paseíllo, y la presentación del primer animal—de ganadería nueva—no provocó ni el más indiferente comentario. Después, esta malignidad socarrona se trauujo en un suceso inverosímil por lo irrespetuoso, inusitado y nunca visto. Cuando un doncel quería entusiasmar al paisanaje con su valor, se arrojaba

al anillo; pero se arrojaba con oportunidad, respetando las costumbres establecidas, para que sus conciudadanos le concediesen una atención benévola. Era la costumbre saltar al redondel mediada la corrida, si los lidiadores no habían estado muy lucidos, ó en el último toro, si les había favorecido la suerte. En ambos casos, la multitud, harta de vulgaridades, ó rendida de aplaudir y cansada de admirar, dispensaba una excelente acogida á los valientes que sometíanse á su fallo; pero ¡ay del zarramplín, que, acuciado por su impaciencia, se arrojase antes de tiempo! El público, ultrajado en su majestad, se revolvía ferozmente y le fulminaba bajo los rayos de su cólera; un griterío ensordecedor cortaba al inexperto, y los lidiadores, en vez de ampararle, caían sobre él, y los guardias, siempre zaheridos, saciaban su encono en la presa inerme que les ofrecía la multitud.

Pues bien, aún no se había cerrado la puerta del toril detrás del primer animalucho, que era bastote y grandullón, cuando Manolillo, completamente ebrio, saludaba á los espectadores desde el redondel. El director de la lidia, seguro de que el público aplaudiría su conducta, corrió hacia él, increpándole :

—¡Largo d'aquí! ¡Fuera!

—No te arrimes, *Barberiyo*—gruñó el *Bruto*.

—Pero si no te pues lamer, desdichao. ¿Qué quieres?

—Lo que á ti no se te importa.

—¿Quiés que te maten?

—Quiero que te las pires de gorpe y sumbío, porque te boy á dar dos mascás.

Mientras dialogaban, el *Bruto* se quitó la blusa, se tapó con ella la cabezota de rufa pelambre, dejando al descubierto sus ojillos de jabalí, dió un

empujón al espada y corrió tambaleándose hacia el toro. Al público, que le había reconocido, le maravilló lo de la blusa.

—Es Maoliyo el *Bruto*.

—Pero, ¿pa qué se tapa la cabeza?

—¿Qué quedará haser?

¿Qué pretendía hacer? Pues una suerte tan atrevida, tan inspirada y tan genial, que eclipsaría á todas las de su estupendo repertorio. Manolillo se aproximó á la res; á dos varas de los cuernos, introdujo un brazo hasta la mitad de una de las mangas de la blusa, le imprimió un leve movimiento de balanceo para simular á la perfección una trompa, y con los mismos redaños que el elefante, cuya voz imitaba, arrancó hacia el cornudo.

—¡Briiii!... ¡Briiii!... ¡Brooo!...

Y cosa admirable: el toro, suspendido ó perplejo, amusgó las orejas como para embestir, y movió la cabezota perláticamente; mas, al oír un nuevo berrido y al sentir el contacto de la trompa, apartóse de un bote, y, resoplando, salió á espetaperros. En el circo estalló una carcajada homérica y apoderóse tal alegría de la multitud, que hasta el presidente, contagiado, perdonó al improvisador, que se pudo acomodar en el tendido, auxiliado amorosamente por los guardias.

El toro ya no se preocupó más que de correr. Huía de los banderilleros, que le llamaban á voces y le perseguían encarnizados; de los «monos», que arrojábanle sus gorras y sus varas; de los piqueiros, que le seguían al galope y que le cortaban la retirada ofreciéndole el cuerpo de sus caballos; de los matadores, que procuraban detenerle con sus livianos capotillos. Huir, huir; escapar á todo trance; salir por algún sitio á la campiña y reunirse otra vez con los sesudos mansos y con los chotillos



jugueteros, y disfrutar nuevamente de la libertad de las llanuras.

Esta cristiana benignidad de la bestia aumentó la alegría de la gente. Los más severos «aficionados», que en otra ocasión no habrían tolerado la conducta de los lidiadores, porque, al acosar á la res, vulneraban los preceptos del arte, reíanse como unos benditos.

—¡Fuego!—gritó un chulillo junto á Trini.

—¡Pero si juye hasta de su sombra el charrán!—objetó el banderillero—. ¿Quién lo parea?

—¡Fuego!—volvió á gritar el chulillo.

Le imitaron algunos espectadores, voló la palabra de boca en boca, y poco después la repetían á coro diez mil cristianos.

—¡Fue...go!... ¡Fue...go!... ¡Fue...go!...

¡Sí, fuego en el cobarde! ¡Fuego en él y en toda su casta cochínísima, y en el cogote del bárbaro meleno que lo crió para res de pélea!... El mansejón, cansado, escarbaba frente á los chiqueros, y allí fué á buscarle *Jaquimiya*, completamente solo.

—Párese usted—le dijo al matador—, que ese, en cuantito bea un capote, sale disparao.

—¿Y si persigue?

—Acuda usted á la salía. Ojo, que ayá boy.

—¿A la media güerta?

—*Chipendi*.

Ya nadie se molestaba en fingir aburrimiento, y el público observaba interesadísimo los incidentes de la lidia. Pero no observaba con imparcialidad y dispuesto á repartir justamente aplausos y silbidos; miraba con socarronería, conteniendo su júbilo mordaz, para escupirlo, en risotadas, sobre los que se descuidasen.

Y *Jaquimiya* se descuidó. Pausadamente, desliziéndose sin ruido para que el toro no le sintiera, se

colocó detrás de él; le avisó entonces con una patada y un grito, y echósele encima con una ligereza de pájaro, á fin de clavar los rehiletes al acometer la bestia y escaparse sin riesgo mientras se revolvió. Mas el toro, que al oír la patada y el grito le miró torciendo el pescuezo, no quiso acometer, y *Jaquimiya*, por temor á que le silbasen si no clavaba, estiró los brazos y prendió los rehiletes en el lomo.

El error fué castigado con una rechifla tan cruel, con tan enormes carcajadas y con tan fieros alaridos, que Trini se alarmó.

—Me paese—dijo—que esto ba á sé un puro chuleo y una purísima *asauroná*. ¡Mardito sea el amo de los toros y su señora madre, y mardito sea er menguel!

—Amén—exclamó *Cachirulo*—. Pero aguarda. No hay que desesperá.

—¿Que no, y ban á chulearse der niño?

—¿De mi hermano?—preguntó Justo, ruborizándose y protestando con el gesto.

—De tu hermano y de Manué el *Espartero* que resusitara. Cuando se pone así la gente, lo mejó es meterse en la cama pa sudá. ¡Baya una tardesita pa un *debuten*!

—Pos una cosa digo—masculló Justo—. Y es que ar que se meta con mi hermano le saco las tripas.

En aquel momento, como si el público hubiese oído la baladronada y la quisiera contestar, obsequió á *Josele*, que había resbalado al meter el capote, con un chaparrón de burlas. Pero nada podía justificar la dolorosa indignación de Justo, porque las vayas y los dicterios eran repartidos con noble equidad. Se componían chistes á costa del ganadero y su familia; á costa de los picadores, que iban á cobrar sus duros sin reventarse; á costa de *Jaqui-*

*miya* y su camarada, que habían convertido á la res en un palillero; á costa de *Josele*, porque lucía una taleguilla tan vieja como ancha, y á costa del *Barberillo*, porque empuñó los trastos tan ceñudo y tristán como si le fuesen á llevar á la horca.

Al brindar, subrayaron cada palabra del infeliz con un olé frenético, y estas burlonas aclamaciones y los aplausos de mofa que las coronaron robáronle al *Barberillo* la tranquilidad que le restaba. Con una palidez de cadáver se acercó al toro, extendió instintivamente el brazo, sacudióle el hocico con la muleta, y sin que se moviese, brincó hacia atrás con un pánico ratonil. Redoblaron las carcajadas y las aclamaciones de befa, y el diestro, loco de pavor, gritándole á sus compañeros, sin saber lo que decía, pinchó dos ó tres veces en el morrillo del animal.

Su descomposición, su angustia, el trágico miedo que se reflejaba en su rostro, hacían retorcerse de risa á los espectadores.

—¡No lo mates!... ¡No lo mates!...—aulló un coro gigantesco.

Y el *Barberillo*, para partirle el corazón á la res é impedir que, con la vida, se llevase al corral su honra de torero, la acuchilló cuarteando, la estoqueó en los ijares, le cortó la piel del costillar, le tiró puñaladas á los ojos para cegarla. Mas como el pavor impedíale acertar y disminuía sus fuerzas, no pudo rendir al manso, que, acribillado y desangrándose, espiaba las maniobras del jifero. El público había dejado de reir, y las masas, invadidas por una sorda irritación, protestaban de la torpeza, de la crueldad y de la cobardía del verdugo. Una inhábil cuchillada arrancó rugidos vengativos, y un pinchazo que hirió al animal en un ojo, sacudió á la plaza entera. Fué un clamor inaudito de indignación. La multitud levantóse de sus asientos, y

diez mil rostros enrojecieron de ira, diez mil bocas escupieron maldiciones y ultrajes, una selva de brazos coléricos amenazó al espada, y un ruido de tempestad le asordó. Y entonces, el infeliz, anodado, inclinó la cabeza y retiróse al estribo.

Duraba el escándalo al salir el segundo toro, y su mansedumbre, igual que la del primero, lo agravó. Los lidiadores, sin tranquilidad ni ánimos, sólo procuraban acabar con rapidez para que la muchedumbre no los maltratase, y por su temeraria prisa fué atropellado un «mono» y cogido un banderillero. La res no era inofensiva como la anterior, sino avisada y recelosa, y defendiase diestramente.

—¡Miren, miren ustés como estira la gaita!—murmuró Justo, atortolado.

Y el *Ratón*, para consolarle, exprimió el limoncillo de su ciencia taurina:

—No hagas caso, que es un güey y no sabe ni corneá. ¿No has bisto que ha bolteao á *Piesdeliebre* na más que por quitárselo de alante?

—Sí, pero estira.

—¡Estira, estira!... ¡Como que meresían la jorca esos toreros por tabardiyos y por guasones!... ¿No ha de estirá si le han metío dos rejiletos cuasi en la mesma oreja?

—Y que es la derecha—observó *Cachirulo*—. Como se acueste de ese lao...

—¿Qué?—preguntó Trini—. ¿No ba á notar el bisio *Josele*? Pos en cuanto lo note, con entrá sobre corto y ligero y tapando bien la cara, y con ganar el pitón, lo tumba patas arriba. Y á berlo. Chitón.

*Josele* arrojó la monterilla con garbo después de brindar, retiró á los peones, y con una calma llena de energía, buscó á su enemigo. Toreaba por primera vez ante un público inteligente y en una gran población, y la novedad del caso y la conducta agre-

siva de la multitud le desasosegaban y le empavonecían. Tanto como del toro se preocupaba del público, y temía más deslucirse que morir. «Alegró» á la res agitando la muleta, la citó, y sin mover el pie derecho, girando un poco, le tapó la cara y vió pasar, al mismo tiempo que corría artísticamente el trapo, los buidos pitones, el morrillo amplísimo, el lomo poderoso y las ancas levantadas. Un murmullo de aprobación acogió el pase, y otros, si no tan perfectos, ejecutados con igual valentía, valiéronle unos olés entusiastas y un aplauso caluroso.

—¡Aguántalo ahí!—voceaba el *Ratón*, loco de júbilo, como si pudiera oírle su sobrino—. ¡Páralo más! Empapa, que eres güeno. ¡Olé! ¡Bendita sea la madre que te parió! ¿Pero tú has bisto que reondo, *Cachirulo*?

—¡Fenomená!

—¡Si tié la mano izquierda del *Espartero*!—añadió Trini con los ojillos nublados. ¡Si es un monstruo!... Y ahora á matá. ¡Asinita! Fijate en el aire, Justo. ¡Ni *Frascuelo*!

El mozo se había perfilado entre las dos astas, á un palmo del hocico, y esto acabó de entusiasmar á Trini.

—¿Eh? ¿Se enteró mi nene del bisio?... Pos agarrarse que se ba á meté como una bala ganando er pitón. ¡Duro, güen moso!

Pero el *Ratón* se equivocaba. *Josele* no se había puesto cerca para evitar el peligro; no pensaba en el peligro, sino en el triunfo, y para asegurarlo, colocóse frente á la cerviz, entre los pitones agudos; lió completamente la muleta, la movió á fin de que se fijase la res, y sin recordar su defecto, sin defenderse esquivando la probable cornada, avanzo con espantosa lentitud y hundió el estoque en el morrillo. Hubo un testarazo brutal; *Josele* retrocedió tamba-

leándose, con la diestra en el testuz, y antes de que hubiera podido reponerse y escapar, le alcanzó el marrajo, le volteó, se lo pasó de un cuerno á otro con terrible zarandeo, le arrastró por la arena furiosamente, y cayó de pronto junto á él con las patas rígidas y los ojos enturbiados por la muerte.

La multitud entera, conmovida hasta las entrañas, lanzó por sus diez mil bocas un inmenso alarido de piedad y terror. Algunos burgueses se levantaron para huir, la morralla miró con ansiedad á *Josele*, á quien habían recogido *Jaquiniya* y dos «monos», y el *Bruto* y sus conmlitones saltaron al redondel para examinar de cerca al bravo.

Trini no habló ni derrochó en gritos su energía. Se puso las botas ágilmente, se apoderó de la chaquetilla, y desabrochado y sin sombrero, corrió detrás de Justo, repartiendo manotadas.

Francisco Lasarte, el maestro Lasarte, ó el señor Curro el *Intérprete*—que de estas tres maneras se llamaba—por su gracejo, por su desparpajo, por sus manías y por su costumbre de colgarle mil requilorios á la verdad, alterándola ó disfrazándola, era en Sevilla más conocido que la rua y más nombrado que la Giralda, y más sonado que las narices. Había cumplido la cincuentena, tenía un labio remellado y un lobanillo en el cogote y miraba cerrando el ojo izquierdo, como si le apuntase á su interlocutor con un fusil. Después de beber—y bebía cual un hidrópico—charlaba con una prodigiosa volubilidad, y antes de beber, administraba su verbo—torpe, si no lubricábalo el alcohol—con una cicatería increíble.

Lasarte había sido un zapatero sin par. En su juventud, trabajó en los mejores talleres, aparando con destreza admirable, cortando á maravilla y cosiendo con una solidez y un primor portentosos. Los más ricos industriales se lo disputaban, los más famosos en el oficio le tenían por maestro, y hubo operarios con menos habilidad que él, pero con mayor agibilibus y con más pecunia, que propusieronle abrir en aparcería un establecimiento. Mas el magnífico Lasarte, que no estimaba gran cosa el arte

zapateril, no había nacido para corromperse en una silla batiendo suelas y cosiendo cueros, ni para amustiarse clavado detrás de un mostrador, ó prisionero al frente de un taller. La disciplina le encocoraba, el orden sacábale de quicio y la persistencia en el esfuerzo le entristecía. Así es que Curro empezó por reñir con los tenderos que le exigían mucha labor y alguna formalidad, y acabó despidiéndose con irónicas chuscadas de todos los que no transigían con sus caprichos ni respetaban sus constantes huelgas.

A salto de mata, dedicando días enteros á la ocupación salutífera de comer y beber, y pasando otros sin catar la gracia de Dios, estuvo algunos años, y ni el casamiento, el amor á la prole y las necesidades de su costilla, hiciéronle variar de conducta. Su cuñado, el *Ratón*, hombre agudo y formalísimo, le aseguró en cien filosóficas conversaciones que la libertad y el mosto eran compatibles; que si el excesivo trabajo convertía á un hombre en un imbécil, la huelga continua le secaba el manantial del pundonor, y que cuando el pundonor desaparecía, también se evaporaban las protecciones y los amparos. La indirecta final amedrentó á Curro, que solía exprimir con harta frecuencia los bolsillos de su cuñado, y decidido á enmendarse recurrió por última vez á su generosidad.

—¡Trini!—gimió, conmovido y lloroso—. Aquí ben-go pa que me jagas tiras, si te da por ahí.

—¿Qué pasa?

—Que tiés rasón.

—¡Hombre! ¿Por fin?

—Por fin. Ties rasón. Cuando las criaturas caen, naide tira de eyas. Y naide s'ofrese, y á naide se l'ocurre da una sé de agua.

—Esarto.

—Y yo, aunque gasto cá riñón como la copa d'un



pino, y aunque saludo á la miseria iguá que á la abundansia, y sigo p'alante tan cariparejo...

—Has reflexionao. ¿Nordá?

—Si es berdá. He reflexionao que mi mujé, que es mu retemujé y mu dispuestísima, aunque s'alimenta la infelí con una jebrita de carne y con una nués moyá ó con un jigo paso... no gana pa mercarse la jebrita, la nués y el jigo. ¡Y eso no pué se!

—Como que la has jecho una mártire, permaso.

—Pos s'acabó. Cuenta nueba, Trini. Si te tiran tu hermana y los chabales, empréstame sien duros.

El banderillero dió un respingo.

—¿Sien duros, peal? Pero, ¿me has tomao por la Casa e la Moneda?

—Te he tomao por la Casa del rumbo y del güen corasón. Y no te los pido pa mí, que no los meresco, sino pa la mártire de tu hermana y pa los muchachos. Boy á poné un tenderete en la bajaiya del puente, que es de mucho tránsito, y como en mi ofisio—y perdona la alabansa—soy un emperadó, pos, en un desir pum, los gano y te los entrego.

—¿Como hay Dió?

—¡Como hay Dió! ¡Por la salú de mis niños!

—Basta—dijo el *Ratón* con solemnidad—. Mañana pediré los sien duros—¡mardita sea mi sombra!—y te los pondré en la roía mano. Pero, una albertensia: si no beo yo el tenderete más pronto que la lú, te busco, te encuentro, aunque te metas siete estaos debajo é tierra, y te rebano el gañote. Y ni una palabrita má. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y Trini no tuvo necesidad de cumplir lo ofrecido, puesto que Lasarte, bien porque la aflicción de los suyos le hubiese llegado al alma, ó bien porque la actitud de su cuñado le hubiera empavorecido, habló con un carpintero—al que engañó describiéndole su

miseria—y con dos pintores malos—á los cuales, por ser malos, había decidido no pagar—y á la semana, inauguró su establecimiento. No se parecía á una tienda de campaña, á un aguaducho, ni á un kiosco, y tenía lona como las tiendas, interiormente, para que en los días muy calurosos se interpusiera algo entre la calva de Lasarte y el cinc quemador; tenía un depósito de aguardiente y un mostradorcillo al aire, como los aguaduchos, y tenía, como los kioscos, una forma ochavada y una cúpula bastante oriental. Pero lo mejor del tendajo, y lo que más alabaron los trianeros fué la muestra; aquella muestra, cartel de desaffo y anuncio comercial, que deslumbró á las gentes y sacó de quicio al gremio zapateril: «AQUÍ ESTÁ EL AMO.» ¡El amo! Los más convencidos de la superioridad del señor Curro, afeáronle su baladronería, y sus propios admiradores enrojecieron al leer la vanidosa y temeraria afirmación. ¡El amo!... ¿Podíase proclamar tal soberanía sin ser ridiculizado, aun viviendo en las mansiones cerúleas y llamándose San Crispín?

Mas si cayeron amigos y adversarios sobre el señor Curro, con vayas y cuchufletas, el público, que recordaba los prestigios de su cuchilla, no le desamparó. Y tantos zapatitos, tantas botinas y tantos brodequines salieron de sus manos, que junto al depósito de aguardiente, escondió un barrilito de olorosa manzanilla, y cumplió con Trini, y no pudo zafarse del carpintero y los pintores. Tal triunfo desvaneció un poco al maestro, que, al año de trabajar, cayó en la cuenta de que continuaba siendo una víctima. Antes lo había sido de los industriosos señores que le explotaban; ahora seguía siéndolo de las matronas y los donceles que lucíanse con su habilidad. Y como estaba desentrapado, con ropa abundante, con repuesto en la alacena y con unos duretes en

el cajón, cerró una mañana el tendajo, apuró unos chatitos, le sacudió el polvo á su mujer, para recordar las antiguas costumbres, y dedicóse de nuevo á desconchar paredes con las espaldas, á pulir bancos con el nalgatorio y á desgastar adoquines con los pies.

A veces, á pesar de su cariño á la vida birlonga, abría el «establecimiento», y charlaba amablemente con sus admiradores, ó aceptaba los encargos y oía las reconvenciones de la parroquia; pero estas rachas de formalidad, bien poco duraderas, acometíanle muy de tarde en tarde. Odiaba el trabajo; le abatía la sujeción que impone y la regularidad que exige, y le desesperaba gemir bajo su imperio, mientras librábanse otras criaturas de su fuerte yugo. Para librarse él también, y de modo que no volviera á esclavizarlo, resolvió, después de largas y hondas meditaciones, jugar á la lotería, é inventar algo pintoresco, útil y científico que se relacionase con los pies. Quiso construir un artefacto, al que llamaría «herradura racional», por ser una herradura claveteada á un ligerísimo calzado; mas desechó la idea, comprendiendo que el vulgo, con sus preocupaciones, se negaría á admitirla. Pero siguió buscando, ayudándose en su labor intelectual con sabrosas gargantadas de manzanilla, y como el vino despeja el meollo, y como el que busca encuentra, encontró. ¡Vaya si encontró! Lo más pintoresco, lo más científico y lo más útil que se pudiera imaginar. Unas botas para coger ranas, y otras para ejecutar bailes señoriles. Las primeras, de una piel sin pulir y verdes, con objeto de que imitasen al musgo, llevarían en las puntas, de un vivo color purpúreo, un trinchante de acero. El pescador meteríase en el riachuelo ó en el arroyo y apenas tendría que molestarse, porque los batracios, atraí-

dos por la púrpura, se aproximarían como unos babiecas y no podrían evitar los pinchazos del trinchante matador. Un detalle, de poca monta al parecer, hacía más provecho el invento. Y era que el tenedorcito, de quita y pon, después de pinchar á las ranas por el vientre, en el arroyo, serviría para moverlas en la sartén y para trincharlas en el plato. Con ser estas botas realmente extraordinarias, sus compañeros aún valían más. El primer calzado, rústico, fuerte, guerrero, elogiaríanlo, sin duda, los simples varones que viven en contacto con la Naturaleza, y que no emplean en su provecho, como defensa ó como arma, más que muy rudos artificios; el segundo, fino, señoril, voluptuoso, lo adoptarían esas gentes refinadas que, sin prescindir del instinto, han buceado en los mares de la sabiduría para agrandar y sutilizar el placer. Era de charol, como todos los buenos calzados de charol: con sus palas enterizas, con sus pulidos botones, con sus costuras sutiles, con sus calados primorosos, con su tacón sólido, esbelto y brillante... Pero, en ese tacón, estaban encerradas las fructuosas vigiliás de Lasarte, porque, si para un observador superficial, parecíase á todos los tacones, en cambio, cualquier hombre de peso, enemigo de juzgar por las apariencias, notaba en el acto que separábase con gentil independéncia del contrafuerte, y que un leve empujoncillo lo hacía girar con magnífica rapidez. Porque la filigrana cocida en el calefite del zapatero era un tacón giratorio; un tacón, que, merced á un eje engrasado, redoblaría la velocidad de los bailarines de mazurkas y valeses y permitiría dar vueltas con graciosa facilidad á los señores gordos y hacer volatines á los señoritos ágiles.

Abrió otra vez el tendajo; dió noticia de sus in-

ventos á la multitud en un cartelón llamativo, junto al cual puso unas botas pescadoras, armadas del trinchante, y unos zapatos giratorios; repartió zapatos y botas por las buenas zapaterías, y aguardó. Pero aguardó inútilmente. Parábanse muchos papanatas y muchos forasteros frente al kiosco, y maravillábanse algunos, y hasta vitoreaba la chiquillería al inventor. Mas ni los papanatas, ni los forasteros, que hacíanle preguntas interminables, se arriesgaron á demostrar de una manera práctica su admiración. Y no fué esto lo más grave, sino la actitud de ciertos mocitos que le criticaron y que pusieron á decir, con maligna grosería, que pescar ranas con tenedor era tan fácil como coger gorriones con cuchara. Esta observación y las risas con que fué acogida, disminuyeron el prestigio, harto debilitado ya, del señor Curro; pero no le alcorzaron ni hicieron mella en su acendrada fe. Además, las satirillas de la gentuza no podían sorprender á un varón tan cauto y reposado como Lasarte. Las esperaba, y si, esperándolas, construyó sus botas, no fué porque confiase en los pescadores de batracios, gente soez que, por su incomprensión, había de rechazar lo atrevido y lo nuevo, sino porque su altruísta amor á la ciencia no retrocedía ni ante el sacrificio. Los filifles de las imaginaciones creadoras eran buenos para hombres cultos, de ingenio cultivado, capaces de juzgar con talento, y dotados de la honradez suficiente para proclamar lo que fuera justo. Estas criaturas no cogían ranas, porque la alta sociedad desprecia un deporte tan ordinario; pero si no las cogían, y, por consiguiente, no habían de reparar en las botas pescadoras, en cambio, hacíanse cisco con sus bailoteos de salón, y, por fuerza, recibirían como un presente celestial los zapatos giratorios. Mas tampoco acertó esta vez el

señor Curro. Los educados, los hombres de talento y de conciencia, no fueron á decirle en sus barbas que era un rocín y un idiota; pero riéronse del tacón y burláronse á casquete quitado del majagranzas que lo había construído.

A los tres meses, las botas pescadoras, ni más ni menos que como un alcacer al madurar, habíanse puesto amarillas, y las de charol, viejas, sin haber sufrido el ultraje de unos pies, se habían resquebrajado. Y más resquebrajado y más amarillo que sus botas estaba el inventor, que sin aguardiente ni vino en sus depósitos, sin ropa decente, sin reposito en la alacena, y sin duros en el cajón, vióse obligado á entregarse á un usurero, pidiéndole unos dinerillos con la garantía del kiosco. A trabajar vulgarmente no se decidía, y confiado en que sus medras tenían que ser hijas del entendimiento más que de las manos, acabó de aventar á la parroquia que le quedaba.

—Baya, maestro—decíale alguno de sus fieles—; aquí estoy pa que me tome usted medida de los *pinrelitos*.

—¿Unas botas?

—Botinas.

—¿Pa la danza, ó pa pescá?

—¡Maestro... por la Virgen Santísima! Pa dir por las cayes, y gracias.

—Entonses—murmuraba el señor Curro—te pués largar.

—¡Pero, maestro!

—No te empeñes, que no te las jago. Si quíes botinas corrientes, busca á un sapatero.

—¡Ah! Usted ¿es fraile?

—¡Yo soy rejones de punta!

—Home, maestro, si bamos á fartá...

—Yo, no. ¡Tú! ¿No has leío ese carté? Y, ¿no

t'has enterao de que yo no confersiono más que botas ranteras y botas bailarinas?... ¡Pos entonces, guason!... Yo soy un artista, yo tengo una espesialidá que me he sacao del selebro, y pedirme á mí botas ordinarias es como peirle bacalao á un bendeor de relores.

Pasó otro mes, gastó unos cuartos en anuncios, sin que la publicidad le favoreciera, y descorazonado quiso apelar á los recursos supremos. Un día se aproximó al tendajo *Piesdeliebre*, torerillo con cara de hambre, que solía ordeñar la petaca del señor Curro, y éste le abordó:

—Hola, Juan.

—Que Dió le guarde, maestro.

—Calorsiyo, ¿eh?

—Caló, y penas, y rabia. ¿Tié usté un pitiyo, maestro?

—Pa ti, siempre.

—Grasias.

—Líalo más gordo, home.

—Tié usté rasón. Más grasias. Pero, pa que no se diga que abusa uno... Porque está uno, maestro, pasando las morás. Y siendo uno quien é, y poniéndose á la berita de los toro como se pone, y teniendo uno tantas facurtaes, que, mire usté, no es esageración: cuando no estoy mobio, se me ajunta tantísima fuersa en la musculatura, que doy una patá y del erseso de poer «me se» sartan los músculos.

—Fuersa é, Juan.

—Pos, sin embargo, arrepare usté qué facha.

—Sí que bienes derrotaiyo.

—¡Mortá!

—Y sobre tó, por las peanas. Y eso me duele, porque eso indica que los amigos no semos ná pa ti. ¿No bendo yo botas?

—Las bende usted—recalcó el torerillo.

—Y las fio, y si me sale der pecho, las regalo.

—¡Señó Curro!—exclamó con las lágrimas en los ojos *Piesdeliebre*.

—Las regalo, y te boy á regalá las mejores. Pasa.

Entró *Piesdeliebre* en el kiosco, tiró las alpargatillas que calzaba y se quedó hecho una pieza al ver que el maestro le ofrecía unas botas de charol.

—Pero... ¿giratorias, señó Curro?—dijo angustiado, aunque fingiendo una grandísima satisfacción.

—Giratorias.

—¿Ba usted á osequiarme con esa presiosidá?... Mire usted que yo me conformo con «mú poquísimo».

—Pero yo no me conformo. Las cosas se hasen bien ó no se hasen. ¡Giratorias! Una condisión te boy á imponé.

—Usted dirá.

—En quantito sargas de aquí, pué que te mire la gente, y pué que arguno, asinita que te haiga contemplao, te pregunte resperto á las botas.

—Pué que sí.

—Pos tú le dises que el costrutor se yama Curro Lasarte, y con eso m'habrás pagao.

—Se dirá.

—¡Ah! ¿Y de baile? ¿Bailas tú por lo fino?

—¡Maestro!... Un hombre como yo, ¿quiere usted que barse?

—Bien. No importa. Procura dí á argún jorgorio, y báilate anque sea un tanguiyo. ¡Ya berás los tacones! Y ahora, cudiaito ¿eh?, que no tiés costumbre. No es que no pueas andá; pues andá y de prisa. Pero no te buerbas sobre los tacones, porque, con que haiga una chispa de biento, bas á da más güertas que un trompo.

—No me borberé.



—Pos arrea ya, y que no se t'orbide el camino der kiosco.

No se le olvidó. Al día siguiente, cuando ni siquiera se acordaba Lasarte de él, apareció el torerillo, mustio, con la diestra vendada y con dos tolondrones en la frente. Curro le miró boquiabierto.

—Hola, Juan.

—Que Dió le guarde.

—¿Bienes de la guerra?

—¿Guasa tamién, maestro? ¿Ensima?

Le miró de reajo, entró en la tienda, quitóse las botas y las arrojó al suelo con desdén.

—Ahí ban sus alhajas—exclamó—. Que usté las disfrute, porque yo—¡mardita sea la hora en que metí en eyas mis pies!—no he nasío pa tanta finura.

—¡Juan, chiquiyo!—gimió desolado el maestro.

—Y otra bé, señó Curro, pa probá sus intensione, busca usté á un gato.

—¡Pero, Juan!

—A un gato, ó una persona de su familia.

—¡Eh! Poco á poco, chabá... ¡Cuidaiito con lo que se dise!

—Se dise lo que se debe desí. Y se debe desí, porque está uno cargao de esteras. Lo que se ha jecho cornigo, ¿no es un contradió? ¿Le he insurtao yo á usté? Y de mí ¿tenía usté que bengarse por argo?... Pos entonces, ¡so trasionero!, ¿pa qué me ha jugao usté la chaná de corgarme sus botas mardesías?

El señor Curro, lívido de dolor y de ira, golpeó la mesa reciamente.

—¡De mis botas—refunfuñó—no hay quien hable!

—Como que no habrá quien se las ponga. ¡Ni el Sí Campeadó que resucitara! ¿Usté cree que ha

parió madre á un gachó capá de pasarse la existencia de puntiyas? Pos de esa manera hay que andá con su inbento pa no escuartisarse. Y si me apura usté, ni de esa manera. Y míreme usté la frente y míreme usté la mano, que argún créito me darán.

—Y ¿qué es lo de la frente y lo de la mano? ¿Me irás á desí que te han pegao las botas?

—Casi, casi.

—¿Están encantás?

—Eso averigüelo usté. Lo que pueo contarle es que, al salí de aquí, y al bajá la cuesta der puente «me se» fué un tacón y «me se» torsió el compañero, que creí que me esnucaba. Pos señó, que me paro, colorao como un tomate, que los pongo en su sitio, porque se habían güerto der rebé y que echo á andá con cuidao, y que, con tó mi cuidao, trompieso, y doy dos güertas en reondo, y por milagro me queo agarraito á un faró. Conque, hijo de mi arma, boy y me pongo á estuidá aqueya tragedia, y por no descarsarme en público, sargo de puntiyas y empieso á nabegá. Pero ni así. En la Serrajería, ¡pan! un coche. Lo beo de bení como un bala, quiero sartá pa cuartearlo, «me se» orbida er pajolerísimo inbento, y ayá boy por el aire como un bolaó, hasta que pegué el jardo. Y luego, alébantese usté, y diga usté si le ha dolío ó no, y lár-guese usté de puntiyas, to esfaratao, y aguante usté el chuleo padre. ¡Bamo, señó Cúrro, que cuando yo, que soy más humirde que la humirdá, le he cantao á usté las cuarental...

La aventura de *Piesdeliebre* circuló, rióse media Sevilla de las botas de Lasarte y quedó éste des-acreditado. Con el descrédito, agotáronse sus recursos, se entenebreció su miseria y ya iba anublándose hasta su buen humor, cuando el azar quiso acudir en su auxilio y le favoreció con unos mi-

les de pesetas. Con muchos, con 60.000, porque el maestro no jugaba á la lotería esperanzado en remendar su pobreza, sino deseoso de subir de un golpe á las cimas de la fortuna. El notición dejóle turulato, y estuvo más de dos horas sin hablar; después, hizo que telegrafiasse á Madrid el administrador que le había vendido los décimos, para que confirmaran la noticia, y seguro ya de que la suerte le había visitado, cerró la tienda, se plantó en casa del usurero, á quien desde su altura desdeñaba y se cansó de insultarle, y, por último, cogió una borrachera fenomenal.

El empleo que había de darle á su caudal le preocupó hondísimamente. Tuvo intenciones de comprar un barco para recorrer el mundo haciendo propaganda de sus botas; se encariñó con el pensamiento de ofrecerlas personalmente al Gobierno inglés, que ignoraba lo de *Piesdeliebre*, y que de seguro las aceptaría, penetrado de su gran utilidad, y pensó en llevar las pescadoras á Suiza, país de muchos lagos y mucha humedad, donde abundarían las ranas. Mas estos proyectos no realizáronse, porque recordó Curro que era español y que España, perdidas las colonias, sólo contaba con el esfuerzo de sus preclaros hijos. Resolvió, pues, no herir con una defección á la madre; decidióse á perdonar á sus injustos conciudadanos, y fortalecido por la propia nobleza, le trazó nuevos cauces á su actividad. El comercio, si no á la gloria, guiaba á la fortuna; el comercio en grande, al que se dedicaban los que disponían de capital, era cómodo, limpio, descansado, entretenido... Un almacén de aceitunas, ó de telas, ó de objetos de arte, como tinteros, bolsas de señoras, ó cachirulos de cristal; una platería, una bodega, ó un café, harían dichoso á cualquier varón que quisiera disfru-

tar de la vida sin brumarse excesivamente los huesos. Escogió el café, negocio que le parecía segurísimo, y púsole los puntos al de *El Ancora*, venido muy á menos por la torpeza de sus explotadores, después de haber disfrutado de gran popularidad.

Estaba el café junto al muelle, frente al Guadalquivir, y no se parecía á los bulliciosos, á los libidinosos, á los elegantes y perversos establecidos en el cogollo de la población. Era un café morigerado, mientras no se emborrachaba la concurrencia; religioso, mientras no blasfemaban los que perdían al juego; sesudo, mientras no hacía filigranas con el gañote algún cantador, y pacífico, mientras no aporreábanse los hidalgos que lo mantenían. Sus moscas, pulcras y atildadas, comían con gentil delicadeza, libando con el mismo afán nivelador en el pestorejo rollizo de un «guindilla» que en la calva suculenta de un corredor; sus cucarachas, relucientes, gráciles, previsoras, pulían con paciencia ejemplar los cuadradillos de azúcar, por amor á los parroquianos; sus ratones, ingenuos, sagaces, prudentísimos, roían capas y pellizas para librarlas de manchurroneos indiscretos; sus gatos, bondadosamente astutos, ingeniosos y altruístas, arrebatábanle las tajadas á los glotones para impedir que se empachasen... Pues ¿y los camareros? Tan atildados y encantadores como las moscas—aunque no tan pulcros—, eran los camareros: raudos, valerosos, dominando como malabaristas el manejo del cristal y la loza, sabían distinguir á la primera ojeada el cognac del aguardiente; las hojuelas del te, de los granos aceitosos del caracolillo; el azúcar, del mármol de las mesas; los panecillos, de las tazas; los perros, de las personas... ¡Oh, qué servidores, divino Redentor! Tiesos ó encorvados, esbeltos ó panzudos, con los ojos zarcos ó endrinos, pelirrubios ó pelinegros, todos eran

igualmente afables, todos vestían chaquetillas cochambrosas, pantalones ennoblecidos por brillantes rodilleras, hijas humildes del trabajo, camisas de puños modestamente grises, para no deslumbrar, y botas de elásticos, de correillas ó de botones, pajizas ó negras, y rotas ó flamantes, pero siempre sucias. ¡Consoladora igualdad!... El mueblaje valía más que los servidores: las sillas con sus respaldos tiesos, rígidos como el deber, recordaban que la pereza es el último y el más terrible de los pecados capitales que se llaman mortales y excitaban, con su muda elocuencia, á no estar en el café más de cuatro ó cinco horas; los divanes, propagandistas aparentes de la molicie, tenían resortes justicieros que, intentando empalar á los perezosos, despertaban su conciencia, vilmente aletargada; los espejos, imparciales y benévulos, tan enemigos de la baja adulación como de la odiosísima sátira, reflejaban las imágenes con fidelidad de arroyos casi limpios, velándolas piadosamente, ocultando las arrugas con sus arrugas, y las calvas con sus manchas... La parroquia, por último, era formidable. Ni las cucarachas, ni las moscas, ni las mesas, ni los camareros, ni los divanes, ni los mismos caritativos gatos, tenían el mérito de los sustentadores del café. Se componía la parroquia de gente caballerosa y correcta que lavábase á diario, que daba cinco céntimos de propina, sin que se le arrugase el ombligo, que entendía enormemente de gallos de pelea, de caballos y de toros, y que demostraba su robustez atizando puñadas horribles al jugar al dominó.

Con todo, con el café, y con sus camareros, y con sus muebles, y con su parroquia, se quedó el señor Curro por un razonable puñado de metal, y, de acuerdo con su esposa, como siempre, porque su esposa, jamás—ni cuando empuñaba el bastón para

castigarla—le contradecía, dispuso que sus tres hijos arrojasen el cerote y la lezna y le prestasen su colaboración. La mujer, Dolores García, hermana del saleroso Trini, hubiera sido feliz hasta casándose con un moro y compartiendo el acíbar y la miel conyugales con quince ó veinte compañeras. Tenía tal convencimiento de su insignificancia y era tan humilde, tan corta de alcances, tan buenaza y tan infeliz, que nunca protestó de la esclavitud á que la redujo Lasarte desde que se casaron. ¡Qué protestar! Queriéndole con una pasión que lozaneaban los años, le servía con desinterés inmenso, admirábale y soportaba sus violencias. Para ella, Curro, más que una criatura mortal, era un dios, y sus vicios parecíanle virtudes, y sus ridiculeces, arrebatos geniales, y sus majaderías, aciertos inauditos.

Uno de sus retoños, el menor, tenía su dulzura, y, con su desmaña, había heredado también su paciencia, su modestia y su humildad. Justo, parco de palabras, tímido y corto de entendimiento, no sabía salirse—ni hubiera sido capaz de intentarlo—del carril que le trazaban, y su torpeza suplía con creces su voluntad. Nada despreciaba; á él—tan poquita cosa espiritualmente—nada parecía pequeño ni indigno de atención, y con objeto de sostenerse y no ser atropellado por los hombres de mérito, laboraba de sol á sol, como un azacán, sin cobardes intercadencias, huyendo de cominerías, alcucerías y blanduras regalonas. Y así, él, que entró con sus hermanos en el taller de un amigo de Lasarte, y que avanzó por los senderos de la ciencia zapateril como un caracol, mientras los otros avanzaban como tigres, siguió sus huellas sin desanimarse y poco á poco los fué emparejando gracias á su tozuda laboriosidad. A los dos ó tres años de silenciosa pelea, Justo, que habíase convertido en un diestro oficial, podía ufa-

narse de poseer la confianza absoluta de los amos y de contar con la adhesión de todos sus compañeros, y podía enorgullecerse de que su tesón le hubiera permitido ser el puntal que, en los tiempos difíciles, sostenía su casa.

El segundo, José, no estaba desprovisto de humildad é igualaba á su madre por lo bondadoso y á Justo por lo terco. Más la paciencia y la modestia no se destacaban como sus cualidades más salientes. Varón de fiera engalladura, enemigo de los laxos de moral, é instintivo perseguidor de los maestros en candonguería, jamás amparaba, como Justo, á los holgazanes, ni suplía á los viciosos, ni tragábase una broma pesada. Sin ser camorrista ni presumir de jaque, nunca rehuyó un encuentro á puñetazos ni dejó de corregir á un insolente. Y sin opinar como los desastrados que descuidaban sus obligaciones, ni una sola vez se excedió al cumplirlas. Era fuerte, esbelto y gallardo. Tenía la boca grande; los ojos negros y con algunas vetas rojas, como socarrados por un fuego interior; la nariz fina y curvada, el oído agudo, los brazos recios, las piernas ligeras, el gesto imperioso.

Agustín, el mayor de los hermanos, era más testarudo que los dos juntos; pero no se parecía á ellos más que por la testarudez. Orgullosa, discoló, baladrón y pendenciero, en vez de esquivar las cuestiones, las buscaba; presumido y farolero, esquilma-ba el árbol del amor para lucir preseas; desvergonzad y audaz, en el juego marcábale su rumbo á la fortuna para que no le hiciese víctima de sus caprichos; socarrón y bellaco, poníale el pie á toda inocencia para que cayese y le pinchaba á toda ridiculez para que se mostrase. Agustín disponía de tres armas de igual eficacia: la simpatía, el valor y la belleza. Su simpatía pasmaba; tenía el don singula-

risimo de cautivar las voluntades y de meterse en los corazones, y con un mohín oportuno, con cuatro carantoñas saladas ó con una réplica ingeniosa, hacíase de más amigos en un día que algunas criaturas, menos atrayentes, en mucho tiempo de bien obrar. De su valor altanero é impetuoso, que le arrastraba á cometer mil fechorías y que cegábale en los momentos de apuro, hasta los guapos de oficio hablaban con respeto, y del poder de su belleza vulgar, pero excitante y fuerte, de su belleza de pícaro que se sonreía con procacidad, que miraba con descaro, y que gesticulaba con cinismo, algo muy interesante hubieran podido contar muchas mocitas alocadas, generosas, ó inocentes.

A Agustín—su predilecto—púsole el señor Curro en el mostrador, para que lo ordenase y lo vigilara todo, mientras él, mezclado con el público—porque su grandeza aconsejábale huir de los puestos de relumbrón—, dirigía la batalla comercial; á Justo le encargó de cortar el azúcar y amontonarla, de aguar los licores y de recoger las fichas, bajo la dependencia de su hermano; á José le favoreció con la alta inspección de los billares, y á su compañera y esclava la metió en la cocina para que fiscalizase á los que fregaban y guisaban y al artista comprometido á darle un bello color negruzco á la mixtura que expendían. Y el maestro, el formidable maestro, se reservó las operaciones delicadísimas de refinar el café, mezclando su polvillo con el de unos huesos triturados; de examinar las bolas de pasta ó de marfil y dirigir la compostura de los tacos y el arreglo de la mediana, y de procurar que la parroquia no se aburriese ni un minuto y no pensara ni un segundo en aprender las leyes de la economía.

Sobre esto, podía tranquilizarse el honrado in



dustrial. En *El Ancora* nadie holgaba, pero nadie defendía su bolsillo. Los marineros, los corredores de granos ó de cuatropeas, los chalanes, los tratantes, los mohatrereros, los matarifes, los torerillos, siempre estaban metidos en faena, vendiendo, comprando ó chalaneando, y no cesaban de paladear las dulzuras del alboroque. El que no formulaba una proposición, meditábala, y el que no ofrecía un negocio, planeábalo. Lo de menos era la importancia de las transacciones: lo mismo daba trocar un case-río por una viña, que un jilguero por una pitillera, puesto que sólo procuraban aquellos valientes no deshonorarse ociando. La mayoría de tales monstruos de actividad, rayos del comercio, y flor y espuma de formalidad y discreción, llegaba á escape, sorbía el café de prisa, y tamborileando con los dedos, y agitando los nerviosos pies, y revolviendo los ojos impacientes, esperaba, encomendándose al dios azar. «¿Quién necesitaría algo? Una yegua, una perdiz, un cortijo»... Y nadie reposaba, y en todos los cerebros trazábanse planes ó imaginábanse tretas, y la inquietud en el salón era febril. El echador, con el mandil entre los muslos, limpiaba botoncillos de plata filigranada como un orfebre, con la intención de venderlos ó trocarlos por alguna cajetilla. Los camareros tiraban largas al limpiar los veladores y retirar el servicio, saludaban á los recién llegados con el «¿Qué va á ser?» de reglamento y negociaban como unos hombrécitos. Y los chalanes, los tratantes, los corredores, los vagabundos emprendían y remataban empresas mercantiles asombrosas.

—¿Quié usté jabón pa labá er perrito y matarle las purgas?—proponía un arriscado industrial.

—Home, no tengo perro.

—Y un chibo presioso, ¿se le antoja á usté? Lo

doy en cuatro pesetas, y eso que es un ala de mi corasón.

—Home, no me da por los chibos.

—Y sebá, ¿se le ofrese á usté?... Porque de argún modo ténemos que dí á nuestro abío. Hay pa usté ocho fanegas de sebá superió, pero superió, superió, superió.

—Home, le diré á usté. Como sebá... sebá no se m'ofrese. Pero si tubiá usté un ratonsito «embar-samao» pa jaser chiyá á las mositas, pué que mos metiéramos en trato. Jasta sinco reales doy por é.

—¿Palabra?

—Palabra.

—Pos esta mismita noche cojo yo el ratón pa que lo «embarsame» mi cuñao, y mañana lo tiene usté aquí más duro que una piedra. ¿Yamo?

—¡No fartaba má! Niño, una de mansaniya.

Como los del ratón eran casi todos los protectores de *El Ancora*; criaturas tan locamente generosas, que, más que por la ganancia, parecían negociar por el alboroque. Pero esta generosidad, resplandeciente en su estallido—al pedir—, no brillaba tanto después. En el mostrador había dos grandes pizarras para apuntar las deudas recientes, y un libro para registrar los débitos añejos. Y las pizarras llenábanse á diario de nombres y cantidades, y el libro, á los treinta meses de comprarlo el cafetero-inventor, no tenía limnia ni una página. Lasarte, recorriendo un día el conjunto mazorrado de sus notas, se alarmó. No era cicatero, ni le compungía remediar con frecuentes dádivas á los miserables; pero distaba mucho de ser un manirroto, y el mordisco que habíanle dado á su caudal los partidarios de la trampa le hizo comprender que sin una variación radical de conducta no tardarían en arruinarle. Y varió. La valiente parroquia se pasmó una

mañana al ver unos cartelitos en los que se advertía á los gorriones que estaban de más, y se notificaba á las personas formales que no se servía café á crédito, y después de pasmarse, sacó á colación las chilladuras zapateriles del señor Curro, y sin mostrar enfado, perdonándole la vida—«porque, al fin, á un pobre loco nadie le debía castigar»—, le satirizó cruelmente, le calumnió con sus vayas y le crucificó con sus burlas. Además, como los tramosos carecían del reje necesario para recobrar su buen nombre con el sacrificio de unas pesetas ó unos duros, y como, después del ultraje de los cartelitos, su dignidad de capigorriones caballerescos les vedaba sufrir la presencia de su insultador, decidieron, sin previo acuerdo, en un instintivo arrebato de hidalguía que les unió á todos, á retirar su protección á *El Ancora* y á declararle la guerra á su codicioso y ruin explotador.

No se atribuló gran cosa Lasarte con esta campañada. Al contrario, llegó á creer que un fiero rigor sería la droga que le salvase. Pero tan inútil como había sido la blandura, fué el rigor, y si antes acudía al café una multitud que molestábase al pagar ó que no pagaba, después de los cartelitos no abundaron más los pagadores, porque la gente no se volvió á acordar de que *El Ancora* existía. En el salón, después de servir á seis ú ocho parroquianos fijos y de fusilar con la mirada á algún forastero que pedía un solo café para obsequiar á sus pequeñines, ó á algún marino que salía sin dar propina, los camareros filosofaban ó se dormían para no aburrirse. Los mozos de rumbo, aquellos chalanes y aquellos corredores de los tiempos heroicos de la pizarra y el libro, que se sorbían como agua los licores y el mostagán, y que, aunque no pagaban, sostenían esforzadamente la institución de la propi-

na, no les molestaban ya con sus voces, ni les divertían con sus chistes. En el café no quedaba más que un bravo consumidar; un hombre de redaños que bebía toda clase de líquidos sin pestañear desde el amanecer hasta la media noche; pero ese bravo consumidor, que no se hartaba, ni cansábase, ni se rendía, era el mismo señor Curro, esponja de incalculable capacidad, que, á tragos, anegaba su melancolía.

La esposa y los hijos del maestro veían el nublarlo que les amenazaba y tampoco vendían satisfacción. Dolores tragábase las quejas y los suspiros para no molestar á su tirano, y se desahogaba contándole sus cuitas al químico de las cafeteras, que, por el desuso, iba perdiendo su habilidad, y á la fregatriz, que no fregaba, y que, pensando en sus pequeñuelos, tenía en los ojos, asustadizos y dulces, una perpetua interrogación. Justo no se alarmaba. Sereno, imperturbable, con la misma timidez, pero también con la misma entereza que cuando *El Ancora* colmábase de gente, partía el azúcar que á su cálculo habíase de consumir y la apilaba en los platillos. Y á esto quedáronse reducidas sus obligaciones, puesto que repartir fichas para no recogerlas, y aguar los licores para no expenderlos, hubiera sido absurdo. José, en el billar, entabló relaciones amistosas con Luis Balbastre, el encargado, antiguo jugador, á quien admiraba, y conoció á su retoño Dieguito, «maletilla» coquetuelo, que lucía un enorme tupé, y al que, por eso, llamaban el *Niño del mechón*. Amén de estas amistades, aprendió José en su departamento á tirar pasabolas, retrocesos, picados y récodos—aprendizaje que miró como una gran adquisición espiritual—, y, finalmente, su permanencia entre las mesas y los tacos le hizo ganar en buena lid un mote. Había en el

billar dos gatitos que presenciaban las partidas con la más cínica indiferencia, que procuraban desgarrar las capas de los jugadores y que no tolerábante á nadie una caricia. Ariscos, traicioneros y selváticos, vivían, entre los golpes del marfil y el estrépito de las disputas, en guerra con todo el mundo, y ni siquiera se ablandó su carácter zahareño con la dulzura de Luis y con la benignidad de Dieguito. José, enterado de cómo las gastaban aquellos dos pequeños tigres, no sólo renunció á conquistar sus simpatías, sino que los castigó en algunas ocasiones de un modo contundente, y por eso tal vez, porque los trataba con el despego de un felino y no con la piedad de un hombre, buscáronle los gatos y amansáronse con él y se le aficionaron y concluyeron por seguirle á todas partes. Esta afición singular fué notada y comentada, y un día, un jugador que pretendía ver á José y que ignoraba su nombre, preguntó por «el de los gatos». Y esta pregunta, por la molestia que le produjo al aludido, bastó para que le llamasen *Pepe el de los gatos*, entre burlas y veras.

Agustín no adquirió un mote, como José, porque inventarlos era una de sus gracias, y porque nadie se atrevió á competir con él en tan resbaladizo género de habilidad, y no vió, como Justo, reducidas sus obligaciones, porque no se las había impuesto el truhán ni hubiese tolerado que se las impusieran. Rascábase la panza, como su padre, detrás del mostrador, ó tumbábase en el diván, menos duro para leer novelas patibularias; comía á tente bonete, aunque poniéndole defectos á las viandas, á fin de que su delicadeza nativa de gran señor quedase á salvo; trasegaba, como el magnífico Curro, á todas horas, lo mejor de la bodega y las estanterías, y dedicaba su pícaro meollo á corcusir chascos

para divertirse á costa de la gente que le era anti-pática y aun contrariando, asustando ó entristeciendo á sus propios amigos. Unas veces, le hacía emprender un viaje á un infeliz señor—que, con mil sacrificios, había enviado á su esposa á un puerto de mar—, falsificando un telegrama en el que se le decía que la mujer había muerto. Otras veces, haciale creer á un marido que su compañera le engañaba, ó á un padre que su hija se iba á fugar con un bandolero, ó á un comerciante que su socio era un ladrón. Y cuando los embustes caían por tierra y los burlados, según su carácter, se lamentaban, le reconvenían ó acometíanle, Agustín se reía como un descosido oyendo á los humildes ó afrontaba el impetu de los orgullosos y temerones con un vigor sin igual. Había intimidado con dos matantes de nefaria reputación y con un tahur fantasioso, y los cuatro, con sus respectivas coimas, metíanse de madrugada en el café y entregábanse á los más bárbaros excesos. En una de estas francachelas, el tahur propuso jugar una partida, y Agustín, borracho, después de quedarse sin unos duros que sustrajo dignamente del cajón, perdió los cubiertos del café, todos los licores que encerraban las estanterías, ocho ó diez pilones de azúcar y las botas de vino. A la mañana siguiente, Lasarte, requerido por el ganancioso, no se negó á pagar ni se molestó siquiera en reprender á su primogénito, que roncaba, hecho una cuba, con la tranquilidad del justo. Mas si el benévolo padre se quiso ahorrar una escena violentísima é inútil, se resistió, en cambio, á permitir que continuara deslizándose el negocio en la dirección que su incapacidad y la malicia ajena le habían impreso, é intentó poner en orden sus asuntos. Revisó las cuentas, hizo, auxiliado por Trini, un arqueo minucioso, le pagó á sus proveedo-

res, se enteró de que Agustín, además de tragarse el café, estafaba, con documentos falsificados, á los verrugos, y comprobó que entre lo gastado y lo que debía gastar para que su predilecto no fuese á la cárcel, había perdido cuarenta mil pesetas.

Y aquí fué donde el señor Curro demostró la ductilidad de su inteligencia y el esfuerzo de su ánimo, porque, sin vacilar, convencido de que un hombre como él no podía encargarse, con probabilidades de triunfo, de la dirección de una empresa mercantil, traspasó *El Ancora* por lo que quisieron darle, y con cristiana humildad, volvió á sus zapatos. Es decir, á los zapatos volvieron Justo, con alegría; sin chistar, José, y Agustín, á regañadientes; pero no el inventor, á quien las derrotas hicieron odiar el oficio, y que, con los miles salvados del desastre, se propuso emprender otras faenas más descansadas, más en armonía con sus inclinaciones y con la índole inquieta de su talento y menos expuestas á fracasar. Dos profesiones enamoraban al señor Curro: la de memorialista, agradable y muy propia para que un varón demostrara su pequis, y la de intérprete-guía, que, por su dificultad exigía travesura, ilustración y delicadeza. Para ser memorialista bastaba con adquirir una mesa, unas cajas de papel y sobres, un tintero y una pluma. Para ser intérprete-guía necesitábanse muchos más requisitos. Era indispensable chapurrar el idioma de los muelles, jerga extraordinaria hilvanada con vocablos de todas las lenguas y todos los dialectos del mundo; hacía falta apoyarse en un bastón señorial de palo negro y de puño argentino, y encapillarse en un gabán holgado, y era imprescindible adornarse la cabeza con un «bombín» duro y lustroso.

El señor Curro se estableció en un portal, frente á la basílica, tan bien escogido, que desde su sillón

regodeábase viendo el Patio de los Naranjos, y comenzó á escribir las cartas que encargábanle los cargadores, los quintos y las criadas. Poco después notó que su ocupación dejábale mucho tiempo libre, y, venciendo sus escrúpulos, se resolvió á probar fortuna ofreciéndose á los extranjeros que visitaban la catedral. No tuvo valor para dedicarse al estudio de la jerigonza marineril; pero embutióse en un gabán de catedrático, que le daba un aspecto magnífico; compró un bastoncete de ébano, tan elegante, que no abultaba lo que un fideo, y se encasquetó un «bombín», tan reluciente, que no se le podía mirar, y tan bien despachado de copa y alas, tan gigantesco y tan pomposo, que en su confección debió de emplearse, entera, la piel de un burro. Después de este avance, que costó no pocos trasudores y disgustos al maestro, porque la morralla le escarnece y usaba como blanco para sus proyectiles el ingente hongo, las tareas del inventor no fueron muy penosas. A los forasteros que procedían de alguna ciudad de la Península les hablaba de su amistad con Cánovas y Albareda—á los que siempre calzó, porque, hombres de buen gusto, sabían estimar sus obras—; les convidaba, hacía les reír con sus chistes, y hasta perdonábales la propina si comprendía que no estaban muy sobrados de recursos. Sobre los extranjeros precipitábase como un chacal, y después de contarles mil «bolas», les estafaba tan tranquilo.

—*Yoni*, catedré. Esa e la catedré. ¿Bisité bu la catedré?

Si el *yoni* encogíase de hombros, el maestro le seguía, y, muy serio, guiñando como si le apuntase, le bombardeaba con sus mentiras:

—Misté, *yoni*... Digo, ¿es usté *yoni* ú franchute?... Güeno, es iguá. Pos, misté, aquí tenemos á San



Fernando, San... Fer-nan-do... Un santo de berdá, chipén, que mató más moros er solito que pelos tie usted en la cabeza. ¿Eh? ¿Qué dise usted? ¿Que *güi*?... Güi jasen aquí los cochinos. Sí, señó, ya me he enterao, *Güi, sen y nespá*. Que el santo no tenía espá. Pos asertó usted, hijo mío. Espá tenía, y más grande que una garrocha, pa darle *mulé* ar propio moro Musa. Ahora la beremo, y berá usted al santo, que se ba á la gloria toas las noches y por la mañana aparese en su urnia tan dormiito.

De tal modo aficionóse el señor Curro á estas andanzas, y de tal manera le asustó el odio que los trianeros teníanle á su «bombín», que, algunos días, por no pasar el puente cuando retornaban las cigarreras, y por no recorrer parte del barrio entre la hostilidad agresiva de los chiquillos, quedábase en el centro de la capital. Alternaba con Julio el *Intérprete*—un intérprete de veras, empleado en un hotel—; con un albañil que para sus amigos era un pozo de ciencia, porque no veía un edificio antiguo sin hablar del arté gótico, pasmado y con los ojos muy abiertos, y con un pendolista, para el cual todo era despreciable junto á un primor caligráfico. Julio, por cada «chato» de manzanilla, enseñábale al inventor treinta palabras francesas; el albañil, reconocido á sus obsequios, le entregó poco á poco la clave de su sabiduría, diciéndole que todas las construcciones de piedra son goticas, y árabes todas las de ladrillo, y que es barroca la pared en que hay barro, y platerescos los objetos en que hay plata; y el pendolista le adiestró en bastantes bizarrías de pluma y le descubrió el secreto de algunos rasgueos. Engolosinado Lasarte con la cháchara de sus contertulios y embaído por su sapiencia, alargaba más de lo regular las sesiones, con profundo regocijo de los gorristas y del dueño del colmado donde re-

uníanse, y en muchas ocasiones atravesaba el puente momentos después de salir el sol, por no haberlo querido atravesar á media tarde. Estas calaveradas no producían ningún disgusto familiar. Justo y Pepe, entregados al sueño, ni se enteraban de las locuras paternales; Agustín veíalas con indiferencia, y Dolores, sin voluntad, sumisa como una esclava, sonreíase ante el trasnochador y se hacía un ovillo para dejarle todo el lecho. Y así, confiado, el señor Curro, como si Dios le hubiese hecho la merced de otorgarle una segunda juventud, comenzó á correrla con el pendolista, que era un bellaco de tomo y lomo, y dejó de vigilar á sus hijos y de ayudarle á su mujer y de mirar por su casa, y una noche, después de un holgorio tremendo, se encontró, al retornar á su domicilio, con la novedad de que Agustín se había escapado llevándose el dinero, y de que su madre, atribulada, había querido tirarse por un balcón.

¡El dinero! ¡Los únicos miles que restábanle y que aseguraban sus ocios y garantizaban su independencia!... El señor Curro se despejó instantáneamente, y tan sereno como si jamás hubiese catado el vino, y guiñando con una solemnidad trágica, se acercó á su mujer—la pazguata, la imbécil, que no supo morir defendiendo el tesoro—, apartó de un manotazo á Justo, que la protegía, y sin decir palabra, le rompió el bastoncillo en el cráneo á la infeliz.

### III

José había asistido á algunas corridas de toros y á algunas nóvilladas con gran amor al espectáculo, pero con poca ó ninguna afición al oficio de torero. Jamás había pensado en ser torero; parecía que el lidiador era de una carne distinta y de una textura espiritual diferente de la del resto de los hombres, y se figuraba que desde pequeño manifestaría sus inclinaciones con mil temerarios arranques, seguros indicios de su vocación. Admiraba, pues, á los matadores, sin envidiarlos, con absoluto desinterés, sin soñar siquiera en imitarles y sin que sus hazañas le produjesen el cosquilleo de la emulación, y contemplábales en el circo, no como un futuro profesional que pesa y mide lo que ve y que escatima el aplauso, sino como un espectador indulgente y entusiasta, de los que sólo buscan ocasiones para aplaudir.

Iba á la plaza sin sombra de estímulos amistosos, porque no tenía trato con ningún torero, y, por instinto, simpatizaba con los temerarios mejor que con los prudentes, y con los de valentía fría y serena más bien que con los irreflexivos y bárbaramente acometedores. La tarde que se presentó el *Niño*, sentóse en la grada con visible preocupación, é intranquilo, sin saber por qué, buscóle entre las cua-

drilles en cuanto pisaron el ruedo, y ya no dejó de mirarle. ¡El Niño! En aquellos instantes no era el mozo torpón que pifiaba las bolas, que rompía los paños y que no sabía medir el más fácil recodo; era una criatura ágil y valerosa, cubierta de seda y de brillante argentería, que mantendríase indiferente junto á los brutos, burlándolos con el capotillo, y que en una ó en varias ocasiones desafiaria á las reses, correría hacia ellas descubierto, entre la ansiedad de la multitud, y esquivando la acometida, castigarialas con unos rehiletos. Y las castigó con arte y con redaños, y fué aplaudido, y con su buena fortuna crecieron la preocupación y la intranquilidad de José. Habíale invadido un sentimiento que no sabía definir. No era envidia, puesto que él no manejaba los rehiletos, sino la aguja, el martillo y la lezna; no era odio, puesto que él apreciaba á Dieguito, muchacho inocentón y decente; no era despecho, pues el del mechón, en vez de herirle, le había halagado con frecuencia en su vanidad. Y no obstante, le aplaudió sin fuego, y su victoria le puso un granillo de hiel en los labios. De mal humor, como si le hubiese ocurrido una desgracia, presenció el resto de la corrida, y sin ganas de hablar, alicaído y lacio, llegó á su casa y empezó á comer mecánicamente. Y de pronto, como si se hubiera rasgado la bruma que le cegó hasta entonces, un haz de luz brilló ante los ojos de su espíritu y lo inundó con claridad resplandeciente. «Lo que ejecutaba el Niño lo ejecutaría él, y si el Niño llegaba á competir con Pablo Herráiz, él llegaría á valer más que Pedro Romero.» Esta afirmación mental se tradujo en una puñada; le preguntaron, se disculpó, rojo como una amapolá, terminó de comer de prisa, á fin de que no le molestrasen más, y para continuar meditando tranquilamente, se acostó.

Al otro día, apenas vió á su compañero de mesa en el taller, Honorio Guzmán, á quien colgaron el remoquete de *Jaquimiya*, empezó á interrogarle cautamente para averiguar algo de lo mucho que ignoraba respecto á la vida de los lidiadores, y sobre todo, de lo atañadero al aprendizaje de la profesión.

Dió principio al diálogo con una pregunta que justificaba su curiosidad y que no traicionaba su resolución secreta :

—¿Te gustó Diego?

—¿Er *Niño der mechón*?—dijo Guzmán con un mohín de indiferencia—. No estubo mú desdichao.

—¿Desdichao? ¡Si tiraba mordiscos de baliente y se lo comieron á parmas!

—Baliente, sí; estubo baliente y ganó carté. La nobedá. Y luego, el aire der muchacho y er bestio de *mistó* que sacaba, y las simpatías. Pero, lo que es pa mí... No es que yo le quite ni le ponga. Es que yo *chanelo*, José; que sé lo que es un toro, y lo que píe un toro y lo que hay que darle á un toro.

—Sí, pero Diego...

—Diego tendrá cosas en er sentío, ó no las tendrá. Ahora, que si las tiene, ayer no las sacó. Un suisida... un inorante, que dibuja posturitas y se entrega. ¡Esta es la *chipendi*!

—Hijo, pos yo lo bi más seguro que la má.

—Porque no entiendes, José, porque no *camelas* como un torero. El arte der toreo es como el arte de las botas, aunque sin comparasión por lo bonito y lo difisi. Tié sus prinsipios, tié sus reglas, y hay quien coge esos prinsipios, y hay quien no se los mete en el selebro aunque se güerva mono.

—Y er *Niño*...

—Er *Niño* es un malacatón. Y no por torpesa naturá, sino porque no ha praticao, porque es un arma mía y un pampí, y se cree tené la siensia difusa. En

er toreo! ¡Me caigo en la belá!... Er toreo no se tiene dentro, José. ¡Yo soy quien lo dise! Er toreo, cuando hay corasón y fuersa y agilidad, se estudia, se practica, se perfesiona. ¿Te crees tú que por haber estao tres beses en los tentaeros y por haber atoreao en los bentorriyos á unos chotos ya se pué uno lusir en una Sebiya? ¡Sería grasiosó!... Pos no se ha preparao más er del mechón.

—Y sin embargo...

—Y sin embargo, ná. José, no porfies, que ya te he dicho que no *camelas*. Ese gachó se lusirá un día y beinte días, y si es mu listo, aprenderá, y si aprende, me cayaré. Pero es difisiliyo que aprenda, porque no tié base. Y er que no tié base—¡yo soy quien lo dise!—ó la entrega, ó aprende á cornás. ¡Er toreo!...

Sonrióse con irónica amargura mirando á su interlocutor, dióle unos martillazos á una suela y reanudó así su discurso:

—¡Er toreo! ¿Tú me bes clabaito á esta siya?... Pos no lebantaba dos cuartas, y pæsia enteramente un perdigón, cuando tiré er primé capotaso. Y desde aquer día no he jecho má que pensá en los toros, y pasá fatigas por los toros, y rascarme trastasos y comprá árniça y curarme cornás. Me sé de memoria toas las carreteras de Andalucía, conosco toftos los hospitales y he robao en casi toas las biñas. Y ¿pa qué tó esto, chiquiyo? ¿Me lo quies desí? Si yego á la artura de un *Ostión*, y gano cincuenta duros por corría, y atoreo setenta en la temporá, ¿qué? ¿Balén esos duros lo que yo he pasao?

—Quisá «que» no—replicó José gravemente.

—Sin quisá. No lo balén. Pero es que se emborracha uno y se güerbe uno loco con esta afisión. Y no se piensa en er dinero, sino en las *parmas*, y en bibir uno como un señó, y en tené las manos finas, y en

dir lujoso, yebando uno tos los días la ropa der domingo, y en que lo miren á uno, y en que lo saquen retratao, y en que las mujeres no se pongan moños con uno.

—Si que es güeno to eso.

—¿Que si lo é? ¡Como que por conseguirlo le hasta yo ar diablo unas botas de mi propio peyejo!... Más afisión tengo hoy que cuando empesé y eso que las he pasao tan negras, tan negras, tan negrísimas, que argunas beses me paresió tan difisi gorber á arrimarme á un toro como apagá de un soplo una estreya... Berá. Una tarde, queríamos dí á Boyuyo *Piesdeliebre* y yo, y mos subimos á un coche de tersera y mos tumbamos debajo de los asientos. Arranca er tren mu serenito, tracatrá, tracatrá, y nosotros, como las mismas rosas, hablando con los viajeros y tirándole peyiscos en las piernas á una *gruya* que se reía las tripas. Pos señó, que entra en er coche un tío esangelao, y se fija en lo de la *gruya*, y se pone á oserbá y guipa á *Piesdeliebre* y se enrea con é de palabras. Hay sus mases y sus menos, se apasiguan, y otabia estaba dando satisfaciones er tío, cuando mete debajo del asiento á una perrita que yebaba, pa que no la biese er rebisó, que se había presentao. Silensio en las filas. «¿Er biyete?» «Ahi ba»... «¿Er biyete?» «Ahi ba»... Y en esto, *Piesdeliebre*, que—tú lo sabes—es de lo más bengatibo, pa jeringá al esangelao, trinca á la perrita y le tapa la narí. ¡Pa qué se la tapó! Pega un sarto el animá, le arrea un bocaio en er gañote, suerta *Piesdeliebre* un chiyio que ni er pito der tren, se agacha er rebisó pa cogernos, y yo, que había dao mi palabra de dir á Boyuyo, y que soy—tamién tú lo sabes—esclabo de mi palabra, me atolondro, quiero juir, abro la portésuela, me cojo un deo al serrarla de gorpe, ya en el estribo, suerto er pasa-

mano, de doló que me entró, y ayá boy á la bía.

—¡Josú, muchacho!

—No, si eso no fué ná. Unas costiyas quebrantás y listos. Lo gordo fué lo de Arcása. Había hecho yo una temporaiya de capeas con mucho aquel. El cuerpo me estaba pidiendo toros, y aburrío de esta Sebiya tan *barí* y tan pajolera, me dije: «Honorio, bámonos á Madrí.» Y ar tren. De un sumbió me puse en Córdoba, y ya me pensaba yo que escondío debajo de los asientos podía presentarme en la China, cuando «me se» torsió er carro, hijo de mi arma, y aqueyo fué morí. Unas beses me echaban los pasajeros, disiendo que no querían ná con simbergüensas; otras beses me olian los rebisores, y así, andando y pidiendo limosna, ó hasiendo títeres en los topes, pude yegá á Arcása. Una estación mu grande—¡quemá se bea por los cuatro costaos!—, con una de bías por aquí y por ayí que mareaban. Pos me paso horas y horas biendo entrá y salí trenes, me entero bien, y, pa no equibocarme, le pregunto á un fator biejo: «Diga usté, güen amigo: ¿cuál es la bía de Madrí?» Y él: «Esa primera. Donde han colocao los cajones de toros.» «¿Los degüerben á Madrí?» «Sí, señó»... Figúrate. Bi er sielo abierto, porque «me se» ocurrió en el arto encajonarme y biajar como un prínsipe. Conque me doy un paseíyo pa que no sospecharan, y de madrugá, cuando arrancó er tren, me subí á una de las bateas donde iban los cajones, me encaramé á uno—porque estaban serraos—, lebanté la rejíya y me sampé dentro.

Hizo una pausa, miró como un farandulero trágico á José y le pregunto, tembloroso:

—¿No me he puesto amariyo?... Porque, na más que de acordarme de aqueya pesaiya, me se pone er corasón como un jigo paso. ¡Había un toro en er cajón, José de mi arma! ¡Un toro portugué, como una



torre, que si en iguá de caerle en las ancas, le caigo en los cuernos, me jase tiras!

—Y ¿qué hisiste tú?

—Pos muchas cosas, porque hubo tiempo sobrao pa tó. Al tocá al animalucho, me descompuse de tar manera que sorté algo maliyamente cuanto tenía en la barriga. Después, chiyé, aguanté las patás, me sumí engurruñaito en un rincón, resé el credo y la sarve y er con Dios me acuesto y prometí no arriarme más á un toro en lo que me quedara de bía... Y ya no sé más, porque me dió un insurto; y desmayao me cogieron en la plasa de Madrí.

La narración de *Jaquimiya* no era á propósito para animar á ningún cristiano que tuviese sus sentidos cabales; pero José, ya porque la ambición le hubiera barrenado el seso, ó ya porque desconfiase de la veracidad de su camarada, no se desanimó. En cuanto salió del taller, sin detenerse como otros días para trasegar un «quince», despaviló el condumio casero, y en dos brincos, con el último bocado en la boca, se metió en *El Ancora*, entró en el billar y felicitó cariñosamente al *Niño*. Diego, que no le había visto en el café desde que lo traspasó el maestro, agradecióle mucho más la finura—hecha tal vez con algún quebranto de la vanidad—y se marchó con su amigo, después de invitarle, en las más felices disposiciones para vaciar el saco de las confidencias. El toreo también emborrachó con sus seducciones al *Niño* é hizole conocer á nuestra señora la Amargura. Porque si Diego no se «encajonó» con una res, ni ensayó volatines en los trenes en marcha, como *Jaquimiya*, fué encerrado por don Luis, con escasisima suavidad, centenares de noches, y ejecutó danzas innúmeras bajo la recia estaca paternal. Balbastre, carambolista aprovechado, despreciaba á los toreros; verdad es que despreciaba igual-

mente á los obispos que no supieran calcular un recodo, y á los generales, los estadistas y los emperadores que no manejasen un taco á la perfección ó con relativa destreza, porque, para Luis, lo único en el mundo que merecía ser respetado, estudiado y consagrado era el billar. ¡El billar! ¡Un retroceso ciclónico por cinco tablas!... ¡Una de esas carambolas de fantasía, en las que el genio del jugador se inflama y fulgura con resplandores sobrehumanos!... ¡Una de esas jugadas prodigiosas en las que, como si la suela le infundiese un alma al marfil, corre la bola empujada, cual un duendecillo, y avanza, y choça y gira sobre sí misma, y detiéndose para volver á partir!... A fuerza de pensar en el divino juego, se le secó la meollada á Balbastre, y redonda, pulida, dura y elástica, quedósele en la tronera de su cráneo convertida en un n.ingo. Y, sin duda, por esta casualidad no muy corriente, Luis, que para meditar dábase tiza en el colodrillo, y que pinchaba los garbanzos con un seco golpe, como para picar de coronilla, y que imitaba al arrojarse del lecho el brinco de una bola al saltar la banda, por esta casualidad, Luis se empeñó en que Dieguito, que era un chambón indecoroso, se convirtiese en un luminar de su arte. Se resistió el muchacho, é intervino la estaca en las discusiones, y como la violencia, más que agua, es pólvora para las rebeldías, Dieguito, amparado por unos parientes, huyó del hogar, dejóse la coleta y el tupé y aceptó el apodo con que unos chulillos le rebautizaron.

El *Niño* no se quejaba de la suerte. Prescindiendo de las palizas que le administró Luis, sólo había encontrado rosas á su paso. Su tío, un barbero de fama, quería más que á las niñas de sus ojos, y le cuidó la coleta como hubiese cuidado un floricultor á una planta singularísima; su tía vestíale con rumbo, y ja-

más permitió que le agravara la miseria los duelos del aprendizaje; las reses le respetaron, por su buen porte, quizás, y por la gracia de su mechón, y á los pocos meses de agradable lucha, lució su talle firme y torneado en el gran ruedo andaluz.

Con idéntica serenidad que á *Jaquimiya* le escuchó José, y, así como las negruras del de la lezna no le habían asustado, las claridades del *Niño* no le confiaron con exceso. Indudablemente, era verdad cuanto decía el del mechón, y con las lecciones teóricas de unos lidiadores veteranos, practicadas después en ventorrillos, tentaderos y capeas, se podía aprender lo suficiente. Mas, ¿nadaban todos en la abundancia como Dieguito? Y sin un tío con caudal y una tía rumbosa, ¿qué lecciones se iban á pagar, ni qué años iban á alquilarse para los ensayos, ni qué excursiones se iban á realizar con la carne, la cama y el tren seguros?... De todo esto, y de sus ansias cada vez más ardientes, le hubiera hablado á su amigo; pero el miedo á fracasar en la primera intentona, el miedo á empavorecerse ante los toros, le hizo ocultar su resolución. Ocultándola, quería, sin embargo, probar sus aptitudes, y hábilmente llevó la charla por los derroteros que le convenían para que el propio *Niño* propusiera lo que, sin comprometerse, él no podía proponer.

—Cuarquiera pensaría— dijo expresándose con lentitud como si, después de reflexionar, resumiera lo que había escuchado—; cuarquiera pensaría que el torea es fásil.

—Y lo é—afirmó el *Niño*—. Teniendo condisiones...

—Y ¿quién sabe si las tiene? Y aunque se tengan. ¿Me bas á desir que ponerse elante d'un toro y jugá con él como ya juegas tú, es fásil? ;Fasiliyo!... Bamos, hombre. que no soy yo tan lila.

Dieguito soltó la carcajada, enorgullecido por la

indirecta adulación, y dió á José unas palmaditas cariñosas.

—Lo que tú eres es más güeno que er pan de fló. No, hijo—añadió gravemente—; ni me burlo, ni desagero. Contando con una mijita de arma, más sensiyo es tirá unos capotasos con sabiduría y clavá unos rejiletos, que apará unas botinas, ó cortarlas. Sino que en esto der toreo, pasa como en tó. Hay mucha inoransia en la gente, y mucho purito de aumentá, y mucho faroleo. Y como á los del ofisio nos conbiene poné las dificurtaes en la luna... Pero ríete tú, que, con dos años de lersiones, torearían jasta los micos.

Esta vez le tocó reir á Lasarte, que miraba con expresión dubitativa al torero.

—Conque los micos, ¿eh?—preguntó con sorna—. Entonses, dime, ¿por qué hay tantísimo miyón de afisionao y tan pocos mataores ó banderiyeros de carté? Y ¿por qué prinsipian algunos tan rabiosos y á las dos cornás se quean mansos? Y ¿por qué se retiran los más en cuantito no puen jui?

—¡Toma! Eso...

—¿Es mentira?

—No es mentira. Pero ¿qué tié que be con lo que yo he afirmao?... Yo he afirmao que toreá no es una marabiya por lo dificurtooso. Toreá, José; na más que toreá. Porque toreá á la perfesión, como un Montes ó un Pepe Illo, eso es ya salirse der tiesto y quererle hablá de tú á la Probidensia.

—Eso, y lo otro, y tó.

—¿Te quiés conbense de que no te engaño?... Pos si quieres, mañana tempranito nos bamos á la benta de Guaira, y con un beserro por delante, te conbenserás.

José, que no deseaba otra cosa, penetró al amanecer en el domicilio de su camarada, le ayudó á ves-

tirse, salieron de estampía, y en un coche que aguardábales, se dirigieron á la venta. El dueño, un se-sentón marrullero, cuñado de Manolillo el *Bruto*, les sirvió un tente en pie, sazonado por su amena char-la, y antes de que engullesen la refacción, comenzó á elogiar las cualidades de su «morito». Un «morito» para el amo de la venta era un becerro; y de tal mo-do quería el buen hombre á los «moritos», que jamás faltaba uno, gordo y de bella estampa, en la corra-liza de su hostel. Verdad es que los arrieros, los co-sarios y los trajinantes pasaban sin detenerse por el soladillo; que si alguna hetaira señorial deteníase en el establecimiento, rechazaba las groserías de su co-cina, y que la gente resuelta que lo visitaba, más que por sus licores y por sus comistrajos, iba por sus cornudos pupilos. Con su bravura negociaba el ven-tero, y despachando raciones de ilusión, entrevera-das con sustos, golpes y tal cual «puntacillo», iba el truchimán defendiéndose y ensanchando el cajón de sus ahorros. Como ignoraba si José y el *Niño* ha-bían hecho el viaje decididos á torear, para vencer sus dudas, si las tenían, ó para excitarlos, declaró que podía ofrecer un torete más noble que un recién nacido y más fiero que un tigre.

—Claro como la lú, sin picardía, una alhaja...—repetía poniendo en blanco los ojos.

El *Niño* no discutió. Levantóse gallardamente y arrojó tres duros sobre el mantel con la indiferencia de un potentado.

—Sértalo.

El coso de la venta era un corralillo irregular, am-plio á la entrada y que estrechábase poco á poco hasta terminar en un embudo. El cañón de ese em-budo estaba separado de la parte ancha por una tos-ca barrera, y junto á la barrera, al lado siniestro, veíase la puertecilla del toril. Unos cuantos burla-

deros ofrecían amparo á los lidiadores, y el piso, de blanda arena, les garantizaba la integridad de sus costillas. El *Niño* le dió un capote á José, recomendándole que se metiese en un burladero; aguardó él á su lado, y el viejo, después de soltar al «morito» y de cerrar el toril, se retiró.

No espantaba la res por su grandor, ni suspendía por su trapío. De raza más paciente y trabajadora que agresiva y guerrera, tenía, como todos los animales de su estirpe, el pelo largo y sin brillo, el vientre caído y rotundo, el lomo quebrado, las pezuñas grandes. Sus astas de eral—que por ser blanquecinas, denunciaban la vulgaridad de su origen—no insinuaban la curvatura bizarrísima que hace tan terribles las del toro de pelea, y rematabanse en dos pitoncillos gordezuelos. Era, pues, una bestia inofensiva, notable únicamente por su fealdad.

Sin embargo, á José le parecía enorme, y, cuando le avisó el *Niño*, un tembléqueo, imposible de dominar, le retuvo en el burladero.

—Anda, José. No te hará daño.

Se avergonzó, y abandonando con rapidez su trinchera, colocóse á una cuarta del banderillero.

—Bamos á empesá—dijo éste—por el a, e, i, ó, u, como en la miga. Boy á tirá un capotaño. Atención.

Aseguró el capote con la diestra por una de sus puntas, lo recogió con la izquierda, acercóse á la res, se lo arrojó al hocico, cegándola con sus velos, y huyó flameando la tela para engañarla. Después hizo la misma operación de asegurar el capote, recogerlo y arrojarlo; pero en vez de huir hacia el refugio, al acometer el eral, estiró el brazo para que corneara al capote, y escapó corriendo en contraria dirección, paralelamente á la res, que, al revolverse, dió con su cuerpo en tierra.

—¿Qué tá el recorte?—preguntó envanecido—  
¿Es fácil, ó no? Este es er silabario der toreo.

A José antojábasele que el tal silabario era de una endemoniada complejidad; pero brincó unas veces perseguido por el becerro, y hasta rodó empujado por su testá, y las barrabasadas del «morito» templaron sus nervios y tranquilizaron su corazón. Libre, á trastazos, del pavor que le entorpecía, seguro de sí mismo, con toda la potencia de su vigor y su agilidad, no sólo hizo cuanto el maestro ejecutaba, sino que, animado por la pequeñez del animal—que ya le parecía insignificante—, ensayó algunas suertes de las más comprometidas. El *Niño*, amigo de lo práctico y acérrimo defensor del orden—base de la pedagogía—reprendíale por su alocado ardor y aconsejábale la fiel observancia de las reglas; pero José, ensoberbecido, con un entusiasmo de orate, intentaba verónicas, navarras, faroles, largas, lances de tijerilla, cambios... Se empeñó, para rematar, en administrarle al novillo unos muletazos, y esto ya no se lo consintió su compañero. «La muleta—lo más hermoso y lo más artístico, ó lo más ridículo y más feo—no la debían profanar unas manos inhábiles. El *Niño*—¡y era él!—nunca la había tocado. Bien que los aspirantes á conquistar la gloria á estocadas se quedasen calvos á fuerza de estudiar la esgrima de la muleta, porque con sus maniobras, sagaces y temerarias, con sus cautos revoloteos, con sus sabios desafíos, atontaba á las reses, las desengañaba, las rendía y entregábalas inertes al estoque. Pero los que no habían de matar, ¿para qué necesitaban adquirir unos conocimientos completamente inútiles?... La muleta se inventó para dominar á los brutos y matarlos con menos exposición. Era, pues, necio y absurdo empuñarla cuando no se pretendía empuñar también el estoque.»

—De acuerdo— asintió José con viveza—. Pero, ¿sabes tú si yo boy ó no boy á matá?

Si al hijo del señor Curro le hubiesen salido unos cuernos y un rabo, no hubiese sorprendido á su camarada más de lo que le sorprendió con su respuesta.

—¡Pero, José!—exclamó el Niño, maravillado—. ¿Te has güerto loco?

—¿Porque se me antoja matá?... Entonses, somos muchos los locos.

—Pero ¿cómo te ha dao esa picá, chiquiyo?... De manera que ayé te creías que er toreo era el imposible de los imposibles, y hoy... á los tres capotasos...

—Hoy me he conbensió. Tenías rasón. En ná se hasé uno torero, si no se asusta. Y sin lersiones. Con fijarse y con praticá... ¿A que le pongo ar nobiyo dos palos cuarteando sin que abras tu boca?

—A bé.

—Cuádramelo.

—¿Pa qué? Ya se cuadrará solito.

—Es berdá. Prepáramelo.

El del mechón capoteó al eral inteligentemente y lo dejó á dos metros de la barrera, mirando á su amigo. José no vaciló: dió un salto para que la res le mirase, avanzó con rectitud á un paso menudo y lento, torcióse de pronto hacia la derecha y aligeró al embestir el animal, y se detuvo un segundo, á unas pulgadas de los pitones, y señaló el par en la cruz.

—¿Bale?—preguntó con jactancia.

—Y rebale. Y aquí estoy yo pa desirte que el que asierta de ese modo la primera bé, tiene mucha sustansia en el tuétano, y ha de dá mucha guerra.

—Agraesiendo, Niño. Y jaga Dios que asiertes.

—Dios lo jaga.

La lección fué el coronamiento del edificio de ilu-



siones que había levantado José. Probadas sus fuerzas victoriosamente, nada arredrábale, y trataba ya de salir en peregrinación, desafiando al destino, sin miedo á las penalidades que sobre él lloverían y seguro de trocar muy pronto en riqueza la escasez que con su marcha angustiaría á los padres abandonados. No tuvo ni un momento de vacilación, ni dejó de acariciar, fogosa y arrebatadamente, sus proyectos, ni pensó más que en realizarlos. Mientras aprisionábale el taller, hablaba con *Jaquimiya*, y éste, que había madurado un plan para adquirir renombre, y que estaba decidido á plantarse en el redondel todos los domingos, y á saltar de cabeza á rabo ganaderías enteras, animábale con su misma desesperación. Honorio, enteco, débil, escuchimizado, con toda la vida en sus ojillos brunos, no confiaba jamás; pero jamás declarábase vencido, porque, tanto como por vencer, peleaba por pelear y por hundirse en voluptuosidades hasta el cogote en los momentos de tregua. Animábale, pues, Honorio; salía en brasas del taller, y esas brasas convertíanse en tremenda hoguera por las noches, bajo el soplo encomiástico y adulator del *Niño*. Y exaltado por ellos y acuciado por su propio afán, tenía ya en planta su primer viaje, y sólo aguardaba una ocasión propicia para partir, cuando un suceso inesperado le detuvo. Agustín, el prófugo, el ratero, el desalmado, regresó. Y no regresó humilde, contrito, derrotado y lloroso, sino resplandeciente, triunfador, con más fanfarria que nunca y más orgulloso, más zumbón, más dicharachero y más ladino que antes de largarse. Venía de cortar el bacalao en cien poblaciones de Castilla, Aragón y Vizcaya, y, sin duda, para facilitar esa delicadísima faena, habíase modificado hasta en la pronunciación, y respetaba la integridad de los vocablos, y

ponía las eses en su sitio, y no transformaba jamás una dulce hache en una jota agria y asperísima. Su indumento, de corte señorial, maravilló al buen Cuadro, y sus alhajas—aquel reloj de oro gigantesco, y aquellas sortijas con solitarios y rubies, y aquel alfilerón como un estrella—deslumbraron a toda la familia. Pero la familia, aun más que las alhajas y la ropa, admiró la generosidad de Agustín, que, al ver á su padre, sin permitir que le abrazara, sacó una cartera hinchadísima y un fajo de billetes, como un libro, de la cartera, y le entregó al maestro cuanto le había usurpado. A esta escena de ternura siguieron otras de regocijo y alegría. Agustín, espléndido como un nabab, encargaba comidas succulentas, regalaba trajes á sus hermanos, satisfacía los caprichos del inventor y hasta obsequiaba con baratijas á la «señá» Dolores, que le miraba como á un ídolo y que llenábale el rostro de lágrimas y de besos. Las fuentes de donde extrajo sus metales el fierabrás se ignoraban; pero él, entornando los ojos y retorciéndose el bigote, refería las originalidades y los atrevimientos de ciertas señoronas, é insinuaba que habíase prestado á malignos juegos y á sabrosas complacencias. De los naipes también habló, y como no dudaban de su fortuna en esas lides, dejó de preocuparles y de intranquilizarles el origen de sus dineros.

José hizo muy buenas migas con Agustín. Como rindiendo un homenaje á su experiencia, se confió á él, y no le quiso ocultar la nueva dirección que le imprimían sus aficiones, y el tahir, alegremente sorprendido, premió la confianza con un abrazo, y le ofreció su ayuda. Se ufanaba de verle obrar varonilmente y aconsejábale que, por todos los medios, se quitara la roña de la miseria. «Por todos los medios, por los buenos y por los reprobables,

matando toros ó matando hombres, si lo hiciera preciso la necesidad». Pocos días después de su llegada, estuvieron los hermanos en el ventorro de los «moritos», porque se le antojó á Agustín contemplar al pequeño delante de una res, y á éste no le disgustó el antojo. Toreó con más valentía que soltura y no pudo conseguir ni los modestos triunfos de la primera tarde, porque el eral, picardeado, toreaba ya tanto como él, y no permitía que le engañasen con recortes ó cuarteos; pero la prueba satisfizo al jugador.

—Está bien—dijo sonriente—. No eres un torero, pero tienes agallas y lo serás. Por ahora, lo que tú necesitas es correr mundo y ensayarte, porque en la zapatería no te queda ni el recurso de torear al maestro. El maestro es un cabrito y á ti te hacen falta toros.

—Eso es verdá—afirmó José.

—Pues si es verdá, tira el cerote y la lezna de una vez y que haga zapatos el nuncio.

—Sí; pero... es que yo...

—¿Qué te apura, hombre?—exclamó el fullero, que adivinó la calidad de los reparos que apuntaba la adversativa—. Tú no tienes que preocuparte más que de subir. La casa la sostendré yo. Lo mismo que le he dao á padre sus diez mil «beatas», le daré otras diez mil que no sean tuyas. Conque ánimo y adelante. ¡Ah! Y otra cosa: los mudos pa el gato, como dicen en Madrí. De modo que cuando te entre debilidá en el bolsillo del chaleco, no te muerdas la lengua.

El futuro lidiador tuvo que hacer un violento esfuerzo para impedir que unas zapatetas infantiles conspirasen contra su respetabilidad de mocito barbado. Pero si no exteriorizó tan primitiva é inocentemente su júbilo, consintió que se tradujera en

sus resoluciones y que las bañase de vanidosa altivez. Y de este modo, envanecido y con sobra de jactancia, comunicóle á Diego que ya se defendía con un protector, y despidióse de sus compañeros de faena, y, sin despedirse del amo, no volvió á asistir al taller. Una noche se decidió á afrontar las iras del señor Curro, y hábilmente, fué enumerando las ventajas del arte taurino, para conseguir que el maestro le permitiera cambiar de profesión, sin que éste, poco perspicaz, le calase las intenciones ni se interesara en el relato. Herido en su confianza por el mutismo paternal, esperó á que llegase Agustín, que, con su influjo, disminuiría los riesgos del choque. Pero Agustín, el mozo elegante, dicharachero y hablador, entró muy pálido, con una blusa negra sobre la cazadora, sin ganas de hablar, torvo el semblante y azorados los ojos. Con una languidez de mal agüero, dijo que llevaba la blusa porque esperábanle para ir de jarana unos amigos de clase humilde, y él no quería desentonar; le suplicó después á Justo, sin caer en que se contradecía, que le aguardara en un coche al final de las Delicias, junto á la palmera, con objeto de asistir á un encierro de toros en el Empalme, y por último, muy lacio y con una gran lobreguez en el rostro, les advirtió que quizás le calumniaran, que quizás le buscasen...

—¿A ti, hijo mío?—chilló Dolores, convulsa—. ¿Por qué te han de buscá? ¿Qué has hecho tú?

Y antes de que replicara Agustín, sonó un campanillazo, y José, lívido, vió desde el corredor los tricornos de los guardias, detrás de la cancela. El fullero levantóse de un bote, interrogó con los ojos á su hermano, llevóse á la boca el índice, ordenando silencio con un rudo ademán, y reptó calladamente por la escalera. Los civiles y un galgo

de la policía que les acompañaba, no hicieron más interrogaciones que las indispensables, ni emplearon mucho tiempo en registrar; mas ese tiempo le bastó al perseguido para frustrar la esperanza de sus perseguidores, y los civiles, después de subir á la azoteilla, marcháronse chasqueados. De Agustín, á quien, de fijo, nacióronle alas, no se volvió á saber, y su fuga comentóse de muy distintas maneras. Hubo quien insinuó piadosamente que el primogénito de Lasarte se engalanaba con unas joyas que habían salido de la joyería por el sótano, y no por la puerta, y sin el permiso del orfebre; hubo quien nombró á Agustín después de recordar unas misteriosas aventurillas de falsificación y robo; hubo quien elogió las prendas materiales y morales del fugitivo y mostróse admirado de la industria hampesca, y hasta un burgués gordinflón, víctima del fugado, le colgó la muerte de una vieja riquísima. Pero, con claridad, nada se supo, y los periódicos sólo indicaron que reclamaba al trianero un juez de Valladolid.

Esta catástrofe le produjo una impresión espantosa á José y le hirió en lo más noble de su orgullo. Avergonzado, como si la reprobación burlona de la gente cayera de un modo directo sobre él, apenas se atrevía á salir. Ya no tratábase únicamente de soportar las mortificaciones que le infligía la morralla al poner un pícaro comentario á las ridiculeces del señor Curro; era cieno el que le arrojaban, y carecía del necesario vigor de espíritu para soportar su pestilencia. Una maligna acusación acabó de acongojarle: se decía que habíase despedido del taller para vivir á costa del bandolero y quizás para auxiliarle en sus empresas, y José, comprendiendo, después de cebar su cólera en algunos calumniadores, que no podría contener el torrente de la dicaci-

dad, para que no le envolvieran sus aguas ni le golpease su furia, se marchó.

Los primeros días no fueron muy alegres. Marzo, con sus vendavales y con sus brucas alternativas de lluvias heladas y de sol ardoroso, deteníale con frecuencia. En los pueblos, sumidos en el melancólico sopor invernal, mirábanle con extrañeza, como á una golondrina que hubiese anticipado su excursión primaveral, y tratábanle con rudo desvío. Aún los sembrados verdes dependían de la misericordia del Señor; aún las cañas del trigo, sin granar, mecíanse bajo el dosel de los cielos, al que los labradores interrogaban con angustia; aún no había llegado el tiempo de planear zambras, de exhibir en procesión á las imágenes milagrosas, de correr hacia el ferial con el puro en los labios y la flor de mastranzo ó de citiso en el sombrero, de recibir á los torerillos con un gesto franco y unas buenas palabras de bienvenida... José, ya que no podía lidiar en becerradas ó capeas, ni intervenir en aquellas funciones que organizaban los pelantrines flamencos para lucir su garbo con novillos ó vacas, comenzó á recorrer las fincas de los criadores de toros y á concurrir á los tentaderos. Unos granujas, que lo mismo tiraban un capotazo que retorcíanle subrepticamente el pescuezo á una gallina, uniéronse á él, y en tan buena compañía, confiando en la experiencia y en las firmes amistades que debían de tener aquellos esforzados caballeros, se presentó en algunos cortijos. Mas ni la experiencia de sus conmitones—veteranos del hambre y voluntarios de la picardía—le ahorró la más leve penalidad, ni sus amistades aligeraron en lo más mínimo el fardel de sus apuros. Disfrutaban los «malletillas» de tan justa notoriedad, que en ciertos cortijos, al verles, soltaban los mastines y empuñaban

los aperadores las escopetas; en otros, acogíanles con tan irónicas alabanzas que les hacían salir respahilando, y en algunos—poquísimos—se prestaban á darles hospitalidad. Pero ¡qué miserable, qué nefaria y qué inicua era la tal hospitalidad, y cómo la pagaban los infelices torerillos!... No contendían sólo con vacas inocentes y con becerros noblotes: para divertir á sus mecenas, tenían que lidiar á los abuelos de la vacada, á unos brutos enflaquecidos por la siembra de la especie y amaestrados por el peso de la ancianidad, que no desfogaban su selvaticidad persiguiendo á un capote rojo, que no desperdiciaban su vigor corriendo tras una tela y corneándola, sino que, inmóviles, recelosos y en acecho, no arrancaban más que para coger, ni esgrimían sus longuísimas astas más que para herir. Si resistíanse á desafiar á los abuelos, se les expulsaba, motejándolos de gorriones y cobardes, y si no se resistían, era premiado su valor con chanzas tan inofensivas como las que consisten en aderezar con jalapa los alimentos, soltar un novillo en un dormitorio, ó aplastar una privada en la nariz de un ciudadano dormido. Tales bromas y otras no tan mal olientes, pero de refinadísima crueldad, apartaron á José de los coletudos. Pasó unas semanas en un pueblo, de mozo en un billar; consiguió que el amo, hombre caritativo, le reservase su plaza, y contando con este refugio, reanudó sus excursiones. Celebrábanse ya capeas, y para José, que no fallaba á ninguna, comenzó una vida heroica. Muchas veces recorría por la mañana tres ó cuatro leguas, con el hatillo al hombro y con las botas en el hatillo, para que no se rompiesen; llegaba carleando al lugar de la función, y, para reponerse de la fatiga, pasábase la tarde entre chulos y melenos, toreando á unas bestias mansejonas que arremelían por desespera-

ción, ansiosas de limpiar de obstáculos su camino; y por la noche, si «la afición» no había premiado su bizzarria con unos dineros que le proporcionasen cena y yacija en la posada, embaulábase unos mendrugos y se tumbaba al raso en las eras, ó emprendía el viaje de retorno. Molestábale torear en estas plazas de andamios y carretas, á trechos empedradas y terrizas á trechos, más que por la mansedumbre de las reses que en ellas se corrían, por la desigualdad del piso—lleno de altibajos y rejoles—, que era una constante amenaza, y por la necedad de los espectadores; y para ahorrarse estas molestias, prefería concurrir á los tentaderos y dejarse maltratar por señoritos y criados, ó asaltar, ya anochecido, las fincas, y torear á la luz de la luna á los cornudos de fiera raza.

Esta vida heroica ensombrecía las dulces claridades de la libertad con algunos fuliginosos nubarrones. Era muy bonito caminar con la presteza de un gorrión y con su equipaje; era muy bonito comer lo que brindaban las munificas viñas y las generosas higueras, y apagar la sed en los claros arroyos, y dormir en un rústico lecho bajo el fulgor de las estrellas; pero no siempre fulgían las estrellas cuando el cuerpo rendíase al cansancio, ni presentábanse á tiempo los arroyos para apagar el ascua de la sed, y las uvas y las brevas, mejores para exonerar un vientre ahito que para fortalecer una andorga traspillada, tenían fusiles y colmillos que las guardasen. Tamaños inconvenientes le apretaron el corazón más de una vez al hijo del señor Curro; mas imaginábase el regreso á Sevilla y volvía á escuchar las risotadas malévolas, los comentarios bellacos y las suposiciones sarcásticas, y enrojecía de cólera, embravecido como un león, y juraba no regresar derrotado. Todas estas crisis se



resolvían con idénticos arranques de voluntad; el mozo, como si extrajese vigor de su desamparo, redoblaba la energía de sus esfuerzos, y rebelábase contra los golpes del infortunio, y de esta manera, oponiendo la testarudez á la dificultad, fué poco á poco elevándose sobre sus competidores y averiguando los secretos de su arte. Todavía, al practicar sus conocimientos teóricos, sufría continuos descalabros: el capote, sacudido por él, no era una muralla donde se estrellase la ferocidad de las reses, y la muleta en sus manos carecía de eficacia y de sal; pero comprendía sus errores, estudiaba el origen de sus defectos para corregirlos, observaba á las fieras é iba adivinando la táctica instintiva que presidía sus movimientos ofensivos y defensivos, y con lentitud y seguridad comenzaba á orientarse. Sus tanteos con el estoque le entusiasmaron. Siempre ocurría lo mismo: colocábase enhilado con la cerviz, agitaba la muleta, embrocábase con la codicia de pinchar en buen sitio y hondo, y como se olvidaba de indicar la salida al animal, guiándolo con el trapo, sufría un golpe en el vientre ó ejecutaba en el aire unas gambetas. Pero los estoques hundíanse hasta el puño; las bestias, heridas en las agujas, desplomábanse instantáneamente, y José, desdeñando sus expediciones aéreas, se decía: «Le cogen á uno; pero, dejándose uno coger, mata.»

Sus progresos no alteraron su buen natural, ni hiciéronle arisco y orgulloso con sus camaradas, ni excitáronle al descanso con las mentirosas garantías de un triunfo próximo. Cada vez más humilde, más desconfiado y más activo, aprovechaba su naciente crédito para centuplicar, sin una piadosa oposición, sus trabajos, y para jugarse la piel en aventuras de bárbara dificultad y enorme peligro. Nada le detenía ni le acobardaba: ni las flaquezas de la

carne, ni las rebeliones egoístas del espíritu, ni los obstáculos de la ciega Naturaleza, ni el indiferente ó interesado parecer de los hombres. Se dirigía hacia su objeto con la indefectible rectitud de una bala, y no ahorrábase un sinsabor ni una amargura, pensando que ellos abonarían las rosas que había de cortar en lo porvenir. Los torerillos tras-humantes comenzaron á ensalzar su garrideza y á poner en los cuernos de la luna sus desafortadas demasías, y los labriegos comentaron sus hazañas. Un día, por una apuesta, toreó en un cortijo—solo, en medio de la llanura—á un marrajo, cornalón y viejo, que había sido capoteado tantas veces, aprendiendo tantas malicias en sus excursiones, que engañarle y vencerle creíase una empresa casi sobrenatural. No obstante, José, con sus piernas de acero, más que con sus habilidades, y con su temeridad más que con su sabiduría, hostigó al cornalón, evitó sus derrotes cegándolo con el capotillo, lo quebrantó retorciéndole el rabo, lo hizo correr, cornear, mugir de rabia, escarbar perplejo, después de sus traidoras acometidas, y echarse, por fin, rendido. Otro día, en Benalcázar, durante una capea, enganchó una res á un mozalbete, y, para librarlo, le cogió por la cintura, le arrancó del cuerno que habíase hundido en la faja, y al retroceder, sin tiempo ya para defenderse con el capote, fué volteado. Estas atrocidades, loadas con verdadera admiración, le iban limpiando el camino, pero no se lo desembarazaban completamente. Quería asistir á los tentaderos para perfeccionar su saber incipiente lidiando torillos claros y nobles; mas realizar este deseo era difícil, porque los criadores de poca fama, que solían acceder á que trabajasen los «maletas», solían utrerlos sin bravura, y los criadores de fuste sólo permitían bullir á los toreros de reputación y

á los amigos á quienes invitaban. Sin embargo, José, hecho ya á los desaires y á las groserías, presentábase á los amos de las vacadas célebres, pedia permiso para ayudar en la faena, y por la buena traza del mozo y por su simpática humildad, concedíanselo alguna vez. Tales rachas de suerte le hicieron prescindir de los consejos y de las advertencias de los maletillas, y cuando le recomendaban que huyese de un criador por su crueldad ó por su genio descortés, apresurábase á buscarlo, seguro de que facilitaría su admisión la ausencia de competidores y rivales.

Así, después de escuchar unos discursos que le hubiesen puesto la carne de gallina á hombre menos temerario y ardoroso, fué al tentadero de Regueral. Con Regueral todo varón que no tuviese mucha correa para resistir chanzas y pullas, estaba en peligro de encolerizarse, y todo el que se saliese de sus casillas y le provocara, ó no quisiera aguantar sus provocaciones, hallábase en riesgo inminente de perder las muelas, de sufrir la fractura de algún hueso ó de morir aplastado bajo sus pies. Y no brillaba el ganadero por su valor; sus íntimos aseguraban que no era un tigre, ni una hiena, ni un chacal, ni un gato, ni una gallina, ni siquiera el piojo de una gallina: era, todo lo más, el parásito de un piojín de gallina. Pero como hubiera competido con Alcides por la fuerza, y con Briareo por la rapidez con que repartía puñadas, y con Argos por la vista, y como, además, echábaselas de matante, reñir con él equivalía á solicitar la inmediata intervención del médico, ó á reclamar los buenos oficios del compadre enterrador y del amigo gusano. Regueral exhibíase continuamente, y demostraba á diario, al mismo tiempo que el poderío de sus puños, el grandor de su imbecilidad. En el

paseo hostigaba á su caballo para que se insubordinase, y lo corregía después á bofetones, y lo injuriaba como á un ser racional; en los prostíbulos bebía hasta embriagarse, y cuando las pupilas se fugaban para sustraerse á su ferocidad, lo destruía todo á mordiscos, á patadas y á golpes; y en su finca bataneaba á los mozos cogidos en el acto de torear á una res y castigábales con la amputación de la coleta.

Aunque José conocía al personaje, se entró muy sereno por sus dominios, y á campo traviesa se dirigió á la cortijada. A pocos pasos del edificio principal le alcanzó un coche vetusto de esos que tienen llave en las portezuelas y tablas con agujeritos, en vez de cristal en las ventanillas. Se apartó de un brinco para que no le derribaran las mulas, que corrían velozmente, y creyó oír unos lamentos ahogados. Sorprendido y recordando de pronto las hazañas de Regueral, con una preocupación muy parecida al miedo, se detuvo y aguardó á que las mulas se detuviesen. Entonces, presenció una escena inverosímil. El cochero, con las manos en la barriga, con los ojos lacrimosos y con los carrillos rubicundos é hinchados, descendió del pescante, hizo una seña y se alejó conteniendo las carcajadas; un hombretón, riéndose también por lo bajo, llevóse las mulas, habló unos instantes con el cochero, é hizo otra seña. Y en seguida, un melenillo que cubriase la cabezota con un costal, abrió el carruaje y se alejó de un salto. Y con su huída, José, que aún no se había repuesto de la sorpresa, maravillóse más, porque vió salir del vehículo una espesa y zumbadora nube formada por mil bichejos irritados, y porque, entre la nube, rodeado y oprimido por ella, contempló á un monstruo á quien el mismo Cuvier no hubiera podido clasificar de

golpe. Lo coronaba una gigantesca pelota, tímica y rojiza, en la que adivinábanse los rasgos de una cara humana: dos bolsas sanguinolentas que fueron ojos, un trozo de carne acribillada que fué nariz, dos morcones que fueron labios, una giba que fué pestorejo... Y al nivel de esta pelota, temblando en el aire, dos caricaturas de manos: dos manos abotagadas, disformes, de pesadilla... Gimió el monstruo, aparecieron dos mujeres con mascarillas de castrar colmenas, se aproximaron á él, y con mucha piedad lleváronle al cortijo. A José le impresionó desagradablemente el espectáculo. «¿Cómo había ocurrido aquella atrocidad? ¿Por qué viajaba el infeliz de los gemidos en un carruaje lleno de abejas? ¿Quién y con qué objeto ejecutó ó planeó tan bellaco é infame delito?»... Maquinalmente siguió avanzando, y sin querer, porque la impresión recibida casi le había hecho desistir de sus propósitos, traspuso una cerca y encontróse en un corralón. En otro inmediato hallábanse Regueral, un señorito desainado, el *Panadero*, novillero cordobés de gran fama, el conocedor de la ganadería y varios gañanes. Los gañanes, que habían derribado á un becerrillo, sujetáronle fuertemente; Regueral, con un hierro que extrajo de una hoguera, lo marcó en el anca; púsole el número en el costillar, á fuego también, y mientras apuntaba en el libro de la ganadería todo lo referente al animal, tapáronle á la res con barro muy espeso las quemaduras y dejáronla ir. En este momento, descubrió á José el señorito desainado, y con una alegría que delataba su perversa índole, avisó al ganadero:

—¡Eh, Luis!... ¡Huéspedes en puerta!

Regueral soltó el libro, miró con malicia al *Panadero* y encaróse de buen humor con el recién llegado:

—Adelante, señó marqués. Entre buesensia, ya que se ha dignao benir, que aquí no nos comemos á nadie. ¡Adelante, hijo, que parese usté un San Jinojo!

José, avergonzado, entre risas villanas, se acercó al hércules:

—Güenas tardes, don Luí.

Uno de los que más se reían era el cordobés, mocetón gallardísimo, con los ojos saltones, el entrecejo peludo y la nariz dominadora; el caballero héptico le coreaba con unos gritos de pavo real, y los gañanes mirábanse rebotando júbilo, como si aguardaran algo muy sabroso. Los únicos que conservaban la seriedad eran el ganadero y un hombracho en quien José reconoció al individuo que llevóse las mulas antes de que auxiliaran al de los lamentos.

—Y ¿qué trae á buesensia por estos andurriales?—preguntó Regueral—. ¿Biene usté á comprarme toros?

—De eso es la pinta—afirmó el cordobés.

—Porque, si no biene usté á comprarme toros—prosiguió el amo—se las puede buesensia guillar por donde ha benido.

—Yo...—exclamó José, turbado—quería, si usté no se ofende, torear un poquiyo.

—¿Torear?—gritó, abriendo mucho los ojos el ganadero, como si hubiese oído la más terrible he-rejía—. ¿Torear, tú, aquí, á mis toros?

—Si no es ofensa, don Luí.

—¿Si no es ofensa?... Pero, ¿habéis oído «ustedes», señores?

Replicáronle con una carcajada los interrogados y Regueral prosiguió:

—¿Es buesensia, por casualidá, *Lagartijo*?

—No coy *Lagartijo*—contestó secamente José—.

Pero soy un hombre de carne y güeso como *Lagar-tijo*, que también pasaría sus penas cuando empe-saba. De modo que, si pué sé, toreo, y si no pué sé... por esa puerta se ba al campo.

La energía del mozo desagradó á don Luis.

—Pué ser—le dijo irónicamente—. Si no eres un charrán, si no eres un maleta, si no eres un cobarde, pué ser. ¿No eres cobarde?

—Ni granuja, ni maleta. Creo que no.

—Eso hay que probarlo.

—¿Cómo?

—Pues muy sensiyamente: dejándote dar una corná en la barriga por una báca.

—¡Baya un. cosa!—barbotó despectivamente el conocedor.

José, de reojo, vió que le contemplaban con burla y desprecio, y apoderóse de él un furor suicida.

—¡Que suerten la baca!—gritó muy pálido—. Y un toro biejo, si le parese. ¡Y la ganaería entera y plena, si se le antoja á usted!

La bárbara resolución cogió desprevenido al ganadero, que, contra su costumbre, estuvo á punto de maravillarse; pero, en seguida, borró su mohín de asombro, y, sonriéndose por primera vez, mandó al conocedor que soltase al animal.

—La *Buyisiosa*. ¿No está en el corraliyo?

Asintió el hombracho, sonriendo también, y estas dos sonrisas le devolvieron la gravedad á los gañanes.

—Cudiao con la *Buyisiosa*—advirtió uno—que es er mesmo diablo.

Metieronse en los burladeros con el señorito y Regueral; unióseles á escape el conocedor, después de abrir una puertecilla, y el *Panadero*, unos pasos detrás de José, flameó el capote. Y, como disparada, saltó al corral una bestia zaina, flaquísi-

ma, con la testa descarnada, el vientre recogido, y los ojos de fuego, y se precipitó sobre el mozo como una centella. José no se movió: encorvóse un poco, abiertos los brazos y separadas las piernas, dejóse caer blandamente sobre el testuz, al humillar lo la *Buyiciosa* para dar la cornada, y sufrió el volteo sin recibir golpe ni herida. El cordobés entretuvo á la bestia con el capote hasta que, viendo la salida franca, se marchó, y los campesinos, silenciosos, le rindieron un homenaje al volteado con la simpatía que brillaba en sus miradas.

—Y ahora—preguntó José pausadamente—, ¿me boy ó me quedo?

—Ahora te pues quedar—declaró don Luis—, porque mi palabra es de oro. No eres cobarde, ó, si lo eres, lo disimulas bien.

Hasta que obscureció, mano á mano con el hércules y con la celebridad de los ojos saltones, estuvo toreando el de Sevilla. Becerros de piel sedosa, bravos como leoncillos é inocentes como corderos, que perseguían hipnotizados á los capotes; vacas de tan ciega ferocidad que no separábanse del engaño; utreros tan codiciosos que era imposible que cogiesen al lidiador... Hizo cuanto supo, le aplaudieron, le honró con unas lecciones el cordobés y con unas observaciones el criador, y después de cenar en el tinelo de la finca, con unas botellas por delante, comentaron su heroicidad, y don Luis puso de nuevo sobre el tapete la cuestión de la valentía.

—El balor—dijo—es lo más abundante y lo menos abundante que hay en la tierra. Tó el mundo tiene balor, y tó el mundo es cobarde. Y al más baliente, le cortan el rebesino y es el más blanco. Quiten ustés á media ocena de monstruos, como mi conoedor, aquí el *Panaero* y otra personita, y los demás...



Clavó los ojos en José con una expresión singular de mofa y de ira, y remató la frase:

—Los demás son unos cabritos güérfanos. Así: güérfanos de madre y sin papá conosido. ¿Eh, Ricardo? A ti no te cuento porque tú tienes agayas, pero eres un don Lapis.

Ricardo—el desainado—le animó á proseguir:

—Y esos cabritos, ¿qué?

—Pues que esos cabritos, hijo de mi corasón, la entregan que es un gusto. Ahí tienes al cura hecho una Madalena. Tú, el de la baca, ¿no sabes quién es el cura? El cura es...

—Un manteson que no bale un chabo—gruñó el *Panadero*—. Creerme ostés á mí.

—Pero que se las daba de tres y trasa—replicó Regual—, y que siempre tenía en la boca á San Benito de Palermo, y que le tiraba un rentoy al mismo Dios. Y ahí lo tenéis, porque le han picao unas abejas, yorando como una mujé. Y yorando to er camino: desde que lo enserró er cochero, y se tumbó la cormena y sintió las primeritas picauras.

José, al oirlo, se estremeció de pena, de repugnancia y de ira.

—Es que las abejas—arguyó vivamente—son peores que los toros. ¿A usté no le ha picao una abeja? ¿Y no se magina usté lo que serán las picauras de un triyón de abejas?

—¡Caray, señor exelentísimo!—repuso el criador con sorna, mirándole insolentemente.

—No, no, don Luf. No hay exelentísimo que barga. Si ese cura ha yorao y está yorando, rasón tiene pa yorá. ¡Si yo lo bide y me quedé frío! No es una criatura, es un fenómeno.

Regual, como si le hubieran dirigido el insulto más infamante, dió un puñetazo en la mesa y le tiró una copa á José.

—¡Canaya!—gritó descompuesto—. ¡Susio, maleta, charrán!

El agredido se puso rojo como una amapola, y en seguida, pálido como un cadáver, se levantó sin saber qué decir, mientras Ricardo y el *Panadero* contenían al anfitrión.

—¡Pero, hombre, por Dió!

—¡«Dejármelo», «dejarme» á ese canaya; que le saque yo el mondongo!

—¿Pa qué?—dijo el novillero.

—Pa que no sea granuja. ¡Que se quedó frío!... ¡De miedo, maldita sangre! De cochino blancote que eres, cabrito güérfano.

No resolvió José, suspendido más que amedrentado, y á poco se calmó el energúmeno y hasta dignóse explicar su conducta. «El no podía consentir que le llevasen la contraria. El tenía la razón y estaba en su cortijo, y era Regueral, el tío de los riñones. De modo, que si un convidado, porque se hubiese puesto en los pitones de una vaca, quería presumir, allí se terminaba su paciencia.» José, ya porque la argumentación del caballero fuese un poquitín tortuosa, ya porque el vino le hubiese trastornado, ó ya porque lo comprometido de su situación le aconsejara ser cauto y prudente, escuchó sin pestañear al jaque, y dejó hablar á Ricardo, que censuraba su desconsideración, y al cordobés, que reprendíale por sus «mantesadas», sin poner mucha diligencia en averiguar lo que decían. Mas la puso en beber, y con tal ahinco bebió vaso tras vaso y botella tras botella, que las rayas purpúreas de sus ojos se agrandaron y aumentó el imperio de su gesto. Y automáticamente, al entonar por centésima vez don Luis la canción de la valentía, dió una patada, juró que no se había enterado de que existiese el miedo, y después de recomendarle al cordobés que

cepillara el sombrero con las crines de las cejas, declaró que cambiaría muy gustoso unas puñaladas ó unos tiros con el que quisiera ver el color de su sangre. Esta declaración fué causa de que volaran unas botellas, de que trocáranse muy gentiles insultos, y de que, para firmar la paz, se reanudase el trasiego de la manzanilla. Y al reanudarlo, sucumbió José. Primero, abrumado su corazón por la carga de una terrible melancolía, se arrodilló ante don Luis, pidiéndole que le perdonase; luego lloró por el cura martirizado, y, haciendo una transición incongruente, empezó á contar las aventuras científicas é industriales del señor Curro, retratándole como cafetero y como inventor, y por último, ya con la inteligencia anegada, incidió en la falta garrafal de repetir que no conocía el miedo y que le vaciaría las venas al que le injuriase. Después, el mozo resquebrajóse en la sima negra de la embriaguez, y como en sueños sintió que le manoseaban, que le arrastraban, que le vertían en el rostro un líquido pestífero, que amarrábanle fuertemente, que le enterraban en una estrecha sepultura, y que algo pegajoso y tibio le corría por las carnes. La impresión de una ducha helada en el cráneo le despejó. Estaba preso en una trampa húmeda y mal oliente; sobre el esternón y junto á los carrillos tenía unas mollas de carne fresca que todavía sangraba; á un metro de la suya, en un montón de guijos, la testa de un caballo estiraba los belfos con el mohín de la muerte, y detrás de la cabeza jacareaban muy risueños Regueral, el conocedor y el cordobés.

—Güenos días, pañero—bramó el espada—. ¿Le ha quedao otavía argún baló, ú se le fué toico ayé cuando sacó er bitoque?

—«Soltarme»—gritó el sevillano—. ¿Dónde estoy? ¿Dónde me habéis metío?

—¿Que te sortemos? — dijo Regueral mofándose—. De manera que después de haber matao una jaca que balía más que tú, y de haberte cosío en su barriga, ¿te bamos á sortá?... ¡Me gusta el desagradesimiento! No, pimpoyo. Te quedarás ahí, porque tú has dicho que eres muy guapo y muy baliente, y yo quiero ber esa balentía. ¿Es que ya te ha entrao el susto?

José no replicó, y don Luis dió una palmada.

—Los perros—ordenó.

Y entró un muchacho—el que abrió el carruaje, quizás—con dos mastines enormes, á los que sujetó el ganadero empuñando las cadenas.

—¡Qué!—exclamó, prorrumpiendo en una carcajada—. ¿Ba yegando el susto?

Vió el aprisionado á los mastines que saltaban hambrientos, modulando unos ladridos desgarradores, que abrían sus bocazas rojas y que asaeteábanle con sus ojos desencajados por la codicia, y se estremeció.

—«¡Soltarme!»—volvió á pedir en un alarido—. ¡Por Dios, señores! ¡Por caridá, señores!...

Le respondieron con una risotada, y disparáronle dos ó tres cuchufletas:

—¿Te has siscao ya?—le preguntó don Luis.

—¿Quié osté que le sepiye con el entresejo?—barbotó el de Córdoba.

—¡Con tu corasón me he de sepiyá, hijo de mala madre!—clamó José.

Y procurando recobrar la calma, dirigióse al ganadero:

—Don Lui, estoy en sus manos y pué usté martirizarme y matarme.

—Gracias por el permiso.

—Según lo que haga, haré luego yo, y seré un esclavo de usté ó un enemigo de usté. Escoja. Pero

si ba á martirisarme, tenga usté cudiaito con que no me quede un soplo de bida.

—¿Me irás á matá?

—¡Por la leche que mamá, se lo juro!

—Y yo, ¿soy manco?

A pesar del denuedo que revelaba la pregunta, don Luis vaciló un segundo ante el pálido rostro del caído en el que resplandecía una férrea voluntad; mas unas palabras del torero decidiéronle, soltó las cadenas, y José, horrorizado, vió de súbito la cabezota de un mastín pegada á sus mejillas, y oyó unos roncós gañidos y unas fieras dentelladas.

—Y ahora—masculló Regueral—, ¿conose buesensia al miedo?... Tengo el gusto y el honor de presentarle á buesensia, á su majestá el miedo.

Mas la presentación era inútil. José había contemplado á la muerte que le acechaba desde unos ojos de fiera, y había sentido el peso de un cuerpo sobre el esternón y la frialdad de unos dientes en la garganta, y sin hablar, ahogando las súplicas y las quejas, se había desmayado. Y tampoco habló, una hora después, al retornar á la vida. Vistióse un traje que diéronle unas mujeres, rechazó unos duros que le ofrecieron, y hosco y en silencio, se marchó.

#### IV

La entrada de José en su domicilio fué verdaderamente triunfal. Salió de la plaza en una camilla, escoltado por Justo, el *Ratón* y un centenar de trianeros y precedido por una nube de muchachos, y no dejó de oír ni un instante vítores y palmadas. De vez en vez se detenían sus conductores, aleccionados por Trini, y los más ardorosos miembros de «la afición» ofrecíanse al herido. Frente á *El Ancora*, Balbastre, á quien la emoción le había ablandado el mingo que llevaba en la cabeza, le felicitó por no haberse deshecho al retrucar contra el toro; á las veinte varas, incorporóse al séquito *Piesdeliebre*, que abrazó á Justo y le juró que había nacido de nuevo Pepe Illo, y en el puente se presentó el señor Curro con el «bombín» abollado, y edificó á las masas con su ternura paternal. La calle de San Jacinto «se colgó de gente»—como decía Trini—para ver á la comitiva, que, á paso procesional, con majestuosa lentitud, llegó á la casa del maestro, y allí se retiraron los admiradores del lidiador, después de oír los alaridos de la «señá» Dolores y de dos comadres que la acompañaban.

—¡Hijo de mi arma!... ¡Hijo de mi corazón!...  
¿Qué te ha pasao á ti?

José, muy conmovido, incorporóse en la camilla, abrazado á su madre, y dejó que la buena mujer se desahogara. Sus dos vecinas, la «señá» Antonia, hembra feliz que había troquelado en sus entrañas al *Niño del mechón*, y la «señá» Caridad, artista insuperable en la elaboración de cigarros puros, sollozaban también generosamente, y Salud, émula é hija de la cigarrera, mirábale temblorosa desde un balconcillo.

—No es ná, madre—afirmó José—. Unos palos. No yores de ese modo.

—Déjala—reclamó Trini—. ¡Si es femenina y lo ha sío siempre!

—¿No he de sentí lo que le pasa á mi niño?—preguntó Dolores—. ¿Soy yo de mármol?

—¡Pero si no hay que sentí!—objetó el *Ratón*—. ¡Si hay que gorverse loco de alegría! ¿Tu sabes lo que tienes en esa criatura? ¡Pos el Banco d'España! Porque, ó yo he perdío la narí, ó este es un fenómeno.

Curro, que contemplaba á José con involuntario respeto, interrumpió secamente á Trini:

—Será tó lo fenómeno que tú digas; pero está rebentao, y me parese á mí que ahora le conbiene más cuido que charla. Conque bamos á plantificarlo en su arcoba, que luego Dios dirá. Coge una siya, Justo.

El espada protestó, avergonzado.

—Si no tengo ná, padre. Si me eché en la camiya porque se empeñó el tío.

—¡Naturá que me empeñé, permaso! ¿No te han cogío? Y, ¿no te han dao un tantarantán superió? .. Pos aprobéchate y no seas lila. ¿Que tú eres un fenómeno? Conforme; pero dando coba serás fenómeno y medio. Changüi, hijo mío, y poca guasa. Harbeliá y ojo. ¡Pos no quería salí de la enferme-

ría este tabardiyo!... ¡Primaco, guasón, *malajosso!*...  
¿Sali pa que te rebentara otro güey?

—Sí; pero el pobresiyo *Barbero*...

—Que afeite á su familia. Tú estabas lastimao y cuando á un hombre que ha quedao de ole con ole lo lastima un toro, se naja. ¡Y en camiya! Sí, señó; en camiya, pa que se entere la gente, pa que haiga su mijita de trigedia, que por la trigedia biene el parné. Y no me chistes á mí, que yo sé lo que hago.

Subió José la escalerilla apoyado en su padre, metióse en la alcoba, y le desnudaron entre Justo y el *Ratón*. Tenía un rasguño leve en una pierna, erosiones en las rodillas y en la espalda, y un «varetazo» brutal en el pecho. Dolores se alarmó.

—¡Pero si esto es una barbaridá, hijo mío! Si te han hecho aquí una carnisería! ¿Te duele?

—No mucho.

Pero la tímida presión de la diestra materna—tan amorosa y tan dulce—le arrancó un gemido y forzóle á rectificar:

—Ahí sí duele.

—Como si túbias una quemaura. ¿No es eso?—preguntó Trini.

—Berdá. Así é.

—¡Claro! Tú, ¿no sabes que el cuerno, de la fuersa que manda er toro, se pone como ensendío? Ya te irás enterando de estas cosas y de arguniyas más.

—¿A costa de su peyejo?—chilló malhumorada la madre.

—¡No, que le ban á dá los surrios ar nunsío!... A costa de su peyejo. ¿Y qué? ¡Pa eso gasta coleta, y atorea como un serafín, y mata más que er cólera! De rositas, naide ajunta miyones.

—¡Miyones!—dijo irónicamente el señor Curro—.



¡Qué fantesía te ha dao er Señor, Trini! Porque el chiquiyo ha hecho una hombrá...

—Y tú, ¿qué sabes? Tú, ¿lo has bisto?... ¡Pos caya entonses, asaurón! La hombrá de éste es de las que yeban ar Banco y no al ataú. Hombrá de torero, no de guasonasso; de uno que es gente y está enterao, y ba á misa.

Dió una palmada enérgica para afirmar sus conclusiones, y sentándose á los pies de la cama interrogó con gravedad á su sobrino, que se había acostado:

—Y dime tú, fiero, ¿cómo te has hecho gente y te has enterao por esos andurriales? ¿Te ha enseñao algún duende ó has dío ar sielo pa que te dé lersione tu tocayo José Reondo?... Porque yo, la berdá, torero tan cuajao como tú, no le he bisto salí en mi siyetera bía. Ni Manué el *Espartero*, que estubo jechito un trompo dos ó tres años, mamándose cornás lutuosas y poniéndole los pelos de punta jasta al berdugo. Esto no lo declaro pa labarte la cara, José.

El mozo, enorgullecido, dió algunas explicaciones. «Afição que tenía y listeza para imitar. Se fijaba en los toreros famosos; ensayaba los lances miles de veces; estudiaba las condiciones del ganado que había de lidiar; lo desengañaba y lo confiaba, acercándose... Inspirábanle más fe que los lidiadores del día los antiguos, y, como Pedro Romero, creía que era vergonzoso saltar la valla estando la res en el anillo, que la honra del matador obligábele á no huir mientras empuñase la espada y la muleta, y que su decoro le exigía prescindir de los pies en sus faenas y matar ó morir antes que demostrar miedo. Además, el toreo de cabriolas, carreras y posturitas, sin negar que lo practicasen hombres muy valerosos, se le antojaba afeminado y desprovisto de emoción. Lo hermoso era desafiar á las reses inmó-

vil, dominarlas con el corazón, la inteligencia y los brazos, quebrantarlas con el arte y permanecer siempre ante ellas con la decorosa gravedad de un espada, tan diferente de la alegría retozona y petulante de un bailarín.»

—Eseuela rondeña pura, hijo mío—declaró Trini—. Lo más castiso de lo más castiso. El *susuncorda* der toreo. Sigue por ahí, que no bas equibocao. Con la espá... ya es otra cosa.

—¿Por qué, tío? ¡Pos si la espá es lo que no me faya!

—No digó yo que te faye; pero me paese, me paese, me paese que con el jierro flaqueas un poquiyo. Te metes bien; pero ¿cómo sales?... Hoy te tocó un pájaro que se acostaba der derecho. Entrándole en corto, con piernas, y ganándole el pitón, se le podía jerir libre de cacho. ¡Y tú, recreándote, como si fuese un toro de bandera, arreas p' delante despasito y te jincas en un cuerno!... ¡No; eso, no!

José apeló sulfurado:

—Pero tío, er día que se presenta un mataó, ¿ba á tirá de martingalas?... Eso es güeno pa los que ya han ganao muchas parmas y muchos miles. ¿Se figura usté que no se yo cuarteá?... Pos sé cuarteá; pero hasta que no pasen unos años, he de colarme derecho como una bela.

—Pero con sarsa, chiquiyo; basiendo con la muleta y crusando á ley. ¿No te han dicho que ar mataó que no jase la crú se lo yeba er demonio?... Pos eso desía er *Gayo*, que no era er tonto de la pantomina, ni muchísimo meno.

Pidieron permiso para entrar las dos comadres, accedió José de muy buen grado, y la cigarrera y la «señá» Antonia metiéronse en la habitación. A Salud, que se había quedado en el pasillo, la llamó cariñosamente Dolores.

—Pasa, niña. Y tú, José, ya pues agradecerle el susto que ha pasao por ti.

—Pos que entre—apoyó el torero—que yo soy mu agradesío.

Salud, disimulando su rubor, apoyóse en el quicial de la puerta, junto á Trini, que la miró engallado.

—Pase usted, criatura, que es usted un castigo de puro presiosa. Pero jaga usted er fabó de no mirá á ese hombre, porque mauro como está de los palos, se mos ba á derretí.

—Sí que boy á derretirme—confirmó José—. Pero de gusto, tío. Y no me espante á esa mujé, que se yama Salú; y salú nesesito yo ahora.

La mocita, que era la pitillera más garbosa, más atrevida, más ágil de pico y más suelta de manos de la Fábrica, apeló á su ingenio apicarado para defenderse; pero no estaba en vena, y después de gritar unas procacidades sin chiste, se refugió junto á Dolores, atolondrada y confusa. Era Salud una hembra orgullosa y bravía, cruda al hablar como una hetaira, y prudente en sus acciones como una monja; á los que, engañados por su lenguaje irreflexivo, dudaban de su castidad, poníalos á raya con un gesto de emperatriz, y á los que, espoleados por la duda, permitíanse algún escarceo manual, los castigaba á bofetones, con la intrepidez y el vigor de una leona. Diéronle fama de esquiva los infinitos moscones á quienes apartó de su camino; la motejaron por su dureza de corazón los hidalgos que rindiéronse con buen fin, decididos á llegar al casorio, y la criticaron por su altivez irónica, por su humor agresivo y por su travesura sarcástica todos los que sufrieron los tiros de su inagotable mordacidad. Entre estos últimos podía haber formado José, al cual escogía la cigarrera para templar los hierrecillos de sus bur-

las; pero esta predilección de su vecina no disgustaba al mozo, que, oculta entre el zarzal de las vayas, veía la flor de un cariño sincero. Y por ese cariño que enternecía los ojos de Salud en medio de sus chuscas ocurrencias, por ese cariño que, al endulzar sus miradas, constituía un homenaje, holgábase el muchacho de ser la víctima de sus gracias. Algunas quiso pergeñar Salud á raíz de su primer fracaso; mas ni su imaginación ni su verbo, paralizados y torpes, la obedecieron, y se declaró vencida. ¿Por qué? Su emoción, su intranquilidad, aquellos tristes presentimientos que asaltáronla al anunciarse la corrida, ¿no habían desaparecido? Y su pavor al saber el percance del mocito, ¿no habíase trocado en un inmenso júbilo?... ¿Por qué, entonces, aquella cortedad, aquel respeto, aquel miedo á que sus bromas fuesen ridículas?... Análogas reflexiones, aunque producidas por distintos pensamientos, rumiaban Caridad, la madre del Niño y el propio Lasarte. Ya José, para las viejecillas que le contemplaban, no era el mozo humilde á quien trataron de igual á igual, con un amor bonachón y confianzudo; y para Lasarte, no era el retoño á quien vió crecer con apasionada ternura, pero sin que sus gustos le sorprendieran ni le admirasen sus inclinaciones. No: en nada se parecían el José de antes y el José de ahora; nada tenían de común el modesto zapaterillo condenado á la miseria y el audaz lidiador que recolectaría millones. ¡Millones! ¡Un hijo suyo ganando millones! ¡Un hijo suyo cautivando con su arte y su bazarria á inmensas multitudes!... ¡Un hijo suyo, nacido en un rincón, educado en un ambiente de insignificancia!... Y al pensar en la transformación inverosímil, miraba á José con pasmo y terror, como una gallina que viese de pronto á sus polluelos convertidos en aguiluchos. Y eso era José, y eso había

sido su hermano: polluelos de gallina, que, al salir del nidal, transformáronse en águilas.

Poco después de retirarse las mujeres llegaron el Niño, Jaquimiya y don Melquiades Pajarit, cuyos auxilios había solicitado Trini en los primeros momentos de medrosía.

Pajarit, además de su delgadez singularísima y de su carácter archirraro, tenía muchas cosas notables; pero las más notables, eran, sin disputa, su estómago y su gabán. Su estómago le había servido cuarenta años de caldera con la seriedad, el orden, la discreción y la pulcritud de un buen estómago; mas, á los cuarenta años de servicios, con una ambición verdaderamente escandalosa, empeñóse en digerir, además de las materias que ingería don Melquiades, el extremo del esófago del mismo don Melquiades. Pajarit, indignado por esta criminosa informalidad que le produjo una úlcera péptica, procuró hacerle comprender al estómago que debía respetar á su compañero y vecino el esófago y por añadidura lo castigó con unos horribles menjurjes. Pero, al cicatrizar la úlcera, estrechó de tal manera el esófago que no podían circular los alimentos, y fué imposible dilatar esta pérfida estrechez porque una intervención quirúrgica hubiese roto los tejidos. Resignóse Pajarit, entre otras razones porque, aun sin condescender, la obturación no tenía remedio; pero, decidido á prolongar su estancia en este valle de dolores, se entregó á un cirujano tan atrabiliario y tan listo como él, sufrió una gastrostomía y pudo así procurarle á su estómago una boca artificial. Claro es que el arreglo no satisfizo á Pajarit, hombre aficionado á las exquisiteces de bodega y cocina, porque no es igual alimentarse por un agujerillo abierto á unas pulgadas del esternón y mediante una sonda, que comer á dentelladas, voluptuosa-

mente, paladeando el sabor de los manjares; mas soportó con bríos su desgracia, y en muchas ocasiones su ánimo esforzado le hizo olvidarse de ella.

Su gabán, sobre el que cayó el anatema de Sevilla en masa, no era uno de esos gabanes que denuncian la vanidad, la gorrinería, ó el mal gusto de su dueño; no era el gabán de un mancebito cursi, ni el gabán de un hidalgo dado á la bambolla; no era una prenda que suspendiese por la originalidad de su hechura, ó por el atrevimiento de su color... Era un gabán como todos los gabanes medianos, sino que no se parecía á ninguno. Por la traza, sí, y por el colorido y por lo exuberante de su pelo, también. Mas, en cambio, por su espíritu, por aquel espíritu de indisciplina y protesta que lo animaba, diferenciábase de todos los que se habían cortado y cosido en el mundo. Estaba en poder de don Melquiades hacía seis años, y aún luchaba contra él, resuelto á no someterse á su férula. Si Pajarit se lo quitaba, no caía remolinado, ni doblábase con blandura como un digno gabán, sino que el muy bellaco quedábase tieso, de pie, como si estuviera vivo. En el teatro, la pelea entre el anarquista y su domador, adquiría proporciones descomunales. Indefectiblemente, entregábalo Pajarit en el guardarropa, é indefectiblemente se lo devolvían, porque dilatábase en el perchero hasta competir por su tamaño con una choza de esquimal y derribaba á los gabanes vecinos. Cogíalo entonces el doctor, doblábalo violentamente, lo heñía, lo empostraba á rodillazos en su butaca, sentábase de golpe, y, al parecer, quedaba vencedor; pero los espectadores que, después de presenciar la batalla, habíanle adjudicado el triunfo, veían poco á poco elevarse á Pajarit, como si lo impulsara un muelle, y asombrados, le miraban pernear sobre su invenci-

ble enemigo, que erguíase al fin con fuerza incontrastable, y que, al expulsar del asiento al doctor, haciales soltar la carcajada.

Del estado de su estómago y de las satisfacciones ó los disgustos que le proporcionase el abrigo, dependían muchas veces la amabilidad, el celo y hasta el acierto científico de Pajarit. Algunos días, los de bonanza, el doctor echábase á la calle sonriendo, hacía sus visitas con agrado, soportaba indulgente las impertinencias de su clientela, y, si tenía que operar, agarraba el bisturí con seguridad, entusiasmo y júbilo y hacía prodigiosas filigranas. Otras veces, Pajarit aburríase, recoleto en su fonda, ó entregábase á ciegos devaneos; y si visitaba á sus clientes, tratábalos con hurañía, y al operar, si recobrábanse los enfermos antes de que hubiese terminado, sustituía los efectos del cloroformo con recios bofetones, que paralizaban á los más recalci-trantes é inquietos.

En la casa del señor Curro entró como en los días de satisfacción y tranquilidad, y bromeando, reconoció cuidadosamente á José.

—¡A ver la pierna!... Buena pierna para correr, amigo. De gamo.

—¡Don Merquiade! —gruñó Trini, cómicamente amenazador—. Don Merquiade, no sea usted aratoso y no benga usted jincando, que no hay de qué ni pa qué. ¡Ese niño no corre!

—Ya, ya. Vuela.

—¡Como los hombres!

—Bueno—exclamó Pajarit sin mirar al *Ratón*, y manoseando á su sobrino—. La espalda ahora... Bien. El pecho... Magnífico. El vientre... Admirable.

—¿Ná de particulá?—interrogó el *Niño*.

—Muy grave, no es la cosa. No; no es muy grave, pero...

La adversativa acongojó á Justo y al maestro, que estaban pendientes de los labios de Pajarit.

—Pero ¿qué?—preguntó el último.

—Es usted su padre, ¿verdad? Me alegro, ¡qué caramba! A mí me gusta entenderme con personas que hagan por afecto cuanto sea preciso hacer.

—Pos yo soy una de esas personas. ¡Un padre! Pué usted hablá.

—Las lesiones ya le he dicho que no son cosa mayor. La herida de la pierna es un arañazo, y por ahora no hace falta amputar. Las erosiones carecen de importancia, y el varetazo puedo asegurarle á usted que no ha roto los pulmones, ni ha desprendido el corazón.

—Entonses...

—No hay peligro inmediato, y si no se comete ninguna imprudencia, mañana podrá volar otra vez *Josele*. Pero es indispensable que no se cometan, que usted vigile, que Trini vigile, que vigilen todos.

—Y ¿qué bamos á bigilá? Y ¿qué tenemos que jasé?

—Pues impedir que *Josele* atrase la curación con alguna tontería. Figúrese usted que se clavara un estoque en el arañazo de la pierna. ¿No se agravaría bárbaramente? Y figúrese usted que, para que no le doliese el varetazo, se arrojara por el balcón á la calle...

—¡*Malajosso!*—chilló Trini, recobrando el buen humor, mientras los demás, tranquilizados, reíanse de muy buena gana—. ¡*Asauronasso*, que se le caen á usted las asaúras!

Se retiró Pajarit, y todavía comentaban sus gracias cuando llegaron *Cordobán*, *Cachirulo* y el *Bruto*. *Jaquimiya* se presentó después con la diestra vendada, y todos aquellos varones felicitaron al



trionfador. El Niño envanecía de haber sido su primer maestro, y narraba el episodio de la venta; *Cordobán* cogía sin moverse, estirando sus larguísimo brazos, lo que se le antojaba á José, complaciéndose en servirle, y *Cachirulo*, con su única ostra anublada por la emoción, fijábase respetuoso en aquel sol que nacía. Su victoria habíala agrandado el desastre de su compañero, porque el infeliz *Barberillo*, apenas se vió solo y con dos marrajos que le amenazaban desde el toril, se asustó tan locamente, que, para huir de los astados y del público, fingió un descuido y se traspasó un muslo con la espada.

—¡Y ponte tú en mi peyejo!—exclamó *Jaquimiya*, que había contado el sucedido—. Métete un segundo na má dentro de mí, y á be si no te horrorisas. Yo, sobresaliente; yo, teniendo que darle *mulé* á dos girardas con pitones... Te digo, por mi salú, que me éntro más *canguis* que cuando me encajoné en Arcasa, y que si me ponen en la boca un pelo, me ajogo.

—¿Y lo de la mano?—le preguntó riéndose José—. ¿Un puntasiyo?

—¿Puntasiyo? ¡A mí!... Bamo, José, menos guasa. A mí, en lo mío, con las banderiyas, me cogerán los toros, y me brearán, y me partirán el arma, si no tengo suerte, porque me arrimo como los que se arriman—tú lo sabes—, y porque á pundonó... ¡me caigo en San Juan de Estopa! no «me se» gana con facilidad. ¡Tú me conoses! Pero con la espá en la mano... ¡con la espá en la mano no me jieren á mí, aunque me tiren los cuernos!

Trini, descalzándose de risa, intervino en la conversación:

—¡Pero, hombre, por una be!... Más de una he matao yo. Con *soruyo*, y á la media güerta, y gor-

biendo la cara, como si me yamasen, y percurando er *goli*; pero he matao. Hay que tené harbelidá.

—¿Y si no se tiene?... ¡Harbelidá!... ¡A dos deos der josico, harbelidá! Y ensimita de un güey—ó anque no sea güey—, teniendo que sortarle un mandao, ¡harbelidá!... A otro con esa, señó Trini. No hay harbelidá que barga pa pone los deos en er morriyo.

—Bien—insistió *Josele*—; pero, ¿y lo de la mano?

—Una astiya, hijo mío. Que me he pasao la tarde haciendo ginasia, y partiendo la barrera con los dientes, ó sartándola como un playaso. Y en una espantá me clabé ahí, en er deo der corasón, un cachiyo e maera.

—Si á mí m'hubian dejao seguí d'alifante—gruñó el *Bruto*—, con un par d'estacas acabo la corria.

—O acaban contigo—objetó Trini.

—¡Menos acabá! To er misterio del toreo está en los reaños. Y José atorea y mata porque tié reaños. Y to er que tenga reaños, atorea y mata. Y yo, argún día, como tengo reaños, pos he de atoreá y matá. ¿Que no, *Jaquimiya*?

—Sí, hombre, sí—apresuróse á declarar el interpe-lado—. ¡*Chipendi!*

—Pos ¿pa qué te ríes? Yo digo que conosco er misterio. Y er misterio dise: «hay que roar por los morriyos». Tú, ¿no roas? No eres torero. Y yo lo pueo se, porque roo. Güenas noches, señores. Que haiga alivio, José.

Como, después de sus raptos de elocuencia Manolillo se marchaba de repente, para no destruir el efecto de sus afirmaciones, á nadie le sorprendió su brusquedad. Los picadores se marcharon también, para que descansase el molido; el del mechón se fué en busca de las mujeres, deseoso de parola, y *Jaquimiya* pegó la hebra con el maestro y Justo

en una habitación inmediata. José estiróse con deleite, cambió de sitio para buscar la fresca de las sábanas, y recapituló con un placer voluptuoso los acontecimientos del día. Parecíale imposible que el ponderado, el halagado, el aplaudido, fuese él, que á él se refiriesen los granujas que le elogiaban al vocear los periódicos taurinos, y que por él se hubiesen citado en su casa hombres tan salvajes como el *Bruto* y tan valerosos é inteligentes en su arte como *Cordobán*. ¡Por él!... Y recordaba la miseria de sus principios, las horas imponderables de abandono y amargura, las durísimas caminatas bajo el sol, con hombre y con sed, los fracasos que siguieron á sus primeras osadías, las humillaciones y las quejas que devoró, las ardientes lágrimas que escaldaron sus mejillas. Y entre todos sus recuerdos destacábase nítido, preciso, claro como un hachón que ardiese en las tinieblas, el de su visita á Regual. La *Buyiciosa*, seca y huesuda y negrísima como un diablo; don Luis, con su risa de crueldad y desdén; el *Panadero*, con sus cejas unidas, con su voz nasal, con su mirada de bruto soberbio, atravesado y envidioso; los mastines tirando con rabia de las cadenas y abalanzándose á él con la expresión de la locura en sus ojazos... No; no olvidaría aquella escena infernal; no olvidaría el pánico que le apretó el corazón con sus anillos de hielo; no olvidaría la angustia desesperada con que salió del cerrado, ni el frenesí con que, al reaccionar, buscó la gloria ó la muerte. Durante unas semanas quiso ser torero famoso para escalar las cimas en que vivían don Luis y el cordobés y matarlos desafiándoles, cara á cara, sin temor á que le confundiesen con un asesino, y empujado por la magnífica fuerza del odio, avanzó á pasos de gigante. Las lluvias invernizas recluyéronle en el hogar,

y en los albores de la primavera, antes de que anunciaran el buen tiempo las golondrinas, partió otra vez. Y aquí dulcificábanse sus memorias. ¡Fué tan copiosa, tan fértil en hechos agradables aquella segunda salida! El trabajo que había realizado—cual un mosto acre y turbio que, con el tiempo, conviértese en vino y se endulza y se aclara—con la tregua invernal se acendró, y los frutos de su experiencia ordenáronse y clasificáronse ellos solos á maravilla. Refase aún de su sorpresa al descubrir estos adelantos imprevistos y enterneciase al recordar el enardecimiento con que reanudó sus ensayos. Perfeccionó lo ya sabido; aprendió á jugar los brazos sin encorvarse, para que no perdiera esbeltez el cuerpo; se acostumbió á recibir inmóvil á las reses, presentando la muleta y á guiarlas con el trapo, y á no retirarlo antes de lo debido; preocupóse de entrar con rectitud á herir y de evitar las cornadas con un ágil movimiento de la mano izquierda, y rapidísimamente alcanzó la popularidad, y ni siquiera había soñado en salir en una plaza de segundo orden, cuando, merced á un jifero que le admiraba, se vió en la de Sevilla.

Exhumando estas emociones—que siendo de ayer habían envejecido—se durmió. Y á la mañana siguiente, con unos dejos de melancolía que poetizaban su jocundidad, abrió los ojos al sentir unos golpecitos que dábase con amorosa ternura el señor Curro, y, amodorrado aún, oyó unas explicaciones que ni pensaba pedir. «El señor Curro se opuso á que fuese torero, no porque le disgustase el toreo, sino porque creyó que José no podría brillar en tan excelso oficio. Por tal causa, atentó contra su coleta, procuró impedir sus excursiones, é hizo cuanto pudo por esclavizarle en el taller. Pero no fué desamor, sino cariño hondísimo lo que le forzó á adop-

tar estas resoluciones, y por eso le había taladrado el alma la soberbia filial. Yéndose á *El Tronío* para vestirse, ¿no le ofendió José? El no acudir á su casa en tan solemne ocasión, ¿no equivalía á declarar que desconfiaba del afecto de su padre? Y esa desconfianza, no era injusta?». ... Enturbiáronse ojos y voz al maestro, que acabó zollipando, y con unas palabras de José, cariñosas y agradecidas, echaron pelillos á la mar los dos hombres y miráronse sin acritud.

José, harto de cama y ansioso de recibir felicitaciones, aunque le dolía un poquillo el costillar, saltó del lecho y se vistió. Deseaba ver á los que dudaron de sus condiciones y mofáronse de sus esfuerzos, á los que llamaron á su fe locura, y á los que animáronle á proseguir con una benevolencia tan indiferente, que le molestaba como un insulto. Le sirvió Dolores unas perdices que, para recompensar de algún modo al héroe, había regalado el jifero, y fajó con ellas, y, con un apetito lobuno, manducóselas en un dos por tres; se embelesó al catar un vinillo abocado, obsequio de Trini, y repleto hasta la garganta y eructando, como un salvaje, se cogió al señor Curro y salió fingiendo una cojera que avivaría en las gentes el recuerdo de su heroicidad. En *El Ancora* recibióle con un aplauso que él agradeció á lo torero, llevándose la diestra extendida á la altura de la nariz, en un saludo rápido, y agasajáronle después los antiguos deudores del inventor con garbosa generosidad. Allí, sobre aquellos divanes cada vez más incómodos, entre aquellas sillas cada vez más rígidas y frente á aquellos espejos cada vez más apagados, sabíale más dulcemente la miel de la adulación. Allí vivió él cuando, en realidad, «aún no había nacido», porque aún no habíasele abierto en el alma el capullo de su vocación. Allí había vegetado estú-

pidamente, admirando la ciencia billarística de Luis, entre el ruido de las bolas y el mosconeo de las conversaciones, sin sospechar siquiera que la gloria es lo único que puede embellecer una vida. Se acordó de los gatos y enrojeció. ¡Los gatos!... Sólo el cariño de las ariscas bestezuelas había sacado del café, y ese cariño hiciéronselo pagar con un mote...

A las dos horas de cháchara, harto de escuchar elogios y de repetir la misma narración, para que los «aficionados» no tuviesen dudas sobre la causa que motivó su percance, agarróse á *Piesdeliebre* y se encaminó al centro de la capital. Algunos honrados varones se detuvieron para mirarle, no pocos chiquillos le demostraron su adhesión con rotundas afirmaciones, y bastantes mujeres le examinaron con piadosa curiosidad. Llegaban á su oído frases sueltas—el aroma de la popularidad—, que repetía para sus adentros con imponderable satisfacción. «Tú, fijate... Ese es *Josele*.» «Tú, repara: el chiquiyo de ayé. *Josele*, un matador de toros.» «¡Eh! Mira. Aquel es *Josele*. Y que va cojo el pobresiyo...» Comprobó que ya no era *Pepe el de los Gatos*, sino *Josele*, lo cual le llenó de alborozo, y notó que la cojera engrandecía su notoriedad. Y así, exagerándola, entró en la calle de las Sierpes, hizo paraditas frente á los casinos, para que le contemplase el patriciado, descansó unos instantes en una «borrachería», y, para completar la farsa, simuló un terrible cansancio y se marchó en un coche á su domicilio.

Salud, que volvía de la fábrica, se lo encontró en el puente y le agasajó con unos guiños de burla; pero José, imperturbable, llevóse la diestra á la nariz y la saludó sonriendo. Vivían al final de la calle de San Jacinto, en la misma casa. El principal, que era el piso más espacioso, partíanselo el señor Curro, que disfrutaba las habitaciones exteriores, y Luis

Balbastre, que pagaba para su mujer y el Niño dos zaquizamies sin luz; en el segundo, alojábanse la «señá» Caridad y su retoño, y la única pieza del bajo, pequeñilla y húmeda, la utilizaba la «señá» Antonia para planchar. Las tres viejas llevábanse muy bien. Algunas veces acordábase la «señá» Dolores, con inocente orgullo, de sus buenos tiempos y hablaba de los lujos de *El Ancora*, increíbles para sus vecinas; otras veces se engalanaba la «señá» Antonia con un mantón filipino, regalo de su heredero, y pavoneábase con excesiva petulancia, y, en muchas ocasiones, la «señá» Caridad espumaba el puchero en el corredor, para que el tufillo de la chacina diese dentera á sus comadres. Pero estas naderías, que mortificaban á las mujeres, nunca las hicieron reñir, porque si Caridad tenía el ímpetu de una leona, Dolores era humilde como un corderillo, y Antonia sagaz como una vulpeja. Los machos se trataban con fina cortesía, como Luis y el señor Curro, ó con llana cordialidad, como los mocitos, y Salud, dueña absoluta de la casa, manteníalos á todos bajo su tiranía. Era espigada, carilarga, llenita, con los pechos recogidos y las caderas rotundas; tenía las manos y los pies breves y el talle de una esbeltez robusta, y sabía contradecir con lo que parlaban sus ojos lo que insinuaba ó decía su boca. Que era más roja que la grana, tal vez porque la avergonzasen las desvergüenzas que escupía, como sus ojos eran negros, tal vez porque los carbonizó la lumbre milagrosa de su espíritu.

Minutos después que *Josele*, arrebolada y ardiendo en malicias, entró en el patizuelo y le acometió:

—Hombre, me moría de ganitas de cogerte por mi cuenta, porque más fantasioso, más presunio, con más jumo y con más fachenda que tú, no lo pare madre. ¡Arrastrao, litri, bitongo, bainipedo!

—¿Has acabao ya?

—¡Si no he empesao todavía, patoso! ¡Camará con la criatura! Sale ayé en competencia con un elefante, pa ser la irrisión der público, se deside mi niño de la mieditis que le entró, me lo bortean, y, en seguidita, fenómeno. Pero, tú ¿te lo crees? Si eres un pampli, si tiés basía la chirola y lo demá.

—Asinita. ¡Duro ahí!

—¡Pos no que no!

—¡Duro, pesla de oriente!

—Como que te voy á desí alguniyas cosas pa tu recreo.

—¡Duro, jarmín, corá! ¿Pa qué sirbo yo, sino pa que te dibiertas tú conmigo?

—¡Yo dibertirme, aratoso!... En los profundos te beas, ladrón. ¿Quién te ha dicho que yo me dibierto con tus faroleos?

—¡Ajajá! Sigue.

—Si me sale de los reaños. Y me sale. Porque ¡mia que eres litri, soso y tabardiyo!... Pegas una estocá, se me figura á mí que con más mieo que vergüensa. Bienes en camiya y tó, como si te hubian dao er santolio; se pone esta casa hechita un jubileo de la gente que te quería bé ó que se yegaba á gulusmeá, y á las dies ó dose horas, se ba er muerto por esos mundos á pintá la sigüaña. Si que eres un fenómeno, hijo mío; pero de poca lacha.

—Y ¿lo pueo yo remediá, pobresito de mí, biéndote tos los días?

—¡Hola! ¿Ya estás quemao?

—Como el carbón. ¡Si achicharran esos ojitos!

—¡Jósú, que gracioso es mi nene!

—Búrlate; pero en serio te digo que si yo fuera gobernadó, esos ojos no se abrían en berano.

—¡Qué gorpe! ¿Sabes que con el toreo te estás gorbiendo listísimo?



—¿Con qué toreo? ¿Con er que ejecuto yo en la plasa, ó con er que te traes tú cormigo? Porque hay que puntualisá.

—¿No lo dije? Un rayo se ha hecho este niño quitolis. ¡Er Señó nos mire con misericordia!

—Pos si yo soy un rayo, ¿qué serás tú, Salusiya? Porque tú, presiosa, conbensia, quisá, de que la fló de la hermosura mú poco dura, desde que te acabaste de espelotá, tienes un mieo de subí ar poyetón, que estás que muerdes.

—¡Ay! ¿Sí, gracioso? Estaré chalaíta por ti, ¿berdá? Dilo, muchacho.

—Anque lo supiera de fijo, no lo diría.

—¡Mire usté que lástima de criatura, tan mirá y tan desente! Pos sí que quisá me haiga enamoraó. ¡Como eres tan rejacarandoso y tan requetebonito! Ayé, con la taleguiya coló de rosa bordá en caca, estabas pa chiyarte, y hoy, al berte tumbao en la carretela, daban ganas de echar un biba... ¡Baliente ladrón!

José soltó la risa, y luego, para excitar más á la cigarrera, adoptó un tonillo piadoso é indulgente:

—Güeno, mujé. No te surfures. Si eso der poyetón ha sío una guasa. ¿Te ba á fartá marío? Y, en úrtimo caso, por si te binieran mal das, ¿no estoy yo aquí?

—Eso. Y yo iba á sé tu señora. La señora de *Pepe el de los Gatos*.

El tiro lastimó en lo hondo á José, que de súbito recobró la gravedad.

—A mí no me yama naide por ese cochino apodo. Tú sí, porque eres tú. Pero á otra mujé la pongo de güerta y media, y á un hombre le arreo dos guantás más pronto que la bista.

—¡Miau!

—No mauyes, que tú sabes que es sierto.

—¿Guapo tamién?

—Cuando se me sube San Termo á la gabia, tamién. Y seriamente: no me jurgues por ese lao. Yo me yamo José, y desde chiquitiyo me disen *Josele*, y como eso no deshonra, paso por *Josele*; pero por lo otro no, porque con un mote tan ridículo no se pué ser torero.

—Pero qué ancho estás, mi bida. ¡Ni que fueras *Curro Cúchares*!

—De menos nos hiso Dios.

—¿*Curro Cúchares*, porque has alternao con un manguero y un elifante?

—Ya alternaré con mataores.

—¿En la Argaba?

—Y en Sebiya y en Madrí, y en donde haiga afición.

Y como para confirmar sus palabras, en este momento sonó un campanillazo é interrumpieron la conversación Trini y un caballero que le precedía.

—¿Lo be usté?—exclamó el *Ratón* palmoteando—. Sobre sus piernesitas y más baliente que la mar salá. Conque ya se pué usté carmá, que tie usté la suerte por arrobas.

El caballero, regordete, pequeñín, calvo y barba-do, no tuvo que calmarse, porque llegó sin sombra de alteración y, al parecer, no se conmovió mucho por la suerte de encontrar sano al espada.

—Calor—dijo concisamente—. Se ahoga uno  
Trini le presentó:

—Don Aurelio Montero. Ya lo conoserás, porque sabe de toros más que nadie y lo conosen jasta las ratas. Güeno. Pos aquí don Aurelio, que ba á dar tres nobiyás, y que se larga á Madrí el mes que viene, de representante de aqueya impresa, quié hablá contigo.

—A su disposición—replicó José.

Se despidieron de Salud, que reptó por la pina escalerilla con la rapidez de una corza, y, reposadamente, subieron á las habitaciones del inventor. José y Trini, temblando de impaciencia; el hombrecillo, indiferente y desdeñoso.

—Calor—repitió en un resoplido—. Un diíta de prueba.

Mas como no había visitado al espada para hablarle del tiempo, enjugóse concienzudamente las manos y el rostro y planteó la cuestión con brusquedad:

—Mira, nene—exclamó tuteando á José—; yo soy la franquesa mismita y no juego al tira y afloja, ni engaño á nadie. Para mí, la gran birtú es la de ser claro, y la berdadera bondá es la de las criaturas que yeban er corasón ensima der chaleco. Conque... tú ¿quieres toreá er domingo?

—Hombre, yo...

—¡Ah! ¿No quieres? Pos ¿pa qué hablar más?

Se levantó como si fuera á marcharse, y José y Trini le detuvieron asustados.

—Pero ¿aonde ba usté—gritó el mozo—. ¿He abierto yo mi boca pa negarme?

—Ni para aseptar. Y como yo soy más claro que el agua...

—¿Y qué tié que be lo uno con lo otro, señó? No sea usté tan súbito. Y deje usté á los hombres que resueyen.

—Cuando se dise enbido, no hase farta resoyar pa desir quiero, si tie uno la ganansia en la mano. Y tú la tienes. Y la prueba de que la tienes, es que estoy yo aquí. Porque el estar yo aquí na mas, es haserte un favor.

—Sí que lo será, don Aurelio. Y usté perdone y corte usté por donde quiera.

—¡No!... ¡Ahora no!... Ahora soy yo el que desea

que reflexiones. Reflexiona, niño, que pué que no te combenga torear.

—¡Don Aurelio!—gimió Trini entristecido—. ¿Se me ba á enfadá usté?

—Nunca, *katón*. Pero yo soy la claridá hecha carne, y cuando me da la bentolera por faboresé ar prójimo, y el prójimo no sale por el registro que tiene que salir, no pueo remediarlo: se me ponen los nerbios en danza y suerte er chorro.

Se limpió con mucha ira los de sudor que le mojaban el cogote, movió la cabeza y los brazos, haciendo un gesto expresivo, como para ahuyentar las malas tentaciones de la soberbia, y con la placidez bonachona de un alma de Dios, reanudó el hilo de su discurso:

—Baya, nene, tengamos la fiesta en pas. Mira: yo no te bi ayer, porque lo de ayer—sin que esto sea ofenderte—fué una mojiganga, y yo soy demasiao buen afisionao para ir á las mojigangas. ¡Nunca jamás! Aunque me lo pidiera er gayo de la Pasión. Pero si no te bi, te bieron, y los que te bieron, han propalao por ahí cosas... Cosas buenas, y malas, y regulares... Lo naturá. Tú has matao un toro á ley, casualmente, ó porque te sopló la ispiración. No lo sabemos. Y como no lo sabemos, tu carté, todavía, está á la artura der betún.

—Pare usté la jaca, amigo—reclamó Trini—. Los que se metan con éste es que son unos inorantes o que están comíos de invidia. Este es un torero y un mataor de toros, y la faenita que se cargó con aquer güey—¡porque era un güeyaso!—no ha nasío quien la mejore.

—¡Si yo no lo niego! Pero tampoco me negarás tú que estos nenes matan bien los marrajos, por su costumbre de torear marrajos en las capeas, y que luego, con un animal boyante, se caen con tó el

equipo. Pero, en fin, eso no importa. Es tu sobrino y es baliente, y yo tengo debilidad por los balientes y te apresio á ti. De modo que lo meteremos en el carté.

El *Ratón* hurgóse en el «bisoñé» un poco perplejo é insinuó una pregunta:

—Y de dinero...

No le dejó proseguir el gordo. Como si no hubiese entendido la alusión, arrugó el entrecejo, con el disgusto de una persona herida en su delicadeza, y dijo con una candidez admirablemente fingida:

—Nada, *Ratón*. Y no molestes, ¡caray! Basta que sea tu sobrino para que yo no tome un cuarto.

—Pero, don Aurelio—clamó Trini—si yo...

—Tú tienes dinero y lo darías por el muchacho. Ya lo sé. Pero te prohibo que hables del asunto. A éste lo saco yo de balde; éste no paga, como han pagao casi tós los que han salío en Sebiya. Es tu sobrino y es baliente, y no boy á repetí que los balientes son mi debilidad y que te quiero.

A José no le dolió gran cosa la pillería del empresario, ni se resistió á torear gratuitamente. Sabía que le robaba; pero no quiso reñir con él, porque su enemistad podía atrasarle en su carrera, y conveniale transigir modestamente, y aguardar á que sus triunfos le proporcionaran un sabroso desquite. En su mano tenía la fortuna: dos ó tres victorias más, resonantes como la primera, le sacarían del purgatorio donde penaban los desconocidos y los mediocres y colocaríanle entre los afamados. Y ¿por qué no las había de conseguir?... ¿Por qué no había de ejecutar faenas iguales ó superiores á la que le dió á conocer y á otras muchas que no supieron apreciar los públicos de las aldeas y los villorios?... ¿Habría acertado casualmente, como afirmaban sus enemigos? ¿Retrocedería por falta de habilidad ante

una res noble y clara?... Se alarmó un poco, y desconfiado, empezó á repasar las asignaturas que con tanta fe estudió y aprendió. Con el Niño estuvo en las ventas donde alquilaban becerros; con Trini fué á un cortijo y hartóse de torear, y con Justo, que, por complacerle, embestia como un toro, ensayó todas las filigranas que conocía.

Salud no perdonaba ocasión de zaherirle:

—¡Qué! ¿Le has atisao muchas estocás á las siyas?

—No han sio pocas y más he de atisá. ¿Te molesta?

—Ni que me las dieses á mí. No, hijo. Pega estocás hasta que yo te diga basta. Y biba la pintura.

—No es pintura: es estudio.

—¿Estudio? ¿Te ban á tratá los toros como tu hermano?

—A picardía no le ganan.

—Pero á cuernos y á intensiones de cogé, sí.

—No importa. Praticando, sea como sea, siempre se afina. Y como er domingo me boy á jugá una carta de sierta grabedá...

—Tumbándote en er morriyo, ¿eh? Y á eso, ¿le yamas tú ser torero?

—A eso y á lo otro.

—¡A esas barbaridades!

—Después de tó... Anoche dijo er *Bruto* una berdá como un templo: «hay que roar por los morriyos». Y es la fija. Ó se roa, ó se juye. Y juir es la barbaridá más grande. La que tú no me berás haser nunca.

Salud, mientras sonreía, posó en él una de sus miradas enigmáticas, y respondió gravemente:

—Pué que hayas asertao.

## V

El viernes observó la «señá» Dolores que José apenas comía, y el sábado, con menos zozobra y con mayor sorpresa, hicieron los demás la misma observación. José, el fiero tragaldabas, quedábase distraído ante los manjares, y les daba mil vueltas sin decidirse á catarlos; José, que frente á un buen condumio no abría su boca más que para triturar y atracarse, charlaba por los codos... Consternóse el maestro, sospechando que tan radical mudanza fuese hija de la cobardía, y tembló por el mocito. Pero ninguna razón justificaba sus sospechas. No era miedo lo que sentía José, sino inquietud, impaciencia... Un sentimiento confuso de ansiedad y de rabia habíase apoderado de él desde que leyó los carteles, y manteniale en un morboso estado de exaltación, que hacía vibrar sus nervios y le perturbaba. Uno de los matadores con quienes tenía que alternar, era Rafael Bojana el *Panadero*. Su enemigo, el compinche de don Luis, el que más se divirtió con la horripilante escena de los perrazos... En brevísimo espacio de tiempo trazó *Josele* mil planes distintos y acarició ó rechazó mil ideas contrapuestas. Matar al cordobés en cuanto le viese, y sacarle del pecho el podrido corazón y arrojársele á un mastín; patearle hasta que vomitase las entrañas; escupirle al rostro, ó bañarle con una copiosa micción los

hocicos... Sacrificaba los pensamientos crueles á los generosos y cristianos, y decidiase á perdonar á su verdugo para darle una lección de grandeza de alma, y á solicitar su amistad, por añadidura, para que aprendiese á ser humilde; pero acto seguido, le mordían las serpientes del rencor, y juraba de nuevo reventarle á puntapiés.

Sosteniendo esta lucha que privábale de su frialdad y que achicaba sus entusiasmos, se levantó la víspera de la corrida. Por la mañana bebió unas copas en *El Tronío* con el *Bruto* y dos ó tres amigos; después de almorzar, jugó unas carambolas en *El Ancora*, y por la tarde fué con el señor Curro y el *Ratón* á ver las reses que habría de lidiar. Trini oponíase, diciendo que los matadores no deben ver los toros hasta que salen del chiquero, para ahorrarse molestias, sustos y preocupaciones perjudiciales; pero por no disgustar al muchacho, transigió.

En Tablada habíase reunido la flor de la «afición»: carniceros con sombreroes oscuros de ala rígida y gordas leontinas de oro; rapabarbas muy pulcros y muy achulados; algunos golillas, diccionarios vivientes de tauromaquia; una lucida representación de criadores de reses y de profesionales del toreo; un centenar de ricachos, estudiantillos y burgueses de poco fuste, y otro centenar de taberneros, tahures, timadores, estrellas del «cante jondo», luceiros del baile flamenco, guitarristas, verrugos, prestamistas y «maletas». *Cordobán*, que estaba con el protector del *Niño*, llamó á *Josele* y á sus acompañantes y les ofreció un puesto junto á la valla.

—Miren ustés que güespes. Se ha portao Miura.

No eran iguales todos los «huéspedes». Tres de ellos, negros como la tinta, finos y soberbiamente armados maravillaban por la belleza de su lámi-



na; uno, gordezuelo, berrendo y cornicorto enva-  
lentonaba á los coletudos más prudentes con la pe-  
queñez de sus herramientas frontales y con su bra-  
vura candorosa, y dos, grandes, viejos, «cornalones»,  
rayados como tigres, alargábanle el rostro á  
los más decididos. Los negros y uno de los chorrea-  
dos, formaban un grupo y manteníanse inmóviles; el  
pequeñín, nervioso, desafiaba agachando la testa, y  
el otro grandullón, tendido, comía con lentitud y dis-  
frutaba voluptuosamente de la paz de la tarde. Pa-  
recían inofensivos, pesados, prudentes, torpes, in-  
capaces de sentir el aguijón de la cólera, y de afron-  
tar, por un ciego deseo de venganza, la tortura y la  
muerte.

—Es una corría de toros—dijo el *Ratón*, después  
de examinar á las fieras concienzudamente—. Des-  
igualiya, porque hay una pera en durse, que es el  
berrendo, y dos güesarrones, que son los chorreaos  
en berdugo; pero es una corría de toros con toa la  
barba. Quitando á la perita, er que menos, pasa de  
las veintisínco arrobas.

—Hay que dir al sorteo—afirmó el señor Curro—.  
A ber si le echa á éste los dos grandes argún malas  
tripas.

—Déjelo usté—exclamó *Josele* muy tranquilo—.  
Mejó se matan los grandes que los chiquitines y se  
luse uno má.

Al inventor, que olvidóse de la inapetencia del mu-  
chacho, le tembló la barbilla de júbilo, y á Trini le  
arrancó la réplica un gruñido de asentimiento.

—Así se habla—manifestó—. Y er que no tenga  
reaños pa *chimuyar* así, que se corte la trensa y  
que se baya á freí monas. Chócala, José.

Una oleada del público, que volvíase en actitud  
expectante hacia el camino, les apartó un poco de  
su puesto, apretádoles contra la valla.

—El *Panaero*—murmujearon algunos con curiosidad ó admiración.

José, lívido, con la diestra sobre el corazón, que tocaba á rebato, torcióse rápidamente y vió al cordobés. Venía el *Panadero*, con uno de sus entusiastas y con el *Salaito*, en un carruaje arrastrado por dos soberbios potros con jaeces á la andaluza. El cordobés, que despedíase de las funciones novilleriles, descendió del coche con majestad, repartió muy serio, con el empaque adusto de un gran matador, apretones de manos y sonrisas benévolas, y calmamente, con el falso desdén de los vanidosos, encendió un veguero. Vestía, á la usanza clásica, una chaquetilla corta y un pantalón muy ceñido; calzaba zapatos claros y tocábase con un sombrero gris. Su colega el *Salaito* destilaba rusticidad por todos sus poros. Había sido bracero en una aldea inmediata á Sevilla, y el barniz chulo no disfrazaba su nativa tosquedad. Tenía el rostro curtido, las zarpas callosas, los ojuelos penetrantes—ojos de sembrador que han interrogado muchas veces al cielo—; los brazos duros, el pecho levantado, la mirada inocente y humilde. Junto al cordobés, devolviendo saludos con la gracia de un paquidermo, se encaminó al cercado, y pasó distraído por donde hallábanse Trini y *Cordobán*.

—Siempre ha habido pobres y ricos, Salao—gritó el piquero.

El campesino volvió el rostro, dió una palmada en el brazo á su compañero, para que le siguiese, y se aproximó á los amigos.

—Señores, güenas tardes.

Fijóse de pronto en José, á quien no conocía, interrogó á Trini con el gesto, y dirigióse al mocito con simpática cordialidad.

—Home, ¿es usté *Josele*, casuarmente?

—Serbidor—replicó el mozo, alterado, colocándose de espaldas á su enemigo.

—Pos yo soy Ramón Salao er *Salaito*, y tengo mucho gusto en tratarme con usted. ¿Está usted güeno?

—Mu bien. Gracias.

—La familia, ¿güena?

—Güena está. Aquí, este señó, es mi padre.

—Tamién tengo mucho gusto. ¿Está usted güeno?

—A la disposición de usted.

—Gracias, amigo. Y ahora boy á presentarlos al *Panaero*. ¡Eh, tú, *Panaero*! Arrímate, home.

Fué tan rápida la decisión, que cuando José quiso oponerse ya tenía delante al cordobés con su entrecejo peludo, su nariz aquilina y sus ojos saltones, que se clavaban en él inexpresivos y desdeñosos.

—*Panaero*, este muchacho es *Josele*.

El cordobés reconocióle, sin duda, porque pasó una nube por sus ojos, y, sobrecogido, vaciló unos instantes; pero se rehizo y con naturalidad perfectísima le tendió la diestra. José, como si no hubiese reparado en su acción, metióse las manos en los bolsillos y declaró turbiamente:

—Ya nos conosemos, Salao. Desde hase una temporá, y bien.

—Caray, es berdá—añadió el de Córdoba—. No había cafo. Osté es aquel...

—Aquel.

—Me lo paresió por la a stampa; pero, asina, ar pronto, no caí.

Retiró pausadamente la diestra, chupó el veguero, muy calmoso, é invitó al del coche á que se acercara:

—¡Eh, *Fabrisiol*!... ¿Bemos er ganao, ú qué?

Se incorporó al grupo *Fabricio*, que era un caballero achaparrado, con los hombros de Sansón y la tripa de Falstaff, y observaron todos á las reses.

—Una corría de toros—proclamó el *Salaito* con solemnidad, formulando la misma sentencia que Trini.

—Sí. De pulgas, no es—confirmó ingeniosamente el tripudo.

—¿De purgas?—preguntó sonriéndose el maestro—. ¿Es que ha bisto usté toros más grandes que los dos chorreaos?

—Defisiliyo me paese—manifestó el cordobés—. Pero, en fin, lo que importa es que no sean mansos. Que ambistan; que si ambisten, tién que roal. Ahora que, manque pegue dos bolapieses, me acordaré. ¿Eh, Fabrisio? ¿Qué te paese el orsequio del empresario pa despedirme de nobillero?... ¡Habrá tío sirote!

—Pasiensia, Rafaé.

—Si no es por ná. Pero me rebienta que el tío sirote, mantésón, me tire ar degüeyo.

—¿A ti na má?—preguntó el *Salaito*—. Nosotros, ¿no somos naide?

—Yo no me meto en que seáis ó no seáis. Yo hablo de mí, ¿te anteras? Y no tengo que hablá de ti porque hablo de mí. ¡Pa que te anteres!

Se apartó del grupo con una magnífica altanería, y José, viéndole solo á un extremo de la valla, le abordó, mientras charlaban los toreros con el panzón y Curro.

—Oiga su mersé—dijo dándole un golpecito en el lomo—. Una pregunta.

Por los ojos del interpelado pasó otra vez la nube y tornó á vacilar; pero se repuso instantáneamente y castigó el tonillo irónico de *Josele* empleando en su respuesta una palabra que avivaría el recuerdo de unas horas de humillación y ansiedad:

—Oye mi mersé. ¿Qué quiere... buesensia?

—Ya he dichò que haserle una pregunta.

—Pos ascucho.

—¿Es usté mu cagueta?

El *Panadero* se rascó el cogote, chupó nerviosamente el habano y le miró de reojo, sin replicar.

—Le he preguntao—insistió José—que si es usté mu cagueta. Y selebraría que me contestara, porque bamos á arreglá unas cuentesiyas lo mejor que sea posible.

Retrocedió unas pulgadas el cordobés, mordisqueando el puro, y resolvióse á contestar:

—Yo no tengo cuentas, amigo. Soy mu güen pagaor.

—Si no es usté el que debe. Soy yo. Yo le debo á usté dies ó dose mir gofetás de cueyo buerto, otras dies ó dose mir patás en ese cuerpesito de sarasa que tanto luse usté, y tres ó cuatro mir triyones de punteras en esa cara cochínísima de borrego con que le echó ar mundo la pua de su madre.

—¿Na má?

—Na má. Pero ahora viene lo que usté me debe á mí. Usté me debe á mí las sejas, la lengua y las narises. Las sejas las quiero pa limpiarme las botas, la lengua para hasé un estropajo y la narí pa adorná er común de mi casa.

—¿Quea má?

—Por ahora no quea má. ¿Dónde nos bemos?

—En la plasa, mañana.

—¡Ah! Pero, usté...

—Yo nesesito las narises pa olé los güenos guisaos de mi cosinera, y las orejas, pa oí el ruío de los miles é duros que garo, y la lengua, pa echá los sientos de brindis que echo. ¿Se entera osté, so tío sirote?... Y cuando osté brinde, si yega á brindá, y gané, si yega á ganá, y coma, si yega á comé, sa brá lo que balen esas cositas y lo difisi que es quitarlas.

—De manera ¿que se juye usté y que tendré que pegarle como á una lumia pa que dé la cara?...

—No, hombre, no. ¡Si no me juyo! Si es que no soy un infelí jambrió como osté. Mañana, atoreo en Sebiya; er marte, en Santandé, er juebe y el vierne, en Haro, er domingo, en Madrí... Y de este móo, jasta Ortubre. ¿Se ha enterao osté?... En berano, los únicos que pelean son los toreriyos sirotos. Los espás de carté, peleamos en ibierno. Conque haiga pasensia y espérese osté. Este ibierno se biene osté á Córdoba, con un biyete pa el ferrocarrí que le mandaré yo; nos encajamos en mi cortijo, mos comemos un arró con poyo, y aluego beremo quién le quita á quién la narí.

—Home, eso es bonito. Casi, casi me ba usté pa-resiendo una persona...

—Pos más otavía se lo boy á paresé cuando le meta dos deos de jierro por un cuadrí. Y cara á cara, con dinidá... Aquello, lo de los mastines, fué una mantesería... Cosas de don Luí, que en cuantito prueba una uba, se pone pa que lo afusilen. Ya se conbenserá osté, si lo piya, cuando se le quite er canguelo que le ha tomao á osté. Y estas—¡cuidiao!—no son satisfasiones. Si yo me ref de osté viéndole cosío en la jaca, osté me ha largao lo que no se le pué largá á dengún hombre.

—Y lo sostengo.

—Y yo er conbite.

—¿Chipén?

—¡Chipén!

—Ahí ba la mano.

—Y aquí está la mía.

Aquella noche se reunieron en *El Tronio* casi todos los socios fundadores, con su presidente Jesús Torroba—tío y protector del *Niño*—para obsequiar con una cena á José. *El Tronio* era una sociedad

de recreo en la cual no podía hablarse más que de toros, de caza, de mujeres y de vino. Un grave reglamento prohibía discutir sobre materias religiosas y políticas, y los prudentes varones que lo aprobaron respetaban de tal manera su espíritu, que sólo se permitían tachar de ladrones á los gobernantes, para ponerle una canilla al tonel colmado de su patriotismo, y blasfemar de vez en vez para arrojar al aire el limo de las malas ideas é impedir que corrompiese las puras linfas de su religiosidad. Estaba *El Tronío* en un principal de la calle de Castilla; ostentaba en el balcón un letrero en admirables caracteres góticos—tan góticos, que nadie los pudo jamás entender—, y lucía en el quicial de la puerta el botoncillo de un timbre tan dado á la holganza, que no hubo golpe, presión ni pinchadura que le arrancase siquiera un carraspeo. Tan sordo como el timbre y tan comodón era el conserje de la Sociedad—abuelo de *Jaquimiya*—, y ganábales en inutilidad el mozuco que escanciaba el mosto y hacía los recados. Había en *El Tronío* unos gayos carteles que decoraban los muros, unos cromos que reproducían gentiles escenas de rondel, y muchos retratos de grandes lidiadores. Había dos mesas para jugar á los naipes, con chapillas metálicas que permitían arder lentamente á los puros y que libraban de nocivos apresuramientos á los fumadores. Había un chinero con tazas, cucharillas, azúcar, cigarros, barajas, limetas, botellines y estiércol de ratón, y había también objetos que pertenecieron á espadas famosos—como una zapatilla de Manuel Domínguez y un alamar de *Cúchares*—y sillas y divanes de tan milagrosa virtud para inspirar embustes, que parecían hechos de mentiras.

Después de cenar, Torroba, Trini, *Manoliyo* y

Honorio hablaron de la corrida ó iluminaron con sus advertencias á José. El lance iba á ser duro y convenía afrontarlo con tanta sagacidad como valor, y para que calculase lo que podían dar de sí sus competidores, narraron sus más bravas hazañas, descubrieron sus defectillos é hicieronle ver los puntos flacos por donde les debía atacar.

—El *Panaero*—aseguró Trini doctoralmente—es y no es. O se arremonta ó se junde. O está hecho el rey de las fieras, ó el amo de la guassa. ¿Por qué? Por la razón sensiyísima de que es corto de cueyo. Cobarde. ¡Así, con claridá! ¿Que se topa con un brochito como la manteca de tierno, ó con un toro sensiyo?... Pos tira de repertorio, y, cabayeros, hay que tocarle las parmas. Porque sabe, porque domina, porque está cuajao. Pero que se encuentre con un gachó del arpa, de esos que cá minuto dan un recaó pa la barriga, y er «deliriu treme». Y no es que júya desbocao; no. Es que se descompone, que se encorba, que baila... Y ar que se descompone así, con er mío de siete biejas, no hay que temerle.

A juicio del *Ratón*, tampoco había que temerle á Salao. El *Salaito* no se descomponía, ni bailaba, ni temblaba. No era valiente; era más que valiente, y su inconsciencia, su desprecio de la vida, su bárbara temeridad y sus impetuosos arranques, angustiaban á los públicos. Al labriego, que desconocía lo rudimentario de su profesión, no importábale gran cosa que los toros fuesen claros y sencillos porque ignoraba el modo de lucirse; pero, tuvieran ó no bravura, acercábase á ellos sonriente, se defendía de las cornadas con toscos muletazos ó con empujones atléticos, y los mataba tumbándose en los morrillos con una decisión aterradora. Hacíase aplaudir por el pavor, más que por el entusiasmo, y tenía mucho más de bruto que de artista.



No obstante, para *Manoliyo* el peligroso de verdad era Salao.

—Salao—declaraba—le da un dijusto á la custodia que se le ponga por delante. ¿Qué es lo más prinsipalísimo der toreo? Matá. Y ¿cómo se mata de «chipé culé»?... Me paese á mí que no será pasando á una legua der toro. Se mata atracándose de toro el mataor. Y pa que el mataor se atraque de toro sa mesté que el toro se atraque tamién de mataor. Digo, «me se» figura á mí.

—Y si le dan á uno en er corasón...—insinuó Torroba.

—Pos se muere, y «gorigori pecatamundi». Usté ¿cree que pué ser torero el que le tema al ataú?... Er torero de reaños se tié que jugá la vida por la cabsiya de un misto ó por un papé de jumá. Y er *Salatto* se la juega en la plasa y fuera de la plasa, y con toros, y con hombres, porque no le cabe en er pecho er corasón. ¿No se peleó á mordiscos con un perro de presa y le quitó medio labio?... Ese le da un dijusto ar mataó bajao der sielo, y sin granujerías, sin tirá bentajas como el cordobé, que siempre trae las der Beri.

Sí llevaría esas intenciones el *Panadero*; mas no cogería desprevenido á José, ni aventajaríale un jeme en malignidad. Inquieto, preocupado, trazando planes y adelantando los sucesos con la imaginación, estuvo hasta la madrugada; cayó después en un sueño de plomo, y á las doce, con una inundación de luz en la alcoba, le despertó su tío. Traíale un traje de luces que le había regalado y que acababan de arreglar, y venía muy satisfecho.

—Arriba, lirón. Mira esta gloria.

—¿Lo han estrechao bien?—preguntó *Josele*, restregándose los ojos y saltando del lecho.

—Es naturá, home. Fíjate en los bordaos. De esto

no se camela ya. Pero, amigo, aquer *Cara-ancha* era tan lujoso y tan señó...

—Y está nuevo, nuevo el bestio—observó José.

—¡Tomal Como que se lo puso tres beses. Pero te albierto que ese bestio, en las tres veses na má, aprendió a toreá solo.

En camiseta, con un pantaloncillo de dril y unas chancas, fué el muchacho á la cocina para almorzar. Aguardábanle el maestro, tan decidor como nervioso, la «señá» Dolores, que tenía la nariz arrebolada y las mejillas húmedas y Justo que le contempló tan descombolado como si no le fuese á ver más. Salud también entró varias veces para poner al fuego unas tenacillas ó para retirarlas, y ni le miró, ni quiso demostrar con uno de sus ataques que su carácter propendía á la broma. La triste reserva de las mujeres y la inquietud que los hombres no lograban disfrazar, contagiaron al mozo, que apenas cató los alimentos, é indignaron á Trini.

—Pero esto ¿qué ba á sé?—chilló autoritariamente—. ¿Es que ajorcan á mi sobrino? Cuarquiera lo diría biendo esas caras. Ea, á no jeringá, y á ponerse castisso to el mundo, que aquí estamos de boa, mejó que de intierro. Y tú, niño, á jamá, que si malo es salí rebentando, peó es salí con las tripas como cañones de órgano. Cómete la tortiya y anda con la pescá.

Le obedeció José, y hasta la «señá» Dolores hizo una mueca que aspiraba á ser una sonrisa; pero ni la sonrisa floreció en los labios, ni la pobre madre se atrevió á hablar, comprendiendo que al temblor de la palabra seguiría el estallido de los sollozos. Continuó riñendo Trini, que simulaba una tranquilidad y una cólera que no sentía; colaboró con él Curro, que domó sus nervios en un magno arranque de virilidad, y terminóse la refacción sin que la

amargaran las lágrimas. Poco después presentóse el Niño y se retiraron los toreros á la alcoba.

—¿Qué?—preguntó el Ratón con ansiedad.—¿Pata?

El interrogado hizo un mohín de obscura significación.

—Podía haber sío más grande. Un chorreao y un negro.

—¿Y el sorteo?

—Legá. Er berrendiyo pa Salao.

—Más bale así—exclamó José.

—Y otra notisia—añadió el Niño—: *Comepán* está malo y lo sustituye *Cachirulo*. De manera que salimos contigo: él, *Brasofuerte*, *Jaquimiya* y yo.

Pusieronse á discutir Trini y el Niño los episodios del apartado, y José, libre de su charla, le soltó las riendas á la imaginación... «Tenían que verle aún muchas cosas: torear con el capote sin martingalas, citando de frente á los toros, y empapándolos al llegar á su terreno, y despegándoselos gentilmente, para volver á citar inmóvil y repetir la verónica; tenían que verle girar en las navarras, casi en la punta del pitón, y dibujar los airosos farolillos, y resistir las embestidas por la espalda con los lances de frente por detrás, y correr, por último, delante de las fieras, con el zig-zag elegantísimo del galleo. Tenían que verle manejar la muleta con una res noble, que le dejase adoptar posturas escultóricas, ó con un marrajo asesino de esos que rechazan el engaño y procuran matar al estoqueador. A la bestia sencilla, prefería la cobarde y traicionera, á la que es preciso confiar exponiendo la piel y á la que es difícil herir sin entregarle el cuerpo. Y se juraba á sí mismo exponerse con inteligencia y entregarse con serenidad, y se imaginaba ya á la res con el estoque en la cruz y sacudida por agónicas convulsiones, y creía oír el delirante aplauso del público.»

Trini le restituyó á la realidad con un mandato :

—A bestirse.

Y sin darse cuenta, resumió su soliloquio mental en una frase formulada con torva energía:

—Hoy me hago hombre, ó me mata un toro.

El *Ratón* protestó alegremente :

—¿A ti? ¿A un guasonaso de mi familia? Ar toro de San Marco que te suerten, lo tumbas tú. Como yo banderiyeo ar mesmísimo güey Lapis. Y basta de conbersasión, que tiés que ponerte más bonito que una onsa.

Se vistió con calma, ayudado por Trini, y examinado melancólicamente por Justo, que, con su azoramiento, estorbaba en vez de auxiliar. Cambió los calzoncillos largos por unos que llegábanle á las rodillas; se puso después las bastas y fuertes calcetas de hilo hechas á mano y las cubrió con las medias joyantes, bien estiradas y sujetas; se calzó las flexibles zapatillas; se rasuró, antes de encapillarse en la camisola bordada y de embutirse en las prietas taleguillas, y con los «machos» y la faja muy apretados, completó su atavío engalanándose con el vistoso chaleco y la áurea chaquetilla. El traje, azul marino, de un azul muy oscuro que hacía resplandecer el torzal de oro y las rútilas lentejuelas, realizaba el garbo de su figura y sutilizaba la esbeltez de su talle cenceño. Ya no era el pobretón de las taleguillas descoloridas y anchas y de los bordados orientos: tenía el porte lujoso y elegantísimo de un lidiador de fama, y al contemplarse, le invadió un sentimiento de orgullo, que arrancóle una sonrisa. Pero bien pronto unos gemidos ahogados le devolvieron la gravedad.

—Er coche—dijo el *Ratón*—. ¿Bamos?

—Bamos.

En el corredor, Dolores, deshecha en lágrimas, se

le colgó al cuello, besándole con angustiosa ansiedad.

—¡Hijo mío!... ¡Hijo de mi vida!... ¡Que la Birgen te ampare!... ¡Hijo de mi corazón!

La «señá» Antonia acariciaba al *Niño* sollozando, y de repente Justo, ablandado hasta las entrañas, dejó oír unos mugidos desgarradores, y el inventor, para que unas lagrimillas no comprometiesen su dignidad varonil, comenzó á toser con el ahínco de un tuberculoso. *Josele*, desvaida la color y un poco trémulo, devolvió los abrazos maternos, dió unos apretujones al maestro y á Justo, se despidió de las viejas y de Salud, sin notar que la muchacha tenía la naricilla roja, los ojos inflamados y el cabello revuelto, y bajó á brincos la escalera.

Al salir á la calle, donde le aguardaban unas docenas de «aficionados» platónicos, algunas mujeres de rompe y rasga y casi toda la chiquillería del barrio, recobró su sonrisa y saludó con gentil despreocupación; pero nuevamente plegó los labios con gravedad al ocupar su sitio en el carruaje—donde sentáronse con él *Jaquimiya*, el *Niño* y Trini—y reanudó su monólogo mental: «Había que asombrar á la gente; había que jugarse el pellejo con heroica bizarría; era preciso hacerse hombre ó morir.» Al llegar á la plaza, dulcificó el rostro, enlobriguedo por sus ideas, para que no atribuyesen su seriedad al miedo, y entró en la salita de los lidiadores. *Salao* le acogió con un gesto de bienvenida y el cordobés con una leve cabezada; pero ninguno habló. Durante aquellos minutos larguísimos, nadie solía hablar. El pensamiento empeñábase en sondear lo porvenir; el corazón, alborotado, convertía en galope su perenne marcha; en las bocas destilaba el temor sus jugos reheleantes, y los cuerpos se desmadejaban con una laxitud que la voluntad no podía contener. Fumába-

se mucho, no se escupía, hacíanse frecuentes excursiones al lugar excusado—porque al desaparecer unas secreciones aumentaban otras—y ahorrábanse los vocablos como si fueran perlas. No le sorprendió, pues, á *Josele* el mutismo de sus compañeros, y, mudo también, retiróse á un rincón para huir de importunos y curiosos y no contestar ni empleando monosílabos, y en él se aguantó hasta que formaron las cuadrillas para presentarse en el redondel. No disminuía el miedo al envolverse los hombres en los capotillos de lujo; al contrario: la proximidad del drama, entenebrecía las frentes, y pronunciaba el livor de las ojeras, y reseca los labios, ya resecos y espartosos; mas los lidiadores, espoleados por la dignidad, refrenaban sus nervios, animaban sus rostros, erguíanse gallardos, y pisaban el anillo rítmicamente, al compás de la música, con desenvuelta arrogancia.

Así lo atravesó José, entre el *Panadero* y el *Salaito*, tan cargado de emoción que no comprendía cómo las piernas no se le doblaban. Al desembocar en el redondel, bajo el cielo de un azul desvanecido, entre los muros albeantes, y las ringlas de criaturas que agitaban abanicos bermejos, y las vallas de un rojo de lumbre, le pareció que metíase en una hoguera. La llamarada solar movíase á oleadas en el aire, ponía fuego en el azul, encendía los tonos encarnados y espolvoreaba de ascuas ó de rayos pajizos los colores débiles. La arena quemaba los pies y la refracción de la luz lastimaba la retina. Respiraron todos al entrar en la media luna de sombra, apresuráronse á «hacer el saludo» á la presidencia, y rotas las filas, retiráronse al trote los alguacilillos y los piqueros que no estaban de tanda y buscó la gente de á pie á sus amigos, para honrarlos con el depósito de los capotes de lujo. Salao corrió hacia las

barreras de sol, tomadas por los pelantrines de su pueblo, y tiró el suyo, rojo como una brasa, entre animadoras aclamaciones. El cordobés premió con la misma distinción á don Fabricio, y *Josele* arrojó el que llevaba á Trini, que habíase encajado, merced á la bondad de unos conocidos, en un banco de los de sombra. Los tres matadores fueron aplaudidos: el *Panadero*, por los «intelectuales» de «la afición», que admiraban su finura; el *Salao*, por los labradores y por la morralla sanguinosa, y José—más tíbicamente—por los mocitos de su barrio y por los espectadores benévolos. Veíase que los dos primeros espadas tenían sus partidarios incondicionales y rabiosos, y que el novel aún no contaba con criaturas que se apasionasen al juzgar su labor. Esto deprimió á José, que creía haber ahondado más en las simpatías del público, y le hizo recordar su propósito. «Hoy me aplauden aquí hasta las tejas, ó me sacan á cachitos en un esportón.» El despecho habíale serenado y reconoció entre la muchedumbre á algunos amigos; al *Bruto*, que agitaba el sombrero, subido en un sillón; al presidente de *El Tronío*; al ventero explotador de becerrotes; al amo del taller donde trabajó con *Jaquimiya*... ¡El amo del taller!... Al contemplar al buen hombre, que pedíale con sus gestos una mirada amistosa, pensó con melancolía en el oficio abandonado, en aquel oficio tan pequeño para su ambición, que tantas amarguras le produjo, y en el cual, sin embargo, pudo encontrar la dicha. La pantomima entusiasta del zapatero suscitó algunas protestas, que, de rechazo, cayeron sobre *Josele*.

—¡A ber si eso es berdá!—gritábanle unos.

—¡Menos pintura!—aulló un bellaco, envidiándole el traje.

Acogió risueño estas pruebas de hostilidad, que

levantaban en su interior tempestades de ira; apretó el capote de brega y colocóse junto al *Salatto*, pegado á las tablas. Había sonado el clarín y acababa de aparecer uno de los chorreados. El animal se paró en seco á unas varas del toril, sobrecogido por las voces clamorosas con que le hostigó el público, y de repente, miró á su izquierda, acometió á los picadores, ciego de furia, los derribó destripando á los caballos, y con sangre en los cuernos y en el testuz, precipitóse hacia los espadas. El cordobés ordenó con un ademán á sus peones que lo detuviesen, y mientras recortábanlo dos de ellos, separóse de la barrera, abrió el capotillo, citó á la res, que acometióle disparada, y la recibió con una verónica. El lance no fué muy artístico, porque el *Panadero* citó casi de costado y porque se limitó á dejar que pasara el bruto, sin recogerlo ni quebrantarlo con la tela; mas como clavó los pies, sin alterarse por la proximidad de aquella mole, y como aguantó sereno sus arremetidas, falsificando otras verónicas, y terminó con un recorte ceñido y un salto gracioso, hubo olés y palmadas. El hombre, fortalecido por el mismo riesgo, dueño ya de sus facultades, con toda su elasticidad y todo su vigor, se llevó al toro, que había tomado una puya con bárbara pujanza, y volvió á oír aclamaciones y aplausos. La res, nobletona, se quedó en suerte, retrocedió un poco al avanzar el piquero, arrancóse de golpe tumbando á la cabalgadura y cebándose en ella, y persiguió al *Salatto*, que la tocó en las ancas, que la esquivó con un ágil regate, pegándose á su cuello, y que se detuvo á diez centímetros de los pitones, acariciándolos con la diestra. El tercer quite le correspondía á *Josele*, y desplegó el capotillo apenas acometió el chorreado; pero la jaca, herida en el pescuezo, le atropelló al huir, y libraron al jinete caído el labriego y el



cordobés. Sólo hubo otra puya, y el mozo se retiró al estribo y saltó al callejón con el desconsuelo de no haber catado las palmadas.

Trini creyó que debía animarle y le dió algunos consejos y le hizo algunas confidencias en voz baja.

—No te aseleres, niño, que yegará tu bé. Y fija-te ahora en er *Panaero*, pa no hasé lo que él haga aunque jumeen los aplausos.

—Pos, hasta aquí no ba mal.

—Pero le jiede er toro. ¿No lo has notao?

—¿Que le jiede? ¿Qué quíe usté desi, tío?

—Lo que he dicho. Aluego te lo explicaré.

Con algunas precauciones, aunque el toro no se defendía, banderillearon los chicos del cordobés, y éste, muy decidido, tanteó á la bestia con un pase natural, se la despegó con uno de pecho, ejecutó en seguida uno de molinete, que arrancó un vivo palmete, y al ver que se cuadraba, lió de prisa la muleta, se tiró sobre su enemigo con la rapidez de un relámpago, y hundió el estoque hasta el puño. El acero no quedó en lo alto del morrillo, ni el matador hizo un derroche de valentía al herir; pero la ligereza del trasteo y la muerte instantánea del toro merecieron la aprobación calurosa del concurso.

—¿Qué?—preguntóle Trini a su sobrino, que había vuelto á meterse en el callejón—. ¿Jedía ó no jedía?

—Tío, no caigo.

—¡Guasón! ¿Ha mirao ese hombre ar morriyo pa clabá? ¿No ha güerto la cara?... Pos si la ha güerto, una de dó: ó tenía jinda, ó le jedía er bicho y no quiso olerlo.

Celebró el chisté José, aceptó un trago que le ofrecieron y saltó al anillo al salir el segundo toro, que brincaba con la agilidad de un funámbulo. El

cordobés recogía palmadas y las quiso aumentar haciendo unas piruetas entre los pitones del bruto, que era el berrendo pequeñín; mas el *Salaito* detúvole con un par de voces, y en medio del ruedo, con el capotillo al brazo, se enredó con la fiera, recortándola y regateándola, desafiándola con el gesto, con los ojos y con los puños, y el circo entero le aclamó, sugestionado por su temeridad. Y desde entonces no cesó ni un minuto el fragor de los aplausos. El labriego, con una codicia tan grande como su corazón, los quería todos para él, y remataba los quites con puñetazos en el testuz, arrodillándose de espaldas al toro, ó tendiéndose junto á sus hocicos. Con estas atrocidades deslució á sus compañeros—que no sentían la necesidad de morir estúpidamente, entregándose por gusto á la res—, y envanecido, brindó en cuanto remataron de banderillar sus peones, y se fué como un león hacia el miura. Quería, indudablemente, compensar la pequeñez del animalito, que disminuía el riesgo, con algunas barbaridades gordas que lo aumentarían, y extendió la muleta, sin desplegarla, para dar un cambio; pero como no se movió con la suficiente destreza, la res, que no se había comprometido á respetarle, le tumbó de un testarazo, le recogió en el suelo, le volteó y no le deshizo de una cornada porque cebó su furia en un capotillo que le flamearon. El labriego levantóse con la misma indignación que si le hubiese abofeteado una criatura, y con una cólera irracional se dispuso á vengar la ofensa. Apartó á enviones á los toreros que le rodeaban y que pretendían averiguar si estaba herido, y sin mirarse, con una indiferencia heroica, desafió nuevamente al animal. Era un espectáculo horrible el de la lucha de los dos brutos: el bruto de los cuernos avanzaba siempre, y su insensata ira,

cegándolo, le impedía destrozar á su burlador; el bruto de la coleta, sin hurtar el cuerpo, defendíase con el trapo y con los puños, y, cada vez que rodaba, incorporábase con más agresivo enojo. Eran dos fieras: una que manejaba agudísimos pitones, y otra que esgrimía una punzante espada; espiábanse las dos con idéntico encono, y acometíanse con igual malevolencia, y proponíanse análogo final. Hubo momentos en que parecía inevitable la victoria del cornudo, y en más de una ocasión estuvo el hombre á punto de sucumbir; pero en una de estas ocasiones, se salvó de un brinco de las astas que le rozaban, se armó resueltamente y aprovechándose del cansancio de la res, que habíase detenido con las patas juntas, se tumbó sobre ella y metió el estoque y el puño en el morrillo. Fué un estallido de vítores, de aclamaciones, de interjecciones, y la plaza trepidó, conmovida hasta los cimientos por el vendaval de entusiasmo que la azotaba.

El tercer toro, de la estampa del primero, y más gordo, más «cornalón» y más astifino, presentóse con relativa calma, y de súbito tiró al aire unos derrotes, y como si hubiera enloquecido, partió con la velocidad de un proyectil, recorrió dos veces el ruedo y plantóse en el callejón, saltando limpiamente la barrera.

—O es un monstruo de brabura—dijo Trini—ó es un manso perdio.

Volvió el miura al redondel, galopando con la misma celeridad increíble; lo limpió de torerillos; cayó como una centella sobre José, arrebatándole el capote, y se «emplazó» encampanado, dispuesto á embestir. Los rehileteros del cordobés y del *Salaito*, habíanse refugiado detrás de la valla—tirándose algunos de coronilla—y los de *Josele* no mostrábanse muy deseosos de contender con el animal. *Jaqui-*

*miya*, á ocho ó diez metros del cornudo, dió unas patadas y unas voces:

—¡Je, toro!... ¡Jú, toro!...

El *Niño*, todavía á más distancia, agitó el capote y un desgachado mozuelo, que tenía también la obligación de apuntillar á las reses, se permitió ensayar unos pasos de danza, con profundo regocijo de los espectadores. Sin embargo, como transcurría el tiempo y como la multitud que trueca con la mayor facilidad el regocijo por la ira, comenzaba á impacientarse, José llamó á capitulo á sus peones.

—¡Eh, tú, *Juquimiya!*... ¿Qué ba á ser esto? Yá-male ar toro la atensión desde ahí. Y tú, *Niño*, bete por detrás y tirale un capotaso.

El *Niño* intentó evadirse:

—Como tiene tantos pies... Y como persigue y está en los medios...

—Y ¿pa qué te sirbe el capote?... Además, que está emplasao y hay que torearlo. Anda. Bete por detrás. Y tú, prepárate, *Cachirulo*.

—*Aliquindoy*—replicó el tuerto, que con la casaquilla de luces estaba imponente—. Bas á be un puyaso.

Y lo vió magnífico. El del mechón, de puntillas, acercóse á la res, tiró el capotazo, salió á escape con un miedo terrible, zambullóse en el callejón de cabeza, en un salto de rana, y el chorreado, á quien desafió *Cachirulo*, se revolvió contra él, clavóse con la misma violencia de su ataque una cuarta de puya, y le destripó el penco. En seguida, sin mirar siquiera los capotillos, corrió al centro del redondel, y quedóse allí encampanado, como antes, ó con la testa humillada, en actitud defensiva. A los toreros no se les ocultó la gravedad del paso: comprendieron que hallábanse ante una bestia excepcional, de portentosa malicia, que arrancábase para coger, mirando al

hombre y no á la tela que manejaba, y pusiéronse tristes y perdieron el entusiasmo y la serenidad en una dispersión completa de sus energías. Arrimábanse al toro porque les increpaba el público con soeces palabrotas; pero acercábanse desmoralizados, porque la res les aguardaba con infernal astucia, y en cuanto movíase para acometer, huían como si llevasen un avispero en el nalgatorio. Cada fuga era una lección para el toro, que acabó por hacerse el amo del anillo. Dejaba aproximarse á los peones, olía las capas sin moverse, estirando el cuello, retrocedía como asustado por la audacia de sus desafiantes, y de pronto arrancábase con atroz codicia y galopaba arrebatado, hasta que al llegar á los «tercios» acordábase de *Cachirulo* y de su aguijón y retrocedía para que no le volvieran á castigar.

El *Ratón* se había puesto más amarillo que la cera, y no cesaba de botar en su asiento ni de aconsejar á José.

—¡Al *goli*, niño!—gritaba—. ¡Dale en el chaleco á ese mal ladrón! ¡Mira que sabe latín ese juas, y que le mete los perros en er corrá á Manué Domíngue que se le ponga por delante!... ¡Al *goli*, y no seas tonto!

El marrajo no se dignó atacar á la caballería, ni embestir sino con arreglo á su táctica y fué condenado á que lo tosasen. Le distraían con los capotes el cordobés y el *Salatto*; el del mechón y Honorio, cada cual en su turno, entraban acelerados á la media vuelta, ponían, sin mirar, los palitroques y escapaban con alas en los pies, y así, clavando rehiletos en el toro desde la palomilla hasta el testuz, á costa de mil sustos, acabaron de adiestrarlo.

José, con una tranquilidad inverosímil, extrajo el estoque de la vaina, lo enderezó, le humedeció la

punta con el índice y el pulgar mojados en saliva y saludó á la presidencia:

—Señó presidente: baya por usted, por su acompañamiento, por las hembras bonitas y por los güenos afisionados.

Tiró la montera, se encaminó con mucho reposo al sitio donde estaba Trini, entre la estupefacción del público, que no comprendía cómo atrevíase á brindar la muerte de una res que, por sus condiciones, imposibilitaba todo lucimiento, y parado ante el *Ratón*, que no era el menos sorprendido, y junto á los espadas, maravillados también, habló de esta suerte:

—Güenas tardes, señores. Tío, brindo por usted y por esos amigos, que saben lo que es toreá. Y brindo porque ese toro es un ladrón, y el mérito está en matá con reaños á un ladrón y no á uno de esos toriyos que se suisidan de puro brabos. Y... ¡bamos á berlo!

Sin desplantes, con verdadera energía y para que le obedeciesen—no para simular denuedo—retiró á espadas y peones y acercóse á la res. A un metro de la cerviz, desplegó la muleta, hirió el piso con bizarría y citó:

—¡Jú!

Era tan grande el silencio de la multitud, que oyéronse con claridad la patada y el grito, y se percibió el golpeteo de las banderillas agitadas por el toro al cabecear.

—¡Jú!

La nueva cita tampoco provocó el arranque, y José aproximóse más al mansejón con increíble audacia y le puso la muleta en el hocico. Entonces alargó el pescuezo la res, separó el trapo con un pitón y se quedó muy fija mirando al espada, que mirábala igualmente, contraído, para esquivar el golpe, retrocediendo, ó para perseguirla y acometer. Fué ella la

que acometió y tan rabiosamente, y con ímpetu tan huracanado y tan de súbito, que José evitó el embroque por casualidad, con un quiebro inverosímil y vaciló al dejarse en las astas algunos alamares; pero la arremetida perdió al marrajo, quitándole todas sus ventajas y concediéndoselas al matador. Ya no volvió á verle más: *Josele* rehecho en el acto, alcanzó al miura, cubrióle la cabezota con la franela, en el momento en que giraba para buscarle, y lo despidió; cególe otra vez, repitiendo la maniobra, y tornó á perseguirlo, á hostilizarlo y á engañarlo, hasta que, mareada y rendida la bestia, se cuadró. E instantáneamente, juntó el mozo los pies, extendió la muleta, dió un grito, apartó con el trapo á la montaña de carne que se le venía encima, y avanzando al mismo tiempo y aprovechando la fuerza del choque, sepultó la espada en la cima del morrillo.

La multitud, enmudecida por la angustia, al pronto no alabó con sus chillidos el golpe que finalizaba la pelea; pero al ver que el lidiador, impertérrito, limpiábase la sangre que le cubría la diestra, y que el marrajo vacilaba con la ebriedad de la muerte, levantóse enloquecida y comenzó á mover los pañuelos, á palmotear, á gesticular y á rugir con un entusiasmo delirante. Trini se arrojó al anillo y le plantó al héroe un par de besos en las mejillas, y el *Bruto* pisó también la arena, al frente de algunos magnates, y auxiliado por ellos, levantó á José, llevóle en hombros para que saludase bajo el palco presidencial, y le hizo recorrer el ruedo procesionalmente. Los aficionados más antiguos lloraban ó blasfemaban de emoción; los trianeros desgañitábanse aclamando á su glorioso convecino; las mujeres aplaudían; la morralla insultábase ó abrazábase en el colmo de su júbilo, y los mismos diestros—el *Salatto* y el de Córdoba—aunque disimulaban y fingían un no-

ble alborozo, ofrecíanle al vencedor el homenaje de su contrariedad.

Y así, en unos minutos de bazarria, logró *Josele* domar á la fortuna y sentarse en el cogollo de la fama.



## VI

Los triunfos de José influyeron de muy distinto modo en la conducta y en los sentimientos de las personas que le rodeaban. Dolores se entristeció, porque, si bien las victorias de su hijo la enorgullecían, hubiera cambiado este orgullo por la tranquilidad de verle á salvo de peligros. Justo, el tremendo azacán, el caracol de la familia, amustióse al adquirir el convencimiento de que *Josele* ya no abandonaría aquel oficio de glorias eventuales y de seguros daños, y, en su interior, hasta permitióse insultar á los que loábanle por haber empeñado una partida en la que se jugaba la existencia. Salud comenzó á sentir agudos ataques de melancolía, que cedaron más su genio, é hizose, á la vez, más cuidadosa de su persona. Trini, con harto desconsuelo y únicamente por favorecer al mozo—según afirmaba—decidióse á trocar las dulzuras de su vida por los sobresaltos del anillo, y el señor Curro varió en todo—en carácter, en pensamientos y en indumentaria—de una manera radical.

Fué increíble el cambio del inventor. El, tan fino de pesquis y tan delicado de gustos, rompió su pluma de escritor público, colgó su gabán, guardó su bastoncillo, y á patadas, le abrió unos cuantos agujeros á su «bombín»; él, tan activo, se dedicó á ocíar; él, tan aficionado á las severas especulaciones cientí-

ficas y á los nobles esparcimientos del espíritu, dejó de cultivar su meollo y se entregó á las más nocivas voluptuosidades; él, tan sagaz, astuto y apacible borracho, convirtiéndose en un «curdela» cínico, imprudente y batallador. El señor Curro había pensado que, puesto que *Josele* era valeroso, él, que le engendró, debía serlo más, y, para lucir su valentía, en cuanto tragábase un par de copas desafiaba á la tierra y al cielo. En una de sus turcas, le dictó tan grandes baladronadas esta manía, que Julio el intérprete, el albañil erudito y el hombre de los rasgueos acabaron por impacientarse.

—De boquiya, tos semos guapos—sentenció el albañil.

—Las agayas se prueban—confirmó Julio.

Y el calígrafo, guaseándose, se unió á sus camaradas:

—¡Hechos, hechos, señó Curro! Basta ya de jara-be de pico, y benga la sustansia. Usté ¿es guapo? Demuéstrelo usté.

El maestro no vaciló:

—¿Cuál es el hombre más animá der mundo?—dijo incorporándose—. ¿Será er *Patiyas*, que hase una mudá en un desir Jesú y que juega á la pelota con una cómoda?... Güeno. Pos á Gradás me boy, y si bienen ustedes cormigo y está en Gradás er *Patiyas*, lo bais á be reventao á gofetás.

—¿Ar *Patiyas*?—preguntó riéndose el albañil.

—Ar *Patiyas*—replicó el maestro—. Y no lo boy á amarrá pa pegarle. Lo único que jadré con é, si lo cojo roncando—porque si no, no hay pelea—es lo que hase mi hijo con los toros, pa igualar la lucha: quitarle facurtades. Conque ¿bamos?

—Bamos ayá. Y no se fie usté der gayegaso.

—Niño, un cachito de jabón tierno. «Arrear» pa alante.

Salieron de la taberna y encamináronse á la catedral. Y allí, pegado al muro exterior, tendido á la larga y roncando á pierna suelta con el rostro sobre un cabezal que improvisó con sus cordeles, estaba el gallego—que era gallego, porque en Sevilla lo son todos los faquines, pero que había nacido en la Montaña—. El *Patillas*, que se ganó este alias por la frondosidad velluda de sus carrillos, y que tenía los músculos de un toro, su inocencia y su acometividad, siguió roncando mientras el maestro embadurnábale con jaboncillo las suelas, y no despertó hasta que el pie de su enemigo se puso en relaciones con sus nalgas.

—¡Eh, tú, Piloña!—gritó el traidor, golpeándole.

—¿Algo que llevar?—preguntó el *Patillas*, adormilado.

—Mucho. Una carga de coscorrones y de cates como pá ti solo.

El hombrón echóse á reír, creyendo que Curro bromeaba.

—¿Venéis de bulla?... De zarramplinas, ¿eh?... Pus anticuenta que á ese consonante me he chupao la noche yo.

—¿Y á este consonante?—dijo el maestro, encajándole un puñetazo en las quijadas.

—¡Chafandín!—rugió el *Patillas*—. ¡Me las vas á pagar! ¡Me futro en tu corazón!

—¿Sí?... Pos alarga la cuenta.

Le soltó tal puntapié, que el ganapán, del respingo, elevóse una cuarta sobre el trasero.

—¡Córchola!... ¡Te muerdo en la asadura!... ¡Te rompo el arca y me refutro en tu sangre!

Levantóse indignado, con ánimo de cumplir la amenaza; pero, apenas puso los pies en el suelo, el jaboncillo hizole patinar sobre las losas, vacilar y caer. Con más rabia, volvió á levantarse, para

volver á resbalar y á medir el piso con las costillas, mientras bataneábale á su sabor el maestro, y durante diez minutos, empeñado en recobrar la verticalidad necesaria para esgrimir los puños, cayó de todas las maneras imaginables: como una rana, como un cigarrón, como un piquero, como un buey, como un saco... La última caída fué espantosa: oyóse un ¡cuaj! horrendo, y Curro, asustado, con la sospecha de que el «gallego» no tornaría á incorporarse, se arrodilló junto á él. Y no se incorporó; pero tendido como estaba, tumbó de un sosquín al valiente, le atrajo de una garfada, como un tigre á un cordero, montóse sobre él resoplando, y le administró tal lluvia de bofetones, remesones, pellizcos, guantadas y rodillazos, que el señor Curro, hecho una aljofifa, renunció para siempre á paladear la gloria de los barateros y los jaques.

José, en cambio, aunque había tenido que apiolar á brutos de cuatro remos, más duros de roer que el *Patillas*, no se amedrentó. Lucióse en varias novilladas, puso en las nubes su crédito de lidiador habilísimo, elegante y denodado, maravilló á las masas con sus posturas escultóricas junto á los toros boyantes y con su fiereza junto á los marrajos, é hizo volatines entre los cuernos, con una gran dignidad, en varias ocasiones. La más grave de sus cogidas fué en Málaga. Resbaló al terminar un quite, le alcanzó la res al incorporarse, le volteó é hirióle en un muslo. Veinticuatro horas después, asordáronle en su casa con desaforados aullidos de dolor, metiéronle á la fuerza en el lecho y llamaron con toda urgencia á Pajarit. Esta vez el doctor no hizo chistes; pero ridiculizó con tanta sal á los acobardados, que la misma Dolores recobró la calma y consiguió tranquilizar á su marido y á Justo. A los tres días, levantábase el espada para charlar

con sus amigos, y para organizar, de acuerdo con Trini, nuevas excursiones. Ya habían pasado los tiempos de obscuridad y desgracia: era famoso, solicitábanle en todas partes merced á sus triunfos, y en vez de suplicar, humilde, podía exigir, altivo y orgulloso. El *Ratón* aconsejábale que pidiese mucho dinero por torear, porque así las empresas, convencidas de la justicia de su renombre por el sacrificio á que las obligaba, empeñaríanse en contratarle sin más comprobación. Y no se equivocó el sagaz consejero, porque si algunos empresarios, como el de Madrid, resistiéronse engreídos con la importancia de su coso, los más se resignaron á que los vareara la naciente celebridad.

La tarde que rechazó el contrato para Madrid, al marcharse Trini, interpeló con burlona ironía á Salud, que habiales oído conversar:

—¿Qué dise mi jarmin?

—¿No lo bes?

—Y ¿en qué piensa?

—¿Te importa mucho?

—Mucho, mucho, muchísimo... la berdá, no me importa. Pero argo, pué sé.

—Y ¿por qué motibo?

—Porque como mi niña es tan rematá, y como me pronosticó tantísima repuñalería, y como se ha de quibocao, pos yo, por un antojo, quería sabé si está mu rabiosa. Por un antojo na más y pa reirme.

—¿De qué, bainipedo? ¿Qué te he pronosticao yo, so litri?

—Mujé, si te güerbes atrás...

—Pero, ¿de qué? ¡Dilo, arrastrao!

—Pos de aqueyas gracias de que yo era la irrisión der público, y de que salía alternando con elefantes, y de que...

—Y ¿no era berdá, patoso?

—No lo niego; pero lo de que yo iba á torear en la Argaba...

—No hables mu arto, hijo, que entodavía se te pué mojá la pórbora y se te pué acabá la suerte,

—Eso sí. Has dao en er clabo. Porque lo que yo tengo es eso: suerte. Y la prueba es que cojo er capote pa juí, y me tocan las parmas; manejo la muleta tan feiyamente como yo la manejo, y olé mi niño, y largo una estocá en la pesuña, como toas las mías, y bendito sea tu corasón. ¡Si nasí de pie!

Salud, conteniendo la risa, que le retozaba por todo el cuerpo, atacó al jactancioso:

—¡Pos no eres tú nadie, tabardiyo! ¡Y no estás poco ancho con tu selebridá!... ¿Tendremos que hablarte en paper de á peseta?

—Las güenas mosas, no. Y las que ban ar poyetón, como tú, menos. Me da lástima.

La seguridad desdeñosa de José sacó de quicio á la cigarrera.

—¿Ar poyetón? Pero, tú, ¿qué te has figurao? Tú ¿te crees que me voy á solibiantá por esa pamplina?... ¡Si tengo los hombres así, por los deos, á osenas y á miyares!... ¡Si no me abío con ningún pretendiente por temó de que sea tan alabansioso y tan cochino como tú! Y anda ya y que te maten, y ríete de tu agüela, que soy yo mucha persona pa que te rias de mí.

Y durante unas semanas no se rió, porque la cigarrera decidióse á no volver á su cuarto, y porque, cuando él pudo salir, restablecido, le esperaba el coche para llevarle á la estación. Estuvo en dos ó tres ferias de pueblo, regresó á Sevilla para descansar, y minutos después de su llegada, Trini le entregó un despacho de Madrid, firmado por don Aurelio, que habíase encargado de regir la plaza, y que ofreciale tres corridas á 1.000 pesetas. José le con-

testó lacónicamente: «Por tratarse de usted, á 1.500.» Y más lacónico aún fué don Aurelio al replicar: «Conforme».

Hasta entonces, *Josele*, sin otro auxiliar que el *Ratón*, había toreado con los toreros que contrataban las empresas; mas el aumento de sus honorarios imponíale nuevas obligaciones y se decidió á formar una cuadrilla. La base, el peón de confianza, tenía-la ya en Trini, y le dió por compañeros á *Jaquimiya* y al *Niño*, que aún pensaban en los aplausos más que en las pesetas, á *Cachirulo*, más necesitado que orgulloso y á *Cordobán*, que no era muy exigente. Trini, viejo en el oficio y harto de trabajar junto á lidiadores notables, podía competir con los más expertos peones. No le faltaba valor ni inteligencia, conocía bien el modo de dominar á las reses, aconsejaba con discreción, y sabía correr á los toros por derecho, torear con una sola mano y cogiendo el capote por la bellota, consentir á los brutos querenciosos para cambiarlos de terreno, y volver á las fieras en la ocasión oportuna para librar al espada en peligro, ó para facilitar su más ardua labor. *Jaquimiya* y el *Niño*, faltos de experiencia, con el capote no servían más que para destroncar á los brutos, regateándolos como unos forajidos; pero banderilleaban con prontitud y soltura y tenían el entusiasmo de la poca edad. *Cachirulo*, fuerte, valiente y voluntarioso, no estaba colocado por su fealdad, que hacíale odioso á los públicos, y por la superstición de los matadores, que no lidiaban tranquilos llevando á un tuerto en su compañía, y *Cordobán*, que era un soberbio jinete y un picador de enjundia, se hallaba sin acomodo porque le trastornó una caída y estuvo medio lustro en una casa de salud y porque, cuando menos se esperaba, sufría algunas perturbaciones cerebrales. De mozo de estoques tomó José á *Pies-*

*deliebre*, que había renunciado al toreo porque su excesivo poder reventábase los músculos en cuanto estornudaba, pero que no concebía la existencia sin danzar entre lidiadores y sin comentar su desdicha. *Piesdeliebre*, por su agilidad de meollo, era capaz de grabarse en la memoria la red de ferrocarriles en un dos por tres; y su honradez nativa poníale en condiciones de ser un fidelísimo depositario y un administrador modelo.

El viaje á Madrid—por no haber estado el matador en la corte—puso de punta al *Niño* y á Trini que le querían aleccionar. El *Ratón*, partidario del flamenquismo, le recomendaba que vistiese el traje corto y que convirtiera su chaleco y su camión en un escaparate de joyería, y el *Niño*, defensor de las elegancias señoriales, pronunciábase por los cuellos rusos, las cazadoras con vuelo, los pantalones sin ceñir y los sombrerillos flexibles.

—La ropa corta—afirmó—le cae bien á un hombre de güenas hechuras; pero la ropa corta, en Madrid, compromete, porque yama la atención, y en seguida salen con que si uno es sicalítico ó no es sicalítico.

—Uno es torero—replicó Trini—. Y tié que presentarse como lo que és, en su sarsa, con lo suyo. ¡Miá que er sombrerete aboyao, y la ropa de sacrismoche y los carsones con fondiyos!... ¡Bamos, home, por María Santísima!

—Es que se pué ser torero sin dir probocante, señó Trini. Y la prueba es que Masantini figuró, si no me equiboco. Er torero, hoy por hoy, se ha sibilisao, y arterna en sosiedá, y no es ya un ludibrio.

—Y ¿qué es eso?... Tú, lo que estás pidiendo con tanta finura, es que te aparejen, so asaurón. De manera, ¿que se sibilisa uno por los carsones, mala sombra? Y ¿boy yo á sé un ludibrio porque me da



por lo clásico, y soy un banderiyero chipén y no un sarasa modernista?

—Sarasas, señó Trini, creo yo que no hay aquí denguno. Y no bale ofendé.

—¡Pos amarra er mislo, guasa biba, y no ofendas tú! Yo estoy tan sibilisao como el arcange San Grabié, y soy castisso porque nasí castisso, y no me pongo un guñuelo en la cabeza porque no me sale de los reaños que me tomen er pelo como se lo toman á ustedes. Y punto finá, que las palabras se enrean, y de los enreos bienen las *malajosserias*.

Se picó de tal modo, que el *Niño* no volvió á discutir con él las cuestiones de indumentaria, ni habló, en su presencia, con *Josele*, de los filites que necesitaba dominar un torero educado para no ponerse en ridículo en la corte; pero, á solas con el diestro, continuó su labor, proyectando sobre las tinieblas de su meollo raudales de luz espiritual. «Madrid era un portento de finura, de lujo y de distinción. En Madrid eran magníficos hasta los sastres de portal, elegantes hasta las modistillas y respetuosos con los preceptos del buen tono hasta los albañiles y los pintores de brocha gorda, que, vistiendo la plebeya blusa, se encasquetaban el hongo aristocrático. Pero Madrid tenía el gracejo por quintales y la malignidad por toneladas, y olía á los forasteros sin pulir, y castigaba sus ridiculeces y sus boberías con punzantes dardos. De ahí que toda prudencia fuese escasa para brujulear por la población y que el hombre avisado anduviese con cien ojos para no incidir en ningún error de bulto.»

—Pa que naide se ría de uno, ¿sabes qué es lo mejó?—preguntaba el *Niño*—. Pos lo mejó es no fijarse en naíta, como si tó se lo tubiera uno tragao y más que bisto y rebisto. Yo, por la caye: más

tieso que un ajo porro, serio y á güen paso. Que la gente se para pa be á una persona reá, pongo por ejemplo. Yo, pin, pin, pin, sigo mi camino sin pararme, como si tomara café con eya todos los días. Que pasa un tío emparedao entre dos anunsios. Yo, me cayo mi boca, y sin meterme con él, arreo. Que choca un artomobi. Yo, jala que jala, sin desí pío. ¿Entro en una serbesería de camareras?... Pos no toco las parmas, pa no asará, ni peyisco á una mujé, ni paso en er piropo de lo corriente. ¿Me boy á un salón de teatro?... Pos ayí berá tó Cristo que á educación y finura no me gana ni un duque. Y mira que no ser ordinario en un salón es difisiliyo. ¿A qué se ba á un salón... ó sine, ó coliseo, que es lo mismo?... Pos se ba á recrearse uno con la beya que más le arborote. ¿No es así?... Güeno, pos yo, en cuanto sale la beya, pa que no se figuren los guasones que soy un gachó de pueblo, me hago el dormío, ó me pongo á leé er periódico. ¡Na más! Finura, ó te caes.

*Josele* no aceptó en absoluto las teorías de sus mentores, ni se decidió á matricularse en las escuelas que representaban. Con un discreto eclecticismo, tomó de Trini algunas cosas y otras de su contradictor, y rechazando la antigua chaquetilla y los pantalones excesivamente prietos, y el cuello ruso y el cubre-cabezas flexible, subió al tren con una cazadora bien cortada, unos calzones entallados y un airoso y rígido sombrero. Iba en tercera, con su gente, y le acompañaba el señor Curro. Se despidieron de camaradas y familiares, arrancó el mixto, pusiéronse los toreros las gorrillas de viaje y comenzó á circular una de las botellas de que habíanse provisto para combatir el tedio á gargantadas. Mas, aun sin el mosto, no se hubieran aburrido los hombres, exaltados por su reciente unión,

que les enternecía, y emocionados por la proximidad de la lucha. En lo porvenir, todos habían de participar de iguales riesgos; todos, con sus garrochas, sus banderillas y sus capotes, habían de afanarse por auxiliar á José, cuya prosperidad les elevaría, y todos, cada uno en su puesto y con sus armas, habían de sentir los aletazos invisibles de la muerte. Con vaguedad, de un modo obscuro, dábanse cuenta de que la cuadrilla formaba un solo cuerpo que tenía á los picadores por brazos, á los banderilleros por piernas, y por cerebro y corazón al espada. De una pierna se podía prescindir y un brazo sustituiríase fácilmente; pero, herido el corazón, el cuerpo descompondríase y desaparecería.

La partida, que arrancó una carcajada á *Piesdeliebre* y un grito de júbilo al maestro, entristeció á los lidiadores; pero pasó de mano á mano la botella y la manzanilla devolvió á los espíritus su ecuanimidad. Una insinuación del *Niño* respecto á los modos más artísticos y eficaces de castigar á las fieras, hizo protestar á *Cachirulo* y le sacó á su cofrade dos ó tres afirmaciones rotundas; intervino José, votando con el banderillero, le apoyó Trini, reclamaron los picadores y enzarzaronse todos en una ardiente discusión sobre el arte que practicaban y las modificaciones que había sufrido. Trini defendía á los toreros de antaño, rigurosos y ordenancistas, que se limitaban á cumplir estrictamente lo dispuesto en los cánones del oficio; José agregaba—sin desdeñar las innovaciones geniales y aludiendo únicamente á la disciplina—que eran mejores aquellas épocas de severidad durante las cuales sólo se hacía lo que mandaba el maestro, que jamás toleraba una salida en falso ó un capoteo inoportuno, y que apresurábase á reprender á los peones, que, por osadía ó torpeza,

toreaban cogiendo el capotillo con las dos manos. Se habló después de las heroicidades de los espadas, de los rehileteros y de los picadores antiguos, del olvido de las reglas, y del decaimiento de algunas suertes, como la de picar, y *Cordobán*, sulfurado, arriesgóse á defender á sus colegas. «El admiraba á Trigo, aquel coloso que contenía y rechazaba á un bruto con el regatón de la garrocha; él quitábase el sombrero ante aquel gran Corchado, que ganó una apuesta de mil duros por picar ocho toros con un caballo; él saludaba y admiraba también á otros hombres que picaron sin castoreño y sin mona y con medias de seda, y que libraron de morir destripadas á sus cabalgaduras. Pero Trigo y Corchado, y los demás, ¿harían hoy lo que hicieron ayer?... No. No lo harían porque montaríanse en pencos y no en caballos con vigor en las patas para encabritarse y girar y evadirse; no lo harían, porque el público no permitiría huir de las reses para que el capoteo las aplomara, y tendrían que recibirlas al salir, cuando embisten como si danzaran, sin fijeza en la acometida; no lo harían, por último, porque opondríanse los matadores.»

—Los mataores—aseguró—como ya no resiben toros, quieren encontrarlos aplomaos, sin fuersas, con una hondoná en er morriyo y con sangre jasta las pesuñas. ¿Libra usted ar cabayo? Pos no castiga usted, porque, pa librar al cabayo, hay que poné la puya y salirse como las balas.

—Eso es sierto—declaró José.

—Y también es sierto que los mataores se pirran porque piquemos en cabayos jeríos, pa que los animales pesen más, y porque los entreguemos á los toros, pa que, corneándolos y romaneándolos, se quiten la cabeza y yeguen al último tersio reben-taítos.

En Córdoba, una ocurrencia de *Jaquimiya* echó la conversación por otros cauces.

—¡Eh, señores!—exclamó—. Que ya estamos en la tierra é los borregos.

—¿De los borregos?—preguntó el señor Curro, intrigado.

—De los borregos. ¿No los ha oío usté hablá? ¡Rafaéee!... ¡Quéee!... ¡Béee!...

*Josele*, en vez de reirse como sus compañeros, reprimió al gracioso:

—Home, mejó sería que tubieses más caridá. Cá uno habla como lo han enseñao, y la finura del idioma de Sebiya no es pa toas las gargantas.

—Si ya lo comprendo, *Josele*.

—Pero te guaseas y eso no es cristiano. ¡Deja á los pobresiyos!

—Por mí...

—¿Qué dirás tú entonses en cuantito pasemos de Espeluy?—preguntó Trini—. Porque todavía en Córdoba... anda con Dió. Pero mira que Madrí con sus eses... «Buessoss díass.» «Las moscass.» Y pa tó ps, ps, ps... ¡Bamo! Pos ¿y Barselona? «Nosallltres... bosallltres... diguili qui bingui.» Pos ¿y Biscaya con sus «churrigurris»?... Si sos digo que es pa rebentá de risa.

Madrid defraudó al señor Curro en sus esperanzas. Parecióle un pueblo ancho, demasiado ancho, que tenía más escaleras y más chinches que Sevilla; pero que carecía de una Giralda, de una Torre del Oro y de un Guadalquivir, con su buen puente y sus buenos barcos. Estas deficiencias de la capital entristercieron al inventor, que no comprendía la falta de patriotismo de los gobernantes que las toleraban ni la indiferencia de los gobernados que las sufrían. La mentecatez de no cubrir con toldos las calles, para protegerlas del sol, y la bobada de construir patios

feísimos para que se orease la ropa y no para que se holgaran las criaturas, pusieron el colofón á su tristeza y á su desencanto. Fijóse, además, en que las zapaterías cortesanas no sorprendían al transeunte con la más leve innovación, y en que los extranjeros no caminaban acompañados por guías á los que diese respetabilidad el hongo gigantesco y el grave bastoncillo, y comenzó á ganarle un confuso sentimiento de piedad y desdén. Y habría negado á voces la superioridad de Madrid, sin los kioscos que amparaban á los ciudadanos en aprleto, kioscos mejores que los de Sevilla, porque administraban una ducha al recibir una micción; sin los «chocolates» de á perra gorda, que le entusiasmaron, más que por el vino y el bizcocho, por la eubolia discretísima con que se ofrecía el mostagán y sin las montañas de carne con que, por peseta y media, obsequiaban al consumidor en todos los cafés.

Al espada no le defraudó Madrid. Maravillado por su hermosura y por su grandeza, exploró el cogollo de la ciudad, acompañado por el *Niño*, almorzó en *La Sevillana* unos sabrosos guisotes hispalenses, se limpió la dentadura junto al *Inglés*, para que los «maletillas» le envidiaran, y tomó café en *Candelas*, sin piropear á las mozas y sin palmotear para que no se azorasen. Al obscurecer, fué presentado por Trini á un viejo pilongo que se llamaba don Silvano Castropol, y que tenía un blanco cerquillo fraileesco, una calva indecente y una obscena y húmeda nariz. El vejestorio obsequió á José, le habló de unas sobrinejas, muy listas y muy amables, que bailaban y cantaban en el *Salón Moderno*, y le citó allí para matar unas horas en su compañía. A las diez, como aún no había aparecido Castropol, el espada y el *Niño*, para esperarle, entraron en el «ci-

ne»; fijáronse muy atentos en unas películas que disgustaban al público, contemplaron á un prestidigitador á quien nadie miraba, y cuando presentóse la *Manón* casi en pelota, sin mallas, con unos velos tan livianos y transparentes que eran un incentivo para los ojos y un acicate para la lujuria, pusieronse á cabecear con una soberbia indiferencia. La *Bonitilla*, que enseñaba, nalgueando y dibujando piruetas, sus más ocultas perfecciones, les forzó á mirarla de reojo y á ponerle sordina á sus rugidos, fingiendo bostezar, y ante la *Cangrena*, tan hábil para mover su vientre á oleadas, que trasladábase el ombligo del uno al otro costado y de la verija al esternón, movieronse inquietos, mientras la gente, rijosa, aullaba de salacidad. José, con profunda desolación de su compinche, comenzó á jalear á la bailadora, haciendo gestos muy significativos, y tal vez habríase distinguido ejecutando alguna bizarra atrocidad si en ese punto no hubiera finalizado la función. Una hora después, Trini y la estantigua sacaron de la sala á los mozos, llevaronles por un cobertizo, donde estaba el ambigú, á un mechinal de muros enjalbegados y techo de cinc, y recomendaronles á la bondad de las mujeres. Eran cuatro: la *Manón*, francesa de Tarrasa; la *Flordelis*, aragonesita que croaba *couplets*; la *Bonitilla* y la *Cangrena*.

—Chicas—exclamó don Silvano—. Tres hurras á la salud de estos amigos. A la una, á las dos, á las tres...

—¡Hurra!... ¡Hurra!... ¡Hurra!...—chillaron animosamente las mujerzuelas.

*Josele* se inmutó, sorprendido, sin la serenidad necesaria para acoger la broma con una sonrisa, y el del mechón se puso como un tomate.

—Güenas y santas—dijo intimidado.

—Pero que santísimas—replicó la *Cangrena*.

Por fortuna, las otras damas, parloteando con Castropol y Trini, no oyeron el piadoso saludo, y los mocitos, en unos instantes de tregua, preparáronse para intervenir en el torneo. El *Niño*, con una repelosidad que patentizaba su timidez y su falta de mundo, declaróse enemigo de la *Cangrena* y la apuñaló hipócritamente con los ojos, deseándola un diluvio de desdichas. Estaba como sobre alfileres en aquel ambiente desconocido de exótica prostitución, y no sabía qué hacer. Allí sus astutos fingimientos eran inútiles; allí no podía ocultar la burda hilaza de su educación corriendo como un autó-mata, ó enfrascándose en la lectura de un periódico, ó simulando que se dormía. Acongojóse, pues, encomendándose á Dios para que apartara de sus labios las hieles de lo ridículo, y apeló á su cautela para acometer con ventaja si le agredían. José, de atrevido genial, se adaptó en seguida al medio y se puso á tono con un par de tragos animadores.

—Usted ¿es el monstruo?—le preguntó la *Flordelis*.

—En argunos menesteres, soy regulá de monstruo, pa serbirla á usted.

—¡Ah! ¿Sí? Pues, entonces, niñas, la canción:

«Tránlara, tránlara, tran-lará.»

Tararearon todas las pelanduscas con un júbilo infantil, celebrando luego con grandes carcajadas su picardía, y desde aquel momento no hubo pregunta, ni respuesta, ni afirmación, ni negación, ni palabra aislada á las que no le colgasen, como estrambote, sus mayidos. A Diego, horrorizado, cada «tránlara» le parecía un espetón al rojo que tostábale la piel. Trini y D. Silvano, en sus glorias, los provocaban, y *Josele* cada vez los oía con más gusto.



—Bamos á be—gritó el *Ratón*.—¿Quién es de toas las presentes la que ha comió más *fulañi*?

La *Cangrena*, que sabía caló, enfurruñóse; pero sus amigas continuaron riéndose.

—¿*Fulañi*?—dijo la catalana.— Pues entonces:

«Tránlara, tránlara, tran-lará.»

—Y en presidio—preguntó D. Silvano—¿quien va á pasar más tiempo?

—¿En presidio?... Niñas:

«Tránlara, tránlara, tran-lará.»

—Mira que son infelices y brutos—manifestó *Flordelis*.

—¿Quién es bruto?—reclamó José.

—¿Quién?... ¡Fuego!

«Tránlara, tránlara, tran-lará.»

Después de berrear, aullar y gruñir unos cientos de «tránlaras» apaciguáronse las mujeres y cayeron sedientas sobre unas copas que mandó traer don Silvano. *Flordelis*, compadecida del *Niño*—al que aherrojaba su timidez, y que no hacía más que guiñarle á *Josele* para que se lo llevase de aquel infierno—le juró que con su bórdoncillo lírico no pretendían ofender, sino pasar el rato, y le advirtió que los «tránlaras» se habían puesto de moda entre todos los caballeros que frecuentaban el «cine». Con esta explicación serenóse Dieguito, y barriendo de su ánimo los recelos pueriles, entabló con la aragonesa una íntima charla.

José le felicitó por el cambio :

—¡Home, gracias al Artísimo!... Que paresías un San Gilando en er sielo.

—Como mañana hay que torea...—repuso disculpándose el *Niño*—y está uno cansao der biaje...

—Pos si mañana hay que toreá, se ensaya uno toreando esta noche.

—¡La guassa, qué niño!—barbotó Trini—. A be si no es de mí sangre, Sirbano. ¡Un tigre!

—¡Ea, nenas! Si queréis—propuso el matador—bamos á armá la juerga padre. Ustés ¿camelan el «cordón ru»?

Todas palmotearon entusiasmadas.

—¡Sí, sí, sí!

—¡Champán! ¡Venga champán!

—¿Champán?... Pos entonses, duro, que ha yegao la mía:

«Tránlara, tránlara, tran-lará.»

Las mujeres amohináronse disgustadas por la burla; pero como el burlador no pretendía defender su bolsillo y escanciósse el «champagne», elogiaron su gracia y su desenvoltura. Poco después solicitó permiso para retirarse la dueña del ambigú, y el empresario del «cine» convidó á echar la espuela; y como no se les podía despedir más urbanamente, devolvieron el convite y salieron del antro. A José le placía la *Cangrena* y quiso pedirle hospitalidad; pero el *Ratón*, muy serio, le prohibió que la abor-dara.

—Barbaridaes cormigo, ó delante de mí, no. Mañana te juegas la bida y el nombre y debes reserbar la fuerza. Ya berás á esa gachí, y á otras, y á otras, y te hartarás de naguas, porque á ti, que eres castiso, te ban á comé las *cocotes*; pero en su tiempo, con pupila, sin perjudicarse á lo primo.

Al día siguiente se despertó el mozo de mal humor, con la cabeza pesada y la lengua saburrosa. Alojábase en la Puerta del Sol, en el domicilio de un ex piquero que admitía huéspedes coletudos, y el estrépito de la plaza, cruzada por cien vehículos y

repleta de gente, colábase fragoroso por el balcón. Adormilado todavía, vió que una sombra se deslizaba por el dormitorio, que inclinábase en un rincón, que ponía cuidadosamente sobre una butaca unos objetos pesados y que, sin ruido, sentábase junto á ellos en la obscuridad. Pasaron unos minutos sin que la sombra se moviese; un rayo de luz que iluminaba el brazo de la butaca trepó al espaldar y quebróse en un chisporroteo, y este chisporroteo dió toda su lucidez á *Josele*.

—¡Juan!—llamó, incorporándose con rapidez.

*Piesdeliebre* levantóse de un salto y abrió el balcón.

—A la orden. ¿Te he despertao?

—No. Estaba despierto. Te he bisto sacá la ropa. ¿Qué hora es?

—Las onse. ¿Te bas á afeitá?

—Bien. Trae er búcaro.

Le alargó el botijo *Piesdeliebre*, se enjuagó la boca con agua fresca, encendió un pitillo y dejóse rasurar en silencio. El criado le enteró de algunas cosillas desagradables referentes al señor Curro. El señor Curro, que no arrumbó en Sevilla las botas del trinchante ni las del tacón giratorio, pretendía colocar su invento en Madrid, y habíasele venido á las mientes la idea de utilizar como maniquí á su antigua víctima.

—Y figúrate—gimió el de los estoques—las mascás que me arriman en cuanto me bean dí á sartitos como un gorrión.

—No hagas caso.

—Si no fuera tu padre... Pero, amigo, es tu padre, y bien lo sabe él, y cuarquieriya le tose. Mía que le he echao cá discurso que ha sío la má. Le he recordao lo que me pasó en Sebiya, le he pedío en crú que me deje bibí, y que arquile á un gayego pa que se es-

pan, pane con las der tacón despegao... Y él erre que erre y duro que es tarde, poniéndome de júas, charrán y desagradesío que no hay quien me coja.

—Jate er loco y no te preocupes.

Terminó Juan, lavoteóse el espada con morosidad voluptuosa, fumó calmosamente un cigarrillo y pidió el almuerzo. Mientras almorzaba, desfilaron por la habitación el señor Curro y toda la cuadrilla, é informáronle de cuanto le podía interesar. No le había favorecido el sorteo: la única res defectuosa, un toro tuerto, cárdeno y grandote, iba en tercer lugar. En el último se correría un cuatreño gordo, fino y apañado de pitones, como sus hermanos.

—Es una corría pa crescerse con eya y pa jartarse de parmas—dijo el Niño.

—Si no se tuerse...—manifestó Trini.

—Ya beremos—repuso el matador—. Yo quiero dar gusto. Madrí consagra, y sería de mucha inoransia descuidarse en su redondé. De modo, que tos á una : á picá en lo arto, y á banderiyeá sin salías farsas, y á no mareá á los toros con er capoteo, pa que yo puea cambiá mi onsa ó mi moneiya de sinco duros.

—Pos ¿no la has de cambiá?—afirmó el maestro—. Y mir moneas, porque, en eso de los riñones y el arte, eres tú Rochil. Y no lo digo porque seas mi hijo y me siegue la pasión; que, antes que yo, lo ha dicho Sebiya, y Sebiya, en estas cuestiones, es el ama. Conque no te preocupes de Madrí, que consagrao estás por quien da las consagrasiones.

—No, cuñao—reclamó Trini—. Eso, no. No es por ahí. Sin quitarle á Sebiya esa corona que tiene, que no hay quien se la quite, hablando de Madrí, hay que descubrirse con solenidá. Madrí *chanela* más de toros; Madrí, manda; Madrí, impone á los toreros; Madrí, es el artá mayó pa los mataores; Madrí, es la mina, y er sielo, y er tribuná, y la jorca tamién...

Por eso en Madrí hay que poné toa la carne en el asaor, y echá el resto, y salí de la plasa en hombros ó tendió en una camiya.

—¡Home, Trini!—exclamó el señor Curro—. Me parese que no es esta la ocasión pa mentá siertos chismes.

*Josele* se encogió de hombros con indiferencia.

—Lo mismo da mentarlos que no mentarlos— declaró—. ¿Qué importa? La camiya, el hospita, el ataú, er nicho... Argún día, ¿no tenemos que mori?... ¡La camiya! Y ¿qué? No se me enfría á mí la sangre pensando en las cornás. Y eso es tó. Que no se enfríe la sangre, que baya uno ar peligro sereno.

Mas no iba muy sereno al peligro José. Y no porque el pavor le enfriase la sangre, sino porque el afán de triunfar se la caldeaba de tal suerte, que corría como fuego por sus venas, y golpeábale á oleadas el corazón, y le encendía el cerebro. ¡Vencer! Todo el potente engranaje de su máquina corporal se apretaba, y todos sus deseos fundíanse en una sola aspiración, y todas sus ideas, mariposillas de lumbre, alimentaban la gran idea de conseguir la victoria. ¡Vencer!... Siempre le ocurría lo mismo. Procuraba no preocuparse, no recordar siquiera que había de lidiar unos brutos; pero en el fondo de su pensamiento, como un gusano entre las mollás de una fruta, acechaba la inquietud, y de repente, al menor descuido de la voluntad, el gusano se movía, escarbaba, presentábase y apoderábase de él. ¡Y qué suplicio entonces! ¡Qué ansias de que volase el tiempo! ¡Qué furia por adivinar lo que el Destino tenía reservado!... Vefase en el coso, sobre la arena mojada y calentucha, y percibía el hedor nauseabundo de los pencos destripados, y escuchaba el bramido de la multitud, tan poderoso como

el azote del mar sobre los cantiles. ¡La multitud! ¡El público!... Todos eran diferentes y todos se parecían; todos derrochaban los aplausos después de escalimarlos; todos tenían sus prejuicios y sus flaquezas; todos preferían la temeridad al valor frío, inteligente y sereno. ¿Cómo sería el de Madrid? El llamado á rebajarle ó á enaltecerle, el que fallaría sin apelación en su pleito contra el infortunio, declarando si exageraban ó no sus panegiristas, ¿sería recto é imparcial?

Como si hubiese adivinado su soliloquio, el *Ratón*, que vestía ya la ropa de luces, volvió á garantizarle la sabiduría taurina de Madrid.

—No cabiles más y no te aturruyes, que aquí *diquelan* de lo nuestro, y se ban á gorbé locos en cuantito hagas una faena y pegues una estocá.

Trini, descolorido y algo nervioso, sentóse en un brazo de la butaca para que ningún rozamiento ofendiese la gentileza de su atavío, y perfiló con sus observaciones el de José.

—Esos machos, Juan. ¿No bes que cuergan mucho? Recoge los cordones. Y estira la pañoleta.

La cuadrilla entró poco después. El *Niño*, hecho una Purísima con su traje azul y plata; *Jaquimiya*, demasiado modesto, casi tan pobremente vestido como *Cachirulo*, que lucía unos remiendos en el bombacho, y *Cordobán*, con lujosos atalajes. Despidiéronse del espada, al que abrazó el señor Curro con bastante entereza; montaron en sus cabalgaduras los piqueros, se acomodaron en un carruaje el maestro, los peones y Juan, y encamináronse á la plaza. A los cinco minutos subieron Trini y José á un automóvil que llevó don Silvano, partieron á escape por la Carrera, para huir de la aglomeración de vehículos, y por la calle de Alfonso XII metiéronse en la de Alcalá. «La afición» quería despedir al

*Panadero*—que tomaba la alternativa en la primera función de otoño—y juzgar el trabajo de José, y sus masas apretujábanse en la amplia vía.

—¿No os anuncié el lleno?—preguntaba, esponjándose, don Silvano—. Pues me parece que no me equivoqué. No acudiría más público si toreasen *Lagartijo* y *Guerrita*. Alégrate, *Ratón*.

Mas ni el *Ratón* ni su sobrino estaban para alegrarse. Frente al Retiro se habían emparejado con un entierro, y la tétrica visión de la carroza negra, de los negros caballos y de la gente enlutada que los conducía, les alargó el rostro. Miráronse sin hablar, y antes de que se hubieran tranquilizado, un cochero que hostigaba á una de sus mulas llamándola Culebra, les hizo respingar.

—¡Lagarto!—chilló el *Ratón*, extendiendo el índice y el meñique y moviendo la mano con rapidez—. ¡Lagarto!... Y ¿no habrá encontrao otro nombre pa su mula ese mardita sangre?... Mira que tamién es pata: un intierro, y sin que se te sarga el ataú de las niñas de los ojos, la bicha. ¡Lagarto!

Llamáronle desde una jardinera, se torció para saludar, y, en el acto, apartó los ojos como si hubiese visto alguna monstruosidad horripilante.

—¡*Josele*—exclamó—, no mires, por tu salú! ¡Guerbe la cara!

—Si ya he mirao—dijo el mozo con melancolía—. ¡Mal tiro!

—Pero, ¿qué ha mirado?—preguntó *Castropol*—. ¿Qué ocurre?

—Que esto ya es irse de bareta—declaró *Trini*—. ¡Pata, pata y pata!... Un entierro, la bicha y ahora un gachó con el ojo más chíndigo que hay en er mundo.

—Y si no fuese más que un tuerto...—añadió José.

—Pero ¿hay otros?

—Pos ¿y el cárdeno que me aguarda? Y al mío, á *Cachirulo*, ¿dónde lo mete usté?

No replicó Trini, y sin que José hablase más, llegaron á la plaza. El cordobés y el sevillano diéronse las buenas tardes con la seca urbanidad del odio, y el segundo espada, el *Porterito*, un madrileño de pocas chichas y tan verde y tan pajizo de color que parecía un desenterrado, acogió á *Josele* con una broma, en la que se notaba menos cordialidad que mafevolencia.

—Bien venido, fenómeno.

—Bien hayao, prodigio—contestó ásperamente.

Salieron. La plaza no le gustó á José. Era más lujosa, más alta, más cómoda, mejor en todo y por todo que la de Sevilla; pero era también más seria, más ceñuda, más triste, menos luminosa. Le faltaba la alegría de aquellas columnas de piedra color de sol, de aquellos muros nítidos, de aquella rubia arena; le faltaba la jocundidad de aquel público cantarín, inquieto y bullicioso, que metíase en el circo dos horas antes de empezar la corrida y que, por adquirir un buen puesto, exponíase á coger una insolación. No, no se asemejaba al de Sevilla el público de Madrid, grave, entonado, severo; entre la multitud que lo componía, el sombrerillo de paja burgués derrotaba al sombrerote de campo, haldudo y rotundo de copa, y al sombrerito chulo, de alas rígidas y recortadas; la blusa azul barría de los tendidos baratos á la «guayabera» albeante, y de los de sombra eran expulsadas por los trajes oscuros las prendas rientes y abigarradas.

No habría de seguro en la masa enorme de espectadores ni diez individuos dispuestos á saltar al redondel para pasmar á sus conciudadanos con sus bizarras atrocidades, y esta ausencia del ele-



mento bravío completaba la respetabilidad del curso.

El principio de la fiesta le animó. El cordobés arrimóse demasiado á las tablas al torear con el capotillo; la fiera, revoltosa y ágil, le atropelló al ejecutar una verónica, se arrojó sobre el bulto para cornearlo, y sin la rápida intervención de José, que cubrió al caído con el capote y que se llevó al toro, le hubiese destrozado. En los quites compitió con el *Panadero* en facultades y en destreza y le venció en valentía, y auxiliando á los peones, acudió siempre al peligro con arte y oportunidad. Las faenas de sus rivales no le inquietaron: el de Córdoba, recordando el achuchón, toreó á la res á una prudente distancia y la estoqueó luciendo su habilidad más que sus bríos, y el de Madrid, en su turno, lidió tan desapoderadamente y puso tan á la vista su nulidad, que, sin los vínculos del paisanaje, le hubieran abroncado. El tercer animal, el tuerto grandullón, hizo una pelea de bravo. Acometía desde lejos, irritábase al sentir el garrochazo, recargaba y quedábase con el asta hundida en el vientre de la bestia si el vigor de los picadores le contenía, ó volteaba á las cabalgaduras y á los jinetes. *Cachirulo*, con una soberbia intrepidez, desafiaba al cárdeno saliéndole al encuentro, lo pinchaba con ira y veníase á tierra estrepitosamente; *Cordobán* citábalo, aguardaba, inclinándose un poco hacia la derecha, con el bicep contraído, y al arremeter el bruto, dejábase caer sobre el palo con todo el peso de su humanidad y lo metía una cuarta en el morrillo. Mientras banderilleaban Trini y *Jaquimiya*, José, alentado por la nobleza del cornudo, planeaba una labor magistral. «Pocos pases, rematados y ceñidos, de una eficacia que no estuviese reñida con el donaire, y un volapié hasta el pomo.

Y nada más. No buscaría el aplauso con fanfarro-  
nadas de bobalicón ignorante, no procuraría entu-  
siasmar con temerarias innovaciones—como aque-  
lla del *Salaito*, que, para herir, cambió la muleta  
por el pañuelo—ni arriesgaría su existencia á la  
desesperada sin necesidad. Manejaría el trapo sa-  
biamente, sin olvidar que es un instrumento de  
tortura tan poderoso, que con sus aleteos, sus os-  
cilaciones y sus latigazos corrige á las bestias, las  
marea, las atolondra y las rinde, y clavaría el esto-  
que con serenidad y decisión.»

Al sonar el clarín, Trini le habló valerosamente.

—Anda con é, que está hecho un borrico. Poco  
toreo y á matá.

—Descuide ustedé, tío.

Brindó por el presidente, por las mujeres bonitas  
y por el público de Madrid, retiró á los peones y  
solo, se aproximó á la fiera. En el morrillo, los coá-  
gulos de sangre formaban unas cortinas calandra-  
josas que oscilaban al moverse el animal. Una nube  
de mosquitos cerníase sobre el agujero abierto por  
los puyazos ó se posaba en los oscuros cuajarones.  
José á media vara del tuerto, agitó la muleta, la  
adelantó para recibirlo, alzóla un poco, é irguiéndose  
con gallardía lo dejó pasar; citó de nuevo, y casi  
sin moverse, con los talones clavados en la arena,  
á unos centímetros de las astas, lo toreó con pases  
en redondo; repitió el primero, estirándose con  
garbo y pegándose á la res; se ciñó más todavía al  
quebrantarla con uno de pecho, y con los músculos  
contraídos y los dientes apretados, en una magní-  
fica actitud desafiadora, dirigió los arranques del  
animal, agotó su fortaleza, acometióle con ímpetu  
y chocó violentamente contra la testuz. Y de súbito,  
al retirarse, se sintió elevado con incontrastable vi-  
gor y oyó unos gritos confusos, y antes de que la

---

nube roja que le cegaba le permitiese ver, creyó que triturábanle el pecho y que un titán cogiale por las piernas y le crujía como á una tralla... Y exhaló un gemido, que perdióse en el trágico clamoreo de la multitud, y se apagó la luz de su inteligencia.

## VII

A los tres meses de la cogida, en Noviembre, José, que mejoraba con lentitud, aún no se había repuesto del todo. Estaba en los huesos, lucía unas barbazas de capuchino y tenía menos vigor que un chamariz. Mediado el mes, recibió una epístola del *Panadero*, que invitábale á realizar la expedición acordada, para comer el arroz si sus fuerzas se lo consentían, y que anunciábale su viaje á América. Y como José, auxiliado por don Melquiades, continuaba luchando con la enfermedad, contestó que sus cinco ó seis costillas hundidas ó fracturadas y su pecho herido y su muslo con dos agujeros, forzábanle á no pelear más que con la fiebre y la flaqueza de su ánimo. Y ¡de qué modo peleaba!... Treinta días después del percance, le llevaron á Sevilla tendido en un lecho que se colocó en un furgón; durante quince días más, aulló delirando horas y horas, mientras su cuerpo consumíase en la yacija, y, por fin, limpio de calentura, sin más defensa de su esqueleto que unos haces de músculos y una piel resquebrajada y pocha, aleó ansioso de vivir. Pero el barbudo espectro que retornaba á la vida, conservando en sus ojos el terror sobrenatural que apodérase de los que han contemplado la negra laguna de la muerte, nada tenía de común con el hombre audaz, todo bizarría y equilibrio,

que antes la desafiaba. Como si el bruto que le rompió las venas le hubiese extraído con la sangre la bondad, la discreción, la resignación y la paciencia, se hizo voluble, caprichoso, intemperante, mordaz, desabrido, egoísta... Tiranizaba á sus compañeros, atribuía su interés á móviles poco dignos, les contradecía sistemáticamente, burlábase del afecto que le demostraban. A *Cachirulo* le perseguía con bromas feroces; al del mechón le ridiculizaba; á *Jaquimiya* y á *Cordobán* recibíales arisco, y á Trini le satirizaba con aviesa hurañía. Su injusto proceder avergonzábale algunas veces, y en sus momentos de contrición indemnizaba á sus víctimas con frases de cariño y con atribuladas disculpas; pero inmediatamente, arrepentido de su debilidad y como si le pesara haberse humanizado, volvía á maltratarlas. De tales intercadencias en la conducta sólo se libró Pajarit, que alternaba los mimos con los regaños y que tratábale con indulgente piedad ó con acre ironía; mas si tascaba el freno delante del doctor, respetuoso y humilde, desquitábase de estas treguas forzosas martirizando á los que le cuidaban. A nadie exceptuó, ni al señor Curro, mustio y revejido, ni á la «señá» Dolores, estatua silenciosa de la amargura, ni á Justo, que se había quedado sin la mitad de su grasa, ni á Salud, que había perdido la insolencia con el buen humor. El mismo no sabía con frecuencia lo que deseaba: si dábanle parola, se enfurecía, y si guardaban silencio, enfurruñábase; si se reunían junto á su lecho, protestaba, y si apartábanse de él, gemía melancólico.

El blanco predilecto de sus ataques era Salud.

—Es una sinbergüensa—decía—. Teniendo una madre tan cabal como la que tiene, es una poca lacha y una susia.

—Pero, ¿por qué?—exclamaba la «señá» Dolores—. ¿Qué te ha hecho, hijo mío?

—¿A mí? ¡Le arreo dos guantás!...

—¿Por haber yorao tanto como yo y por estar sequita la infeli?... ¡Pos si no hase más una hermana!

—Pero si es una sinbergüens.. Bengan trapos y bengan flores en el moño y toma meneo y benga presumí.. Y los hombres al oló de eya. Y novios, Dios los dé... ¡Una canaya! ¡Es una canaya, y ojalá me hubiera muerto pa no verla más ni en pintura! ¡Y que no entre por aquí, porque un día me coge enfadao y la pesniquiebro!

Y no la perniquebraba ni se oponía á que entrase, ni, á pesar de su odio, dejaba de pensar en la mocita. Era una obsesión. Despertábase preguntando por ella; mientras laboraba en la fábrica, corcusía los insultos con que habíala de recibir; por las noches mofábase de su cortedad ó censuraba su resolución, y á todas horas la nombraba para injuriarla ó escarnecerla. Pero si alterábase una contradicción, no consentía ni un mohín de asentimiento, y si alguien pretendía denigrar á Salud, le castigaba con brutal fiereza. El *Niño*, después de un altercado que motivó una insinuación de José, atrevióse á formular lo que, estudiándole, había adivinado.

—¿Sabes lo que te digo?—manifestó—. Pos te digo que no me la das, que sé yo mucho de sier-tos poblemas, y que, tratándose de finuras, estoy en mi terreno más bien plantao que una torre.

—Y ¿qué?

—¿De qué?

—De eso que dises.

—Pos lo dicho: que no me la das.

—Y ¿á quién se la doy, pampli?

—A tó el que te escucha sin reflexión y á tó el que no sabe distinguí lo basto de lo fino.

—Y ¿qué es eso? ¿Qué quieres darme á entendé y á qué te refieres y aonde bas?

—Pos quiero darte á entendé que una arropiá no es un pasté de clema, y que si hay gachós que son de lo más burgares, los hay tamién de una nobedá en el caráster que da el quién bibe. Y tú eres de esos.

—Sigue, que estoy á oscuras.

—Salú.

—Enfermedá.

—Chócala, que me has entendió—barbotó, gozoso, el del mechón.

—Ni media palabra—afirmó el enfermo.

—Entonses...

—Ni media silába.

—Pos, hijo, más claro... Tú tienes dos enfermedaes: la cogía y Salú.

—Niño, eres un arcornoque.

—La primera se ba curando; la segunda... la segunda es de lo más infesioso que pué repudrir á un hombre.

—Niño, eres un animá.

—Prueba: tú, desde que amanese el día, te pones á cascá de Salú y le arrancas á túrdigas er pejejo. Que si es así, que si es asao, que si esto, que si lo otro, que si cochina, que si desbergonsá... Pos sarta uno—con su idea—y ba y poelama que tiés razón. ¿Y qué ocurre? ¿No se te hinchan las benas der gañote, de rabia, y no pegas cá berrío que se te parte el pormón?

—¡Pero qué brutísimo eres, Diego!

—Lo seré; pero té he asiguatao las intensiones. ¡Lo niegues ó no lo niegues! Y si juras que Salú es un guiñapo y una tar por cual, es porque te tiene chalaíto.

—¡Diego!

El herido incorporóse bruscamente, mirando con asombro á su interlocutor.

—¿Yo chalao?—añadió—. ¿Por ese pingo?

—Por esa rosa.

—¿Y la quiero porque la insurto?

—¡Quiá! Al revés: la insurtas porque la quieres. Y la insurtas porque hay nobedá en tu caráster, porque tú no eres burgo, porque á ti te da por la filigrana, como á quien yo me sé, y cambias la arropiá por el pasteliyo de clema. No, no te hagas el asustao, que aunque tú eres mú sorro, no me la das. ¡Si yo me eché una nobia asinita! Ofendiéndola, mardisiéndola, afusilándola con los ojos. Pero debajo de cá mardisión había un turroncito de asuca, y eya los guipaba, como guipa los tuyos Salú, y me los agradesía. ¡Y figúrate lo que pasó cuando fui echándole durse y quitándole jíé!...

No cayeron en saco roto las afirmaciones del *Niño*. José aparentó despreciarlas y continuó zahiriendo á Salud, pero con más blandura, más tímidamente, azucarando la hiel... Con los demás también varió, como si, al fortalecerse su carne, recobrará su espíritu la ecuanimidad; pero ningún cambio fué tan definitivo como el que introdujo en sus relaciones con la muchacha. Del despego airado pasó á la cortesía, y del odio á la cordialidad, y empeñóse con una tozudez infantil en que la cigarrera trabajase junto á su cama, en que le administrase las medicinas y los caldos, en que le esponjase el cabezal, en que velara su sueño y en que le acortase con su charla las horas de vigilia. Pero en Salud se habían secado las fuentes de la locuacidad, y en su palabra, que brilló por lo atrevida y lo pintoresca, notábase un encogimiento doloroso. Y este encogimiento fué el punto de partida que utilizó el



espada para poner en claro muchas cosas interesantes.

Un día, al regresar de la fábrica la cigarrera, se marchó la «señá» Dolores, dejándola al cuidado de José. El mozo la recibió con una chaparrada de malignos requiebros y de hipérboles agresivas, alborozado y jovial.

—Ben acá, deshonrible, reina de las pabas, diosa der poyetón... Siéntate á mi bera y güerbe los ojos pa que no me deslumbre, y dime alguna grasia de las tuyas pa que me entren ganas de dormí.

Salud miró al herido sonriéndose é hizo un gesto de resignada tristeza.

—¿Qué ocurre?—insistió José—. ¿Estamos de mar temple?...

Denegó la mocita, sin hablar, y el diestro la interpeló de nuevo :

—¡Por bía der moro Musa!... Y yo que me había empeñado en aberiguá lo que haséis en er poyetón...

—Pensá en ustedes—replicó Salud sin impacientarse.

—Y ¿na más?

Otra vez substituyó á la palabra la sonrisa, y el matador, ante aquella benevolencia, sintióse desarmado.

—¿Por qué no me dises bainípedo?—murmuró—. ¿Es que me tienes mío?

—No.

—Me despresias...

—No, no. Tampoco.

—Pos tú no te mordías la lengua.

—Ni me la muerdo.

—Será con los demás. Lo que es cormigo...

—Con todos.

—Cormigo, no. No eres tú cormigo la que eras. Paeses otra mujé.

Callaron unos instantes: José, apenado; Salud, melancólica. Y de pronto formuló el mocito una súplica, con temblores en la voz y humedad en la mirada:

—Díme argo malo, Salú. ¿No soy ya un tabardiyo, ni un aratoso, ni un litri?... ¡Anda, mujé! Méte-te cormigo, suértame dos ó tres barbaridaes, insúrtame. Mira que me hase mucha farta.

—No.

—Pero, ¿por qué? ¿Boy á comerte?

—No has á comerme; pero... qué sé yo... Tú no eres el de antes. Y estos tiempos no son aqueyos tiempos. Pa insurtar á uno es nesesario mucho odio, y yo no te odio, ó mucha sastifasión y mucha confiansa.

—¡Ah! Y aqueya confiansa que había entre nosotros... ¿se acabó?

—Hasta sierto punto, quisá. No estaba bien. Lo comprendo. Las atosidades que yo te desía te molestaban. Ahora lo he bisto. Y como yo no te las desía pa molestarte...

José, muy serio, no tuvo para las explicaciones de la muchacha más réplica que una interjección:

—¡Hola!

—¿No me crees?

—Sí, sí te creo. Sino que al oirte, se me ha benío á la imaginasi3n una cosiya que... bamos, que tié su intrínguli. ¿A que no te figuras lo que dise er *Niño*?... No, no te lo pués figura. Pos dise er *Niño*—que sabe de siertos poblemas y es entendío en cuesi3n de finuras—que hay quien ofende de puras ganas de agradá; que debajo de cada ofensa, pone un turr3n de asuca el que se porta de ese modo, y que lo unquito que persigue es que la jíe se conbierta en mié.

—Pos, mira, no es imposible.

—Eso me boy tragando. Y si no fuera por ti, diría que es tan berdá como el Ebangelio. Porque tú, cuando te gosabas en achararme, tendrías mucha sastifasión y mucha confiansa cormigo; pero, de eso... á lo otro... ¿Eh, Salú?... Digo, yo, el asuca no la olí.

—Es que, pa olé aquella asuca, te hubieras tenío que comprá otras narises.

—No digo que no; pero añado que á ti, ahora, quisá te pase lo mismo.

—¿Guasa tamién?

—Sin guasa. A ti te ocurre eso por lo contrario que á mí. Yo hubiera tenío que comprarme otras narises porque aqueya asuca no estaba más que en mi imaginación; tú debías comprártelas, á be si con las nuevas se te agrandaba el orfato.

—¿De berdá?—repuso la mocita con el azoramiento de quien ignora si es cierto ó falso lo que oye.

—De berdá. Yo no sé si me has dao un bebediso ó no, ni sé si te quiero ó no te quiero. Lo que sé, porque sarta á la bista, es que no te pueo tragá ni pueo estar sin ti; que te pongo de güerta y media, y que si arguien no te sita con alabansa, á ese arguien le partiría los sesos; que me jeringa que te arregles y que presumas porque no soy yo el único que tiene ojos, y que algunas beses te quisiera matá pa estarme luego toa la bida yorando por ti.

—Y ¿no sabes si me quiéres?

—No lo sé. Por un lao, te quiero, y por otro lao, no te quiero. Y un día me combense lo explicao por el Niño y otro día su finura me paese mucha finura. Ahora que, por sí ó por no, me gustaría que me trataras como antes. Pué que me tenga así la dibilidad de los nerbios.

—Pos cúrate, y piensa, si debes pensá, y comuní-

came después lo que desidas. Hablaremos, hombre. Hablaremos... y nos reiremos los dos.

Mas si el mocito se curó á toda prisa, no se dió tanta para hablar. En Diciembre se levantó por primera vez y estuvo media hora en una butaca, atontado; á los dos ó tres días, sin marearse ya, se sustrajo más tiempo á la tortura de los colchones, y una semana después manejó sus tijeras y sus navajas nada menos que Jesús Torroba, el presidente de *El Tronio*, y apareció limpio de barbasas el rostro de José. Un rostro nuevo, que era la sombra del antiguo; un rostro de asceta, sin color, con los labios exangües, con los ojos hundidos, con la nariz aguzada... Pero el convaleciente empezó á comer, recobró sus fuerzas digestivas, y embarnecieron sus carnes, y acudió el vigor á sus músculos. Salía en carruaje diariamente con Trini ó con el Niño, y tomaba el sol en las Delicias, ó se oreaba á la puerta de algún ventorro, paladeando un «chato» y embaulándose unas lonchas de jamón. Fueron aquellos unos días de absoluto reposo. *Josele*, como si estrenase una existencia, no sentía en su cerebro ni en su corazón la pesadumbre del fardo de lo pasado. Ni el odio ni el cariño—compañeros de su enfermedad—le preocupaban, y con la memoria vacía y la imaginación yerma entregábase á la alegría puramente material de vivir. Ni siquiera pensaba en su arte, y las insinuaciones de Trini, que encomiaba la necesidad de «hacer piernas» y de estudiar en continuos ensayos, no vencían su dejadez. Una tarde, en Guadaira, les ofreció el pariente del *Bruto*, un becerrillo sin pitones, y el mozo se negó á torearlo con tal disgusto, que el *Ratón* se creyó en el deber de reconvenirle.

—Oye, niño—exclamó con toda su ironía—.  
¿Cuándo te cortas la coleta?

—¿Que cuándo me corto la coleta?—repuso *Josele* maravillado.

—Justamente.

—Y... ¿por qué?

—Porque jasta la fecha no la usan más que los toreros. ¿Tú has bisto por casolidá á argún obispo con er pelo trensao?

—Y ¿soy yo obispo?

—No eres obispo; pero tampoco eres torero. Y como, no siendo torero, la coleta es una ridiculé, te la pués cortá pa ponerla en un marco, ó pa guisarla, ó pa que mi compadre Torroba jaga un arbolito de pelo. ¡Me paese á mí!

—¿Y á qué santo me sale usté con esa recomendación?

—¿Me boy á cayá biendo lo que beo?... ¡No me cayo así me cláben tres lañas en la boca, *mala-josso!* ¿Qué es eso de temerle á un beserriyo, *asaurón?* Y lo que has jecho mientras ha durao tu enfermedadá, ¿cómo se explica?... ¡Por bía de San Juan el der deo tieso, home!

*Josele* bajó los ojos sin atreverse á sostener la mirada de su tío, el cual se dió un puñetazo en el muslo y prosiguió con más cólera que ironía :

—Pase lo de la enfermedadá, porque los nerbios ya se sabe que tién su sistema, y que si se descompone er sistema son rensiyosos y dañinos; pase lo de la enfermedadá, aunque tus nervios son de mujé más que de hombre y nos han puesto á parí. Pero, ¿y lo otro? ¿Cómo pasa?

—Lo otro, ¿qué es, tío?

—Lo otro es esto de hoy, y lo de ayé, y lo de antié. Lo otro es esa friardá tuya. Lo otro es esa malanco-lía que, si no es mieu, se le parese como una nué á otra nué. ¿Asierto?

El mocito se encogió de hombros, más indiferente

que avergonzado, y Trini reanudó el hilo de su filípica :

—¿Asierto ó no asierto?... La salú se me figura que no te preocupará. Er boquete der pecho y los del muslo están serraos; las costiyas jundías han güerto á abombarse; la tos se fué, las salibiyas con sangre desaparecieron, el purmón tira tanto como un fueye de fragua, la barriga funsiona, porque comes lo mismo que un saratan... ¿Qué quieres entonses? ¿Tienes malancolía porque no te has quedao tisis? ¿Es que has reñío con la Probidensia porque no te hizo er quite? ¿Te crees que naide más que tú sabe lo que son jerías?... Responde, guasón. Dí si erés un macho ó un mosito de pitiminí que ar primé tropieso se asusta.

José protestó irritado :

—Yo no me asusto, tío. Ni ar primé tropieso ni ar sentésimo. Cuando me bea usté juir de un toro en una plasa podrá usté criticá. Otabía, no. Y entérese usté de que esta coleta no se corta porque tengo yo un riñón pa defendé cá uno de sus pelos.

—Si es así...

—Así es. Ya me entrará la afisión. Ahora no pienso en ná, porque se me han metío en el selebro unas telarañas que me tienen como achicao, y me atrompiyaría er bicho más noble. Más alante... discutiremos.

Y no hubo ocasión ni motivo para discutir. Deshicieronse las telarañas que hacían remolonear al diestro; fundidas al calorcillo del entusiasmo, evaporáronse la frialdad y la indiferencia, y nuevamente le interesó su terrible oficio. Quería dominarlo por completo, aprender ó perfeccionar todos los lances de la tauromaquia, adquirir recursos desconocidos que sorprendieran á las multitudes, resucitar suertes olvidadas que las maravillasen... Con el *Ratón* y

el *Salaito* comenzó á visitar cerrados, y entregóse de lleno al estudio, dispuesto á recoger observaciones que enriquecieran el arsenal de su experiencia. Del modo de presentarse las reses deducía cuál era su condición más característica, y tenía presente para lidiar con ellas—sin olvidarse de los cambios que la misma lidia las hace sufrir—. Ciertos brutos salían épicamente, mugiendo y saltando y desafiando, y se empeñaban en saciar su furia con los capotillos, y su candor, tan grande como su cólera, no se agotaba sino con su vida; otros aparecían serenamente, con la confianza de un rústico bobalicón, y emprendían un trotecillo cochinerero y renunciaban á la lucha con pía mansedumbre; otros, mansos también, se embravecían con los retos y el castigo, y, cegados por el furor, atacaban sin la serenidad indispensable para vencer, y otros, por último, asomaban primero la cabeza, reconocían el lugar del combate, y mirando con cien ojos y moviéndose con sagacidad y cautela, acechaban, malignos, á sus adversarios. A estas reses, que bufaban con receo ante los capotes, que aprendían las mañas del lidiador y que defendíanse ladinamente, acometiendo sobre seguro, sin rabia, con la frialdad de un asesino, dominábalas, no repitiendo ningún lance para que no aprendieran y no huyendo jamás. Con las codiciosas y claras, pulió su toreo, emocionante por lo sencillo y lo parado y lo valeroso, y ensayó «la suerte suprema»—la de recibir—y otros gentiles procedimientos para matar. A los toros boyantes que llegaban cansados al último tercio de la lidia, cuadrábalas con brevedad, y si no habían perdido todo su poder, se perfilaba muy cerca, armábase, citaba con la voz y moviendo la muleta, y al embestir el animal, guiábalo con el trapo, avanzaba él también y hundía el acero en el morrillo. Este encuentro del

hombre y la fiera, que uníanse un instante para destruirse, entusiasmaba al público y no disgustaba á José; pero su lance favorito, el que estudió más á conciencia, fué el de matar recibiendo. ¡Parecíale tan fácil!... Ponerse entre las astas, á un metro del testuz, citar con el pie y con el trapo, dar la salida llevándose la mano á la altura de la cadera derecha, como si ejecutara un pase de pecho, y, manteniéndose inmóvil, herir.

Los días de lluvia descansaba de estos ajetreos en el saloncito de *El Tronio*—que había aumentado su colección de objetos históricos con la camisola que llevaba José la tarde de la cogida—y comentaba con el *Bruto*, Jesús y sus compañeros los incidentes—mascados ya y rumiados y digeridos—que hicieronle prever el percance: lo del entierro, lo del vil que mentó la «bicha»—¡lagarto!, ¡lagarto!—lo de los ojos «chíndigos». En los cafés de la calle de las Sierpes deteníase también para charlar con sus admiradores y para tranquilizar á los que temían que se acobardara, jurándoles que sus ánimos no habían decaído, y gozaba paseándose por la capital á la busca de las inscripciones murales con las que pregonaba su crédito la chiquillería. Entre los granujas, su popularidad era inmensa. No había un aficionado de menos de tres lustros que no le creyese el restaurador de la tauromaquia, y ante una pared ó un tapial, ninguno de estos idólatras podía refrenar sus deseos de exponer su opinión en un letrerillo ó un dibujo, medios de expresión más permanentes que la palabra. Esta incontinencia de los futuros calígrafos y pintores—respetable porque emanaba de la fe y porque habíala engendrado la pasión—manchó todas las superficies limpias de la ciudad con afirmaciones hiperbólicas, carteles de reto, coplas pintorescas, preguntas agresivas y



cándidas obscenidades. Alternaban con los vítores y las loas las condenaciones á los presuntos rivales, y los falos invadían las fachadas con lamentable profusión. Uno, gigantesco, estaba encerrado en un círculo y rodeado por la siguiente advertencia: «¡Cuidado, que es de *Josele* y muerde!» Otro, enorme, apoyábase en dos desaforados proyectiles, junto á los cuales había escrito el pintor: «Ojo. Las bombas del rey del toreo ¡¡estayan!!» Y el rey del toreo ruborizábase ó se reía, y condenaba con hipócrita indignación el cinismo de los mozalbetes.

Pajarit había intimado con José y con el señor Curro. Con José, porque curándole se aficionó al mozo, y con el señor Curro porque sus chifladuras le divertían. Mientras duró la enfermedad, el maestro, agradecido al doctor, que no cobraba y que, sin embargo, interesábase por el herido como si su salvación le fuese á valer un caudal, obsequiábale con regalejos y le distinguía haciéndole el depositario de sus confidencias.

—Benga usted acá, dortó—le dijo el día en que dió de alta al enfermo—. Benga usted acá, que yo lo camelo á usted, y usted me camela á mí, y entre nosotros no púe haber secretos. Ba usted á quearse frío.

—¿Muy frío, Curro?

—No, sin guasa. Es que ba usted á sabé lo que no sabe ningún nasío. Usted ha sarbao á mi hijo de mis entrañas, y usted pa mí no es un hombre, sino un delegao de la Dibinidá. De manera que la reserba con usted sería un crime.

—Pues hable usted, maestro.

—Al oído, pa que ni la tierra se entere.

Examinó con el rabillo del ojo á los acompañantes de José, convenciése de que no le espiaban, é hizo con mucho misterio una estupenda declaración:

—Don Merquiade... ¡preñao otra be!

—¿Cómo?

—Que estoy preñao jasta la boca, y que, en cuanto para, se ban á mori cuatro sinbergonsones y Sebiya se ba gorbé tarumba.

—Pero usté... ¿es hembra, ó es macho, ó que es?

—Home, ya le he pedío que no gaste guasa. Formalidá, ó me cayo.

Volvió á examinar á los amigos de José, y prosiguió:

—Es un inbento. Pero un inbento, ¡me caigo en Sabastopol!, tan reteinbento, que no se le ocurre ni á un sabio de Gresia. Y no sé cómo se me ha ocurrido á mí, porque, aunque uno está ya acostumbrao á las inbensiones, y esta se parese á la der güebo de Colón, er mérito está en caé.

—¿Un globo?—insinuó muy serio Pajarit.

—¡Qué globo ni qué globa, home! Eso está ya inbentao.

—¿Otras botas?

—¡Que se quema usté!... Cuidao que es usté listo don Merquiade.

—¿Son zapatos?

—Sapatiyas. Unas sapatiyas pa toreá. ¡Cuándo le digo á usté que se ban á corgá las cayes y que el inbentito ba á armá una rebolusión!

—¿Giratorias también?—preguntó don Melquiades conteniéndose para no soltar la risa.

—Sin giro—repuso el maestro entre pladoso y bur-lón—. ¿Bailan los mataores, dortó de mis curpas?... Hizo una pausa, y añadió:

—¿Cómo son las sapatiyas? Lo mismo que toas las sapatiyas. ¿Por qué?... Porque en su confersión entra la siensia más que la mecánica. ¿Con qué or-jeto?... Y aquí viene lo superiorísimo, amigo; lo que tiene que dislocá, y lo que me ha de balé que los toreros me lebanten un busto.

—¡Caramba! ¿Qué me dice usted?

—Lo consirnao, y esta cosiya más: que, aquí donde usted me be, soy un humanitario de los que pasan á la Historia. ¿Por qué motibo?... Porque con mi inbento no habrá más cogías. ¡Así, así, dortó! No guíñe usted.

—Pero, ¿cómo va usted á arreglárselas, señor Curro?

—¡Si me las he arreglao ya! No me farta más que un sosio, que sea persona sientífica de chipén: un profesó del Instituto, un boticario, un médico... Usted, si quiere podrirse de rico. Porque tó er podé de mis sapatiyas depende der sosio. Supongamos que usted y yo mos ponemo de acuerdo pa negociá. Pos firmamos un papelito, pa que no haiga custiones, porque el dinero es mu charrán y desaparta á los que mejó se camelan, y ya con er papelito firmao, boy yo y le digo á usted: «Don Merquiade, jágame usted un narcótico». Y usted me lo fabrica ar minuto y me lo da. Y yo, con ese narcótico, que ha de se duro como er serote y que no ha de obrá hasta que se ponga pegao á una narí, trinco mis sapatiyas y maniobro con eyas como Colón con er güebo. Y entonses... Pero ya me habrá usted comprendío.

—Del todo, no.

—¡Pos si es facilísimo!... Las sapatiyas yebarán una puntera artomática que sarte pegando un puntapié. Y así, cuando un torero se bea entrampiyao, ó se resfale, ó se caiga, no tié más que levantá las piernas, y atisarle ar toro en la narí. ¿Que er toro comprende la martingala y se ba? Pos se libra er torero. ¿Que no la comprende y orfatea? Pos se libra tamién, porque el animá que güela el narcótico se cae, como si lo hubían descabeyao, más dormío que los siete durmientes.

Don Melquiades no se decidió á negociar colabo-

rando con el maestro, porque la mejoría de José interrumpió sus excursiones á Triana, y porque, alejado del inventor, amortiguábanse sus deseos de convertir en materia de mofa sus locuras. Al muchacho sí le veía frecuentemente. Muchas tardes se presentaba con Trini en la consulta, y, despachados los enfermos, ayudábale á someter al gabán, y le invitaba á pasear un ratillo. Si iban á algún colmado, ó si deteníanse en algún café, el *Ratón* les acompañaba, por apurar unas copas mientras discutían; pero si limitábanse á pasear, Trini, á quien pasmaban ó aburrían sus conversaciones, apresurábase á huir de ellos. Las tales conversaciones no brillaban, en realidad, por su lógica, ni eran muy razonables. Pajarit refería minuciosamente las vilezas de su gabán, asegurando que la vejez lo envalentonaba y lo fortalecía. Sus pelos alargábanse todas las primaveras al pimpollecen los arbustos y su trama espesábase, y como su anarquismo no disminuía, ya no se conformaba en los teatros con elevar á su señor, sino que, agrediendo á los vecinos con su atroz corpulencia, buscábale camorras y disputas. A José no le preocupaba ningún gabán—entre otras razones por la potísima de que nunca lo tuvo—; pero luchaba con preocupaciones de mayor enjundia. La más grave era la de los caballos: José pensaba que los que dejábanse sus picadores en el ruedo morían tanto porque los asesinaban los toros como porque impulsábalos él á la muerte, y soñaba con bestias que mirábanle con rencor en su agonía, que revolvíanse en sus entrañas desgajadas y que bañábanse en la sangre que surtía de sus pechos. Entre Pajarit, que tenía sus puntas y ribetes de chiflado, y José, cuya exaltación conspiraba con frecuencia contra su cordura, había muchos puntos de contacto. Los dos trataban en broma los

más serios asuntos y con gravedad las más livianas cuestiones; los dos miraban la existencia desde un punto de vista que sólo podía satisfacer á su egoísmo, y los dos, soberbia é hipócritamente, aparentaban juzgar como acontecimientos afortunados ciertas desdichas. Y así el espada congratulábase al referir la cogida, asegurando que habíale servido para acendrar su valor, y el médico juraba que era imposible conseguir la felicidad terrena sin someterse á una gastrostomía.

—Una de las operaciones más repugnantes que realizamos—afirmaba—es la de comer. La tiranía del estómago consigue que, cuando aprieta el hambre, se asemejen hasta en la expresión de la cara una criatura racional y una bestia. Fíjate en una mujer bonita mientras come, y dime si hay mucha diferencia entre su gesto y el de su gata.

—Home, don Merquiade, una mujé bonita siempre está bien.

—Menos comiendo. Si no comieras tú, si te acostumbrases á no comer, verías toda la brutalidad, toda la suciedad que hay en ese acto. Ninguna persona limpia se pondría en el ombligo unas patatas guisadas, ¿verdad?... Ni aplicaría la nariz á una de esas perdices que van perdiendo la pluma al corromperse, ni tocaría una salsa, ó un trozo de buey ensangrentado. ¿Eh?

—Seguro.

—Bueno, pues todas esas personas limpias que defienden su ombligo y sus dedos y su nariz, manchan lo más delicado que tienen, que es su boca. Y la boca—la de un sabio como la de un perro—hace mezclas horribles, se atasca de porquerías, tritura materias infectas, absorbe líquidos enturbiados como un albañal, y entierra cosas muertas como un sepulturero.

—¡Don Merquiade, que boy á sorlá el escopetaso!

—Pero dime, ¿tengo ó no tengo razón? En nuestro organismo, ¿no es la boca el sepulturero y el estómago la fosa?... ¡Dí la verdad! Y ¿no es terrible eso?

—Y ¿no es también naturá, dortó?

—¡Natural, sí, lo que quieras!... Pero terrible, asqueroso, espantoso, cochino... Una señorita, una preciosidad de señorita, una señorita como una sílfide... oliendo á perfumes caros, á carne lavada, á humanidad joven... Vaporosa, angelical, perfecta... Pues entérate de lo que se ha tragado, y atraviésale el corsé y la ropa y la grasa y los músculos con los ojos de la imaginación, y verás en su estómago un alón de gallina, un cacho de vaca, unas piltrafas de cerdo... ¡La preciosidad, la perfección, la sílfide!

—¡Pero don Merquiade, si no hay más remedio!

—No lo habrá; pero concédeme que son indefendibles esas guarrerías, y que es tristísimo que para hacerlas trabajemos tanto.

—Ya usted be. Pero si no se hisieran, ¿cómo se iba á bibí?... Usted es una esesión. Y usted mismo comió en su época de salú. Y hoy si usted pudiera... Porque no me benga usted á mí con la guasa de que echarse cosas en la barriga por un canuto es mu agradable. Y que, dígase lo que se diga, comé, gusta. Tié uno su paladá... hay guisaos de primera... hay durses... Bamos, que si pudiera usted jincarle er diente á unos pasteliyos... ¿Eh, don Merquiade?

—Se lo hincaría... y adiós mi superioridad. No, José; más vale que no se lo hinque, porque estoy muy satisfecho. Tú ¿sabes lo que es tener una boca como la mía? Y tú ¿sabes lo que disfruto yo riéndome de los cocineros y los fondistas y los pinches?... Mi boca es un prodigio de pulcritud, mi boca...

—Su boca—dijo interrumpiéndole José—es inúti. Y eso es una desgrasia.

—¿Inútil porque ha muerto para comer? ¿Y la palabra? ¿Ha muerto mi boca para hablar? Y ¿hay algo más noble que la palabra?

—No había yo caio, don Merquiade. Mejó es no comé que no hablá. Sí, señó.

—Y si no, pregúntaselo á tu vecinita.

—¿A mi besina?

—A tu vecina, á Salud.

—¿Por?...

—Porque delante de ti, si fuese muda, reventaba.

—Pos mu poquito charla ahora.

—Tú sabrás por qué.

—Don Merquiade, me paese que ba usté equivo-cao. Entre Salú y yo no hay ná. Salú es mu bocon-siya y mu alegre, y pa que yo me encandile con una mujé de güena manera, tié que se un catafarco por la seriedá.

—Y ¿para qué tanta seriedad? Una mujer alegre, ¿no puede ser honrada?

—Sí; pero con una honradé que á mí no me peta.

—Pues á mí sí, y te advierto que si no estuviese como estoy, le regalaba á Salud un canónigo para que se dedicase un mes á echarnos bendiciones.

*Josele* elogió la gracia y bromeó con Pajarit, encomiando sus inclinaciones. «Un médico tan sa-bio como él lograría curarse. Y una vez curado, para conservar la salud, ¿no le convendría el ma-trimonio?... El matrimonio á escape y con cual-quiera: con una moza reservada y adusta, ó con una franca, risueña, comunicativa y locuaz. De su vecinita, él nada malo tenía que decir... Se desver-gonzaba á menudo, gustábale con pasión el palique y miraba codiciosa á los hombres; mas su descaro, su amor á la cháchara y su deseo de que la corte-

jasen no eran indicios seguros de ruindad de corazón.» Otras cosas añadió el mocito muy serenamente; mas si lo declarado por Pajarit no trocóle el color ni le alteró el habla, le desgarró los entresijos como un puñal. Turbado, exaltado, con tal confusión de ideas que mientras proyectaba asesinar á la mujer deleitábase con el pensamiento de besarla, se despidió de su amigo y corrió hacia el barrio con tanta prisa como si temiese encontrar allí á D. Melquiades con su canónigo. Lo falso de su posición, las dificultades con que por fuerza tropezaría y su falta de derechos para exigirle explicaciones á la hembra, no le asustaron. La consideraba como cosa propia, alarmábale la codicia ajena y sólo pensaba en destruir ó en poner á salvo lo que había decidido que le perteneciese.

Encontró á Salud en la salita baja, se descompuuso al verla, y su emoción, que le hizo apretar los puños y amenazarla con los ojos, no le permitió hablar. La mocita, que estaba planchando, le miró sorprendida.

—¿Qué te ocurre?

La interrogación enfrió súbitamente al espada y forzóle á retroceder avergonzado. Toda la necedad de su arranque, arbitrario é injusto, se le revelaba en un segundo de lucidez. «¿Qué le ocurría? ¿Con qué motivo iba á intervenir en los asuntos de aquella mujer? ¿Qué le autorizaba á fiscalizar sus sentimientos?» Con la indecisión pintada en el semblante, contempló á la cigarrera, y tal vez se abría marchado, si una sonrisa y la repetición de la pregunta no hubiesen encendido de nuevo su cólera.

—¿Qué te ocurre?

—A mí, ná. Pero á un amigo mío pué que, por tu causa, le ocurra algo. Y se me ha puesto á mí en la cabeza que no le pase ná á ese amigo.



Fué expresado tan sombríamente el propósito, que Salud quiso cortar la conversación.

—Bueno, hombre, bueno. No sé quién es ese amigo ni lo que pueda ocurrirle, y mi consiensa no me acusa de ninguna maldá; pero cuando tú dises lo que dises, y con esa cara...

—La que tengo.

—Bien. Bamos á dejá aquí la cosa.

—Como que te conbiene. Di, tesoro: ahora, ¿te da por el señorío? ¿No tiés bastante con los bibos que te hasen la ruesa?

—No tendré.

—¿Qué le has jecho á don Merquiade, pa que le entre esa afisión por ti?

—¿Yo, al dortó?

—¿Quiés que te regale el oído?

—Lo que quiero es que me déjes en pá.

—Cuando te portes con desensia. ¡Qué bonita obra! Sacar de sus casiyas á un hombre que está enbálido...

—¡No es berdá!

—Pa pescarle sus dineros y echárselas de archipámpana.

—Dineros los buscarás tú, José.

—¡Tú!

—¡Tú!

Quedáronse engallados, se midieron unos instantes con los ojos, y Salud, trémula y abatida, rehuyó el choque.

—José—exclamó tristemente—, déjame. Te lo pido por Dios. No te acuerdes de mí. Figúrate que estoy muerta.

—Pa mí, lo estás.

—Pos déjame. No me mortifiques. Lo que yo haga, ¿qué te importa? ¿Eres mi padre, mi hermano, ú otra cosa mía?

—Es que no me importa lo que tú hagas por ti, sino por mi amigo. Porque don Merquiade es un güen hombre, y yo...

—Mételo en una urnia, pa que no le caiga porvo. Ni yo he sonsacao á don Merquiade, ni yo quiero ná con él, ni ese hombre güeno pué desí una palábrita de mi persona. Pero, bamos á suponé que pudiera desirla, y que yo le hubiese trasteao por conbeniensia ó por gusto. Tú, á eso ¿qué? ¿No soy el ama de mi voluntá y de tó lo mío? ¿Tengo argún compromiso con arguien?

—¿Compromiso?—exclamó José, trémulo de rabia—. Y ¿quien se compromete con una hembra como tú?

—¿Por qué no?—replicó Salud, arrebolada de vergüenza—. ¿No se comprometieron con tu madre, que no me gana á desente?

El matador dió un grito, y levantando el brazo se aproximó á la mocita con iracunda rapidez; pero un gemido de Salud, que se cubrió los ojos con la diestra, sin defenderse, le contuvo, y el brazo amenazante no llegó á golpear. Ni se miraron, ni encomendaron á la palabra la misión de traducir sus sentimientos. José dejó escapar una risilla desdefiosa é irónica; Salud ahogó unos sollozos... Y no volvieron á hablarse.

## VIII

A principios de Marzo, en un día ventoso que había recluso á Lasarte y á José en el hogar, entró Agustín inesperadamente en la casa paterna, como un gran vilano al que hubiese conducido entre sus alas el vendaval. Y no entró á poco de haber llegado algún tren, sino á las doce de la mañana, ahito de carne y de mosto, con un palillo en los labios y un veguero en la diestra. El inventor apretóle entre sus biceps con un júbilo que le vedaba reflexionar; José le abrazó igualmente, pero con tanta inquietud como alegría, y Dolores, aún más inquieta, le quiso esconder luego de besuquearle. Agustín, muy risueño, ahuyentó con sus explicaciones la medrosía de la vieja y del hermano. «El saldaba sus cuentas muy honradamente, y ni debía ni temía. No estaba libre de dar un tropezón, porque en el mundo los únicos que no tropiezan son los que no andan; pero ni sus tropezones habían sido graves, ni podían poner en peligro su libertad. *Aquello*, su fuga, careció de importancia. Se fugó para evitar el escándalo de que le detuviesen como á un cualquiera; pero sin miedo, con la tranquilidad de un hombre justo, y convencido de que confundiría á sus calumniadores.» Quiénes eran sus calumniadores y cuáles las calumnias, no lo pudieron averiguar José con su astucia y Lasarte con

su rudeza; pero Agustín, hablando de mil enredos, disparando mil bolas y aturdiéndoles con su charla, disipó su intranquilidad.

—Y tú, ¿qué eres?—le preguntó José.

—Pues yo—repuso Agustín, al que la pregunta cogió desprevenido—, soy muchas cosas...

—Pero, ¿qué cosas?—insistió el espada.

—¡Qué cosas!... Muchas cosas, chiquito. No te figures que me rasco la tripa. Soy... lo que se llama un hombre de negocios.

Se sonrió satisfecho de haberse definido tan hábil y decorosamente y se quiso sustraer al interrogatorio; mas *Josele*, que no pasaba por la obscuridad de la definición, se opuso á que se escabullera.

—Hombre de negocios. Bien. Me gusta. Pero, ¿de qué negocios?

La sonrisa del truchimán desapareció y arrugóse su frente en un mohín de impaciencia.

—Pues de todos, hijito. Hago operaciones en gran escala y en pequeña escala. Vendo al menudeo y al por mayor. Cambio de oficio cuando me parece. Soy paseante en corte, si estoy en Madrid y me aburro, y chalán si hay que chalanear algo muy gordote que suelte grasa...

—Bueno. Y ¿qué operaciones son esas, y qué vendes ó compras tú?

Agustín moduló un silbido é hizo un gesto, como dando á entender que la palabra no reflejaría con elocuencia la vastedad de sus ocupaciones.

—Sapatos no harás—insistió José.

—No. Ni toreo. Ni hago títeres. Ni predico. Ni arranco piedras con los dientes.

El diestro, apenado, se disculpó.

—Home, Agustín, ya comprenderás que yo no te pueo ofendé. Pregunto porque eres mi hermano y

porque te quiero. Y si te molestan mis preguntas, me pongo un corchete en la boca.

—Eso no, José—exclamó el buen mozo, noblemente emocionado—. También te quiero yo, y nada tuyo me molesta. Pregunta, que yo iré contestando. ¿Qué deseas saber: mi oficio?... Pues, en realidá, no practico ninguno. Corro alhajas, me encargo de comprar ó vender fincas, cuando los compradores ó los vendedores se fían de mí, y juego... Ese, el juego, es mi manantial. Un manantial que de pronto me llena de miles de duros, y que de pronto me los quita. Pero, en fin, somos varios amigos para trabajar y nos defendemos.

Y, á juzgar por su estampa, se defendían bien. El tahur, más enjovonado que en su primera aparición, brillaba de tal modo que parecía el anuncio de un orífice. El reloj, aquella cacerola rútila, uníase ya á una cadena como un calabrote, que sostenía dos ó tres amuletos, un torito de oro y un corazón constelado de brillantes; las sortijas enorgullecíanse con varias compañeras, y el alfiler alumbraba con sus soberbios resplandores á dos perlas de finísimo oriente que reinaban sobre la nitidez de la camisa. Un junquillo con el puño áureo y un chaleco de tan vivos colores como las alas de una mariposa, completaban el exorno del reluciente personaje. El cual, mientras se embellecía físicamente, habíase dedicado con tal firmeza á pulir su espíritu y á transformar su lenguaje, que en menos de un año se habituó á no reírse de sus víctimas, á no escarnecer á las criaturas á quienes burlaba, y á hablar con todo el mundo claveteando las zetas, las ces y las eses como si hubiera nacido en el riñón de Castilla. Y de tal modo consiguió limpiarse del acento andaluz y de los giros sevillanos, y de tal manera se madrileñizó, que incurría en los vicios de la pro-

nunciación cortesana y manchaba su boca con los solecismos predilectos del vulgacho matritense. Esta modificación disgustó á la familia, que adivinaba en ella algo de olvido de las viejas costumbres y un poco de desdén hacia el terruño natal. Dolores, oyendo al jugador, le creía menos hijo suyo, y el maestro, escuchándole, cada vez se maravillaba más de haber engendrado á aquel buen mozo en cuya alma su fecundidad de pensamiento convertíase en acción.

Agustín también sentíase desligado de los suyos y notaba que su existencia se resistía á deslizarse por los antiguos carriles. En unos meses de volar, ¡cuánta mudanza en las ideas, cuánta variación en los afectos, qué hondo quebranto en su caudalillo sentimental!... Los camaradas de ayer le aburrían; los lugares que frecuentó con regocijo, le apenaban; las cosas que sintió perder repugnábanle al verlas. *El Ancora*, con su aspecto de mendigo petulante, hizole reir; en *El Tronio* el tedio le puso un dogal, y en su casa, la sordidez de las habitaciones, la rusticidad de los comistrajos y la simple resignación con que soportábase la pobreza, le inspiró un revoltillo de sentimientos, entre los que se destacaban la compasión, el desprecio y la antipatía.

Con Pajarit no congenió. La misma tarde en que le fué presentado—quizá porque notara su indiscutible superioridad—le tomó ojeriza; á los dos ó tres días supo que el doctor habíase permitido decir que con tanto pedrusco iban á tomarle por un espejuelo para coger alondras, y le quiso molestar, y un poco después, tundido por el ingenio maleante del gallego, que le burló en vez de ser burlado, le comenzó á odiar.

La lucha dialéctica se verificó en un café, ante numerosos espectadores, y los aplausos que obtuvo

Pajarit contribuyeron á descorazonar al jaque. Le atacó decidido, con la seguridad baladróna del que tiene por suyo el triunfo, esgrimiendo un arma que había de herirle en su amor regional.

—¿Conque es usted gallego?...

—Completamente—declaró don Melquiades.

—Conque gallego. ¡Yaya, hombre, yaya!

Y Pajarit, que adivinó sus intenciones, dijo comungiendo el rostro y ahilando la voz:

—¡De Lugo! ¡Ya ve usted si habré pasado amarguras!

—Caray, tanto como amarguras...

—¡Amarguras! ¿Hay algún infeliz gallego que no las pase? Interrogue usted á todos los que viven aquí, vaya por todas las esquinas preguntando, y se convencerá.

—No, hombre, no. Si yo he estao en la Coruña, y en Lugo, y en Orense, y sé que en Galicia hay también gallegos que no son gallegos.

—¿Cómo? ¿Gallegos que no son gallegos?

—Vamos, que no llevan baúles ni van á segar.

—¡Quiá, hijo mío! Se equívoca usted.

Agustín, que confiaba en irritarle con algunas insinuaciones sobre la predilección de sus paisanos por ciertos humildes ejercicios de fuerza, se desconcertó.

—¡Ah! De manera que usted...

—Yo he cargado baúles, y he segado, y he acarreado agua... Pero ¿no sabe usted que en los Institutos gallegos se han de adquirir estos conocimientos indispensablemente?... Parece mentira que un mozo tan listo como usted ignore esas cosas.

—¡Hombre!—balbuceó Agustín, á quien no se le ocurría ninguna réplica gallarda.

—Sí, hijo, sí. El decano en esos Institutos es siempre un aguador de los más hábiles, que enseña á

manejar la cuba, á subir las escaleras, apoyando todo el pie en los peldaños para no cansarse, á romper los tiradores de las campanillas para demostrar vigor y adquirir crédito en las casas, á gruñir en el momento de coger los cuartos...

—¡Hombre!—repitió Agustín, mientras José y sus amigos animaban con sus risas al doctor.

—Pues ¿y los demás profesores del preparatorio?... Tenemos uno de esgrima para los segadores; otro, de canto, para los serenos, y otro, de títeres, para los faquines. Y como son unos artistas, pues ¡claro! da gusto aprender con ellos. Yo, cuando era estudiante, prefería echarme al hombro un baúl á jugar una partida de carambolas.

—Ya, ya se conoce—declaró el tahir con malevolencia—. Y todavía disfrutará usted levantando algún baulillo. Después de una educación así... Confiéselo usted, don Melquiades. ¡Sin vergüenza, que estamos en la intimidá!

—¡Ya lo creo! Como que no voy á la estación porque no me lo consiente mi carrera. Los de mi país soltamos la cuba, el cordel, ó la hoz para ser abogados, ó médicos, ó ingenieros ó ministros. Para azotar las calles, no.

Añadió Pajarit algunas consideraciones filosóficas sobre el influjo del baúl, considerado como carga, en la moralidad de los pueblos; proclamó la supremacía de las labores modestas sobre la altiva holganza, y con un astuto elogio que hizo de esas criaturas que por no trabajar ajetréanse tanto, y que, por no rendir su albedrío á ninguna disciplina, suelen perder la libertad, terminó el diálogo y acabó de ganarse la enemistad del buen mozo. Sin embargo, Agustín nada intentó contra don Melquiades, cuya ironía, por lo cortés, no justificaba la violencia; mas, para no seguir soportándola, procuró ale-



jarse de su enemigo. De este fracaso—mortificante, porque echábaselas de hombre corrido que seducía con su labia—le consoló la adhesión de José, á quien atraía con irresistible fuerza el vagabundo. Contábale éste sus truhanadas de pícaro, sus aventuras de jaquetón y sus triunfos de tenorio, y le pintaba las debilidades de su genio compasivo, altanero y franco. «A él no se le podía dominar por la tremenda; á él era absurdo amenazarle; de él jamás se conseguiría que acatase nada impuesto. Y en cuanto á los respetos sociales, le asqueaban de tal modo y pasábaselos tan riñonudamente por debajo de la nariz, que los más desaprensivos suspendíanse. Esta generosa despreocupación le perdía, porque ciertos varones timoratos huíanle para evitar el peligro á que les exponían algunos de sus compadrazgos; pero, aun sintiendo estas defecciones, no sacrificaba una leal amistad á la conveniencia de relacionarse provechosamente. A su juicio, los hombres sólo se diferenciaban por el entendimiento, por la travesura y por la valentía. Los inteligentes, traviosos y valerosos, eran los pastores; los demás constituían el rebaño. Y sabido es que la misión del rebaño consiste en alimentar al pastor. ¿La manera de extraer lana, y sangre, y carne, y huesos?... En este punto no se distinguía por su escrupulosidad Agustín. Todos los métodos, y todos los sistemas, y todas las costumbres de varear, esquilmar y podar debían aceptarse: lo mismo los del banquero, el político y el cura, que los del «carterista», el ladrón y el boticario; igual los del lidiador, el comerciante y el artista, que los del verdugo, la celestina y el «sarasa». En el mundo nada era despreciable ó inútil, y entre las criaturas, como entre los animales, junto á la paloma tenía derecho á volar el buitre, y junto al cordero podía rondar el

lobo, y después de un rebuzno debía oírse un rugido.

Claro es que Agustín—buitre, lobo y león—, como en aquella temporada de descanso no pensaba en rellenar su cartera, sino en aligerarla de peso, alejándose de la gente de orden y se divertía con las irregularidades hampescas. Por la tarde mataba el tiempo en los colmados, tragándose ringlas de «chatitos» y hablando de los quilates de sus piedras y de los miles de duros en que las adquirió; al obscurecer entraba en alguna mancebía para deslumbrar á las mozas y para hacer junto á ellas, entre sus piropos entusiastas, las últimas libaciones y después de comer, sentábase con *Josele* en una cervecería de lujo, exhibíase en la sección final del Duque—mirando á las cómicas de tarde en tarde, aunque con la benevolencia de un gran señor—y se marchaba luego á reponer sus fuerzas en una freiduría. Remataba las noches en *Variedades*, un café de «cante jondo» y de baile nalgueado con finura, no tan castizo como aquella respetabilísima institución que fundó y sostuvo el genial Silverio, ni tan trompeteado por la fama como el muy glorioso del Burrero; mas con la suficiente energía en sus propietarios, en sus artistas y en su público para sostener la bandera de la tradición. En *Variedades* todo respondía á la más pura doctrina «flamenca» y todo estaba en condiciones de satisfacer los gustos y los hábitos de la gente del bronce. El patio era grande y alegre; la luz, clara; las mesas y las sillas, rústicas y sólidas; las botellas, del mejor cristal para descalabrarse en los momentos de entusiasmo; las escaleras, magníficas para rodar con bélico ardor; el café y los licores de tan soberanas cualidades alucinadoras que hubiesen maravillado á un profesor de toxicología. En el testero principal apoyábase un tabladillo, trono de la Euterpe «cañí»

y de la Terpsícore «flamenca», y en los corredores altos un mobiliaje medio señorial aguardaba á los hidalgos pudorosos y á los enemigos del barullo. En este corredor, que solían frecuentar los artistas en sus descansos, acomodábanse Agustín, José y Trini, cuando recordaba sus pretéritas aficiones. A José le admiraban los del tabladillo, á Trini respetábanle por ser un viejo semiprofesional de la patadita y el ¡ay! que habíase movido como una bayadera y que había cantado *soleares* como la propia *Andonda* y *siguiriyas* como *Juanelo*, y á Agustín le adoraban todos: los hombres, por su majeza y por su sal; las mujeres, por el rumbo, por el cinismo y por la belleza del perdulario.

Las figuras principales del personal artístico—firmísimas columnas que sostenían el café—eran Javier el *Lechuzo*, «cantador» que había desenterrado la gracia de Silverio para reir *polos*, y su melancolía penetrante para suspirar *playeras*; José Luis el *Nene*, «bailador» de hierro, de goma y de cera; Joaquín el *Pelotilla*, guitarrista que le arrancaba lágrimas á los adoquines; Antonia la *Bienplantá*, estatua morenucha que tenía en el pechito diez ruiseñores, y Curra la *Cangrena*, inimitable en los retorcimientos del tango. La *Cangrena*, agresiva, lúbrica hasta la barbarie y con tal capacidad para ingerir licores que podía competir con un husillo; inspiraba más deseos que simpatías; y su compañera, vestal de tablado, socarraba con el ascua de su virtud á los vejetes libidinosos. Javier y José Luis apenas dignábanse bajar de las alturas de su gloria. Movíanse con la petulancia de dos gallos, bebían con majestad, hablaban monosilábicamente, dejábanse querer por sus idólatras, sin que su devoción les conmoviese, y miraban por encima del hombro á sus cofrades. El *Nene* no utilizaba con los desco-

nocidos, ó con los amigos de unas horas, más que dos palabras: «Saluten» para presentarse y brindar por los que le ofrecían un trago, y «Grasia» para despedirse; el *Lechuzo* le imitaba en la concisión, y, al meterse en faena, esmerábase para no ser vencido. Como jaleadores no tenían rival: comenzaban á sacudir los nervios de las bailarinas con unos bramidos cavernosos que se extraían del vientre: «¡bah!... ¡jah!... ¡julah!»; las espoleaban después con unos gritos agudos, inarticulados de fieras celosas: «¡mahamajabarajá, ñiaaa!»; y cuando las castañuelas repicaban con furia y saltaban, y se contraían y estirábanse y retorcíanse las mujeres, las azuzaban con relinchos sonoros, con alaridos selváticos, con gruñidos estridentes, con baladros de una fantástica brutalidad.

Joaquín Fernández, *Pelotilla*, era un tipo singularísimo. Tenía unas piernas muy flacas, unos brazos muy largos, una joroba muy puntiaguda, unos ojos muy bizcos, unos pelos muy crespos, una frente muy estrecha y una boca muy grande. Arañaba la guitarra con poca agilidad, y con menos sentimiento, repetía tres ó cuatro «dimos» que aprendió en la adolescencia y que brotaban de sus labios con verdín y con mohó, y poníase fúnebre al promedio de sus borracheras. Pero si Joaquín carecía de sal y de arte, derrochaba, en cambio, habilidad para meter en harina á los bebedores, presentábase con un lujo que honraba á los establecimientos que contratábanle y ofrecía su joroba á los caprichos de la multitud. Porque *Pelotilla*, en vez de dolerse, avergonzado de su monstruosidad, la explotaba impudicamente y burlábase de ella. Nadie le rebautizó con el apodo de *Pelotilla*; se lo puso él mismo, declarando que, por su arquitectura corporal, más que obra de Dios, sería producto de los esfuerzos de un

pelotero. Y como no respetaba á su inmundo hacedor ni engreíase de su faena, vendimiaba la mentecatez de los supersticiosos y la generosidad de los compasivos, excitando á los primeros á que le pasasen por la giba el décimo recién comprado, ó el duro que pensaban jugar, y enterneciendo á los segundos con las ferocidades que decía de su propia insignificancia.

Al tahir le conquistó con una de sus bromas, tal vez la más desacreditada.

—¿No se ha enterao usté de lo mío?—preguntóle á las tres veces de hablar con él.

—Y ¿qué es lo tuyo?

—¡Ah! De modo que ¿no sabe usté ná de mi pelea? Pero ¿de ande sale usté, don Agustín de mis entrañas? ¡Digo! Está uno con un pie en la carse y el otro en la jorca, y los amigos en babia.

—¿Tú con un pie en la cárcel?

—Y esperando que me yebe el berdugo al *estaribé*. Pero ¿de berdá, de berdá, de berdá no se ha enterao usté de esa pampliniya que he jecho?

—De verdá, de verdá.

—¿Sin guasa?

—Sin guasa.

—Pos la pampliniya es pa no enterarse. ¡Dos mir puñalás, y setenta mir patás, y, de añadiura, un miyón de bocaos que le atisé al gachó en cuanto lo bide muerto!... Na, una tontería. Una cosa de niño é teta.

—Pero, Joaquín...

—Sí, señó: yo mismo, Joaquín. ¿No be usté que soy un corderito lechá, y un güele nargas y un lila perdió?... ¡Pos toma! ¡Pun, pun, ris, ras, le sumbé un corte en er cueyo, le metí un pinchaso, barrenando, en la barriga, le agaché la cresta de un puñalón, y er disloque.

—Y ¿á quién?

—A un jua berde, más malo que Briján, que se las traía cormigo por mor de la joroba. Enbidia siyetera. Que aquer ladrón era más dergao y más tieso que una abuja, y la tomó con *mangue* por esta reondés tan pajoleramente salá que me ha puesto el Artísimo en la costana.

—¡Y lo has matao!—dijo Agustín, desternillándose de risa.

—Home, yo no sé si estará muerto, muerto. Lo que pueo desirle es que lo dejé más picao que las armóndigas, y que, cuando me separaron der cadave—coleándome como á un toro, porque yo estaba siego—*funguelaba* ya á podrío, que era un horró.

Aquí las carcajadas del tahir hiciéronse tan estentóreas, tan incrédulas y tan ofensivas, que el jorobado quiso probar sus asertos.

—¿Qué?—exclamó con una sonrisilla piadosa—. ¿No me cree usté?

—Sí, hombre.

—¿*Choteito*?... Pos le asbierto á usté que no me importa ná, ná, ná. Ahí están bibos los que me bieron jasé la muerte. Y por si eso fuera poco, hay má: hay esta pequeñé.

Sacó un sobre del bolsillo, extrajo de él una fotografía y se la entregó con solemnidad á Agustín. Era verdaderamente extraordinaria: el jorobado, con los pelos de punta, con los ojos engrandecidos por el furor, con el pulgar de la siniestra mano entre los dientes y con un puñal en la diestra, contemplaba, tendido, un objeto pequeñín, casi redondo, de especie indeterminable.

—Y esto, ¿qué es?—preguntó Agustín.

—Er cadave. Lea usté á la güerta.

Y el perdulario leyó la siguiente explicación:

«Baleroso desafío de Joaquín Fernández (Pelotilla)

con el Rey de los cagajones, don Cagajón Primero, y muerte finá de don Cagajón. Gorigori. Requiesca-  
timpase.»

La ocurrencia le hizo tanta gracia á Agustín, que, en cuanto veía al jorobado, llamábale para hablar de don Cagajón y para festejar con docenas de trinquis su vencimiento. Y *Pelotilla*, suspendido por el rumbo de su protector, sentábase á su mesa en todos los descansos, y para divertirle, agotaba el repertorio de sus «timos». Una noche acomodáronse el espada y Agustín en el corredor alto, frente al tabladillo, y pidieron una botella. En el café, lleno hasta los topes, el estrépito era infernal. Unos gitanos berreaban al final de la escalera, tan bien bebidos que un «ayayay» inarmónico bañábales en llanto las mejillas; un tropel de labriegos emborrachábase á conciencia y se disputaba los mimos de dos ó tres pelanduscas; varios «flamencos», adoradores del «cantaor», entonaban por lo bajo «siguiriyas» y malagueñas, procurando imitarle, y el resto del público, á medios pelos, bebía á tutiplén, charlaba por los codos, saludábase á gritos, retozaba, barbarizaba y entregábase á la galantería. El grupo más revoltoso—y esta singularidad sorprendió á José—había asentado sus reales en el pacífico y discreto corredor. Tres ó cuatro personas, casi tendidas en las sillas, golpeaban rítmicamente la mesa, y los «cantaores» y las «cantaoras», los bailarines, las bayaderas y los guitarristas, servíanles de coro.

—¿Los conoces?—preguntó el tahir, refiriéndose á los del grupo.

—No los beo—replicó José—. Pero será gente gorda.

—Gorda y de mal *arate*—dijo oficiosamente el camarero, que los había escuchado.

—Pues...

—Règuerá—añadió en un bisbiseo temeroso—, Règuerá, con una curda que le habla á Dios de tú... y ya sabe usté lo que es ese tío cuando la coge.

¡Que si lo sabía!... Una oleada de sangre le encendió el rostro, y en seguida, como si toda se le hubiese aglomerado en el corazón, quedóse lívido y se llevó las manos al pecho con la angustia del que se ahoga.

Su descomposición puso en cuidado al buen mozo.

—¿Qué te sucede?

—Ná. Déjame.

—¡Pero si estás como la cera!

—No te asustes. No es ná. Ahora te diré.

Bebió unos tragos, levantóse y descubrió al ganadero. Estaba junto á su conecedor, despechugado, y retrepábase sobre una columna con rústico abandono. Tenía las garras pegajosas de licor y los labios sanguinosos, y en sus párpados se iniciaba la hinchazón de la embriaguez. A su lado, Ricardín, el señorito héptico, sonreía estúpidamente y le enva-lentonaba con sus elogios.

—Eres el primer barbián del mundo, Luis.

—¡Y que no se te olvide! ¡Y que se enteren estos gorriones! ¿«Se» enteráis, sorras y cabritos güérfanos? El primer barbián del globo, yo. ¡Por mis riñones! ¡Porque nasí con muchísimos riñones y los he conserbao!

Los artistas reíanse de mala gana bajo el turbión de ultrajes; pero ninguno se atrevía á contradecir al coloso. La *Cangrena* era la única que conservaba su tranquilidad. *Pelotilla*, el que mejor disimulaba su pánico, y el *Lechuzo*, el que más vergonzosamente lo exhibía, hacíanse del ojo, dispuestos á tomar soleta, y don Luis, que sorprendió uno de sus guiños, volcó sobre ellos su despreciativa rabia.



—¿Qué hay, charranes?—exclamó—. ¿Os entran cursos?

—¿Por qué?—dijo el guitarrista—. ¡Como no sea de satisfasión!...

—¿Satisfasión, y me querrias be abierto en caná, cabritaso?... Pero no me berás, porque yo soy un cabayero, y un guapo, y un barbián, y tú eres un cochiniyo jorobeta. Tan cochiniyo como ese, como er *Nene*, que es bailando un sigarrón. Y tú, *Cangrena*, que eres la cangrena de mala... ¿de qué te la das? Y tú, *Lechuso*, con esa bos de trasero, que, cá bes que la oigo, bomito de repunansia que me entra, ¿de qué presumes?

El artista, herido en el nectario de su corazón, aventuró una tímida protesta:

—Caray, don Luis, cuarquieriya que lo escuchara...

—Me daría la rasón.

—Pero, caray, si no pensaba como usté...

—Me la daría antes. ¡Por reaños!... Pero si aquí no hay hombres, so lila. ¡No hay hombres!... Ninguno hay en er café, ni fuera der café, ni en Sebiya, ni en los Chirlosmirlos. ¡Aquí está quien lo dise!

Sacudió una puñada en la mesa, para clavetear con los nudillos su afirmación, y revolviendo fieramente los ojos, continuó desbarrando:

—¿Dónde se han escondío los hombres? ¡Que se presenten! ¡Que me mire á mí uno que no sea capón!... ¿No eres tu capón, *Lechuso*, como lo fué el güey de tu padre?... Sí, hijo. Tú, y éste, y ése, y aquél y er tiro que os rompa el arma.

Callóse un momento, miró de hito en hito á su conoedor y le agredió súbitamente:

—Y tú también, Bartolo. Con toas tus brabatas, eres un capón. ¡Yo lo digo! ¿Qué?

—Na, mi amo.

—Aquí no hay amos ni criaos; aquí no hay más que hombres. Es desir, aquí hay un hombre, que soy yo, y unos sarasas, que son ustedes. Y si esto es mentira, que haga uno lo que yo boy á haser.

Vació una copa de un trago, la rompió de un mordisco, se introdujo en la boca un trozo de cristal y comenzó á triturarlo entre sus férreas quijadas con horrible estridencia. Dos ó tres chillidos femeninos—uno de ellos modulado por el «cantaor»—fueron el premio de la brutal hazaña.

—¿Sabes que es un tío?—declaró Agustín.

—Más tío de lo que tú te figuras—afirmó el espada—. Tan tío, que boy yo á ajustarle unas cuentas mu pronto.

El tahir quedóse estupefacto.

—¿Tú? Y ¿á qué santo? ¿Por qué motivo?

—Porque, mientras no se las ajuste, y le cobre lo que me quedó á debé, ca bes que lo bea me ba á entrá un mareiyo como er de esta noche. ¡Y no aguanto yo los mareos!... Ese indibiduo, que tiene toros, como tú sabrás, cuando yo iba por esos mundos, pa haserme torero, me insurtó en su cortijo, me atroyó... me... En fin, la cosa es mu larga de contá, y te diré lo importante. Y lo importante es, que me emborrachó, que me cosió en la barriga de un cabayo, que me puso unas tajás de carne junto ar pescueso y que me sortó dos mastines ejambrios pa que me estrosaran.

—¡A ti!—barbotó crispado el vagabundo.

—A mí.

Se miraron unos segundos en silencio, y de repente Agustín quiso levantarse.

—¿Ande bas?—dijo el diestro dándole un manotón.

—¡Toma!—repuso el jaoue, á quien la emoción le raspaba el barniz madrileño, en un andaluz tan cerrado como si jamás hubiera salido de Andalucía—.

¿Dónde he de ir? A cortarle á ese hijo de la gran pua la cabeza.

—Tú, no.

—Ahora mismo.

—Ni ahora, ni luego—afirmó José con gravedad—. Si yo fuese manco, te lo pediría; pero gracias á Dios, no lo soy, y no necesito que me ayuden en estas faenas.

—Pos anda con él.

—Con tiento. Despasito y güena letra. Hay que prepará la función. Que se enrabie, que haya sus palabritas, y sus voses, y sus más y sus menos, y que lo otro benga roao. Y sin locuras de matón ni de asesino. Carma.

Volvió á sentarse, sin percibir unos mohines que le hacia *Pelotilla* en demanda de socorro, y sin contestar á sus reverencias; pero el jorobado, que con su protección y la de Agustín pensaba zafarse del ganadero, gritó como si solicitaran su compañía:

—Ahora, un momento, que me boy á despedir de los señores.

—No, no te despidas—barbotó irónicamente el hércules, sin mirar á los amigos de Joaquín—. No te despidas, que no te doy lisensia.

—Pero, hombre...

—¡Que no! Que si te muebes, te cojo por el pescueso y por las patas y de un tironaso te quito la joroba. Yo he benío aquí á gosar de la vida con riñones, y de esta mesa no se aparta nadie más que pa ir al tablao. ¿Eh, Ricardiyo?

—De acuerdo.

Un minuto después sonaron unas palmadas, y al oír el llamamiento, retiráronse con precipitación los artistas y escalaron el tabladillo. En el centro sentáronse los guitarristas y los «cantaores», y á derecha é izquierda, formando un semicírculo, las

«bailaoras». Todas ellas, empezando por las medianas y concluyendo por las eminentes, desgonzáronse con los brincos, las gambetas, las cabriolas y las contorsiones de *panaderos*, *farrucas* y tangos, y todas ellas conquistaron piropos soeces y aclamaciones rijosas. Pero el entusiasmo del público no se desbordó hasta que comenzó á cimbreadse la *Cangrena*. Rígida, ceñudo el rostro y caídos los brazos, avanzó con estudiada lentitud é inició el baile con fatiga voluptuosa.

—¡Bah!... ¡Jah!... ¡Julah!...—bramaron el *Lechuzo* y el *Nene* con el respeto que les imponía la liturgia *calorri*.

Poco á poco fué animándose la «bailaora». Se ablandaron y se dulcificaron sus líneas, relampaguearon sus ojos, enarcáronse sus brazos, hirieron sus pies las tablas bravamente, se retorció como una precita entre el fuego eterno, se estiró con la altivez de una diosa, ofrecióse en posturas lúbricas de una punzante animalidad, y saltó, desmelenada, como una fiera, y abatióse como una flor, y dejó escapar, mientras se retorció con los ojos en blanco y la boca convulsionada, unos gemidos roncós de ansiedad venérea que enloquecieron á los espectadores.

En el patio la excitación era bestial y en el tablillo acuciábanse con sus voces los que jaleaban.

—¡Maha... majabarajá!—aullaba el *Lechuzo*.

—¡Jah!... ¡Bah!... ¡Jay!...—berreaba el *Nene*.

Y los otros, cantadores y tocadores y bailadoras, enronquecían aullando.

—¡Grásia, grásia!

—¡Dale ar buyarengue!

—¡Amos á quererla!

—¡Huy, maresita mía, qué acordeón!

Esta última frase—una de las que figuraban en el

repertorio de «timos» de *Pelotilla*—agradó al público, pero disgustó profundamente á Regueral.

—¿Qué te paese, Ricardo?—exclamó el coloso—. ¡El acordeón otra bes! ¡Y se ríen!... ¡Ea, pues ya se ba á acabá el acordeón!

Y antes de que adivinaran lo que iba á hacer, cogió una botella sin descorchar, alzó el brazo, la disparó con todo su tremendo empuje, y el proyectil hizo astillas la guitarra del jorobado y lo tumbó como á un muñeco. Pretendía asegundar con otra botella, y furioso, levantó en vilo á Ricardo, que se la arrebató; mas la actitud de la gente, que increpábale y que le amenazaba con los puños, cambió de cauce su cólera.

—¡Yo, yo la he tirao, cabrones!—voceó—. ¿Qué pasa? ¡Que suba un hombre si lo hay, que no lo habrá!

—¡Mentira!—gritó José con una voz tan sonora, tan caliente y tan metálica, que escalofrió á los espectadores.

La rabotada sobrecogió á Regueral, que vaciló un instante y que volviósese con el ímpetu de un toro.

—¿Quién ha dicho mentira?

—Yo—afirmó el espada—. Yo he dicho que es mentira lo que ha boseao usted. Y digo, además, que usted es el uníquito cabrón que hay aquí.

Avanzó el coloso, reconoció de súbito á José, y la sorpresa y el miedo le paralizaron y trocáronle inmediatamente la expresión del rostro. La llama de sus pupilas se apagó, el duro pliegue de su boca ablandóse, y sus cejas se elevaron, mientras iluminaba sus facciones una plácida sonrisa. Y el «cantaor», el jorobado y cuantos habían subido para impedir ó para presenciar la tragedia, viéronle aproximarse á José muy risueño y escucharon sus explicaciones.

—De usted—declaró—, solamente de usted, aguantaría yo esas palabras. Porque usted es un hombre muy macho, y con los machos, yo, que lo soy, siempre me he entendido.

—Buesensia—aseguró José, riéndose con ironía— tiene mucha amabilidad.

—Lo que yo tengo es un poquito de balor pa confesar lo bueno y lo malo, y lo que me favorece y lo que no me favorece. Y como lo tengo y no me duelen prendas, digo aquí—y no por miedo, aunque se lo figuren esos cabritos—que lo de la jaca fué una barbaridá de borracho, y que yo, desde entonses, siento un montón de simpatías por usted. Esto, ¿es hablar en plata?

—Pero hace falta oro—arguyó Agustín, tornando á pronunciar limpiamente.

—Y usted, ¿qué sabe?—preguntó don Luis.

—Yo soy hermano de éste, y soy adivino, y sé lo que quiero saber.

—¡Ah! Esa es ya otra cosa, y hablaré en el oro que usted quiere. Pero sentao.

Dejóse caer en una silla, invitó á sus conmlitones, y para desavahar su rabia llamó también á los «flamencos»:

—Bamos, arrímate aquí, *Cangrena*, y tú, sigarrón, y tú, jorobiya, y tú, bos de trasero... ¡Bamos, sarasas! ¡A *mangá!*

El jorobado preparó una petición:

—A *mangá*, éstos; porque lo que es mi cuerpo...

—¿Se te ha yena de mansaniya la joroba?

—Se me ha yena de pena. ¿Usted cree que la guitarra que me ha escachifoyao no balla ná?... Pos tenga usted entendío que en los consiertos estaba de *impros urtra*, porque aqueya guitarra no era de palo, sino de carne de una mora de la Morería, y sus quejas yegaban ar corasón.

Agustín obsequió á *Pelotilla* y á sus camaradas; pero sólo bebió el *Nene*.

—Saluten—dijo alzando la copa con dignidad.

Abrió la boca, acanalando el labio inferior; con un movimiento rapidísimo arrojóse en ella el mostagán, que cayó de golpe en el estómago, y saludó solemnemente :

—Grasia.

El ganadero, que no podía disimular su inquietud, y que moviáse como si tuviera hormiguillo, tiró un billete sobre el mármol y dió una orden al camarero :

—Tú : esos dies duros, de mansaniya.

—Tráelos—apoyó el tahir—. Pero por mi cuenta.

Y devolviéndole el billete con arrogancia, le advirtió á don Luis:

—Donde yo estoy, no hay quien pague.

—¿Ni yo?

—Ni usted. Nadie. Si yo no doy bulas.

—¡Olé! No está eso mal—dijo adulándole el conecedor.

—Ni tampoco permito que delante de mí hablen los criaos.

Bartolo se encrespó :

—Oiga usted, amigo...

—Yo no soy su amigo, ni le conozco á usted, ni siyetera falta que me hace.

—Pos no perdería usted ná con tratarlo—objetó don Luis—. Y tenga usted en cuenta que yo hablo con él y alterno con él.

—Porque usted es muy poco señorito, y yo soy muy señorito.

—No, eso no, Agustín. De señorito tié argo—afirmó el espada—. De lo que no tié ni gota, aquí, Luisete, es de cabayero. ¿Berdá que buesensia, y usía, y su ilustrísima, no ha orfateao eso de la cabayerosidá?

Hubo unos segundos de dramático silencio. Los artistas, con una jocundidad de gentuza esclava, paladeaban la humillación de su tiranillo. Bartolo y Ricardo interrogábanse mudamente, con penosa perplejidad, y el atleta, otra vez con el pliegue de la boca endurecido y con resplandores en las pupilas, hostigado por su propio miedo, planeaba una traición.

—Bueno—dijo borrosamente y sin mirar á los hermanos—. Ustés ¿hablan con seriedad?

La respuesta fué una risotada de Agustín—que le encendió por lo que alegráronse al oirla los «flamencos»—y un ademán despreciativo de *Josele*.

—Hablan ustés en serio—prosiguió—. Y si hablan ustés en serio, ¿qué se proponen?

—Mi hermano—replicó el espada—, ná. Mi hermano, en esta cuestión, es un sero á la izquierda. Yo sí me propongo algo: que se ponga usted en crú, jincao de rodiyas y que me pida usted perdón.

A Regueral se le escapó un mugido de cólera.

—¡Yo!

—¡Tú, Luisete!

Y entonces el ganadero, que esparció la vista en derredor, como si intentara escaparse, de una manotada imprevista derribó la mesa sobre Agustín y le embistió al torero; mas éste, que ya había empuñado una botella, se la estrelló en el testuz con horrible fracaso, hirió en la cara, con los vidrios del gollete, á Bartolo, que le acometía, y libre del criado, á quien comenzó á vapulear Agustín, y de Ricardito, al cual despatarró de un golpe, asaltó nuevamente á Regueral, que retrocedía atontado, y de un puntapié tremebundo en medio de la andorga le hizo doblarse de dolor. Tamborileó á placer en sus lomos y en su cráneo, vaciló al recibir una garfada, rodó empujado por el gigante, levantóse



---

de un brinco, y de pronto se encontró con un puñal en la diestra. Y á la vista del arma, el elefante, convertido en liebre, gimoteó como una prostituta, arrojóse por la escalera con un pavor descomunal, y atravesó el patio, huyendo con el ímpetu de un jabalí perseguido.

## IX

Del escándalo, descrito pintorescamente por los diarios, se charló mucho en Sevilla. Y como no faltaron picarillos—de esos que todo lo huelen y que adivinanlo todo—que atribuyesen la contienda á otras amorosas de José, en las que, por despecho, quiso intervenir Regueral, la curiosidad de las gentes puso en candeleros á las damas de *Variedades* y las asedió con preguntas, súplicas y peticiones. Y lo notable fué que ninguna negó, de un modo terminante, esta versión fantástica del conflicto, como si las enorgulleciera que se creyese en su origen sentimental. A todas las había obsequiado José, á todas las deseaba don Luis, y todas hacíanse lenguas al hablar del torero, y cruces al referir las burradas del criador. El público opinaba como las artistas—vaciando entero el saco de las responsabilidades sobre el atleta—y alegrábase de su humillación. Y las pelanduseas, mil veces maltratadas por el coloso, celebraron su providencial castigo exornando los comedores de las mancebías con atributos taurómacos y con fotografías de José.

Ni éste ni su hermano quisieron disfrutar de las auras populares. Agustín, porque, temeroso, se marchó de la noche á la mañana, sin despedirse, esperando tal vez que escribiera el epílogo de la sanfrancia la señora Justicia, y el matador, porque es-

capóse, asustado ante la posibilidad de que los amigos con sus requerimientos, ó los golillas con sus órdenes, le obligaran á referir punto por punto lo ocurrido. Quince días después, cuando desapareció la polvareda y calláronse los maldicientes, hartos de morder, y los comentaristas, aburridos de discutir, retornó á sus lares y dedicóse á recolectar enhorabuenas y parabienes. En el café faltó poco para que le recibieran bajo palio y á los acordes de la *Marcha Real*. Uno de los dueños le felicitó por su triunfo y dióle las gracias por haber expulsado de *Variedades* á aquel matón, que era un peligro perpetuo; la *Bienplantá*, la estatua morenucha, hizole comprender con el fuego de sus elogios que su virtud, si él la atacaba, no sería muy rigurosa; la *Cangrena* le miró con una ternura que rarísima vez asomaba á sus ojos, y *Pelotilla* encargóse de la parte cómica, tragándose las alabanzas y formulando enérgicamente una reclamación:

—To eso que *chimuyáis* ahí—dijo—está perfetamente. Pero más perfetamente ba á está lo que yo boy á desirle á este guapo.

—Benga de ahí—replicó José con alegre benevolencia.

—No; sin guasa, sin risa, con mucho cuidao, que yo no soy un blancote como Reguerá, y le unto saliba en la oreja ar gigante Caculiambo que se escuide. ¡Ojo!

—Perdone usté, home—suplicó humildemente el espada, fingiendo que se empavorecía.

—Pase por una be. Quedá usté perdonao. Y ahora, ayá ba la bomba. Diga esté, balentón: Los orjetos emprestaos ¿no se degüerben?

—Y ¿me ha emprestao usté arguno?

—¿Que si le he emprestao arguno?... ¡Resiyeta con la roia pregunta! ¡Pos no, que se lo iba á re-

galá á usté!... ¡Aqueya alhaja, aqueya pintura, aquer prodigio!... No, arma mía. No es por esa carretera. Yo soy liberá; pero lo quiero mucho pa regalarlo. ¡Qué regalarlo, si ni siquiera lo empresto, y si me duele jasta que le dé el aire!... Lo que es que como la cosa se puso feiya, y Reguerá—¡mardito sea su padre!—le atisó á usté un metío que lo tumbó, yo me dije: «*Pelotiya*, á be si mata ar muchacho don Lui, y tienes tú que darle en la cresta.»

—Gracias—exclamó José, interrumpiéndole.

—¡Qué gracias! Un hombre como yo está obligao á eso y á má. Pos... como refería, pensé lo dicho, me acordé de aqueyo de «ni quito ni pongo rey», de cuando la diñó don Pedro er Crué, y boy, y sarto y me aconsejo: «Ayúa, *Pelotiya*». Conque me arrimo á usté como una senteya, lo saco, se lo alargo...

Y entonces comprendió José.

—¡Er cuchiyó! ¡Era de usté er cuchiyó!—gritó emocionado.

—¡Qué cuchiyó! ¡Er puñá!—rectificó el jorobado—. ¡Er puñalito con que espampané á don Cagajón Primero!

Aquel puñal formidable que, según *Pelotilla*, «tenta la punta amaestrada y metíase el solo en el pecho de los guapos», no pareció. Recordaba José que, al llegar los guindillas, oprimíalo con la diestra; pero no sabía nada más: ni si lo tiró, ni si lo entregó á alguien, ni si le fué violentamente arrebatado. Joaquín juró que no se consolaría de la pérdida—luctuoso acontecimiento que ensoberbecería á sus enemigos los cagajones—y gimoteó apesadumbrado; mas el sedativo de unos duros y una guitarra barrió las nubes de su melancolía y le convirtió en el más leal cortesano de José.

En las artistas, la fiebre amorosa hacía estragos.

Ofrecíanse al matador con los ojos; sentábanse á su mesa y le contemplaban con rabioso deseo, y quitábanse la palabra para dialogar con él, ó se disputaban con iracunda grosería un puesto á su lado, ó el honor de apurar las escurriduras de su copa. Pero las que más se odiaban eran las dos eminencias del tabladillo: la *Cangrena* y la *Bienplantá*, que envidiábanse mutuamente y que se reconocían méritos sobrados para lograr la victoria. La vestal dedicábase al matador los trinos de aquellos ruiseñores que aposentábanse en su pecho, y mirándole, perdía su rigidez de estatua; Curra, en los ardores del tango, cimbreábase, y se estiraba, y abatíase y rugía para él, y sólo aspiraba á conseguir el premio de su aprobación. La «cantaora» disponía de la fuerza de su mudá tozudez, y del prestigio de su virginidad—capullo cerrado bien apetecible entre tanta rosa abierta—; la «bailaora» esgrimía su belleza picante, su desenvoltura cínica, su atrevimiento de hetaira veterana.

El torneo que sostenían las mujeres, llenó de admiración á Trini y al *Niño*, que acompañaban á José algunas noches, y les interesó de tal modo que romántico siempre, defendía á la *Bienplantá* porque tomaron partido por las luchadoras. El del mechón, era virtuosa y porque el público encomiaba su virtud—lo cual honraría más al que la rindiese—y Trini protegía á la *Cangrena* por todo lo contrario: es decir, porque nadie la ofendía poniendo en duda su impudor.

—¿Pa que sirbe un lío de estos?—exclamaba—. ¿Pa darse unos ratos de gusto?... Pues esos los proporsionan toas las mujeres esartamente lo mismo, si es que no está uno encalabrinao por unas pajoleras naguas, porque en ese caso no hay más mujé que la mujé que nos jase tilín. ¿Te jase tilín la

*Bienplantá?* No. ¿Te jase tilín la *Cangrena*? Sero al cosiente. Pos entonses, duro con la *Cangrena*, aunque, en bisperas de temporá, los toreros debíamos juntarnos con frailes mejó que con mujeres, y dir á la iglesia, más bien que ar café. Y digo: duro con la *Cangrena*, porque esa no te pué perjudicá. ¿Qué estás engolosinao? Pos surra, que es tarde. ¿Que te jartas? Pos á casita, que yuebe. Y sin preocupaciones, sin temó de que te persigan y te jeringuen, porque esa gachí no tié derecho á exigirle na á ningún hombre. En cambio, arrímate á la otra. Mosita, y con papá y mamá, y con un hermanito *guassonoso* de los que yeban pistola y de los que, ar segundo buche de aguardiente, pien la cuenta á tiros... Y aluego que se enamore la niña, y que se le hinche el arca, aunque sea de flato, y que escomiense á yorá, y á yorá... ¡No, hijo mío, no! Pa eso te buscas una mujé de bien que cante como una rana, ó que no cante, y te casas con eya.

Y como José no pensaba matrimoniar en aquellos momentos, ni pretendía confeccionar con el hermanito de la pistola después del segundo buche de alcohol, replicó á los envites de la *Cangrena* con un «quiero» como una casa, y se enredó con la meretriz. Mas con tan menguado entusiasmo, que al minuto del primer sacrificio voluptuoso, apenas quedaba aceite en el farolillo de su ilusión. Curra habíale solicitado por vanidad más que por ternura; para humillar á sus rivales, para pavonearse junto á un torero célebre, para lucir al bravo que destruyó á puñadas una gran reputación de valentía. Y José, que adivinaba los sentimientos de la «bailaora», deteníase muy de tarde en tarde en el café, la acompañaba muy poco y exhibíase con ella á regañadientes. La Semana Santa la pasó en Cabral—uno de los pueblos que más le habían animado en sus horas de lucha—

toreando reses de ganaderías bastas y fortaleciendo sus músculos con un continuo ajetreo. Regresó á Sevilla en Abril, achicó sus visitas á la coima y alargó sus caminatas higiénicas, y así, preparándose con sabiduría para afrontar los próximos peligros, vió discurrir los días plácidamente. Una mañana, al despertar, se encontró al mozo de estoques metido en faena. Había sacado las ropas de plaza escondidas durante el invierno en sus fundas de dril, y las chaquetillas con sus recias hombreras áureas, sus alamares y sus bordados, y los chalecos pequeñines, constelados de lentejuelas, y las taleguillas con sus macizos borlones y su filigranada guarnición, chispeaban esparcidos por los muebles. Allí veíanse todos los trajes que lució en su primera añada de aventuras: el azul, regalo de Trini, riquísimo y elegante, cuya chaqueta, por lo recargada de oro, parecía el carapacho de un insecto; parte del que sacó en Madrid la tarde tremenda de la cogida, compuesto, con la seda sin estrenar y con los bordados que partió el asta hábilmente unidos, y uno rojo y rútilo, que se diría hecho de sangre y de sol. Y todos al salir de las sombras, decíanle con su brillo metálico y con las macas que sufrieron al arrastrarse por la arena, ó al sufrir el empujón de los pitones, que la tranquilidad inverniza se había acabado, que era preciso luchar otra vez en los cosos bajo la presión de la multitud, y disputarle el triunfo á los compañeros, y dominar á las fieras, y percibir con valerosa calma el aleteo de la muerte. Sin que el miedo conmoviera su espíritu, se entristeció. Deseaba volver á la pelea para cimentar su renombre y para embriagarse con el licor divino de los aplausos; pero la lucha era tan arriesgada, tan complicada, tan desagradable, tan difícil... No serían los toros los únicos animales con los que habría de contender:

otros animales — sus adversarios — le combatirían con más astucia y más saña, y un monstruo de brutalidad, el público, le cobraría sus aclamaciones no perdonándole un error, una vacilación, un instintivo movimiento de cobardía.

Una semana antes de la feria, el pavor de sus padres y de su hermano, agudizado por la proximidad del riesgo, cayó sobre él con una violencia aterradora. Justo le decía que era una barbaridad arriarse tanto á los toros y moverse con tanta calma junto á ellos; el inventor le aconsejaba que acometiese con rectitud á los chiquitos y claros que se dejasen herir y que matara con ventaja á los grandulones que se defendiesen, y su mujer, con la noble angustia del amor maternal, pedíale que no se apartase de la valla y que huyera de los brutos mal intencionados.

—¿Por qué has de exponerte á mori?—exclamaba—. ¿No ba el público á dibertirse y á pasá un buen rato? Y ¿se pué pasá un buen rato biendo padese á una criatura?... No, hijo mío. A la gente no le entusiasman las barbaridade. Yo, siempre que iba á los toros en mi jubentú, estaba en un puro ¡ay! y no miraba más que á los toreros que corrían mucho. ¿Biene el toro? Pos á corré. ¿Se para? Pos se hase una suerte bonita, y á sartá la barrera, sin comprometerse. Y na más.

José la acariciaba con cariñosa indulgencia y, bromeando, le hacía notar el punto ridículo de sus consejos. «Sin aproximarse á las reses, ¿cómo las iba á torear? Y sobre todo, ¿cómo las iba á herir? Y ¿con qué derecho le exigiría palmadas al público y miles de reales á las empresas, si su labor principalísima había de consistir en saltar la valla?... ¡Saltar la valla! Por saltar la valla prudentemente, podía un lidiador ser acometido por el público, y frente al



público, capotes, espadas y muletas, garrochas, puntillas y rehiletes eran inútiles, y no había más remedio que inclinar la cabeza y sucumbir. ¡Y cómo se sucumbía! Insultado, ultrajado, escarnecido; entre sucios proyectiles, que herían la dignidad antes que el cuerpo; entre burlonas carcajadas, entre alaridos salvajes, entre palmoteos de befa... ¡Correr! ¡Correr un torero para evitar el peligro, cuando la multitud había pagado precisamente para verle afrontar el peligro!... No; el peligro era el alma de la fiesta, y el arte del lidiador consistía en burlarlo, en desafiarlo, en hundirse en él durante la corrida, y en emocionar fuertemente á los espectadores, venciénolo con bríos y serenidad.»

A la «señá» Dolores parecía inmensa la dificultad de conseguir semejante victoria, é insistía en sus consejos, con la terquedad de la ignorancia y del amor; y cuando impacientabase José, esgrimía el invencible argumento de sus lágrimas, y le atacaba con todas las razones que inspirábale el santo egoísmo de la maternidad. «Ella había nacido pobre y había vivido pobre, y no sentía la necesidad de enriquecerse. Un cabello de su José valía tanto como una perla, y una gota de su sangre más que todos los tesoros del mundo. ¿Por qué se la había de jugar contra unas pesetas ó unos millones? ¿Por qué no había de vivir para su madre, modestamente, trabajando en un tranquilo oficio?»

En cambio, á la *Cangrena* le encocoraba la tranquilidad, y á las existencias humildes, que se deslizan mansas como arroyos, prefería las asoladoras y soberbias, que avanzan como torrentes. Para Currea, lo sabroso de la vida estaba en lo eventual, en lo transitorio, en lo contingente y en lo mudable, y su único objeto era triunfar en arriesgadas empresas, gozar de placeres nuevos y adquirir glorias de

les que consagra, admira y envidia la multitud. Y, con arreglo á este modo de pensar, la meretriz enardecía al matador con sus observaciones, y en vez de contenerle, excitábale á avanzar por el camino de las hazañas.

La víspera de feria cenaron juntos y le hizo las últimas recomendaciones:

—Oye ¿cómo estamos de... eso?—preguntóle aclarando la alusión con un movimiento de puños muy significativo.

—Como siempre.

—¿Bien?

—Mejó que bien.

—¿Y de facurtades?

—Ar pelo.

—¿Y de cariño por tu negra?

—Hecho un ascua.

—¿Y de complasensia?

—¿Qué se te ha antojao?... Pide por esa boca, siempre que no abuses, mujé.

—Pos hijo, se me ha antojao una finesa tuya. Porque como yo estoy tan chalá, tan chalá por ti, y como me pone tan ancha tu mérito, pos quería...

—A be. Suértalo.

—Que me brindaras un toro.

—¿Eso na más?

—Na más. ¿Qué iba á pedirte : un briyante? ¡Si pa mí no hay briyante que barga lo que una parmá que escuches tú!

—Grasias, mujé. Te has ganao er brindi.

Le abrazó y le besuqueó la pelandusca, haciéndose de miel, y en seguida, con una severidad muy sadada, formuló una importante advertencia :

—¡Ah! Te boy á regalá una cosa mu güena, mu güena, mu güena; tan güenísima, que er regalo hay que haserlo en un sitio donde no me bea nadie, y no

en la plasa. Pero con una condisión: con la condisión de que no me has de dejá fea. Tú ¿me has oído bien? Pos ya lo sabes; ties que está con el toro más guapo que con Reguerá, que ya es desí. Y si no, te chupas er deo, porque la cosa güena, güena, güena, se la doy á otro más baliente.

No tuvo que cumplir su amenaza la «ballaora», porque la tarde de su alternativa logró José un triunfo colosal. Toreaba con más elegancia y más precisión que en su época de novillero, tenía el mismo reposo allivo y la misma inteligente sagacidad y, ó no se acordaba del percanse, ó irritábase al recordarlo, y esta irritación triplicaba sus frenéticos bríos. Con el estoque, su arrojo era descomunal. A una fiera—la que cedióle Fuentes al otorgarle la alternativa—la trasteó con sobriedad, porque estaba «aplomada» y la abatió de un volapié tremendo, y á la otra—la que brindó á la *Cangrena*—que conservaba agilidad y que embestía noblemente, la toreó en una vara de terreno, la emborrachó con el trapo, la citó y la «recibió» á maravilla, y la vió rodar, herida en las agujas, con un hilillo de sangre entre los belfos.

Estas hazañas de José, que ya no vencía á los aprendices sino á los maestros del arte, exaltaron á sus idólatras. Y la exaltación de los «joselistas» agravó su incontinencia pictórica y produjo una chaparrada de falos, con letreros simbólicos, y fué origen de algunas discusiones en estilo académico, de muchas disputas en estilo tabernario, de tal cual coscorrón convincente y de varias manifestaciones callejeras; mas José, aplaudidísimo y aclamadísimo, proclamado árbitro de la tauromaquia por sus incondicionales y festejado por la gente imparcial, no hallábase del todo satisfecho. En su jocundidad había un nubarrón que de vez en cuando ensombre-

cialle, y en su corazón, llenó de orgullo, un animalculo que le infelicitaba con su obscura faena de minero. De pronto, en medio de su alegría, pinchábase algo en las entrañas, y cerrábase su boca, abierta para reír, y extendíase una tenue neblina ante sus ojos, y esa neblina, condensándose con lentitud, formaba un busto de mujer... «Su» busto; el busto cenceño de la cigarrera. Llevábala en el pensamiento y la veía en todas partes y á todas horas, y oía continuamente el eco de su voz, y percibía sin intermisiones el aroma de su cabellera, el rumor de sus faldas, el argentino campanileo de sus risas. No le había vuelto á hablar desde la tarde en que la injurió perturbado por la confidencia de Pajarit, y el martirio de vivir junto á ella y de verla pasar indiferente á su lado, se le hizo insoporable. Comprendía que unas palabras afectuosas borrarían lo pasado; mas su vanidad, temiendo una repulsa, no le permitió pronunciarlas. Quiso, pues, demostrar indirectamente el estado de su ánimo, para que de algún modo colaborase la mocita en la obra de la reconciliación, y entrególe á Justo unas localidades y le rogó que invitara á la corrida á Salud y á la «señá» Caridad. Accedió Justo, lucióse el espada en la función, poniendo en juego toda su habilidad y toda su bizarría, llegó á su domicilio, escoltado por cientos de admiradores, y antes de que se extinguiera el tableteo de las palmadas, interrogó á su hermano:

—¿Qué me dices, chiquiyo?

—¿Qué te boy á desí? Que eres un monstruo. Que esta temporá te pones ensima de toos los mataores de carté.

—¿Y las mujeres?—preguntó afectando indiferencia—. ¿Se han dibertío?

—Locas están.

—Bamos, que he gustao.

—¡Pos tendría grasia que no hubieras gustao! ¿No te digo que están locas? La comadre de la señá Caridá te tiró el abanico, y á la señá Caridá, cuando te hisieron la obasión grande, se le caía ca lágrima como un garbanso.

—Pero ¿á que no yoraba Salú?—exclamó José alegremente.

Y sin aguardar la respuesta del gordo, añadió en una risotada:

—¡Yorar estando reñía cormigo y teniendo un genio como el que tiene!... ¡En seguidita!... Menuos defectos que me pondría.

—No, si no ha ido.

Fué una ducha helada que apagó los entusiasmos del diestro.

—¿Que no ha ido?

—Creo que le dolía la cabeza.

—¡Conque la cabeza!

Se despojó á tironazos del traje de faena, canturreando entre dientes para disimular su amargura, comió sin apetito, bebió sin tasa y marchóse con Justo, minutos después de salir Salud. En *El Ancora* tomó café, bebió unas cuantas copas que le ofrecieron, y contestó maquinalmente á los que agasajábanle con la sonrisa en los labios. Poco después, planeando una obra de venganza, se encaminó al ferial. «¿Cómo debía corregir á la cigarrera? ¿De qué modo la haría purgar su desaire canallesco?... ¡Sí, desaire! Dudarlo hubiera sido ridículo. Le había desairado con vileza, con alevosía, descortés y bárbaramente. Le había querido burlar, había desdeñado su tentativa de reconciliación... Y ¿por qué? ¿Porque estaban reñidos? ¿Y no honrábale, en medio de todo, el origen de la riña, puesto que maltrató á Salud para defenderla de su propia irre-

flexión y para que sus coqueteos no perjudicaran su buen nombre? Y la misma riña, ¿no obligábala á aceptar, por delicadeza, un obsequio del ofensor, que así reconocía su falta?... No tenía, pues, delicadeza, ni corazón, ni finura de espíritu; no sabía agradecer, ni perdonar, ni herir con armas señoriles... Era un cacho de barro, una mujer del arroyo, desvergonzada y brutal, y merecía que la trataran como á una bestia. Sin embargo, él, para vengarse, no se pondría á su altura: aproximábase á ella con una extraordinaria corrección, y sonriéndose, diría una frase tremendamente aguda, irónica y agria, y marchábase con gentil desembarazo.» Aún no había encontrado la frase al llegar á la feria, y buscándola, y buscando también á la mocita, agarróse á Justo y se metió en la calle principal. El bullicio era inmenso; cuarenta ó cincuenta mil criaturas, apelo-tonándose en la anchurosa llanada, bajo el cielo de Abril ó bajo los toldos de la ciudad artificial, ofrecíanse mutuamente el espectáculo de su alborozo. Sonaban las guitarras, los organillos y las murgas; charlábase de los buenos negocios realizados, de los lances de la corrida, de la belleza del mujerío, de las conquistas apalabradas, de las travesuras en ejecución ó en proyecto... La gente aldeana dejábase querer por las buñoleras, metíase en los barracones, ó deteníase junto á las casillas para ver bailar al patriciado. Las hembras del pueblo se mecían pegaditas á sus garzoneadores, con mucha flor en el busto y en la cabellera, y la burguesía pobre se despeaba andando, sin descansar en los cafetines ó en las buñolerías, para no aflojar la mosca, y sin querer mezclarse con la plebe. De vez en cuando, deteníase la multitud, contenida por una barrera de curiosos que observaban cualquier fruslería, y uníanse los grupos de hombres y mujeres, y pegábanse

los cuerpos, y formábanse remolinos, de los que emergían agudos clamores femeniles y recias cargadas de varón. Y, á veces, calmábase el flujo y el reflujo de aquel mar humano y apagábase su estrépito, y durante la tregua, se oían los balidos y los mugidos de los animales que reposaban en la obscuridad.

Frente á la casilla de *El Tronio* aglomerábase un buen golpe de morralla. Trini, *Jaquimiya*, *Cordobán*, el del mechón y unos cuantos lidiadores, agrupábanse en el fondo, muy bien plantados, y palmoteaban rítmicamente. El jorobado y Torroba, que echábaselas de guitarrista, tocaban un *garrotín*, y la *Cangrena* bailábalo con excesivo meneo, jaleada por los de *El Tronio* y por el público. La ronca voz de *Pelotilla* alzábase por encima del bravo coro de los jaleadores:

· —¡Grasia, gracia!... ¡Dale ar buyarengue!... ¡Huy, maresita mía, qué acordeón!...

Aunque el espada pasó rápidamente junto á la casilla, le vió Trini y salió á buscarle.

—Que ¿no entras?—dijo sorprendido.

*Josele* se disculpó:

—No. Luego. Estoy así como atontolínao.

—Der rufo de las parmas, guassón; que con tantísimas obasiones te bas á queá sordo.

—No. De berdá. Estoy atontolínao.

—Entonses... Pero no te las guiyes. Mía que la Curra está consentía en berte. Ha benío por ti...

—Ya borberé. Es que he bebío de más y tengo que airearme. Baya, hasta ahora. Quédate tú, Justo.

Retrocedió vivamente, á fin de que su resolución no fuera discutida, y de nuevo se puso á buscar la frase lapidaria, quinta esencia de la ironía y del rencor, que vengaría de la cigarrera. Y tantas desechó por inocentes, brutales ó torpes, por candorosas,

agresivas ó sucias, que, antes que el proyectil, encontró el blanco. Iba Salud con una muchacha bonita y con un mocito muy peripuesto, escoltada por la «señá» Caridad y por otra vieja. *Josele*, sin pensar más en floretazos retóricos, se aproximó con menos cólera que emoción.

—¿Estorbo?—dijo súbitamente, casi al oído de Salud.

La cigarrera, al oírle, dió un paso atrás, roja como la grana, y José, muy satisfecho, dedujo de su confusión que había encontrado la frase terrible.

—¿Estorbo?—repitió.

Y Salud, que se abanicaba muy nerviosa, avanzó tímidamente al replicar:

—¿Por qué?

Entonces, el espada, al que no se le ocurrió ninguna respuesta lógica, fué el confundido y azorado.

—Como has en tan buena compañía...—exclamó borrosamente.

—No es mala—afirmó con amabilidad el mocito—; pero eso no quíe desí que no la haiga tan güena ó mejó. La de usté, pongo por caso.

—¿Es chufra?—preguntó *Josele*.

Habría gozado desahogando su ira á golpes, y miró al mozo con la misma saña que si fuese su enemigo mortal; pero el acompañante de las mujeres contestó á su reto con tanta benevolencia y tal cortesía, que le desarmó.

—Yo no gasto chufas más que con las personas que conosco. Y á usté no le conosco. Es desí, yo, como tó el mundo, sé quién es usté; pero no tengo la sastifación de tratarlo y me guardaré mu bien de darle una broma. Lo cual no impide que yo le sirba á usté en lo que á usté se le antoje y esté en mi mano.

—Y yo á usté, amigo—declaró el espada, alargándole la diestra—. Y perdone usté la tontería que he



preguntao, porque la he preguntao en un pronto, y un pronto lo tiene el hombre más cabá.

Incorporáronse al grupo las viejas, saludó José, y reemprendieron todos la marcha. La «señá» Curra con su comadre, el mocito con la chica bonitilla y el torero con Salud. Durante unos minutos caminaron en silencio, esforzándose por entablar la conversación de un modo hábil y delicado, y por fin, el espada aventuró una vulgaridad:

—Está bien la feria este año.

—Sí; hay más casiyas, y más sircos y muchas bistas de sera...

—Hay atracciones, sí.

Como el tema no les interesaba, anduvieron otra vez silenciosos, *Josele* devolviendo saludos, y la cigarrera mirando á los que saludaban al diestro.

—Cuánta popularidá, hijo—exclamó entre irónica y complacida.

*Josele* sonrióse con modestia.

—Como uno procura dar gusto y ba teniendo suerte...

Y de pronto decidióse Salud á discutir la cuestión que les preocupaba:

—Y, bamos á bé, ¿qué bicho te ha picao pa que te arrimes á mi oriya?

El torero no supo qué decir, y la muchacha le atacó por el lado sentimental, expresándose con punzadora melancolía:

—¡Tan desinificante y tan poquita cosa como soy yo, y tanto como eres tú, hombre! ¿Qué bicho te ha picao?

—Er del agradesimiento—replicó el mozo, rechazando victoriosamente el ataque—. Después de lo que has hecho tú por mí en toa mi enfermedá, ¿no iba ni siquiera á preguntarte por tu estao, ahora que estás mala?

—¿Mala yo?

—Mala tú. Digo, según Justo, no has podido ni ir á los toros.

—¡Bah!

—¿Qué? ¿Es mentira? ¿No te dolía la cabeza un horró?

—Pero eso no es estar mala. Un doló de cabeza no es una enfermedá.

—Pero incomoda. Y como yo no olvido tus acciones... Además—añadió con timidez—, que la culpa fué mía.

—¿Cuá culpa?

—Ya sabes á lo que me refiero. No te burles.

—¿Yo?

—Tú. No te burles, que esta no es ocasión.

Hizo una pausa y prosiguió con grave entereza:

—Te hablé de lo de Pajarí... qué sé yo por qué.

—¡Ah! ¿Ya no te acuerdas?... Hablaste pa defenderlo, hijo.

—¿Y si no fuese berdá lo que dije aquer día?

—Sí, sí es berdá. ¡Baya si es berdá! Si no, ¿á qué hubiera benido aqueyo de ponerme hechita un guiñapo?... Tú biste ar pobre Pajarí, tan inosentón, entre mis uñas y, ¡claro!, sacaste la cara por é. Si no te lo critico. Es naturá. ¿Ibas á permití que se perdiera ese cacho de rosca arrimándose á una tía como yo?

—¿Y si á mí me tubiera sin cuidao el cacho de rosca?

—No, no finjas. Si yo te perdono. Yo hubiera perjudicao á Pajarí. Mirándole, porque de otro modo era imposible. Pero le hubiera perjudicao. Y tú hisiste mu retebién en impedirlo. ¡Pobre Pajarí! Y otro perjuicio debías ebitá, ya que eres tan generoso: er que le estoy hasiendo á esa dibinidá de mujé que te has echao.

—¿A qué mujé?

—A la *Cangrena*. ¿No está en *Er Trontio* dando patañtas, se conose que pa yamarte con los *pinreles*?

José, ruborizándose, tartamudeó una negativa:

—¿A mí?... Esa, ¡qué me ba á yamar!

—Pero, ¿te atreves á negarlo?—preguntó Salud con los ojos relampagueantes de malicia—. ¿No es tu señora? ¿No lo sabe to er mundo. Y la misma interesá, ¿no lo dise á boca yena?

—Se disen muchas cosas que no son.

—Y esta ¿no es? ¿Tienes reaños pa desí que no es? ¿No te pasas los días en ese cuchitrí de *Variedades*? ¿No luses á la señora por acá y por ayá? Y ayé, ¿á quién le brindaste tú un toro?... ¿Fué á la *Cangrena* ó fué á un carabinero que se le paresía?

—No fué á un carabinero.

—Pos entonses ¿por qué tiras por tierra á la infelís? ¿Y por qué estás á mi berita charla que te charla pa que le bayan con er cuento á tu dibinidá y coja un entripao?

El diestro encogióse de hombros y alargó el labio inferior despreciativamente.

—¡Ah!—prosiguió Salud—. ¿Te da lo mismo?

—No me importa ni un pitoche.

—¿Y si, del entripao, le armite á arguno la conbersasión?

—¡Baya una catátrofe! ¡Me horroriso!

—Pos tú te pegaste con Reguerá por la querindanga.

—¿Por la *Cangrena*?

Desconcertó con una carcajada á la mocita y agregó con incisivo desdén:

—La *Cangrena* es una cabayería, un pendón viejo, una pribá... Quítale los meneos de barriga, y le quitas er baile, y quítale er baile, y has matao á la mujé. Sirbe pa eso: pa charraneá en un tablaio,

pa tomarse dos copas, pa sortá dos timos, pa enredá á los hombres... ¿Lo que hay dentro de eya? Humo, banidá... Y por un bicho así ¿iba yo á pegarme con un cristiano?

—Por si no la quieres...

—¿Qué?

—Que cuando no se quiere á una persona...

—¿Se la deja?—replicó *Josele*, completando con su pregunta el pensamiento de Salud—. Ahora mismo. Nos bamos á la casiya de *El Tronío*, nos ponemos en la puerta y si se arrima y me habla, be-rás las despachaeras que me gasto.

—Y yo ¿pa qué? ¿Pa que se figuren que yo?... No, hijo. No quiero paresé lo que no soy.

—Te irías á deshonorá pareciendo mi nobia.

—No; deshonrarme, no; pero honrarme mucho, tampoco. ¿Sería desente que yo diera que hablá metiéndome en un lío de esta clase? ¿Qué me ha hecho á mí la *Cangrena*?... Si tú te quiés desapartá de la mujé, te desapartas; pero solito, sin ayudas y sin escándalos. Yo seré muy desinificante; pero no me encargo de siertos papeles. Lo que no has de comé, déjalo cosé. Y como la hija de mi madre, no es ná tuyo...

—Ya, ya. Ni lo eres, ni quiés serlo. No recargues, pimpoyo, que yo entiendo á la media palabríta. Y sin palabras, que el desaire de hoy bale por sien discursos.

—Yo no te he desairao—afirmó Salud, mirándole sorprendida.

—¡Ah! ¿No?... Te duele la cabeza pa ir á berme torea y no te duele pa estar aquí. Y eso, ¿no es un desaire?... Responde.

—No lo es. No he querido berte; pero no te he querido desairá. Yo no soy la *Cangrena*.

—Desde luego, ¿Y qué?

—Pos que, aunque yo no sea na tuyo, nos hemos críao en la misma casa y... la berdá...

—¿Qué es la berdá?... Sigue.

—Y yo... quiero mucho á tu madre... y ha yorao delante de mí muchas beses... y los toros tienen cuernos... y cuando tu cogía...

—Sigue. ¿Qué pasó cuando mi cogía?

Se expresó con tal ansiedad el mozo y ardía tal llamarada de pasión en sus pupilas, que Salud, con aparente despego y con íntimo regocijo, le maltrató con una de sus antiguas rociadas :

—Pero qué bitongo eres, y qué litri, y qué bainípedo. ¿Pa qué me tiras de la lengua? ¿No te has empapao ya de lo que te quiero desi?... Pos te regalaré con er pico. Que no boy á los toros matando tú; que no tengo tripas pa berte expuesto á morí.

—¡Ah! De manera que ¿por eso fué er doló?

—Por eso fué el doló.

—¡Y te importaban mis cosas á pesá de la riña!

—Esa. Las otras no me importaban.

—Pos, mira : luego, cuando se acueste tu madre, asómate ar corredó un minuto. Aquí hay mucha gente, y si hago una operacionsita que pienso hasé, pué que te metan en la carse.

—¿Por tú curpa?

—Por mi curpa. Porque me boy á sacá er corasón der pecho y lo boy á poné en un ladriyo pa que tú lo pisotees, ó pa que me lo degüerbas, si te da lástima. Y que no te dé lástima, que ha sío mu perro este corasón.

—¿Y ya no lo es, hombre?

A Salud, que pensaba formular mil preguntas, la acometió una impertinente tosecilla que la hizo temblar y que la humedeció los párpados. Y desde entonces, perdieron sus ojos la limpidez y la ale-

gría. Nublados y calenturientos estaban al mirar á José cuando con dulce violencia la conducía del corredor á la alcoba; sombríos y espantados, al despedirle; torvos, horas después, al espiar el rostro sereno de su madre, y empavorecidos, avergonzados y tristes todo aquel día y muchos días más. Y no recobraron su sereno fulgor, ni al contemplar una tarde á la «señá» Dolores y á la «señá» Caridad, que la hablaban de boda y que reprendíanla por su discreción exagerada; pero si aquella tarde no resplandecieron, dejaron caer el rocío de sus lágrimas sobre la flor de una sonrisa.

## X

Las victorias de José en Sevilla, trompeteadas por la prensa y exaltadas por «la afición», tuvieron un premio inmediato. Todas las empresas andaluzas incluyéronle en sus combinaciones; la de Madrid le ofreció un puesto en el cartel de abono, y las demás, cuando el público de la corte votó con el de Sevilla, quisieron exhibir al afamado lidiador. De todos los públicos, el madrileño fué el que le aplaudió con más entusiasmo, no sólo por elevarle con generosidad y con justicia, sino por deprimir malignamente á los espadas que habían usufructuado años y lustros su admiración. La multitud, con un bajo sentimiento de envidia, esforzábese en demoler las reputaciones que cimentó con sus elogios y sus palmadas, y en cada panegírico de José ponía una censura para sus encopetados rivales. Adivinábase claramente en estas maniobras que la gentualla, por odio á la celebridad que troqueló millonés, hubiera derribado á sus viejos ídolos, los hubiese enterrado en el polvo de donde salieron, y se habría complacido en verles retornar á la miseria y sumirse en la obscuridad.

Esta interesada protección de la muchedumbre, que edificaba un altar con trozos de otros altares, hizo á José el torero de moda. Durante los primeros días triunfales, en su luna de miel con la multitud,

no percibió más que el lado bonito de su oficio. Una labor bizarra, muchas aclamaciones, mucho dinero, mucha notoriedad, muchos suspiros de mujer... Con Pajarit, que ahito de tranquilidad y de orden, harto de enfermos y cansado de sí mismo, habíase nombrado su médico de cámara y le seguía en sus expediciones; con Trini, á quien rejuvenecía el rumor de las plazas y el ajetreo de los viajes y que garzoneaba como en sus verdes años, y con *Jaquimiya* y el del mechon, á quienes envanecía su ascenso en el arte, pasábase el tiempo de fiesta en fiesta, de comilona en comilona y de holgorio en holgorio. Fuera de Madrid, tampoco se aburría. En el tren, los naipes y el vino, discretamente administrado, endulzaban las horas, y en las capitales y en los pueblos que visitaba, la novedad de los tipos, de las costumbres y del ambiente, estimulando su curiosidad, librábanle del tedio. Algunos públicos del Norte le maravillaron. Componíanse de individuos que, en su mayoría, después de haber reposado en un jergón infame, en un portal ó en un paseo, habían bailado desde que amaneció, al son de los pitos y los tambores; que habían recorrido las calles cantando, saltando, relinchando, vaciando botas, dándose coces amistosas y puñetazos fraternales, y que con la tripa inflada habíanse metido en el coso y habían continuado obsequiándose con puñadas, bebiendo mostagán y lanzando alaridos. Frenética y continuamente, sin medida y sin descanso, con una jocundidad inagotable y con un irresistible vigor. No eran aquellos públicos como los andaluces, clamorosos cuando los espoleaba la indignación ó el entusiasmo, y graves y solemnes cuando los conmovía el peligro. La gloria del artista y la bravura del espectáculo no influían en ellos, y la acometividad de las reses y la fortuna ó la desgracia de



los lidiadores, no aumentaban ni disminuían su buen humor. Al rugir, cálidos, los clarines, y al aparecer los alguacillos en sus blancos trotones, y al salir llenas de petulancia las cuadrillas, estallaba un palmoteo formidable y un ensordecedor griterío: «¡Eh!... ¡eh!... ¡eñ!... ¡eeeh!» Y, en seguida, redoblábase el estrépito de los tamborilazos, de los silbidos, de los alaridos, del bramar de los bajos y el relinchar de los tenores y el voznar de los barítonos. «¡Vamos á ver la majeza!... ¡Piii!... ¡Aaah!... ¡Uuuh!...» Y presentábase el toro, y rodaban los pencos, y exponíanse los lidiadores; y la sangre, que surtía de los pechos hendidos, pintaba de púrpura las astas y teñía de rojo la arena, y los animales, enloquecidos por el dolor, arrancábanse á patadas las entrañas, y del hueco de los vientres corneados escapábase un fétido humillo... La tragedia erizaba su enérina melena de serpientes; la Segadora, empuñando la segur, cerníase sobre el coso... «¡Bien!... ¡Bien!... ¡Caaaballos!... ¡Caaaballos!... ¡Pii!... ¡Aaah!... ¡Uuuuh!...» Si asustábase un chulillo, se le castigaba con una tempestad de improperios, y si sorprendía á la gente con un rasgo de temeridad, premiábasele con una aclamación inmensa. Si un caballo acometido escapaba al galope, celebrábase la salvadora huída, y si perseguíale el toro y le corneaba y lo deshacía, encomiábase la celeridad de la res feroz y testaruda. Para hombres y para bestias, para víctimas y para verdugos, había alabanzas y reprobaciones, porque lo indispensable para aquellos ciudadanos y aquellos campesinos era gritar á todo pulmón, moverse con rabia, cansar los ojos, el cerebro, las manos, el pecho, los pies. ¿Iba bien la corrida?... Pues danzaban, aullaban y silbaban, ya que iba bien. ¿Iba mal la fiesta?... Silbaban, aullaban y

danzaban, puesto que iba mal. Y en ambos casos uníase al ganguear tristón de las gaitas el balido melancólico del flautín montañés, y se imponía á los cantares apacibles el rugido amenazador de la jota. La amenaza, una amenaza que no era necesario formular porque desprendíase de los cielos turbios y de los montes sombríos y porque reflejábbase con precisión en el rostro de los espectadores, enardecía á los toreros. Allí la gente no acudía á las plazas dispuesta á admirar, sino dispuesta á divertirse con el heroico arranque de los que vivían del heroísmo, y no perdonaba un desacierto ni un desmayo.

José, que había recorrido con pavor algunas, donde, según Trini, habían sido atropellados los matadores de mayor notoriedad, fué en Agosto á Selvática, para sustituir al *Bomba*, lesionado por una res, con el *Panadero*, que reemplazaba á *Machaquito*, igualmente herido. Selvática era un poblachón ceñudo, plantado en un monte y rodeado por otros montes aún más ceñudos que la vetusta ciudad. Dominábanla durante todo el año el señor obispo, un ex cabecilla carlista y unos centenares de perros. El pastor, aficionado á la música y varón generoso y delicadísimo, obsequiaba á todas horas á su rebaño con deleitables conciertos de campanas, esquilonas y címbalos; el guerrero fortalecía con su elocuencia—hablaba con un garrote—el corazón de sus conterráneos, fiel á la verdad tradicional, y los canes, con sus gañidos y sus dentelladas, demostrábanles á los forasteros que la vida no habíase extinguido en la católica población. Mas, si durante el año, Selvática, dormida entre sus murallones, parecía un descomunal cenobio, el día de la Virgen convertíase en un templo de la locura. Las señoritas empeñábanse al amanecer y recorrían el ferial bajo el

verde quitasol de los castaños; los señores sesudos calzábanse las botas de charol y poníanse el traje nuevo y el alfiler de oro; los menestrales despedíanse de la familia, resueltos á no volver al domicilio mientras no se extinguiera la saturnal; bandadas de campesinos y de aldeanos, altos, graves y adustos los montañeses, y chiquitines y baladrones los de la llanura, invadían las calles y tomaban posesión de las tabernas; y el virtuoso señor obispo, después de predicar, encerrábase en su palacio con el ex cabecilla y se entregaba á las honestas diversiones que proporciona el tute á los espíritus cultivados.

A *Josele*, que llegó á Selvática la víspera de la festividad, le sorprendió el aspecto del poblacho. Oprimido por sus murallas, crecía estirándose hacia las nubes, ya que no podía romper su cinturón, y en sus caserones altísimos ostentaba balcones salientes, puertas ojivales, escudos roídos por el sol y las lluvias y escaleras pinas que reptaban en la obscuridad, desde los zaguanes, empedrados de menudos guijarros. Aquella tarde estuvo con Pajarit en un concierto que daba el orfeón local, y le agradó la actitud de los espectadores, que escuchaban con religioso silencio. Las bambalinas y los bastidores temblaban, el edificio, bajito y pequeñín, tenía las vibraciones de un tambor golpeado, y las ondas sonoras envolvían y acariciaban al público. El orfeón ponía en juego todos sus recursos para lucirse: los tenores chillaban—¡tarí, tarí, tarí!—; los baritonos interrumpíanles severos—¡taré, taré, taré—, y los bajos, en los pasajes sombríos, lanzaban sus notas robustas—¡tará, tará, tará!—. Y en algunos momentos, los hombres, rígidos, balanceando á compás la cabeza, endulzaban la voz aflautándola femenilmente, y después, robusteciéndola y endureciéndola hasta darle el timbre del metal, rugían bravíos, y luego,

adelgazándola, murmuraban desmayados. En ciertos instantes seis ú ocho voces cristalinas volaban temblorosas sobre la tempestad que componía con las narices el coro, y del público brotaba un caliente murmullo de admiración.

«¡Bravo, bravo! ¡Buenos pulmones!»

«¡Y buenas narices!»—añadía para su colete José.

El cual, al salir del teatro, modificó el buen juicio que había formado de los habitantes de Selvática, herido por ciertas apreciaciones que les oyó formular.

—Ese es el maleta que nos ha endosao el *Bombita*—dijo uno, señalándole.

—Pues que se descuide y verá—replicó un jayano, mirándole agresivamente.

«¡Maleta!... ¡El, un maleta, y toreaba más que Montes y mataba más que *Costillares*! Y si lo fuese, ¿qué? ¿Iban á comérselo aquellos brutos?...» Trini le acabó de intranquilizar con sus noticias. Los de Selvática, que refanse anualmente de los toreros más famosos, se resistían á poner en su picota á los desconocidos, y acariciaban la idea de escarmentar á los audaces que pretendían conseguir sus aplausos en las personas de José, el *Panadero* y los individuos de las cuadrillas. Estos propósitos habíanse exteriorizado ya en algunas cáusticas observaciones y en algunas cuchufletas mordaces. A *Cachirulo* le rodearon en un café y brindaron por su fealdad; al *Niño* le había tirado un pelantrín de la coleta, advirtiéndole que si no se acercaba á los toros se la cortaría, y á *Cordobán* aconsejaron unos campesinos que se achicara los brazos. Y *Cordobán*, en quien, durante las últimas excursiones, habían notado sus compañeros ciertas rarezas, como las de hablar con los toros y subir las escaleras haciendo cabriolás, cual si cabalgase, fué el único que replicó á puña-

das á los bromistas. Los otros, no. Hipócritamente elogiaban la pulcra ancianidad del poblacho y la franqueza de sus moradores, y en el fondo, los maldecían y les deseaban mil calamidades. A Pajarit se le había indigestado la gente de Selvática y no perdía ocasión de manifestarle su desdén. El fondista supo que era médico por *Piesdeliebre*—que pregonaba la calidad de don Melquiades para lucir el rumbo del matador, diciendo que le tenía contratado—y quiso utilizar su ciencia.

—Oiga usted, caballero—le dijo respetuosamente—. Un servidor tiene una criatura que está enferma, de una enfermedad que no conocen aquí, y eso que aquí hay doctores de los más listos.

—Seguro—afirmó don Melquiades.

—Pero digo yo: los de aquí conocerán las enfermedades de aquí, y si no conocen la de mi criatura, será porque la de mi criatura no es de aquí. ¿Digo mal? Mi criatura vive en una fonda; en las fondas hay muchos forasteros, sanos ó podrios—averígüelo usted—; y si mi criatura se ha contagiado de un forastero, pues no cabe duda de que su enfermedad es forastera.

—Indudable.

—Y ahí voy yo, caballero. ¿Quié usted ver al niño?... Si tuviese un mal de los que haya por su tierra de usted...

—Le curaría. Venga el niño.

No era un niño. Era francamente una porquería. La cabezota enorme, el pescuezo flácido, las patetas estiradas, los ojuelos sin luz, las mejillas sin color... Pajarit lo examinó escrupulosamente y exclamó con admirable sinceridad:

—Juraría que es moquillo. Este pequeño descien-  
de de algún *setter*.

—¡Quiá! No, señor—repuso el fondista.

—¿Está usted seguro? ¿No ha habido en su casta ningún *setter*?

—Ni en la de mi señora. Tos nuestros agüelos han nacido en la provincia. No es por ahí la enfermedad. Escuche usted: el chico, no hay por qué ocultarlo, vino al mundo con la caeza floja. Se le iba pa acá y se le iba pa allá. Pecho, el de su madre, y se le murió. Y pasa luego arrechuchos y arrechuchos, y esta mañana va y se me despierta con una diarrea verde enormísima.

—¿Verde? ¡Acabáramos, alma de Dios!... Si es verde, puede usted dormir tranquilo. Es que ha soñado con un loro.

La chuscada de Pajarit no enfureció al fondista, porque el buen hombre, esclavo del negocio, no enfurecía jamás; pero le dictó tales atrocidades contra el médico y contra el espada que le sostenía, que, sin conocerles, media ciudad escupió sobre ellos su reprobación. Además, dos pinches que explotaban la ternura del hostelero, jurando que el nene de la cabezota era más lindo que un serafín, propusieron vengarle y se dispusieron á castigar á los amigos del chistoso. Infligirles un severo castigo, con absoluta impunidad, no era muy difícil, porque en Selvática, dentro del coso, la costumbre no imponía la más leve limitación á los que deseaban manifestar su desagrado, y tan lícitos eran la maldición y el insulto como el lechugazo y la puñada. En este punto, los admiradores del ex cabecilla manteníanse tan apegados á la tradición, que si bien no arrojaban al anillo ratones, gatos, perros y liebres para ultrajar á los lidiadores—en lo cual diferenciábanse de los públicos del siglo XVIII—compensaban esta lamentable omisión de proyectiles vivos con la abundancia de sus municiones y con el garbo, el denuedo y la destreza con

que las repartían entre los coletudos. Los disparos más livianos eran los de pan, hortalizas y huesos roídos. Tales disparos hacíanse contra los banderilleros que estorbaban y contra los matadores que no se lucían. Venían después otras descargas más peligrosas: las de muslos de pollo que chorreaban pringue, brevas que se adherían á los bordados y melones que estallaban como bombas, y, por último, para afligir y enmendar á los terribles criminales que huían de los toros, que picábanlos en mal sitio, ó que los abatían, estoqueándolos á traición, se utilizaban las aves á medio comer, espectros entomatados y mantecosos, que posábanse con alguna violencia en camisolas y casaquillas, los modestos cazolones que zumbaban en el aire como pajarracos fantásticos, y las honradas botellas, que brillaban un punto bajo el sol y que rompíanse al chocar en un lomo de bronce ó en un colodrillo de hierro.

Al salir las cuadrillas, brotó de la plaza y flameó sobre el redondel un aullido descomunal. La flor del poblacho, amontonada en los tendidos, desahogábase silbando y cencerreando, y un alud de insultos cayó sobre los lidiadores y los hizo palidecer.

—¡Ya sos podéis apretá, maletillas!—gritó un labriego.

Y otro, con una voz tan sonora como un clarín, le replicó:

—¡Y si ellos no se *apretan*, les apretaremos nosotros el gañote!

Uno de los pinches creyó propicia la ocasión para comenzar su venganza, y, apuntándole á José, disparó con todos sus bríos una lechuga, que describió una airosa parábola y quitóle al cordobés la montera. El otro pinche, más hábil, con su proyectil destocó al sevillano, y esta casualidad celebróse por el público con grandes carcajadas.

—¡Así se saluda, chulillos!

—¡Preparaisos, ladrones!

El *Panadero* y José soportaron la agresión con fría dignidad, y sin detenerse, para no interrumpir el «paseillo», inclináronse ante el presidente, se encasquetaron las monteras y cogieron los capotes de lidia.

—Mar se presenta er juego—exclamó el *Ratón*—. Hay que prepararse.

—¿A qué?—preguntó *Josele*.

—A lo que benga. Aquí, nunca tiraban ná, jasta que comían. Y eso de que tiren antes de comé... A bé si acabamos. Yo, mientras no me encuentre en la estación, no resoyaré tranquilo.

Y ninguno respiraba con tranquilidad, pensando, más que en las acometidas de los toros, en la barbarie de aquellos rústicos, que bailoteaban cogidos por el talle, agitando sus blusas de un tono azul casi negro, ó de un sucio color de ocre; que tiraban á lo alto sus boínas para recogerlas con la punta del varejón y que cantaban, chillaban ó gruñían como endemoniados. El primero de los animales que se habían de lidiar, una res de Palha con muchos kilos bajo el pellejo y con una cornamenta desmedida, obtuvo, por su tamaño, la aprobación de la multitud. Las trompetillas, las gaitas, los flautines, los pitos y los cencerros lo saludaron con júbilo, y la plaza entera, que felicitábase de su trapío, rompió en un aplauso. Y este fué el único que alegró á los lidiadores. El cornudo, tan flojo como grande, se acobardó en la lucha, y la gente, defraudada, increpó á los picadores porque no se caían, ó porque veníanse á tierra; á los banderilleros, porque clavaban los rehiletos muy distantes de los «rubios» ó en los mismos «rubios», y al espada porque á los tres pases tumbó á la fiera. No habían sido malos,



sino soberbios, los pases, y el volapié, administrado con bravura, fué magnífico. Pero, ¿qué prisa era aquella? ¿Qué se proponía el granuja del matador? ¿Salir del paso con dos ó tres brincos y achicarles la diversión que habían pagado?... Al presentarse el segundo toro, más pequeño y con menos astas que el que tumbó el cordobés, arreció el vendaval de protestas. A *Cachirulo* y á *Cordobán*, como si ellos hubieran escogido á su adversario, echábanles en cara la pequeñez del bruto. Y como si éste no les derribase con sus tremendos empujones, y como si desafiarlo y aguardar su embestida fuese lo menos peligroso y más fácil del mundo, censuraban la bizarría de los piqueros.

—¡Con ese os atreveréis, granujas!

—¡Con esa cabra, morrales!

—¡Ahí los valientes!

—¡Uuuh!... ¡Uuuh!... ¡Uuuh!...

Una de las veces que cayó *Cachirulo*, sonó tan recientemente la barrera, que creyeron desnucado al picador, y esta hazaña del toro les hizo aplaudir. Otra vez marró *Cordobán*, é indignados por su desacierto, viéronle caer junto al hocico del palha con infame alegría, y silbaron á los matadores, que libráronle de morir.

—¡Fuera!... ¡Fuera!...

—¡Que lo mate!

—¡Tumbón!

—¡Morral!

*Jaquimiya* y el *Niño* banderillearon con prontitud y destreza; pero unas posturitas del hombre del mechón, que parecieron afeminadas, y unos saltitos de Honorio, que desagradaron al inmenso tribunal, valiéronles su rociada de insolencias. José, á quien acechaban los pinches, en el momento de brindar, recibió un lechugazo en la boca, y rabioso,

sin deseos de complacer y sin la frialdad necesaria para imponerse á su enemigo, se aproximó á la bestia.

—¿Se ha fijao usté en er de la lechuga?—le preguntó á Trini.

—Déjate ahora de lechugas y fijate en lo que bas á jasé.

—Está bronco er bicho.

—Lo que está es burrisiego perdió. ¡Cuidao!

Trini tenía razón. El animal arremetía sin fijez—y sólo al sentir el latigazo del trapo, ó al desafiarse con la voz—y se detenía indeciso moviendo nerviosamente la testa levantada. José, que pretendía concluir pronto, dió unos muletazos barriendo la arena, le hurgó en los belfos al bruto, para que humillase, y en cuanto juntó las manos, se arrojó sobre él; pero, aunque pinchó en las agujas, como la res no le vió aproximarse y mantuvo alto el testuz, sin cornear á la muleta, el estoque no profundizó. El segundo pinchazo le arrancó un «¡oh!» de regocijo á las masas, y el tercero un «¡uuuh!» de ira y de burla. Pasaron junto á José dos ó tres patatas, obsequio de los pinches; zumbaron los cencerros y los tambores, ganguearon las gaitas, gimieron las trompetillas y los pitos y ululó la multitud, y como algunos aldeanos dignáronse imitar á los galopines del fondista, Trini, con mucha amabilidad en el rostro, intervino para aplacarles.

—Burri-sie-go—decía gesticulando con elocuencia—. Burri-sie-go.

Y añadía, para su capote, sin dejar de sonreír:

«Burrisiego, cómo los cornalones de buestros cochínisimos padres, y como tós los que haigan nasío en este toril.»

Los de Selvática comprendieron la pantomima del *Ratón*; mas no diéronse á partido.

—Si no ve—decía uno—, que le compre unas gafas el mataor.

—¡Pero si no quíe ver á ese granuja!—añadía otro.

Y la mayoría continuaba berreando:

—¡Oooh!... ¡Uuuh!... ¡Aaah!...

Una estocada de José, que desde lejos, como si fuese á poner banderillas, llamó al toro, corrió hacia él, con resolución, al embestirle, y le hirió de muerte, puso fin al tumulto.

Durante la lidia del tercer animal hubo una tregua. La gente que bailoteaba en los tendidos, sentóse, abandonando sus instrumentos musicales; los que cantaban, ó gritaban, ó gruñían, la imitaron, y todos diéronle algún reposo á los pulmones, las garras y las pezuñas para que trabajasen los dientes y la molleja. ¡Y había tanto que triturar y digerir!... Teleras larguísimas con los entresijos de jamón, conejos asados, escabeche de perdiz, gordos chorizos, rodajas de merluza destilando aceite, gallinas en crasa pepitoria ó en espeso tomate, huevos duros, pimientos con las entrañas de ternera y de lomo, melones, melocotones, peras, guindas... En las botas, en las botellas, en los barrilitos y en los zaques había muestras de casi todos los vinos que criábanse en la región: de los secos y ásperos, de los abocados, de los dulces; de los aloques y tintillos, inocentes y claros como el chacolí; de los peleones, rudos y groseros; de los cubiertos, negruchos y espesísimos; de los traidores, encabezados con alcohol, y de los francos de pura uva; de los prostituidos por el agua y de los honradamente moros; de los acabados de fermentar, débiles é inofensivos, y de los viejos, fuertes y duchos en malicias... Mientras duró el banquete, los lidiadores no fueron hostilizados con excesiva malignidad.

Pedíanse caballos con la boca llena, comentábanse los incidentes de la lid entre buche y mordisco, y ciertos tragaldabas sólo fijábanse en el redondel para escupir un insulto, arrojar un hueso ó formular una despreciativa condenación. Sin embargo, la panza repleta no les hacía más indulgentes con los lidiadores, y los culpaban de la mansedumbre de la res, del pésimo estado del piso, de la debilidad de los pencos y hasta de los defectillos de los guisotes que emborraban, que parecíanles muy salados ó muy sosos, tal vez porque la indignación que producíanles aquellos granujas de toreros alteraba su paladar. Honorio y el *Niño*, á los que sorprendían tan fieras arbitrariedades, movíanse acoquinados, y el *Ratón*, los picadores de José y la cuadrilla del *Panadero*, veteranos á los que nada podía maravillar, trabajaban como siempre, recibían con frialdad los proyectiles é inclinábanse con exagerado agradecimiento si les favorecían con alguna muestra de aprobación.

«Gracias, gracias»—parecían decir con la sonrisa.

Y en sus adentros formulaban maldiciones atroces:

«¡La madre que os parió, burros!... ¡Malditos seáis, y maldito sea este pueblo, y así cayera un millón de rayos en cada una de sus piedras!... ¡Ladrones!... ¡Hijos de zorra!»

Cuando apareció el cuarto toro, un animal gigantesco, larguísimo, cornialto y con los pitones como agujas, agravóse la zambra. Los que habían terminado de merendar, para hacer ejercicio, disparaban trozos de telera, huevos y pedazos de embutido sobre *Cordobán* y *Cachirulo*, y obsequiaban á la res con algún melonazo en la tripa ó en el testuz. Los jinetes, encorvándose, hundidos los castoreños hasta el cogote, picaban sin tranquilidad, alargando

las garrochas y clavándolas en el morrillo, en el pescuezo ó en el lomo, y sus pifias enloquecían de furor á los «aficionados» inteligentes. *Cordobán*, que apretó en un puyazo bajo y que cayó en la cerviz de la res y quedóse patiabierta en la arena, se levantó entre una granizada de proyectiles; á *Cachirulo*, que rajó al bruto, atinaronle en las costillas con tal limetazo, que perdió el resuello, y á los dos, cuando sonó el clarín, despidiéronles con descargas cerradas de panecillos, de huesos y de hortalizas.

José estaba asombrado.

—Pero esto—le preguntó á Trini—, ¿ba á seguir así?

—Se ba á empeorá. ¿No bes que tienen que tirar-nos todavía las casuelas?

Cogió los rehiletos, le ordenó á *Jaquimiya* con un ademán que corriese al toro hacia las tablas, y apresuradamente y cuarteando mucho, entró por el lado derecho, se le arrancó la bestia, cerrándole la salida, y tuvo que huir sin banderillearla.

—Corta de beras, *Ratón*—le dijo el cordobés—. Menos cuarteo.

—Casi ninguno. A ese hay que ganarle la cara y salir por pies.

Dió unos capotazos el *Panadero*, citó nuevamente Trini, avanzó muy despacio y con rectitud, corrió al aproximarse al bruto, cuarteándolo por la izquierda, clavó los palitroques, y cuando creíase en salvo, torció el cuello la res, le recogió como un pelotari á una pelota, hizole danzar entre las astas, y ya en el suelo, le pisó un muslo, como un leñador para partir una viga, y de una cornada le abrió desde la ingle al pecho. La gente, chillando, movíase á oleadas en los tendidos, con una mezcla de angustia piadosa y de dañina curiosidad. Algunos lobos, humanizándose ante la muerte, se volvieron de espaldas,

sin valor para contemplar la tragedia, otros lamentáronse por instinto, con una medrosía puramente animal, y otros clavaron las miradas en el cordobés, en *Josele*, que acudió con el estoque en la diestra, y en *Jaquimiya* y el *Niño*—este último con los rehiletes—, que consiguieron apartar al cornudo de su víctima. De José no preocupóse nadie en los primeros momentos de angustia, y el mocito se horrorizó ante el sacrificado. Ya no era el recio vejete, animoso, graciosísimo y lleno de viril presunción que solicitaba á las hembras y que vencía á los toros; en un segundo, de un golpe, el asta que le despanzurró háblale convertido en un despojo horrendo. No parecía ni la misma persona. Como si al volar, empujado por la testuz del bruto, hubiérale envejecido un diabólico espíritu, yacía en la arena con todos los estigmas de la decrepitud: el cuello con la piel fofa y colgante, los ojos tiernos y nublados, el rostro blanducho y con mil arrugas, el cráneo, desamparado por el «bisoñé», pajizo y desnudo de vegetación...

Lleváronse el cadáver, banderillaron *Jaquimiya* y el *Niño* con un pavor descomunal, avisó el clarín, y *Josele*, conteniendo los sollozos, se acercó á la fiera.

—Báyase usted á los bajos—le recomendó el *Panadero*.

Ni le contestó ni supo lo que hizo. Como si estuviese entre nieblas, vió confusamente que le acometía la res, y extendió el trapo y sintió que le rozaba al pasar; siguió defendiéndose con la muleta, dominado por un marasmo espiritual que no le consentía huir del peligro, y al detenerse el toro, echósele encima sin precaver nada, entregándose, y metió el estoque en la cruz y salió ileso, mientras el animal desplomábase fulminado.

Selvática se dignó aplaudir; pero no porque el paso de la muerte la hubiera emocionado, sino porque creyó digna de premio la bizarria de José, que no retrocedió ante el asesino. La desgracia había irritado más á los espectadores, los cuales conviniéron en que el *Ratón*, por su vejez, era «carne de toro», y encrespáronse contra la empresa y los lidiadores que les habían hecho asistir á tan sucio espectáculo. Eran unos cochinos todos: igual los espadas que aquel *Cachirulo* torpón, y que aquellos banderilleritos presumidos y cobardes, á los que augurábanles idéntico fin que á Trini.

De *Cordobán*, cuya conducta hubiera justificado las más singulares apreciaciones, no quisieron hablar. El piquero, al caer Trini, arrojóse al anillo, y después, en el callejón, estuvo unos momentos sombríamente preocupado, con los codos en la barrera y la cara entre los puños. Al aproximarse *Josele* á la res, como si la valentía del mozo le hubiese devuelto la tranquilidad, soltó una carcajada y comenzó á mover los ojos y á hacerles guiños un poco absurdos á los espectadores. Fraternalizó con el *Lañas*—un picador del *Panadero*—y le dijo que Trini usaba tripas de quita y pon, y que estaban componiéndole en la enfermería; cantó por lo bajo, miró á la gente muy risueño, hizole á José—que no podía oírle—algunas advertencias, y en seguida, hosco y cecijunto, se encaró con la morralla del tendido en la actitud de un profesor:

—¡Qué! Ustés, ¿«queréis» que yo pique en regla? Pos bais á berme picá como los antiguos y como la madre que los parió.

—¡Menos!—exclamó un pelantrín.

—¡O más!—añadió golpeándose en la espinillera—. Yo pico sin esto cuando queráis. Sin mona, con medias, como los antiguos, ó con carsetines, ó

ensima der cabayo, en pelota. ¿Hay quién se apueste unos *chulés*?

—¡Embustero!—dijo un aficionado.

—¿Embustero?... ¿Quié usted apostarse unas pesetiyas?

—¡A la cuadra!—chilló el pelantrín que primero le había desmentido.

Y *Cordobán*, sin replicarle, se fué al patio de caballos, cabalgó en un penco y apareció en el redondel, con los picadores del de Córdoba, antes de que saliese el quinto bruto.

El *Lañas* le miró estupefacto y el *Panadero* le ordenó que retrocediese.

—Pero, ¿está osté *mochales*?—gritó—. Métase osté dentro y sarga osté cuando le toque.

—Me toca ya.

—¿En mi toro?

—Y en tos los toros.

—En los de su mataor.

—Y en los de usted. Porque yo soy un artista. Y porque boy á picá, como los antiguos, á cabayo lebantao, y sin mona, y en cueros... Y suerte usted ya las riendas, ó boy á sumbarle con el regatón en los josicos.

Se lo dijo de tal modo, que retrocedió el cordobés. Y entonces, *Cordobán* se puso en tanda, soltaron al quinto bruto y empezaron á ocurrir cosas extravagantes. El «artista» lanzó el castoreño al tendido, brindando por el himno de Riego y por el Señor del Gran Poder, y sin duda para picar «en regla», faltó á todas las reglas, galopando hasta el centro del redondel y desafiando al toro. Le embistió el animal, y como pretendía herirle á caballo levantado, le tiró de las bridas al que montaba, para que se encabritase; y antes de que el penco—viva, triste y dolorosa colección de esparavanes y matadu-



ras—se alzara un centímetro, llegó la res, le perforó el vientre, le empujó clavado á un cuerno, le derribó y arrojó al aire al jinete, con el que había tropezado en una de sus vueltas. *Cordobán*, mortalmente enfurecido, persiguió á su cabalgadura, que corría con las entrañas colgando y que fué á chocar contra la barrera; montó de nuevo, despojóse de la casaquilla, y al galope, buscó á su enemigo, retándole como á una persona:

—¡Jú!... Aquí estoy, sarasa. ¡Embiste, si te atreves!... ¡Amos á be los riñonsitos!... ¡Jú!... ¡Jú!...

El *Panadero*, con un oportuno capotazo, impidió que embistiese el animal, y corriéronlo sus peones; mas el perturbado volvió á alcanzarlo y á retarlo:

—¡Jú, toro!... ¡Jáaa, sarasiya, coyón!...

Otra vez revolotearon los capotes, y otra vez galopó *Cordobán*, y otra vez viéronse frente á frente la fiera y el picador. El público, maliciándose que estaba borracho, y herido por tan espantosa falta de respeto, exigió que le detuviesen:

—¡A la cárcel!

—¡Fuera ese morral!

—¡Uuuh!... ¡Uuuh!... ¡Uuuh!...

Mas, ¿quién era el guapo que le detenía?... José, desobedecido, se retiró, y *Cordobán*, envalentonado con esta victoria y horro del grilléte de la disciplina, dobló de un sartenazo al cordobés, le puso una vara á un alguacillo temerón, que confiaba en el influjo de su bicornio, símbolo de la autoridad, y pinchó á la fiera en un cuadril, mientras el *Lañas* pinchábala en el morrillo. Si la res hubiese engendrado á los espectadores, éstos no habrían sentido más la ofensa inferida al cornudo. Levantáronse como si les hubieran herido en las nalgas, le apuntaron al criminal y hendieron al aire mil objetos arrojadizos, esféricos ó alargados, duros ó blan-

duchos, contundentes ó pegajosos. Y mientras los brazos contraíanse y estirábanse, y relampagueaban los ojos, las bocas escupían con abundancia torrencial todo el rencor almacenado en los corazones:

—¡Morrál, canalla!

—¡Le ha pinchao á traición!

—¡Tumbonazo!

—¡Daile, daile á ese asesino!

—¡Duro con él!

—¡Muera!

La intrepidez con que el piquero devolvía los insultos y aguantaba los golpes, les pareció á los de Selvática digna de un castigo ejemplar, y ya descolgábanse de los tendidos algunos montañeses gigantes, con sus cachiporras, y algunos bravos de la llanada, con sus aceros, cuando el estridor del clarín—tantas veces obedecido por el perturbado—le hizo abandonar la arena. En el callejón, en tanto que apaleábale á mansalva el público, unos valientes municipales le cogieron por las manazas y por las piernas, le inmovilizaron, tumbáronle del penco, oprimiéronle el gañote, y de esta manera, con el rayito de razón que le restaba, reconoció *Cordobán* el poder de la justicia.

Con estos graves incidentes excitóse el espíritu batallador de los de Selvática y decidió la multitud divertirse con las obras desaforadas de la violencia, mejor que con los filifiles de la habilidad y el arte. Ya no había que censurar á los individuos de las cuadrillas sólo por su insignificancia como toreros: había que censurarlos también por su irrespetuosidad, por su malignidad, por su desvergüenza y su soberbia de hampones. Aunque todos no se habían rebelado contra sus jueces, como *Cordobán*, todos aplaudían, sin duda, la acción nefaria del piquero, y para demostrarle su desdén al público, trabaja-

ban á disgusto y con flojedad. ¡Desdén, la miserable gentuza alquilona que debía distraerles!... ¡Desdén, unos pícaros del arroyo que nunca habían catado la honrada satisfacción de arrear unas mulas propias, ó de abrir los surcos en una tierra que cultivaron los padres y los abuelos!... Ya les probarían la diferencia que existe entre el que paga y el que cobra, y el abismo que hay entre unos pilletes que van á la plaza para picar, banderillar y matar toros, y unos caballeros que asisten al espectáculo para ver morir á las bestias... y á los hombres, si así lo quiere la fatalidad.

Ya nadie pensaba en disfrutar de los lances de la corrida, sino en juzgarlos severamente y en penar con dureza equivocaciones, descuidos y faltas. Al *Panadero*, que tardó en herir, aunque su labor fué denodada é inteligente, le cencerrearón y le pitaron, y á José, que detuvo con unas verónicas, no muy lucidas á la última fiera, y que al «recortarla», perdió el capote, le satirizaron con irónicos gritos de aprobación. Pero el blanco de todas las burlas coléricas, de todas las vayas soeces y todas las agresiones brutales, era el infeliz *Cachirulo*, que tenía el rostro acardenalado, la «ostra» inyectada en sangre y las costillas doloridas.

—¡Al toro, remolón!

—¡A picar, cobarde!

—¡Arrímese usted, feo, que es usted la estampa de la herejía!

*Cachirulo*, hombre poco sufrido y de muchísimas agallas, hubiera querido dialogar, pistola ó navaja en mano, con los injuriadores más resueltos, para escabecharles uno á uno; mas como no era cosa de retar á ocho ó diez mil, disculpábase humildemente.

—Pero ¿boy yo á respondé de lo que haga mi compañero?... Haiga caridá, señores.

—Menos charla, y al bicho—replicábanle—. Que eres como el otro, ó peor.

—¡Pero si está loco er desdichao! ¿No lo habéis comprendió, señores de mi arma?

—¡A picar!

—¡A picar!

Y en el momento de volverse, le acometió el toro, alargó la puya, atolondrado, rajándole la piel, é inmediatamente le agredieron los defensores de la fiera.

—¡Ladrón!

—¡Bandido!

—¡Mala sangre!

Como una bomba entre unos cientos de balas de fusil, se abrió paso entre las hortalizas, los mendrugos y las frutas un ancho cazolón, y estrellóse en la casaquilla del piquero, emporcándose de tomate y pringue. *Cachirulo* perdió la cabeza, y dominando el griterío con su vocejón, permitióse reconvenir al que le había ultrajado:

—¡Gracias, amigo! Ya descansó usté con esa balentía. ¡Qué hombrá!

Y al oírle, el tendido entero hizo causa común con sus ofensores, y volaron cincuenta cazuelas, y detonaron mil insultos. ¿Qué se había creído aquel miserable fanfarrón? ¿Que los iba á asustar con su repugnante ojo? Y ¿qué era eso de replicarle al público?... El público pagaba para hacer cuanto quisiera, para imponer su repotentísima voluntad, para convertir en leyes sus caprichos. Un lidiador no valía más que un esclavo, y, como las bestias que sucumbían en el coso, estaba á merced de su señor.

Cambiaron el tercio, descabalgó *Cachirulo*, aguardó unos instantes en el callejón, para no infundir sospechas, y se aproximó poco á poco á su más cruel enemigo. Era este—el del cazolazo—un ener-

gúmeno que vomitaba horrores, que disponía de inagotables proyectiles y que, durante toda la función, había estado diciéndole á *Cachirulo* que le iba á cortar su única oreja, para hacerse con ella un morral de caza. El picador no quería dejar sin castigo este propósito tan crudamente formulado, ni el sucio golpe que le estropeó la casaquilla, y bajando la voz, interpeló al guapo, que ocupaba un asiento de barrera:

—Oiga usted, señó. Tengo que darle á usted un recaíto.

—¿De mi novia?—preguntó el energúmeno.

—No. Mío.

—No pué ser. Es ustez mu feo.

—Y usted mu bonito y... mu echao p'alante. Y por eso bamos á hablá.

El espectador enfurruñóse y quiso cortar el diálogo:

—Bien. Márchese ustez, y no le busque tres pies al gato, que tiene cuatro.

—Si yo no busco ar gato, hijo mío.

—Y entérese ustez, que le conviene, de que los toreros no hablan con el público.

—Si yo ahora no soy torero.

—Es igual.

—No es iguá. Y como no es iguá, pueo preguntarle que dónde nos veremos después de la corria.

—¿Y si yo no le contestara?

—Si usted no me contestara, le diría argunas cosiyas de su mamá.

—¿De mi madre, cabrón cochino?

Los que rodeaban al de la cazuela, que habían oído las últimas palabras de la disputa, increparon airadamente al picador, y su enemigo, viéndose apoyado, como si quisiera recoger sobre la marcha los materiales par. su morral, le agarró por la oreja y

comenzó á heñirle el cráneo á manotones. Auxiliáronle algunos, azotó el aire el piquero, sin devolver los trastazos que recibía, se apoderó de la zarpa que le martirizaba—renunciando á defenderse con los remos superiores, para conseguir ofender—y temeroso de que forzáranle á soltarla, abrió la boca, hizo presa en el índice, encajó sus mandíbulas leoninas y oyó un crujido seco y un aullido desesperado. El energúmeno, más blanco que la cobardía, agitó la diestra mutilada y se desplomó, sacudido por las arcadas que preceden al vómito, y sus compañeros dispusieron á vengarle. *Cachirulo* comprendió que si no huía, aprovechando los primeros momentos de confusión, destrozaría la multitud, y corrió al patio de caballos, montó en un penco, salió á escape de la plaza, traspuso un cerrillo, y á todo el correr de su vieja cabalgadura, encaminóse á la estación. Detrás de él, á racimos, precipitábanse por la cuesta los de Selvática y percibía sus voces y el zumbar de los guijarros que partían de sus puños; pero á unos cientos de metros brillaban los carriles, y junto á los carriles alzábase un edificio donde habría hombres capaces de ocultarle, de protegerle, mientras llegaba la autoridad, y quién sabe si de luchar junto á él para impedir que fuera asesinado.

Y llegó al edificio, y encontró algo todavía mejor que unos defensores y un refugio: encontró un tren de mercancías, cuya máquina iniciaba la marcha con sus jadeos, que vibró estremecido antes de que él asaltase un furgón, y que, al invadir las turbas los andenes, alejábase de Selvática con tranquilizadora rapidez. En el furgón había un hombrecillo patiocorto y barrigoncete con facha de rana que miró primero á *Cachirulo* con la inteligencia que resplandece en los batracios, que contempló en seguida á sus per-

seguidores y que tornó á mirar al piquero poniéndose las manos en la panza.

—¿Qué ocurre?—croó con una vocecilla muy ronca.

*Cachirulo* dejó escapar un gruñido, se incorporó—porque habíase tumbado á la larga—y, para contestarle al paticorto, desencajó las mandíbulas y expulsó, en un bermejo salivazo, una cosa túmida, amoratada y ensangrentada.

—¡Matarme!—exclamó—. ¡Querían matarme! ¡A mí, esos coyones!...

Pero el barrigoncete, que le había interpelado en cuclillas, para oírle mejor, no le escuchaba. Con los pelos de punta, con los ojos desencajados y con un mohín lamentable de pavor, fijábase en la piltrafa escupida y retrocedía á reculones, sin fuerzas para levantarse.

—¡Es un dedo!—dijo estrangulado por la angustia.

—Un líndise. Er deo que yamamos de la narí—replicó el picio con cruel satisfacción.

Y el hombrecillo no quiso saber más. Dió un bote, encogió las patitas y enarcó los brazos—exactamente igual que una rana—y se tiró de cabeza á la vía.

## XI

José no estuvo en el poblacho más que unas horas, para velar á Trini y para asistir á su entierro, y minutos después de la inhumación, corría en el rápido hacia San Sebastián. Pajarit, *Jaquimiya* y el *Niño* confortábanle con palabras animosas, y el matador agradecía sus consuelos y se mostraba resignado. «Era triste morir así, como una bestia, con los intestinos rotos, sin que nada hubiese hecho presentir la muerte; era espantable salir del mundo por el agujero de la fosa sin haberse despedido de los camaradas, sin haber rezado una oración, sin haber recibido la caricia de unos ojos piadosos... Mas, con el llanto, ¿qué se iba á remediar? Y acobardándose, ¿qué se iba á conseguir? Y además, ¿no sucumbían como Trini, de un modo inesperado y cruel, millares y millares de criaturas?... Obreros á los que destrozan las máquinas, campesinos á los que el sol devora, burgueses á los que trituran los artilugios que mercaron para su recreo, pequeñines á los que mata un descuido ó una imprudencia... ¡Bah! No valía la pena de alborotarse por la extinción de una vida, puesto que más temprano ó más tarde y con mayor ó menor dulzura, todas habíanse de extinguir.»

La conducta de José contrastaba con la filosófica serenidad de sus discursos. En San Sebastián, uno de los cosos cuya conquista más había deseado, to-



reó apática y temerariamente, con mucha frialdad ó con excesivo ardor, desdeñando el aplauso en algunos instantes y buscándolo en otros con encarnizada codicia. Salió del circo descontento, atontado, con fiebre; se acostó, y durante cuarenta y ocho horas se mantuvo entre las sábanas durmiendo á ratos, filosofando de vez en vez y echándose las de hombre fuerte á quien ninguna tragedia podía alterar, mientras las lágrimas se le caían á hilos.

*Piesdeliebre* le había teleografiado al señor Curro para que contratara á un banderillero que sustituyese á Trini, y á un picador de tanto brazo y de más sólida mollera que *Cordobán*—que fué recluído en el manicomio de Selvática—y el señor Curro ajustó á Manolillo, que habíase dedicado de lleno á la profesión, y al *Cerrojo*, un hastial cuyo cráneo hubiera podido servir de yunque y que picaba con desmedida afición. Con estos dos hidalgos y con *Cachirulo*—al que condujeron al lugar de sus heroicidades el mismo día de la fuga, y al que pusieron en libertad bajo fianza, poco después—quedó completa la cuadrilla y reanudó José sus expediciones. Septiembre, con la animación de sus ferias, tenía en continua agitación. Algunas tardes, sin tiempo ni para cambiar de ropa, iba directamente del circo á la estación y en el tren se quitaba los arreos de lidiar, y muchas veces, con el cansancio de treinta ó cuarenta horas de ferrocarril, saltaba de su departamento para que le llevasen á galope á la plaza. Esta terrible actividad, si no curó en absoluto su melancolía, impidió que el recuerdo persistente de la tragedia continuara debilitándole el espíritu, ya harto descaecido, y le permitió disponer en el coso de toda su presencia de ánimo. Pero, al desaparecer el riesgo, desaparecía su ecuanimidad. Fuera del anillo, libre de la amenaza de los brutos y de la presión de la multitud, se

ensombrecía y se amustiaba con la jocundidad á plazo fijo de las ciudades y los pueblos, aglomerados en alamedas y feriales, y aquel caminar sin tregua le producía una sorda irritación. En todas partes, el mismo cuadro: mujeres que exhibían sus galas en una llanura, ó en un paseo; hombres que contemplábanlas con los trapitos de cristianar encima; aldeanos que zascandileaban con el humor bélico, el desparpajo y la insolencia de la embriaguez; calles con banderolas, colgaduras y bombillas; barracas, cinematógrafos, fuegos artificiales... Y con tal ración, todos los señoritos, y todos los menestrales y todos los labriegos de España se divertían, fueran bien ó mal sus negocios, y fundían sus dineros, aunque no les sobrasen, é interrumpían sus faenas aún á trueque de sufrir un perjuicio, por la sencilla razón de que la costumbre, en épocas determinadas, exigía gastar, holgar y divertirse.

Durante el día defendíanle de sus fúnebres ideas la excitación de la lucha en el redondel y el sentimiento de la propia dignidad, que impedíale exhibir sus preocupaciones mientras estuviese en contacto con la multitud; mas durante la noche, se desplomaba su ficticia fortaleza, y dejábale entregado á sus pensamientos, implacables verdugos de su energía. Con los ojos cerrados, creía ver á la muchedumbre enringlerada en los tendidos y percibía sus gestos, sus risas, sus ademanes de furor, sus explosiones de entusiasmo... Una algarabía indescifrable, que era de júbilo, de sorpresa ó de indignación; unos miles de blancos pañuelos, que subían y bajaban lo mismo para pedir que un lidiador fuese premiado con la oreja de su víctima, que para solicitar que le achicharrasen el morrillo á un toro ó que lo retirasen al corral; muchas bocas abiertas, muchos ojos brillantes, muchos bastones enarbolados; mu-

chos insultos, muchas burlas, muchas aclamaciones... A veces, esta sensación hacíase tan viva, que abría los ojos, inquieto, y arrojábase del camastro, seguro de que su intranquilidad no dejaríale dormir. ¡Y era tan difícil dormir en la frialdad huraña de aquellas alcobas y entre el bullicio de aquellos caserones!... En las alcobas no había nada íntimo, nada familiar, nada que recordase el dulce calor de los nidos que forman para gozar y padecer las criaturas: muebles mercenarios, sin las huellas de ninguna personalidad, colchones prostituidos por la presión de mil cuerpos, muros en los que la angustia, la esperanza ó el temor de los que entre ellos alojáronse dejaron cifras, nombres, fechas... En los caserones, silenciosos y apacibles casi todo el año, la fiesta introducía un vientecillo de locura. Hasta las diez, solazábase ó ajetreábase la servidumbre extraordinaria; en seguida presentábanse los hombres de negocios, reventados por el madrugón y la faena del ferial; á media noche se recogían los matrimonios machuchos que regimentaban la voluptuosidad y enconomizaban las fuerzas, y desde esa hora hasta que insinuábase el día pateaban en los pasillos los huéspedes de la cáscara amarga y oíanse interjecciones de borracho, gritos, canciones, disputas, protestas.

Frecuentemente transponíase el espada en medio de aquel estrépito, y las ideas que le amargaron la vigilia emponzoñábanle el reposo. Unas veces creía sentir la punta de un asta partiéndole el pecho y hurgándole en el corazón; otras departía con Trini, que comentaba con mucha frialdad su cogida, que habíase pegado el «bisoñé» á los carrillos y que vestía un hábito de San Antonio y se tocaba con una montera, y otras veía al *Ratón* en el redondel de Selvática, abierto en canal, con las vísceras al aire,

con los labios lívidos, con el rostro de cera, con la calva de marfil, y se despertaba bañado en sudor, trémulo y sollozando.

—¿Qué te ocurre?—preguntaba el del mechón.

—El tío.

—Pero, hombre, José— exclamaba el *Niño* consternado.—¿Todavía?

—Todavía. No lo pueo remediar.

Y por eso, porque no lo podía remediar, porque no podía disciplinar sus nervios ni librarse del suplicio de las pesadillas, obligaba al del mechón á dormir en su alcoba, para que le confortase con su amistad. Con el *Niño* no fingía el matador. «Le gustaba su arte, porque gusta todo aquello que se domina. Mataba reses por vocación, y todos los oficios, hasta los de Papa, Rey, domador de leones y capitán general, parecíanle inferiores al suyo. Por lucirse, por escuchar vítores y palmadas, sin pensar en el lucro, habría toreado con frecuencia; pero sin preocupaciones, sin amarguras, con el espíritu tranquilo, sin sufrir el asalto de unos recuerdos que debilitaban su energía. La tarde que murió Trini, hubiera querido él plantarse de un vuelo en Sevilla, para no salir de su casa hasta que hubiese olvidado la tremenda impresión. ¿Por qué no se fué? ¿Por qué no se iría?... Porque nadie toreaba solamente por gusto; porque él, como sus compañeros, se exponía á morir para no ser un miserable del arroyo, para adquirir notoriedad, para que le contemplaran las mujeres con admiración y los hombres con envidia, para que le aclamaran los públicos y le mimaran las empresas y para que su gloria, ordeñada por su ambición, le produjese millones. Sí; ganaría millones á estocadas, y tendría fincas soberbias, palacios, jardines, cotos, carruajes, joyas, caballos; y cuando ya no fuese el gran espada, sería un opulen-

to señor; y cuando no oyera los gritos emocionados de la multitud, oiría las alabanzas de sus deudos y sus protegidos... Mas para llegar á ese final, era indispensable no retroceder nunca ante nada, reprimir los impulsos del corazón y los nervios y hundirse en el peligro á todas horas con sobrehumana intrepidez.»

Estos diálogos terminaban siempre con una súplica del matador:

—Oye, Dieguito; quisá me hayan oído «de» gritá.

—No, hombre.

—Sí. Son mu dergaos los tabiques. De modo que, mañana, hame er favó de desí que has tenío una pesaiya.

—Sin fabó. Quédate tranquilo.

—No es por ná—agregaba José, disimulando su turbación—. Una pesaiya cuarquiera la tiene. Pero eso de que chiye un espá de categoría, aunque sea soñando, no está bien.

No estaba bien. El matador no podía olvidarse de su papel heroico, y como si no fuese de carne mortal, tenía que lucir la actitud del héroe en el circo y fuera del circo, en todos los minutos y en todos los trances, sin irresoluciones ni desmayos.

Pajarit, excesivamente baqueteado, no quiso acompañar á José—que de Linares tenía que ir á Bayona y que había de salir de Bayona, al terminar la función, para llegar á Murcia dos horas antes de que empezara la corrida—y se marchó á su pueblo. Y José, á quien la habilidad de don Melquiades le inspiraba tal confianza que á su lado creía imposible morir, emprendió el viaje con recelo y se limitó á tumbar á sus reses con prontitud.

En Murcia se descabaló nuevamente la cuadrilla. El *Bruto*, que ya en Bayona había asomado la oreja de su ambición, administrándole unas cuantas

verónicas á una res, quiso en Murcia, si no torear, porque ni su jefe ni el público se lo habrían permitido, hacer algo que demostrase su inteligencia y que le diera fama de hombre riñonado. Guárdose muy bien de revelar sus propósitos para que José no los matara en flor, y al desembocar en la arena el tercer cornudo, hincóse de rodillas para cambiarlo y le llamó con el capote. El animal partió como una exhalación, y Manolillo, no porque se aturrullase ni se empavoreciera, sino porque estaba resuelto á lucirse y se quería ceñir una barbaridad, le esperó inmóvil, con una mano á la altura de la barba y la otra al nivel del ombligo, y le indicó la «salida» cuando ya las indicaciones eran inútiles. El resultado de tan imprevista maniobra fué que chocó el testuz del toro con la frente del *Bruto*, que brotaron unas cuantas chispas de las dos cabezas, que se oyó un estampido como el de un trueno, que la res vaciló y que Manolillo, paralelamente á la tierra, con la velocidad de un proyectil, recorrió doce ó catorce varas por el aire. El público, al ver que el toro vacilaba, conmocionado, creyó que había habido dos víctimas en el choque y celebró que el torero, con su propio frontal, se hubiese vengado de su enemigo. Pero no fué así, porque la res, aunque atontada, quedó en condiciones de que la lidiasen, y el malaventurado rehiletero no se levantó.

En Albacete, el segundo día de feria, revolcaron y contundieron á José dos toros; en Salamanca le bataneó uno las costillas, y hecho un San Bartolomé, desanimado y molido, emprendió el viaje á Cabral. De todas las poblaciones de la Andalucía baja era Cabral la que había aplaudido con más entusiasmo á José y la que antes le vaticinó la gloria. Miraban, pues, los de Cabral el triunfo del mozo como un triunfo de su perspicacia colectiva, y para verle en

la plenitud de su auge y celebrar el sentido crítico del pueblo y la destreza del lidiador, organizaron una corrida «formal». En la estación esperaban al torero todas las notabilidades del contorno, las personas investidas de autoridad—incluso el párroco—, la banda de música, que interpretaba una obra soberbia de su director—el paso doble «Josele»—, unos cientos de jornaleros y pelantrines, muchas mocitas, y... Manolillo el *Bruto*, el ingente improvisador en cuerpo y alma, que después de pasar ciento veinte horas sin sentido, se había apresurado á correr en busca de sus compañeros. El matador saludó á sus entusiastas con el sombrerillo en la diestra, saltó gallardamente al andén, aunque no estaban sus costillas para aguantar muchos saltos, y entre el alcalde y el cacique, precedido por los bandoleros líricos y rodeado por la multitud, entró en la calle principal. Lo que restaba del día hubo que dedicarlo á la exhibición, al visiteo y á las libaciones; al obscurecer fué preciso meterse en el Casino de los Caballeros y soportar un espantable banquete, y á las doce, el ídolo, para que no le tacharan de orgulloso, tuvo que dar unas vueltecitas por la velada. Los últimos «chatos» apuráronse en la fonda, y allí, mientras la cuadrilla, á la que nadie invitó al banquete, tomaba un pisolabis, se habló por primera vez de la función.

—Bueno—dijo, encarándose con José, uno de los empresarios—. De fatiguitas, ¿cómo benimos? ¿Hay ganas de tórea?

—No fartan—replicó el matador, tentándose las costillas—. Argo lastimaete bengo, la berdá; pero no importa.

—Tendría que be que importara. Si después de este resibimiento no te comieras cruos á los toros, mereserías que te partiesen la jeró.

—Sí que ha sío güeno el resibimiento, y se corresponderá lo mejó que se pueda. Ya sabes que tó depende der ganao.

—Er ganao se ha compraó pa tí. Y como se ha compraó pa tí, y te conosemos, figúrate cómo será.

—Grasias. Y ¿de quién es?

—De Coruche. ¡Menumentos! Pabos que de un bufío matarian á cuarquié maleta. Er más chiquitín, pesará sus treinta arrobas, y er menos cornalón tié maera en el testús pa haser un andamio.

La cuadrilla, que soltó los tenedores al oír lo del peso, con lo del andamio perdió el apetito y dió por terminada la refacción. A Manuel no le produjo la noticia ninguna inquietud, porque opinaba que los toros chicos son más revoltosos y más difíciles de lidiar que los grandullones. Y así, muy terne, con una gravedad que hizo reír á José, le suplicó que le permitiese «quebrar» á uno de los de Coruche, porque aspiraba á ser un especialista en quiebros.

Ejecutó la suerte, sin detrimento de su frontal ni de sus lomos; *Cerrojo*, *Cachirulo* y un picador de reserva agujerearon á los de Portugal con tanta fortuna como valentía, y José estoqueó hábilmente á los cuatro «pavos».

En Sevilla pasó unos días junto á sus padres y Salud; á la cigarrera, que estaba en el cuarto mes de su embarazo, le entregó unos miles de reales para que fuese adquiriendo lo de mayor urgencia, y con la piel á medio calafatear, pensando en la boda, que celebraría en Octubre, partió para Valladolid. Y estos pensamientos, que le ablandaban el corazón con su ternura, restáronle brillantez á su trabajo. Toreó bien, cerca de las reses y tranquilo, y mató un toro á la perfección; pero lidió á los marrajos apáticamente, con desgana, preocupándose más de tumbarlos pronto que de herirlos.



con lucimiento y bazarria... ¡Hubiera sido tan duro caer al final!... Había ganado setenta ú ochenta mil pesetas, aguardábale una mujer á la que adoraba, y un niño, la primera rosa que se abría en el rosal de su pasión, vendría á endulzar con su presencia las veladas invernales. ¡El invierno!... Sólo con oirlo nombrar resplandecían sus miradas. El invierno era el descanso del cuerpo y la paz del espíritu. El invierno era el amigo de las enamoradas y las madres, que canturreaban al enterrar en sus fundas las ropas de joyante seda, que refánse al ver las cortinas de lluvia, que respiraban con tranquilidad cuando el primer gélido remusguillo soplabá en los cosos. El invierno era el vejete experimentado que enseñaba á reflexionar á los lidiadores, el médico de su carne y el director de su alma, el duendecillo piadoso que ponía bálsamo de resignación en las brechas de la vanidad y el que encendía en los cerebros perturbados por la desilusión la divina linterna de la esperanza... No, no se expondría él á un percance por disputar un aplauso ó por embravecer á un mansejón. Las funciones que le quedaban lidiaríaslas discretamente—apretando en Madrid, que daba los contratos, y en Sevilla, cuya aprobación regocijábale—y en la primavera tornaría á jugarse el pellejo.

Prometíase á sí mismo cumplir esta resolución, y tal vez hubiera dispuesto de la suficiente serenidad para ejecutar sus planes, si no le hubiese lesionado en el cerebro y en el corazón una terrible desdicha. Agustín, en Santander, en una casa de juego, había matado á dos tahures de Valencia. Los periódicos narraban el sucedido con extensión. Agustín y los valencianos, que explotaban una timba, odiábanse con fiereza, hacíanse trampas, satirizábanse mutuamente por sus fullerias en la contabili-

dad, y con sus recelos y sus disputas ahuyentaban á los cándidos que mantenían el negocio. Los levantinos convinieron en prescindir del andaluz, indemnizándole con una cantidad irrisoria; se burlaron de sus protestas, acometiéronle á cuchilladas, le acorralaron, y entonces Agustín disparó sobre ellos hasta matarles. Y no se limitaban los periódicos á referir el crimen: uno, para edificación de sus lectores, recogía, con los apuntes biográficos de Agustín, ciertas anécdotas del homicida, de un color subidísimo; otro, que publicaba su retrato junto al de José, contaba, no muy verazmente, la pelea en que fué vencido Regueral, y otro, escrito por unos diablejos esclavos de la actualidad, solazó al público con la historia de los inventos de Lasarte y con algunas intimidades pintorescas del inventor.

José, avergonzado, y dolido de las apreciaciones de un par de revisteros, que comentaban desdeñosamente sus últimas cogidas, y que, hablando de su frialdad, daban á entender que sólo exhibía el coraje con toros inofensivos, no se atrevió á soportar el curióseo de la corte, y recluyóse en su habitación. La hostilidad que presentía le exaltaba, le apenaba y enfurecía en algunos instantes. ¿Era posible que la multitud, su sierva, quisiera derribarle en un momento de volteriedad? ¿Era posible que la gente, irreflexiva, tornátil y arbitraria, le pretendiera castigar por necedades y por crímenes que no había cometido?...

El día de la corrida, don Silvano, accediendo á sus ruegos, le llevó á la plaza por lugares escasamente concurridos, y á escape y con el tiempo tasado, para que no tuviera que esperar. Cuando llegó, formábanse ya las cuadrillas, y un minuto después aparecieron en la arena. José, resuelto á que se rompieran

las manos aplaudiéndole todos los que se habían reído del señor Curro, y todos los que habían despreciado á Agustín, se ciñó mucho en un quite y lo remató quedándose entre los pitones del animal; repitió, en su turno, con idéntica bizarría, le rascó en el testuz al toro, y al retirarse cachazudamente, le acometió la res, le alcanzó antes de que pensara en huir del embroque, le sacudió como á un pingajo, corrió y saltó llevándole en las astas y le lanzó al aire, rendida de cornear. José cayó de cabeza y se quedó encogido, con las rodillas casi pegadas al vientre, inmóvil, cerrados los ojos y desencajada la boca por un mohín de dolor. Levantáronle á manotones; el Niño le taponó con dos pañuelos una brecha por la que salía un caño de sangre, y con toda la rapidez posible, le metieron en la enfermería. El rostro, cadavérico, mientras se agudizaba la nariz y poníanse mates los ojos, se le había alargado; la voz ahilada, quebrábase en los dientes, y, combatida por el colapso, pronto se redujo á un quejido.

En la enfermería le tendieron en la mesa de operaciones, despojáronle de la taleguilla, cortándosela, le desnudaron, un médico le puso una inyección de suero en una vena de la flexura del codo, y otros dos, con tanta agilidad como destreza, dilataron la herida. Cuando la descubrieron, sólo se veía sangre; sangre que brotaba á chorros, como el líquido de una cañería rota, que pintaba el muslo del lidiador y que extendíase por el suelo; después, al desbridarla y al cerrar con pinzas los cabos por donde escapábase el jugo vital, se vieron los tejidos contusos y macerados, la vena femoral partida y la arteria desgarrada.

Las manipulaciones de los médicos hicieronle silabear algunas palabras á José:

—Madre... Dios... mfo...

—Si no te duele—dijo uno de los operadores—. ¿Verdad que no?

El espada movió la cabeza negativamente, y, para replicar, exhaló un gemido ronco é inarticulado. Los médicos laváronle bien, le rellenaron de gasas el agujero, sin retirar las pinzas, le vendaron, y después de inyectarle otra ampolla de suero, ordenaron que le acomodasen en una cama.

Al terminar la función, todos los lidiadores visitaron al herido, y su cuadrilla, apenas se cambió de ropa, uniôse á *Piesdeliebre*, que no se había separado de José, y que lloraba con infinito desconsuelo. *Jaquimiya* y el del mechón le imitaron; Manuel y *Cachirulo* pusiéronse muy graves, y *Cerrojo*, con la voz algo insegura, pronunció unas palabras animadoras:

—No sos apuréis, que en Madrí, er que no *parma* en el redondé, libra er peyejo.

—Esa es la *chipén*—afirmó *Cachirulo*—. Aquí son de *mistó* los médicos, y pa morir se hay que estar calao por el pecho ó por la barriga.

—Pero ustés ¿«sabéis» cómo está José?—preguntó *Piesdeliebre*.—¡Si tié un bujero en el muslo de media vara, y la femorá partía! ¡Si ha echao más sangre que un toro el pobresito!

Se abrazó á *Jaquimiya*, sollozando convulsivamente, y con un hipo que casi no le dejaba hablar, exclamó:

—¡Nuestro padre!... ¡Perdemos á nuestro padre, Honorio!... ¡Se ha entregao pa que no le chiyaran en este Madrí!... ¡Porque se lo comía la dinidál!...

El médico que se había quedado de guardia—un hombre cetrino, con pelos hasta en los párpados, de verbo desapacible y de buen corazón—le dió una palmadita en el hombro al de los estoques y se llevó el índice á la boca.

—Silencio—ordenó—. Llore usted; pero sin gritar. ¡O márchese!

—¿Que me baya? ¡Será descuartisao!

—Pues le descuartizaremos á usted, ¡qué porra! Siquiera para que no llore usted más. ¿No le he dicho que no se muere su matador?

—Pos hombre, si ha dicho eso—manifestó *Cachirulo*, respirando con tranquilidad—no pegan las lágrimas. De modo que ¿no se muere, dortó?

—¡No se muere, porra! ¡No lo consiento!

—¿Ni quea inúti?

—Esa es ya mucha pregunta. Veremos. Y ahora, á callar.

Uno á uno aproximáronse á la cama de José, que tenía los ojos vidriosos, los carrillos sumidos y los labios exangües, y le contemplaron con piedad y terror. Manuel no pudo refrenar un estremecimiento; la «ostra» de *Cachirulo*, en aparcería con su corazón, destiló un líquido y tembloroso brillante, y Honorio y Diego sintieron en los párpados los agujoncillos de las lágrimas y en el pecho el oleaje de la emoción. Sentáronse taciturnos, sin ganas de charla y sin bríos para disimular su congoja, y cada cual se entregó á sus pensamientos. La estufa, al rojo, teñía de una sangrienta claridad las losas y difluía un suave calorcillo por la estancia. Al fondo, en la capilla, veíase la luz amarillenta de las velas, que parpadeaban crepitantes, y en medio del local, la mesa, con sus largas patas y sus finas articulaciones, parecía un fantástico animalucho. El del mechón, sobre cuyo espíritu pesaba la fúnebre tristeza de aquel ambiente, apartaba sus ojos de la capilla, que le infundía un invencible espanto; el *Cerrojo* suspiraba para travestir su aburrimiento de melancolía, y el *Bruto* fumaba y hacía unos gestos muy cómicos de conformidad cuando mirábale el doctor.

Este ordenaba de vez en vez que cambiáranle las botellas de agua hirviente al herido y le examinaba con frecuencia.

A las doce, poco después de haber comenzado á reaccionar *Josele*, llegó Pajarit á la enfermería. Habíase enterado de la desgracia en la estación, por los periódicos, y presentábase con una viva ansiedad. El médico, que era uno de sus antiguos camaradas, le recibió alegremente.

—Pajarit, Pajarit, ¿qué te trae por aquí?—dijo pronunciando con mucha fuerza las *tes*.

—¡Cenojar!—gritó el interpelado—. Chico, no te puedes imaginar lo que me satisface verte en estos momentos.

—¿Pues?...

—Por esa criatura. Porque le quiero, porque me intereso por él, porque... Pero, dime tú, ¿es grave la herida?

—¿Grave?... ¡Anda, remoño! ¿No va á ser grave si tiene la vena femoral hecha cisco?

—¡Cisco!—repitió, demudado, Pajarit—. ¿Y la arteria?

—Con un desgarrón *pistonudo*. Una hemorragia de tres pares de sifones, ¡me caigo en San Juan de Estopa!

—Y tú, ¿qué opinas?

—Yo... opinaré mañana. Morirse no se muere. Es mucho tío el gachó. Lo otro... vaya usted á saber. Le hemos puesto cuatro inyecciones, las dos últimas con cafeína; ha reaccionado...

—Bien, bien; pero vamos á lo esencial. La pierna...

—Mírale tú.

Don Melquiades, fingiendo una gran despreocupación, acercóse á José, que le reconoció al punto, y comenzó á reñirle con gracejo:

—Pero, ¡hombre! ¿No te da vergüenza? ¿Otra cornada? ¿Para esto te he enseñado yo á torear?

—¡Ay, don Merquiade!—gimió el torero.

—¿Qué, qué pasa?

—Que estoy partío, que me acabé... ¡Y ahora!

A don Melquiades se le contagió la angustia de *Josele*, que sollozaba como un niño, y se le olvidó su papel; pero Cenojar se apresuró á auxiliárle.

—¡Resifones!—gritó—. ¿Qué es eso de acabado? ¿No estamos nosotros aquí para remendarle á usted y dejarle como nuevo?

Le descubrió las piernas, é invitó á Pajarit á que le examinara la de la lesión:

—La derecha. Mira el pie.

Tenía la blancura, la frialdad y la insensibilidad del mármol, y Pajarit, que pulsó la arteria del dorso, lo volvió á tapar con desanimación.

—No hay riego.

—¡A ver que vida! Naturalmente.

—Entonces...

—Figúrate.

No hablaron más. Pajarit, rendido, se tumbó en una cama para descansar un rato, y su compañero, infatigable, se puso á discutir la cogida con *Cerrojo* y *Cachirulo* y á compararla con otras semejantes. José, de cuando en cuando, movíase con inquietud, llamaba al *Niño* y le apretaba la diestra.

—¿Has bisto, Diego?

Y Diego, para animarle, afectaba una gran confianza:

—¿Qué, chiquiyo?... Una corná como mir cornás. Grande, tó lo grande que tú quieras; pero de las que se curan en un mé.

De madrugada, salió *Cachirulo* y retornó en seguida con unos paquetes de buñuelos y un frasco de aguardiente.

—Ea, señores—dijo—. Aquí sos traigo unas pastas. A comé.

Poco á poco fuéronse dibujando los cristales del techo—los trece cristales que tanto alarmaban á los coletudos supersticiosos—y una luz blanquecina bañó los azulejos albos, las blancas paredes, los lechos nítidos y el herraje gris de las vitrinas y la mesa. Las trémulas llamitas que alumbraban el altar, amustiáronse y enrojecieron, y unos gallos que paseábanse por el patio entre los manchurroneos oscuros que dejaron las bestias al expirar desangradas, estiráronse para saludar al sol con su gentil vocinglería.

A las siete fué trasladado José á su alojamiento, y á las doce, ya estaban reconociéndole Pajarit y su amigo. La herida, que había empapado las gasas con una exudación sanguinolenta, aunque era terrible, no alarmó á don Melquiades; pero, en cambio, el aspecto de la parte inferior del muslo, de la pierna y del pie le descorazonó. En el cabo superior de la femoral, notábase el batir de la ola sanguínea; mas de allí no pasaba la sangre, que golpeaba el dique de la pinza y que aglomerábase en la arteria, sin disponer de ningún canalillo venoso que la permitiese regar el miembro lesionado. Y en el miembro, como en una rama sin savia, iniciábase ya la descomposición.

Pajarit apretó el pie frigidísimo, en cuyo blancor aparecían unas manchas azuladas, é interrogó al torero:

—¿Te duele?

No le dolía. Ni notó los apretujones, ni sintió siquiera un alfilerazo que le dió Cenojar. Y don Melquiades, sin reflexionar, inmediatamente, se decidió á intervenir.

—¿Me ayudas?



--Bueno.

--¿Mañana?

--Mañana á las diez.

Aquella misma tarde preparó todo lo necesario Pajarit, y al otro día, cuando llegó Justo—solo, porque el dolor había hecho enfermar á sus padres—vió en el gabinetito, desmantelado y fregoteado, la mesa de operaciones, las blusas longuísimas, las gasas, las compresas y los paños desinfectados; los autoclaves y los bidones de agua esterilizada; las pinzas, los bisturíes, las tijeras, la sierra, el periostomo, el escoplo y el martillo; la seda, el catgut y los tubos de drenaje. Justo, con la rabia de un cordero, insultó á Pajarit, protestó y se quiso oponer á que mutilasen á su hermano; pero, á la vista de Cenojar y de los que le seguían, retiróse deshecho en lágrimas.

Don Melquiades, estimulado por la atención de su colega, operó con una rapidez y una seguridad maravillosas. Cloroformizado *Josele*, le afeitó en seco parte del muslo y desinfectó con tintura de iodo la superficie que había de ser herida. Colocó á su lado las bandejas que contenían el instrumental; envolvió en paños esterilizados el miembro en toda su extensión, menos la carne pintada por el iodo, y teniendo enfrente á Cenojar, con las bombonas de gasas y compresas, le ordenó á un enfermero que elevase por la rodilla la pierna del herido, y cogió el bisturí. Primero, suavemente, sin profundizar, cortó la piel alrededor del muslo y dibujó el colgajo en la cara antero-externa; después, en la dirección trazada, pero rebañando un poco hacia arriba, tajó hasta descubrir el fémur, y en seguida empuñó la sierra y completó la horripilante poda. Y entonces, Pajarit, más lívido que el operado, tuvo un instante de amar-ga debilidad.

—Anda tú—le dijo á su compañero—, Liga... Y sutura el colgajo.

Cenojar le miró con simpatía.

—Calma, hombre, calma. ¿Qué tienes?

—Que es mi amigo. Y que no soy de bronce.

Mas, si no lo era, lo parecía, porque no durmió, ni descansó, ni dejó de bullir mientras la vida del espada estuvo en peligro. Durante muchas horas, el negro demonio de la fiebre torturó á José. Veíase, con su mandil de zapatero y con una lesna, en una plaza que parecía un embudo descomunal. En las paredes del embudo, que llegaba hasta el cielo, apiñábanse millones de criaturas, y en el fondo, un torazo con las astas como vigas, con las pezuñas como piedras de moler y con el morrillo como un monte, le miraba con una intolerable expresión de ironía. Si José intentaba huir, alcanzábale su enemigo en dos trancos, le mecía en el testuz, alzaba la testa con un vigor fenomenal y despedíale como un cañón á una bala. Algunas veces, José hendía el aire, y atravesaba las nubes, y elevábase tanto, tanto, que veía á España entera, llena de redondelitos donde divertíase la multitud. Otras veces caía en las gradas del embudo, y los espectadores, riéndose, le golpeaban con sus cazuelas, sus limetas, sus barriles y sus botas; jugaban con él, como si fuese un balón, descuartizábanle y arrojaban al anillo los pedazos de su cuerpo. En el anillo, los reunía á coces el toro y los pegaba á lengüetazos, y reanudábase la diversión. En una de estas excusiones se perdió una de sus piernas, y gesticuló reclamándola. «¡A ver, caballeros!... ¡Que no os voy á dar gusto!... ¡Que la necesito!... ¡Que un cojo no puede torear!»

No, no podría torear; no podría vestirse de oro y de seda; no podría saltar como un corzo, ni aco-

meter como un león... En los primeros momentos de lucidez, cuando supo que le habían mutilado, y palpóse el vendaje y movió en el lecho su única pierna, dió un grito estentóreo, y principió á jurar como un diablo y á sollozar como un orate. «¿ Por qué le habían cortado la pierna? ¿Por qué no le habían dejado morir? ¿Qué proponíanse los viles que le rodeaban?... Reirse de él, mofarse de él, injuriarle, reducirle á la miseria... ¡Los muy canallas!... Todos eran unos canallas: los de la cuadrilla, que habíanse marchado; *Piesdeliebre* y el *Niño*, que permanecían junto á él; don Melquiades, Justo, con su facha de bobalicón... ¡Todos! ¿No le envidiaba Justo la habilidad y la valentía? Y Pajarit, desdeñado por la cigarrera, ¿no odiábale terriblemente?... ¡Los muy canallas!»

Pasó aquel ataque de vesania, que dejóle en el corazón un sedimento de amargura; encerróse durante algunos días en un mutismo desesperado, y, por fin, comenzó á hablar y se asomó en sus conversaciones á lo futuro. «¿Qué orientación daría á su existencia? ¿En qué emplearía su actividad? ¿Qué oscuros trabajos podría emprender? Y ¿hasta qué punto debía confiar el inválido en las promesas y los juramentos que recibió el hombre cabal?»

Justo, alicaído también, para animarle charlaba como la criatura más optimista.

—¿Qué te ba á fartá?—le preguntaba—. ¿Bas á está peó de lo que has estao?... Bas á está mejó. Sin los miyones de Rochil; pero sin miseria. Mú tranquilo en tu casa, con un capitá...

—Un capitá—decía irónicamente José—. Güen puñao son tres moscas.

—No, hijo; no tanto despresio. Tú tiés dose mir duros, y dose mir duros, en esta época, dan mucho de sí. Pués poné una freiduría de lujo, ó una taber-

na, ó una carnisería... Y con la carne, el pescao, ó er vino, y con lo simpático que tú eres, bas á recogé er dinero á espueñas y te bas á podrí de rico.

—Pero detrás de un mostraor.

—Y ¿qué?

—Na, hombre, na. Después de tó, es lo mismo. Un mostraor, ó la caye, ó un común... Tar como estoy, es lo mismo.

Reíase sarcásticamente, y añadía:

—Ya bes lo que es el mundo. Cree uno que ba á ser lo de más acá y lo de más ayá, y de pronto...

A las dos semanas se levantó, y tres ó cuatro días después paseábase por el gabinetito con unas muletas que le regaló Pajarit, y bromeaba con *Piesdeliebre*:

—¿Qué me dises de las muletas que gasto ahora? ¡Baya un torerito que está hecho tu mataor!... Mataor de chinches, de piojos ó de purgas... ¿Eh, *Piesdeliebre*?

—Y ¿qué le hemos de hasé?—replicaba el mo-cito.

—Na, hombre. Y no tuersas la cara. Ríete como yo. Y no te preocupes, que, de aquí en adelante, no mataremos, pero lo que es banderiyéa en las cuentas... ¡Que se agarren los parroquianos!

No obstante, él, tan animoso para combatir la melancolía de su servidor, algunas veces rendíase á la propia amargura. Había demorado su viaje á Sevilla porque la empresa de Madrid organizábale una función de beneficio, y esta demora exacerbaba su mal humor. ¡Madrid!... Muchas aclamaciones y muchos vítores había recibido en Madrid. Pero ¿no los pagó con su sangre, con su carne y con sus huesos? ¿No inutilizó en Madrid su juventud?... ¡Madrid!... No quería ver sus calles, ni oír á sus gentes, ni per-

cibir su continuo bullicio. Lo odiaba como si materialmente le hubiera mutilado, y mirábalo con el rencor que siente la víctima hacia el verdugo.

Un domingo, después de almorzar, sentóse en el balcón, entre su hermano y *Piesdeliebre*, y reanudó una cháchara interrumpida sobre el tema de los negocios que pensaba acometer. Había decidido montar una freiduría, porque el despacho de carnes le repugnaba y porque el oficio de tabernero pareciale peligroso y difícil, y defendía elocuentemente su decisión, cuando, de súbito, interrumpióse, mirando á la multitud que llenaba la plaza—la Puerta del Sol—y se puso pálido.

—Hay toros ¿eh?—dijo con la voz temblona.

Si había toros. «La afición» apretábase en las aceras charlando á gritos, y defendiéndose de los «golfos» que ofrecían el programa de la función, y apoderábase de los tranvías sobre la marcha, y amontonábase en los ómnibus, y se disputaba las jardineras y los simones. El señorío lucía la belleza de sus troncos ó la suntuosidad de sus automóviles; las hembras de la plebe arrebujábanse en las sedas de Manila con hierática majestad, y la burguesía y el vulgacho exhibían los trajes domingueros. Al balcón llegaban mil ruidos estrepitosos y desapacibles: voces, pregones, golpetazos, estallidos de fustas, graznar de bocinas, cascabelear de colleras, relinchos, alaridos, campanilleos...

José contempló entristecido el espectáculo, y resumió en una frase sus impresiones:

—Como si no me hubián cortao ná.

Pasó la tarde tendido, y después de cenar, compró todos los periódicos para leer las reseñas de la corrida. El *Panadero* había triunfado definitivamente, por la habilidad y por el valor, y los críticos encomiaban con rarísima unanimidad sus faenas, ha-

ciendo el elogio de la solera taurina de Córdoba. Esto mortificó á José y le hizo desbarrar contra los lidiadores cordobeses y atacar al *Panadero*, bicharraco miserable, torero tramposo y estoqueador sin bríos. Y de repente, como si le hubiese oído y le quisiera contestar, apareció el maltratado y se detuvo ante él con grave cortesía.

—Güenas noches, *Josele*.

—Güenas noches, *Panadero*.

El de Sevilla se incorporó sorprendido, el de Córdoba le miró con timidez y hubo una pausa molesta. Mas el *Panadero*, que debía de haberse preparado con un concienzudo estudio, carraspeó ruidosamente y se encaró con el inválido:

—Osté no esperaría berme por aquí ¿berdá?

—Berdá es. No lo esperaba.

—Pos aquí estoy.

José quiso replicarle y el *Panadero* le obligó á callar con un gesto de súplica.

—Aquí estoy—prosiguió—pa desirle á osté siertas cosas que no quiero que «me se» pudran en er cuerpo. Primera: que no le puse á osté un parte cuando su desgrasia, porque pa mi un parte es un papé mojado. Segunda: que en su benefisio toreo yo de espá, si bargo pa espá, y si no bargo, de banderiyero, de «mono» ó de lo que usté quiera. Y úrtima: que como ya no pueo conbidaarle á aquel arró...

—¿Quién lo ha dicho?—gritó José interrumpiéndole—. ¿Usté se figura que me han cortao lo que tengo de hombre?

—No me lo figuro. Pero no podemos peleá. Me niego yo á peleá. Y me niego, pidiéndole á osté antes perdón. ¿Quié osté perdonarme, *Josele*?

La imprevista petición demostraba que entre las sinuosidades de aquel carácter había trozos de una gran rectitud espiritual, y José, suspendido, con-

templó á su interlocutor sin ánimos para responderle.

—Pero, usted...

—Yo le pido perdón. Yo siento lo que le ha pasado. Yo haría un sacrificio porque tubiera osté su pierna, aunque el tener osté su pierna me costara una puñalá.

José prorrumpió en sollozos, abrazó á su antiguo enemigo y hasta que le perdió de vista no pudo reprimir su enternecimiento. Toda la noche estuvo pensando en él y examinando su conducta, y tan pronto tenía por el más noble caballero como por el más pestífero bellaco, y unas veces le maldecía y otras colmábale de bendiciones. Al juzgar la propia situación, no fluctuaba su inteligencia: socialmente, carecía de todo valor; era una criatura que continuaba viviendo después de morir, una sobra humana, un resto de hombre, un pobrecillo tan débil que rebajarse ante él no constituía una humillación.

A las cinco, cansado de dar vueltas entre las sábanas, que parecíanle de lija, llamó á su criado para que le vistiera y salióse al balcón. Poco después apuntó el día, y el dedo luminoso de la aurora tiñó de pálida claridad la negrura del cielo. Aún fulguraban las estrellas, y el alba—el alba de las grandes ciudades, sin cantos de gallos ni volteos de esquilas—anunciaba el despertar del sol. Nocharniegos y madrugadores mezclábanse en las aceras resonantes, y en el asfalto, endurecido por la frialdad nocturna, pateaban los caballos. Los edificios desperezábanse bajo el beso de la luz naciente, y chirreaban las puertas metálicas de los cafés, y los obreros se detenían ante los puestos de churros, aceitosos y brillantes, y comenzaba el trajín matutino. Y de pronto, brotó de la obscuridad un sordo ruido que

fué acercándose y creciendo; un ruido de fuertes pezuñuelas, de balidos, de esquilones, y á poco, un rebaño, envuelto en nubes de polvo, se desparramó por la anchurosa vía como las aguas de un riachuelo fuera de cauce, inundándola de vellones rizosos, de trasminantes perfumes campesinos, de chasquidos de tralla, de roncadas voces pastoriles, de broncos ladridos, de claros campanilleos. Parecía que la sierra habiase metido en la ciudad, y que, al paso del rebaño, se iban á convertir las casas en alcores, y las calles en praderas húmedas, y las farolas y los postes en robustas encinas centenarias, robles copudos y almendros en flor... Los animalillos, oliendo á romero, con hierbajos en las polvorientas lanas, llevando en sus cuerpos el espíritu jocundo de las campiñas, cruzaron al trote, apelotonados, con sus perros hoscos y bravíos al frente y en las alas, con sus pastores detrás, formando una mancha gris movable, balante y rumberosa. Los carneros viejos, de cuernos retorcidos, machos graves y experimentados, abrían la marcha. «Por aquí, por aquí... No os descuidéis, que no hay linde. Derecho, derecho. Adelante, adelante.» Las ovejillas solteras coqueteaban llenas de orgullo por contemplar tan gran ciudad, pero fingiendo indiferencia para que una admiración excesiva no las pusiese en ridículo. Y las ovejas madres, amorosas y pacientes, satisfacían la curiosidad de sus pequeñuelos. «Mirad, hijos, mirad... Mirad qué casotas, mirad qué candilones, mirad qué carretera...» Y ellos, los pobretes, lo examinaban todo con sus cándidos ojuelos asombrados, y querían detenerse, y levantaban el hopillo en el colmo de la estupefacción, y sólo el estampido de la tralla y la riña severa de los mastines hacíanles caminar. Venían, por último, en dos poderosas yeguas, sacando de los serones el rosado hocicuelo, los corderillos acabados



de nacer, blancos como la nieve y quejumbrosos como niños, y sus madres, aún doloridas, los consolaban con cariñosa indulgencia. «Esperad, tragones. Ya estamos cerca; ya falta muy poco.» Y al final, vigilantes, marchaban un perro lobuno, de ojos encarnizados y fiera testa, un zagallete bronceado que no habría pasado del Cristo de la vida y dos pastores ancianos, sólidos, nervudos y ágiles, que, empuñando recias chivatas, movíanse con la majestad y el reposo de los viejos bíblicos.

La masa runruneante, la égloga viva del rebaño que se alejaba, pobló la memoria de José con los fantasmas de todas sus ilusiones. ¡Ah! Las fincas soberbias, los palacios de ensueño, los magníficos corceles, los carruajes, los cotos, las joyas... ¡qué lejos estaban! ¡Cómo se había evaporado todo lo que creyó á su alcance! ¡Cómo se había trocado en un erial el jardín de su fantasía!... Abrió los ojos á la luz, para volver á la obscuridad. Le halagó un momento la fortuna, para burlarle. Cató la miel de la riqueza para tornar en seguida á alimentarse con las hieles de la mediocridad. Después de su desdicha, la existencia ¿qué podía reservar para él que no fuese amargo?... ¡Cariño!... ¡Como si el amor, que se había de la hermosura, pudiera no cansarse de la fealdad!... No; Salud, que le compadecería al principio, acabaría por no quererle. Y aunque le quisiera ¿qué?... ¿Iba él á vivir únicamente de cariño? ¿Y la popularidad? ¿Y las luchas del redondel? ¿Y las emociones del riesgo? ¿Y las alegrías de la victoria?... Ser uno del montón, vegetar entre las paredes de una tiendecilla, no tener amigos entusiastas, no emocionar á las multitudes, no oír el estruendo de los aplausos... Y él no lo oiría más, él no valdría ni lo que aquel zapaterillo á quien volteaban los toros en

las capeas y á quien unos señores cosieron, por diversión, en el vientre de un caballo...

Un sollozo, nacido en el mismo corazón, le reventó en el pecho, y sin llorar, con una rabia insensata, se cogió á la barandilla, apoyó el pie en el muro, hizo un bárbaro esfuerzo y dejóse caer...

*Madrid, Marzo-Abril 1911.*

FIN DE LA NOVELA



# BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. Prieto y C.<sup>a</sup>, editores.—Pontejos, 8.—Madrid

TOMOS DE 250 Á 400 PÁGINAS, LUJOSAMENTE EDITADOS,  
CON ARTÍSTICAS CUBIERTAS EN COLORES

<b>S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO</b>		<b>J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)</b>	
La rima eterna.....	3,00	Las águilas (de la vida del toreo), <i>novela</i> .....	3,50
La flor de la vida.....	3,00	<b>J. LÓPEZ SILVA y F. SHAW</b>	
<i>Comedias escogidas</i>		Sainetes madrileños: <i>La revoltosa, Las bravías, La chavala, Los buenos mozos</i> .....	
I. Los galeotes.—El patio.—Las flores.....	3,50	3,50	
II. La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.....	3,50	<b>J. LÓPEZ SILVA</b>	
III. La musa loca.—El amor que pasa.—Las de Caín..	3,50	La musa del arroyo.....	
<b>PÍO BAROJA</b>		3,50	
César ó nada, <i>novela</i> .....	4,00	<b>MANUEL LINARES RIVAS</b>	
Las inquietudes de Shanti Andia, <i>novela</i> .....	3,50	Teatro.—I. <i>Aire de fuera, El abuelengo, María Victoria</i> .....	
<b>JOAQUÍN BELDA</b>		3,50	
La farándula, <i>novela</i> .....	3,50	<b>MANUEL MACHADO</b>	
La pira, <i>novela política</i> .....	3,50	Apolo, <i>poemas</i> .....	
<b>ADOLFO BONILLA y J. PUYOL</b>		3,50	
La hostería de Cantillana, <i>novela</i> .....	3,50	<b>EDUARDO MARQUINA</b>	
<b>JOSÉ CANALEJAS</b>		En Flandes se ha puesto el sol... 3,50	
La democracia en España.....	3,50	La alcaidesa de Pastrana..... 2,50	
<b>RICARDO J. CATARINEU</b>		<b>G. MARTÍNEZ SIERRA</b>	
El libro de la prensa, <i>antología</i> . Prólogo de Miguel Moya.....	3,50	Sol de la tarde, <i>novelas cortas</i> ... 3,50	
<b>ANATOLE FRANCE</b>		Canción de cuna..... 3,50	
La azucena roja, <i>novela</i> .....	3,50	Primavera en otoño..... 3,50	
<b>ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO</b>		<b>CONDESA DE PARDO BAZÁN</b>	
Matilde Rey, <i>novela</i> .....	3,50	Dulce dueño, <i>novela</i> ..... 3,50	
<b>EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO</b>		<b>RAMÓN PÉREZ DE AYALA</b>	
Los grandes filósofos.—Strauss..	3,00	A. M. D. G. La vida en los colegios de jesuitas, <i>novela</i> ..... 3,50	
<b>ALBERTO INSÚA</b>		<b>JACINTO OCTAVIO PICÓN</b>	
La mujer desconocida, <i>novela</i> ... 3,50	3,50	Juanita Tenorio, <i>novela</i> ..... 4,00	
El demonio de la voluptuosidad, <i>novela</i> .....	3,50	Mujeres..... 3,50	
<b>JUAN R. JIMÉNEZ</b>		<b>SANTIAGO RUSIÑOL</b>	
Pastorales, <i>poemas</i> .....	3,50	El pueblo gris, <i>segunda edición</i> ... 3,50	
<b>RICARDO LEÓN</b>		Un viaje al Plata..... 3,50	
El amor de los amores, <i>novela</i> ... 3,50	3,50	<b>JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA</b>	
<b>RAFAEL LÓPEZ DE HARO</b>		Las sombras de Loyola..... 2,00	
Entre todas las mujeres, <i>novela</i> .. 3,50	3,50	<b>R. SÁNCHEZ DÍAZ</b>	
La poseída, <i>novela</i> .....	3,50	Jesús en la fábrica, <i>novela</i> ..... 3,50	
		<b>FELIPE TRIGO</b>	
		Las posadas del amor..... 3,50	
		<b>MIGUEL DE UNAMUNO</b>	
		Por tierras de Portugal y España. 3,5	
		<b>A. VIVERO y A. VILLA</b>	
		Cómo cae un trono (La revolución en Portugal). .... 3,50	